

Todos
los
cuentos,
minicuentos
y
cuentemas
de
Enrique
González
Rojo
Arthur



Vozabisal

Enrique González Rojo Arthur llegó a este mundo arrullado con música de Bach, Händel y todos los grandes compositores, allá por el año de 1928 en la Ciudad de México. Alrededor de su cuna tuvo una extraordinaria decoración, con hileras de libros tapizando las paredes, y así afirma haber crecido *no en una casa con biblioteca sino en una biblioteca con casa.*

Tal relación con la literatura, alimentada por la presencia en su árbol genealógico de dos grandes poetas: su padre, Enrique González Rojo, y su abuelo, Enrique González Martínez, le dieron un impulso tal que hasta la fecha sigue produciendo libros como un árbol produce frutos y cada año nos deleita con nuevos títulos, que bien pueden ser de poesía, filosofía, psicoanálisis, política y otras expresiones innovadoras. Para quienes deseen indagar en las cifras les sugerimos consultar su página web:

www.enriquegonzalezrojo.com

La aportación de Enrique a la literatura apenas está recibiendo el reconocimiento que merece. Y si bien se le han otorgado el premio Villaurrutia (1976), el Nacional de Poesía «Benemérito de América» (2002), en Oaxaca, y el doctorado Honoris Causa en 2016 por la UAM, su valor es aún mayor y la huella que está dejando para la posteridad es indeleble.

**Todos
los cuentos,
minicuentos
y cuentemas
de
Enrique
González Rojo
Arthur**

2016



**TODOS LOS CUENTOS, MINICUENTOS Y CUENTEMAS
DE ENRIQUE GONZÁLEZ ROJO ARTHUR ©**

ISBN: 978-067-96892-2-3

Primera Edición: Septiembre de 2016

Vozabisal, S. A. de C. V. ©

**nubeabisal@outlook.com
vozabisal@gmail.com**

Editor:
Hans Giébe

Coordinación Editorial:
José Alberto Damián
Alejandro Zenteno Chávez

Relaciones Públicas:
Ina Días

Ilustraciones de portada y tercera de forros:
Martha Obregón Lavín

EL RETABLO DE MAESE ENRIQUE

(2014-2015)

AY, LAS PALABRAS

En esa banca, en ésa, me voy a sentar. Y dicho y hecho, en ella me siento a meditar en lo que me acaba de suceder. La llamada telefónica que recibí en mi departamento, me generó tal trastorno que, como si tuviera lugar un abrupto cambio de temperatura a varios grados menos cero, no dejo de temblar. En esa banca voy a sentarme para ver si me tranquilizo. Al mismo tiempo de arrojarme a la banca del parque, veo al hombrecillo que sale de su casa. Camina tortuosamente como si Baco fuera su lazarillo y acaba por sentarse junto a mí. Dejo de pensar en él y vuelvo a la llamada telefónica. No lo puedo creer: la voz resucitada se me mete hasta los entresijos. Reconocí su timbre y su inconfundible sonsonete.

Oigo de repente un suspiro que brota sin tapujos de mi compañero de banca. Tal cosa me interrumpe un instante en mis devaneos, pero no le presto demasiada atención ya que estoy en lo mío y he logrado detener el temblor de mi cuerpo. La voz del teléfono proviene de aquellos labios, de aquellos que un día... E inesperadamente tropiezan mis ojos con dos lagrimones que ruedan, macizos, por las mejillas del desconocido. Yo me hago al que la virgen le habla, giro un poco hasta darle la espalda al sujeto y me reintegro a mi minuciosa tarea de desgranar las palabras, las sílabas y las letras de la voz telefónica. Pero, tras el suspiro y las lágrimas, el hombrecillo es presa de un incontrolable acceso de sollozos. No soporto más, hago a un lado mi emoción y mis pensamientos privados, y digo: “¿Qué le pasa, señor? ¿Qué le sucede? ¿Puedo ayudarlo en algo?” El individuo interrumpe sus convulsiones y me

murmura entrecortadamente: “acaba de morir mi mujer”. Lo oigo angustiado y busco en el repertorio de palabras de consuelo la más apropiada para musitársela. Quiero decir: “Amigo, es la ley de la vida, mírelo de esa forma” o “lo siento pero piense que su mujer seguramente dejó sin duda de sufrir” o “busque consuelo en Dios nuestro Señor”. Quiero decir eso, pero no sé qué me pasa en la cabeza y en las cuerdas vocales y sólo exclamo viéndolo directamente a los ojos: “ni modo” y, sorprendido de mí mismo y de mis palabras, repito: “ni modo”. El hombrecillo me ve angustiado y creo descubrir en el fondo de sus ojos una desolación pura, sin límites, sin consuelo. De pronto se pone de pie. Abandona el lugar y se aleja de mí sin decir palabra y al parecer sin tomar en cuenta mis incógnitas palabras. No sé qué está pasando en él cuando se retira, pero yo me quedo con el cerebro trastornado y el corazón revuelto. ¿Por qué le dije lo que le dije? ¿Por qué, en vez de una frase compasiva, le solté una expresión soezmente realista que era algo así como la traducción al lenguaje, de la acción corporal de alzar los hombros? No hallo respuesta a mis preguntas. Y corro a confesarme con el padre Ruperto, el cual me recibe después de ofrecer la confesión a un buen número de mujeres y de hombres culpables de alguna infracción a la moral cristiana. El padre confesor me escucha con la paciencia de un santo varón. Le cuento lo sucedido con pelos, señales y la mortificación que se me había metido hasta los tuétanos. “Estuvo mal lo que hiciste, hijo mío. Pero no es un pecado mortal, sino una pequeña falta que bien se puede limpiar con las tres ‘ave marías’ que te dejo de penitencia”. El padre baja a continuación la cortina de su ventanilla y sé que ha terminado la sesión.

Con la conciencia de que es una medicina de efecto inmediato, rezo a toda prisa las plegarias, mis pulmones se hinchan y lanzo un largo y estruendoso suspiro que me limpia de dudas, prejuicios y preocupaciones. Y no sé por qué vuelvo a la banca del parque. Quizás para reencontrarme con la llamada

telefónica. Quizás para olvidar mi insensibilidad ante el dolor ajeno. Pero, en vez de que mi cabeza piense en lo que quiero pensar, se va por la libre y me obliga a cogitar algo muy parecido al sentimiento de culpa. Pero “¿qué me pasa?”, me murmuro. ¿Por qué acepto que la penitencia que me dejó el padre Ruperto sea como un detergente espiritual que deja impolutas mis entendederas? Caigo en cuenta que estoy haciendo trampa. “No te hagas pendejo, querido mío”, me regaño. Siento entonces la necesidad de buscar al pobre viudo que tuvo a bien regalarme una confianza, y al que respondí como el cerdo que soy a veces, para pedirle disculpas tras una cuidadosa búsqueda de las palabras exactas para brindarle consuelo y apoyo y ponerme a sus órdenes para lo que él necesite en el amargo momento por el que está pasando.

Me dirijo a la casa de apartamentos por donde lo vi salir al principio. Interrogo al conserje del edificio y me dice que sí, que en el segundo piso está el individuo que mató a su esposa y que ya llegaron los policías para llevárselo. “¿Mató a su esposa?”, pregunto. “Sí, me responde el conserje, le dio en toditita porque su compadre la embarazó”. En ese momento salen del elevador el uxoricida y los dos gendarmes que lo llevan del brazo. Él se me queda mirando un sí es no es sorprendido. Yo intento exclamar: “Te lo mereces, infeliz” o “pareces buena persona, pero eres un monstruo” o “el verdadero castigo te lo impondrá el cielo”, pero no sé por qué, carajo, sólo digo: “ni modo”. Él me mira casi con agradecimiento.

Hecho un verdadero guiñapo, personificando la desolación, corro hacia mi paño de lágrimas, mi querido padre confesor. Le pido que por lo que más quiera, escuche mis pecados. Me atiende de mala gana, me apremia a que hable rápidamente, me escucha casi desesperado y me dice: “Te dejo de penitencia tres ave marías, tres credos y tres padres nuestros como castigo por venir a molestarme con tus tonterías, hijo mío. Y por favor no vayas a decirme: ‘ni modo’...”.

REX TREMENDA MAJESTATIS

Hay gente que carece de imaginación para dar nombre a su perro, y este “bautizo” revela tanto el carácter de la persona, que no dudo en proclamar “dime qué nombre le diste a tu mascota y te diré quién eres”. El mastín del que voy hablar en este escrito cargaba, con toda la paciencia del mundo, el apelativo de... ¡Rex! Pobre perro, ni modo. Los lugares comunes nos están acechando continuamente y, si nos descuidamos, se nos meten hasta la tinta roja de las venas. El dueño de Rex era un hombre de tantos que tenía la imaginación maniatada bajo la frente y sin decir “oye mundo, esta boca es mía”.

Pero Rex era algo muy diferente. Y así como hay mujeres y hombres que se salen de lo común, se codean con los dioses y no podemos dejar de reconocer su genialidad, hay canes fuera de serie, que viven en la adorada perrera de lo excepcional, miren ustedes: Rex tenía lo que suele llamarse “oído absoluto” o sea que sabía localizar la altura de los sonidos con precisión matemática. Si prestaba atención, podía saber que el canto del grillo estaba en mi bemol, el croar del sapo en si natural y la retreta de los gallos en fa sostenido menor. Aunque pasarle el micrófono a lo evidente conduce a convertir en redundante lo obvio, debo aclarar que Rex ignoraba el nombre de las notas y que todos los libros de teoría musical, armonía y contrapunto estaban para él en chino. Pero su destreza auditiva, que lo llevaba a acudir con presteza sin igual al imantador silbido de su amo, le valió ser ubicado en el cuadro de honor de la obediencia.

La mayor virtud de Rex era la introspección. Cuando cerraba los ojos, se miraba hacia adentro y veía cosas que le desagradaban y otras que le complacían. Le producían verdadera repugnancia dos de las actividades más socorridas de su especie: ladrar y gruñir, ladrar y gruñir. Ladrar le parecía de una vulgaridad ignominiosa y ensalivada. Algo así como el ejercicio desgañitado de la mediocridad. Gruñir era como instalarse en los andenes del salvajismo el redoble circense que anuncia el salto procaz de la tarascada. Las dos, eran actividades de seres inferiores que se hacen cruces ante lo excepcional y refinado. Nuestro perro estaba, en cambio, fascinado con su buen oído. Y no dejaba de aplaudir en su fuero interno la brillante accesibilidad con que el yunque y el martillo tallaban los sonidos que venían desde afuera imprimiéndoles el sello portentoso de lo deleitable.

A partir de cierto momento, su ininterrumpida meditación de siempre adquirió un sentido y una direccionalidad específica: la de que él, el perro llamado Rex, pudiera silbar con la nitidez y el vigor con que lo hacía su amo. Tomada dicha resolución nuestro singular cuadrúpedo, se pasaba horas, días, semanas enteras moviendo sus fauces, su lengua, su hocico y hasta su saliva a la búsqueda de la forma (adecuada a su aparato bucal) capaz de emitir el soñado chiflido. Horas, días, semanas, hasta que un día —desgraciadamente hacia las tres de la mañana— soltó un poderoso silbido que despertó a toda la familia.

La familia en conjunto abandonó sus alcobas para ver qué sucedía en la sala. Rex se hace el dormido e improvisa una respiración pausada, como un *adagietto* salido de sus pulmones, y su dueño y la parentela no supieron a qué atribuir el extraño sonido y, no sin el pedazo de perplejidad que a cada quien correspondía, se volvieron a sus recámaras.

Como típicos integrantes de la clase media, los miembros de la familia oían mañana, tarde y noche por la radio o el tocadiscos danzones, guarachas, mambos y rock. A Rex no le gustaba esa música, no, y sólo a veces silbaba muy bajito ciertos pasajes que, pensaba, “son muy pegajosos”. Para no revelar a todos sus aptitudes por cuestiones de pudor, ensayó tararear, cantar en cortito, imitar al murmullo efervescente de un riachuelo. Pero, por más esfuerzos que hizo, le fue imposible hacer tal cosa porque, ay, no era lo suyo. Más que convertir el murmurio en cantábile, mascaba las palabras y las notas musicales hasta hacer un mazacote silencioso de pequeños ruidos sospechosos.

Un día vino a casa el hermano de su dueño. Algo así como su tío. Y trajo con él un bonche de discos de música de concierto y se puso a escucharlos frente a Rex con la bulimia de un melómano. El recinto se llenó, más que nada, de tres conciertos: el de viola de Teleman, el de violín de Mendelsohn y el de chelo de Dvorak. Rex enloqueció de gusto, se aprendió de memoria las melodías de las tres piezas, y salió del closet...

Cuando, a todo pulmón, se puso a silbar al unísono de la viola, del violín o del chelo, cuando atravesó el laberinto de las cadencias sin tener un sólo tropezón, cuando se manifestó como el Rey de reyes de los matices, produjo un mayúsculo asombro en los oyentes. No tanto, a decir verdad, en su dueño, el cual vio el acontecimiento como una curiosidad o algo reñido con la costumbre. Pero el hermano y los demás no salían del asombro, la admiración y el resistirse a dar crédito a sus oídos.

El hermano se llevó a Rex al circo, a los teatros, a los programas de radio y televisión. Pero donde tuvo mayor éxito fue en las bodas y en los funerales, y ello debido a que Rex silbaba a las mil maravillas las marchas nupciales de Mendelsohn y Wagner y las marchas fúnebres de Beethoven y Chopin.

El hermano del dueño de Rex ganó dinerales con las presentaciones del perro virtuoso, y no siendo un hombre egoísta, compartió su fortuna con su hermano y su familia.

Pero algo grave se incubó en todo ello. A Rex se le subió el triunfo a la cabeza. Se volvió cada vez más engréido y ambicioso. Ahora quería silbar en el Palacio de Bellas Artes y en el Auditorio Nacional. Y ocurrió lo que tenía que ocurrir: su manager, el hermano de su dueño, logró que lo invitaran a una gran festividad en el Zócalo. Rex, orondo, fotografiándose con todo mundo, llegó a la fiesta con un repertorio muy bien equilibrado. Mas cuando lo llamaron para que pasara a compartir su arte con los presentes, confundió la tarima de los artistas con la plancha de los fuegos artificiales y al momento de subirse en ésta zás que un cohete que ascendía al cielo lo arrastró consigo y, con ello, obligó a pensar a quienes contemplaron el inusitado accidente que, al igual que el fuego de artificio se derrama en luces al llegar a un nivel determinado, el pobre perro iba ascender un tanto y luego se desmembraría arrojando la cabeza por un lado, las patas delanteras por otro, las traseras por uno más y la cola sepa Dios dónde.

Sin embargo, afortunadamente las cosas no fueron así. Rex sólo quedó parcialmente chamuscado. Y después, atendido por veterinarios eficientes y personas piadosas, fue llevado a casa de su amo donde poco a poco se fue restableciendo su salud. Pero sólo la salud de su cuerpo ya que, ay, ahora se pasaba el día entero gruñendo y ladre que te ladre.

EL ABRAZO

En una pequeña iglesia de Badajoz, atestada de incienso, ángeles volando y polvo en desbandada, hay un catafalco de cristal con dos santos varones abrazados viéndose frente a frente y conservados a la perfección por obra y gracia de no sé qué embalsamador de maestría inigualable. Las personas mal pensadas que pasan por ahí, a pesar de la leyenda hagiográfica que explica quiénes son los santos del ataúd y por qué se encuentran como se encuentran, tras de verlos se sonríen, se echan miradas enigmáticas entre sí y salen del templo haciendo comentarios irrespetuosos.

La historia que, al pie del catafalco y en alto relieve, cuenta una plancha de mármol es la siguiente: “En otro siglo, el sacerdote Lorenzo Sánchez, víctima de morbos y dolencias extremas, vislumbró su recta final y pidió un cura confesor. Piadosos feligreses corrieron a buscarlo y, aunque también se hallaba enfermo y guardaba cama, lograron traer consigo al padre Rodrigo Landeros. Cuando el padre Landeros se puso la casulla y preparaba los santos óleos para lo que hubiera menester, le vino un paro cardíaco que lo hizo caer a los pies de la cama, todavía con vida. Los abates y monaguillos que contemplaron el desmayo, no hallaron mejor sitio para poner al padre Rodrigo que la cama donde yacía el sacerdote Lorenzo. Los dos moribundos se vieron azorados y con el alma entre los dientes. Cada uno quedó pidiendo, devastado y compungido, que el otro actuara como confesor y recibiera los pecados que se habían encubado en su ánima, para acceder al más allá sin

manchas existenciales. El terror hizo temblar los cuerpos. Fue entonces —y hubo testigos que lo vieron— que descendió Cristo del grande crucifijo que se hallaba en el muro, se acercó al par de sacerdotes moribundos, los oyó con atención suprema y, tras de asegurarse que ambos abandonaban esta vida, volvió a ascender al crucifijo”.

Otro padre, Monseñor Ginés, encargado de la iglesia posteriormente, tomando en cuenta la actitud de buena parte de la feligresía al pasar por el catafalco de los “santos abrazados”, decidió barrer del templo esa constante actitud profana y lindante con la lujuria, y mandó enterrar el ataúd en el campo santo contiguo a la iglesia en una tumba con una sola cruz, sin lápida e inscripciones.

Pero manos desconocidas, formaron un altar en la sepultura y los “abrazados” no cayeron en el olvido. Ahora, en nuestros días, es fama en todo Badajoz que estos santos son los más milagrosos del santoral. Pero según se dice sólo oyen los ruegos, las plegarias, el mal de amores de los homosexuales.

EL ATAVISMO

Cuando el padre Rigoberto se hallaba confesando a la monja María Luisa, el confesonario fue testigo de un encomiable pacto de honradez. Ambos cayeron en cuenta de que una vez más las palabras que salían de ella y llegaban directamente a la oreja de él (sin contaminarse del incienso mojigato que revoloteaba alrededor) les producían escozores intramuros o urgencias concupiscentes que ponían entre interrogaciones a sus respectivos votos de castidad. El acuerdo fue tan rápido como sencillo: era un hecho que la monja y el sacerdote habían saltado del deseo al enamoramiento y del enamoramiento a la decisión de abandonar su actual vestimenta y en la percha más cercana colgar los hábitos, para pronto muy pronto contraer nupcias y, feligreses de la honestidad, dejar a sus espaldas una institución a cuyas exigencias no podían seguir sometiéndose. Rigoberto y María Luisa se casaron a las pocas semanas. La felicidad tocó a su puerta, pidió posada, fue bienvenida y se convirtió en parte de la familia. Los esposos escribieron no sé cuántas cartas a París sin obtener respuesta, hasta que un buen día, gracias a Dios, María Luisa inició el delicioso viacrucis de los nueve meses, al fin de los cuales nació el asesino serial.

Rigo, el infante recién nacido, creció, huyó de su casa, cometió sus innumerables fechorías y acabó ahorcándose en una cárcel de alta seguridad. A todo, la felicidad, como se comprende, huyó despavorida de la casa de Rigoberto y María Luisa, quienes nunca volvieron a saber de ella.

Infructuosamente Xavier Holguín, reportero de El Globo, estuvo buscando, merodeando, acechando al ex-sacerdote durante meses, hasta que Rigoberto, como premio a la perseverancia del periodista, pero más que nada debido a cierta necesidad interior de superar la continua mortificación que generara en él la supuesta culpabilidad por lo acaecido, concedió una larga entrevista al reportero.

Palabras más palabras menos, esta fue la entrevista y los diálogos con que la presentó el reportero:

Periodista: Perdóneme que le haga esta pregunta: ¿cuál fue, a su parecer, la causa de que su primogénito haya tenido una existencia tan enfermiza y espectacular, para decirlo de manera eufemista?

Rigoberto: Me lo he preguntado muchas veces, señor Holguín, y no me cabe la menor duda de que, una vez que María Luisa, la pobre mujer, quedó embarazada, Satanás manipuló el código genético de nuestro hijo.

Periodista: ¿Manipuló el código genético?

Rigoberto: Sí, desde el primer ultrasonido que se le hizo a mi mujer, en lugar de surgir en la pantalla la cabecita, los brazos y las piernas del niño en ciernes, como suele ocurrir en otros casos, se robaron la escena los puños, sí los puños, de nuestro hijo o engendro.

Periodista: O sea que desde antes de nacer ¿ya anunciaba lo que sería más tarde?

Rigoberto: Por desgracia. Posteriormente, cuando María Luisa le daba del pecho, y unos diente-cillos precoces empezaban a blanquear su encía, el pequeño monstruo estuvo a punto de quedarse con uno de los pezones de mi mujer en la boca.

Periodista: Usted y María Luisa tuvieron dos hijas después de Rigoberto chico; ¿ellas no sufrieron la misoginia de Rigo?

Rigoberto: No, jamás.

Periodista: ¿Por qué?

Rigoberto: porque Rigo sólo dañaba, lastimaba, destruía lo hermoso y sus hermanas, afortunadamente, eran bastante poco agraciadas. A medida que Rigo fue creciendo, su carácter fue definiéndose con nitidez: no podía vivir sin destruir lo bello. Lo agradable estéticamente lo enardecía, lo sacaba de quicio, lo atraía hasta la exacerbación extrema y lo conducía a las inmediaciones del zarpazo.

Periodista: ¿En qué consistía, entonces, su carácter?

Rigoberto: No podía vivir sin matar, como el poeta verdadero no puede vivir sin escribir poesía o el músico sin componer.

Periodista: ¿Usted no pudo controlar esos impulsos? ¿Tomar una medida drástica —moral, física, lo que fuera— para impedir que su hijo continuara por ese camino?

Rigoberto: No pude. Debí encerrarlo en un cuarto o amarrarle las manos o enviarlo al psiquiátrico. Pero no lo hice. Y Rigo, cuando nos descuidamos su madre, sus hermanas y yo, se escapó de la casa.

Periodista: A partir de entonces su *modus vivendi* fue asesinar a mujeres bellas, solas y ricas.

Rigoberto: Sí, lo he leído, ay, en los periódicos.

Periodista: Su descendiente era muy bien parecido.

Rigoberto: Salió a su madre, a mi María Luisa.

Periodista: algún comunicador habla de que en su hijo se manifestaba un “donjuanismo depredador”, ya que no sólo le interesaba seducir a una mujer y casi sin interregnos pasar a otra, sino que, para él, ya convertido en asesino múltiple, la seducción era el preludio del derramamiento de sangre o del enflaquecimiento del oxígeno.

Rigoberto: No sé mucho de ello. A partir de cierto momento, ya no quise leer...

Periodista: Existen serias dudas acerca del número de mujeres que asesinó. Se dice que fueron entre diez y quince. Pero sólo se le comprobaron tres asesinatos, aunque él se declaró siempre inocente y víctima de extraños y oscuros enemigos.

Rigoberto: me dicen que en una de las paredes de su departamento tenía el retrato de *Landru*, el famoso..., a la manera en que, según una revista que estuve viendo anoche, Brahms tenía en una pared el retrato de Cherubini y Dvorak el de Brahms. Me dicen.

Periodista: Es una de esas tonterías que brotan cuando la maledicencia anda suelta y la calumnia borda su entramado de palabras, si ingeniosas, mal intencionadas... Pero lo que sí es verdad es que su hijo era un verdadero maestro para esconderse, borrar huellas digitales, cambiar de casa, de ciudad y de apariencia.

Rigoberto: Por eso se tardaron tanto en aprehenderlo, aunque finalmente lo recluyeron a perpetuidad en la cárcel.

Periodista: Se salvó de una ejecución final, porque en nuestro Estado no hay pena de muerte.

Rigoberto: Yo podría decir aquí: bendito sea. Pero no, ya que Rigo no soportó la cárcel y prefirió escaparse de ella ahorcándose.

Periodista: Señor Rigoberto le voy a contar con detalle cómo ocurrieron las cosas.

Rigoberto: Ya las sé. Pero dígamelas. Quiero apurar en el cáliz hasta la última gota de acíbar y expiar un tanto mi culpa por no haberlo llevado a tiempo al psiquiátrico.

Periodista: Lo aprehendieron. Y la celda lo enloqueció más aún si ello era posible. Él, ya lo dijimos, no podía vivir sin matar y el hecho de hallarse entre cuatro paredes que le paralizaban las piernas, le amarraban las manos y le incautaban el espacio, no era vida. Vivir sin matar equivalía a ser un escultor a quien se le confiscan el mármol y el cincel. Pensó en matarse. Pero él, misógino de tiempo completo, no podía destruir a un hombre. Entonces pidió ver a una de sus hermanas...

Rigoberto: Me consta.

Periodista: Y su hermana le trajo una mochila llena de faldas, corpiños, polveras, pintura labial. Los carceleros no pusieron reparos. Él había dicho que quería hacer una fiesta y cantar y bailar para todos los presos y a todos les cayó en gracia la ocurrencia.

Rigoberto: Entonces sobrevino el desenlace.

Periodista: Sí. Su hijo, después de vestirse de mujer, empolvase, perfumarse y pintarse las uñas y los labios, agregó a su lista de diez o quince víctimas, su propia destrucción. El suicidio fue el último acto del asesino serial que fue su hijo.

FÁBULA INFANTIL PARA ADULTOS

Ignoro la manera en que **Cuit** —la hormiga más roja del hormiguero— logró instalarse en el borde de la oreja de **Jun-boi** —el elefante más sabio de la pradera maputense. **Cuit**, a todo pulmón, dijo: *judenpri! judenpri!* que (en una traducción un tanto libre del lenguaje hormiguil *Yut*) significa: ¡señor elefante! ¡señor elefante! **Jun-boi**, que tenía muy buen oído y conocía algunas palabras de *Yut*, respondió algo así como: ¿quién se atreve a interrumpir la profunda meditación de aqueste paquidermo? **Cuit**, casi desgañitándose, contestó: *udenpri*, vengo a hacerle una proposición. **Jun-boi** se arrellanó en el silencio y buscó sintonizar su cerebro en la máxima tensión. *Udenpri*, ¿no sé si usted está al tanto de que **O-buma** —el oso hormiguero que merodea por estos rumbos— es para nosotros una verdadera fatalidad (**Cuit** usó la palabra *cuita-tinto* que, en su primera acepción significa mala suerte o destino envenenado). **O-buma** no es un ser reflexivo, intrigado por el sentido de las cosas, la naturaleza del crepúsculo o los incomprensibles cambios de humor del viento. No. Es un individuo que se la vive buscando hormigueros, rastreando confituras, urdiendo genocidios. **Jun-boi** asentó con la cabeza, la trompa y un sí que se resbaló sin impedimentos de la lengua. La hormiga prosiguió: *udenpri*, en el hormiguero sabemos de tu enfermedad —la maldita sarna que sufre tu epidermis—, te compadecemos y nos conmueve advertir cómo te pasas restregándote contra los árboles, los acantilados o, tirándote al suelo, contra las pobrecitas piedras. Tomando en cuenta todo lo anterior, en el consejo de hormigas del

pasado viernes, me designaron para hablar contigo y hacerte una proposición. *Jun-boi* movió la trompa, acarició la testuz de la hormiga, y nuevamente se hizo todo orejas. La proposición es ésta —dijo *Cuit*—: si tú cuidas que *O-buma*, el oso asesino, no se acerque a nuestro hormiguero, nosotros formaremos brigadas que —a cualquier solicitud tuya— acudirán puntuales a instalarse en el lugar de la picazón para borrar de ahí el molesto escozor con un rascamiento colectivo eficaz.

La proposición de *Cuit* fue aceptada por *Jun-boi* y durante algún tiempo si no la felicidad, sí la calma y una vida aceptable para los protagonistas de la negociación floreció en estas tierras cercanas a Maputo.

Mas, después de algunos años, sucedió lo inesperado, como el chipi chipi con que se inicia un diluvio o la mediocre chispa que se encarama a la megalomanía del incendio. El elefante viejo, sarnoso, fatigado, se tiró en el suelo y pidió a gritos la ayuda rascadora del hormiguero, ya que su sarna se había globalizado por toda su epidermis. Las hormigas decidieron no sólo formar una brigada para auxiliar a su amigo, sino ir todas, lo que se dice todas, a prestar su ayuda al pobre animal. Advirtieron que la picazón fundamental se hallaba en el vientre y ahí concentraron su trabajo. Fue entonces cuando *O-buma* —ante el descuido de sus adversarios— saltó sobre el elefante, devoró de un golpe centenares de hormigas y se robó el último suspiro de *Jun-boi*.

¿Cuál es la moraleja de este triste episodio? No tiene nada que ver con *Cuit*, la hormiga más roja del hormiguero, ni con *Jun-boi*, el elefante más sabio de los alrededores, ni con *O-buma* el pobre oso esclavizado por su hambre de hormigas. Tiene que ver con un pinche fabulista que, antes de escribir su apólogo, se desayunó, para paliar la cruda, su café con mala leche.

**CUENTO DE JOSÉ REVUELTAS, NARRADO
ALGUNA VEZ POR LACO ZEPEDA Y
RESUCITADO POR UN EXPOETICISTA
EN SU EDAD PROVECTA**

José llegaba con retraso a la reunión y, *rallentando* los pasos, se tardó un poquito más para meditar en la disculpa que tendría que ofrecer a los camaradas y amigos. Era el cumpleaños de no sé quién, se le esperaba desde hacía buen rato y él temía el enojo de algunas o algunos y hasta el virgíneo “mira, Pepito, a qué horas vienes llegando”. Tocó el timbre, se abrió la puerta y Revueltas se imaginó que tenía frente a sí el espinoso reclamo de los impacientes. Alguien le quitó la bufanda que se le enroscaba en el cuello, le buscaron una silla y él, arrellanándose en su cerebro, discurrió: denme un *gin and tonic* y les cuento, chitos y chitas, por qué he llegado tarde a la celebración.

El zumbido de una mosca se robó todo el sonido de la sala.

Estaba en la esquina de la calle en espera del autobús que me trae aquí, con mis pies hormigueantes de prisa, cuando escuché o creí escuchar a mis espaldas la voz: “ayúdeme señor ayúdeme”. Volví la cara y miré que la *árbola* caminaba atolondradamente hacia mí. No era, no, un árbol, sino una *árbola* de aproximadamente quince abriles, con una hojarasca más verde que la esperanza en sus días de desenfreno. Quería que la auxiliara al caminar porque sus raíces se le enredaban y el peligro de morder el polvo era tan real como el punto y seguido con que termina esta frase. Le di la mano y logró colocarse junto a mí a la

espera del vendaval de hierro que intercambia pedazuelos de espacio por las dos o tres monedas del pasaje. La *árbola* lo vio venir y levantó una ramita para hacerle la parada. El autobús se detuvo poco a poco, pavoneándose por el lucimiento que le proporcionaban unos nuevos frenos que sabían ir desmenuzando la velocidad. Yo tomé el codo de una rama de la *árbola* y, no sin dificultades, la ayudé a subir al camión. El chofer, pacientemente, esperó a que ella pagara lo que debía pagar por el viaje. Tambalearse, la *árbola* buscaba y buscaba en su tronco la bolsita en la cintura donde se guardan los centavos; pero, por más que lo hacía, ay, no daba con el sitio. Entonces yo le pagué al conductor el pasaje de ella y el mío y, tomándola del tronco y de una rama, la ayudé a sentarse junto a la ventanilla en el primer asiento del autobús. Yo me ubiqué a su lado. Y le mostré por la ventana una nube que, en los telares de su entraña, agrupaba a todo vapor la gloria de una lluvia inminente. En ella empezó a florecer por todas partes el agradecimiento y las dos o tres hojas que dejó caer en mi pecho olían a naranjil y yerbabuena. Con el rumor de un oboe escondido en su frondaje algo quería decirme, algo untado de morriña, como las cosas que se hablan “cuando declina el día, en alta mar y con la cara al cielo”. Pero yo no le entendía nada. Y las sílabas que le deslizaba como naipes para jugar el juego de la comunicación, al parecer no significaban nada para la niña. Entonces opté por silbar y cuál no sería mi sorpresa que desde dos o tres nidos semiocultos en su fronda me respondieron, en el lenguaje universal de la música, el cantar amarillo de un canario y la roja cantiga de un cardenal. Entonces sí nos comprendimos, intercambiamos confianzas, y supimos de nuestras mutuas amarguras. Ella me habló de su soledad, de su no hallarle sentido a la existencia por más que a veces se hallaba lánsete que te lance preguntas a un viento que arrastra todo menos las respuestas. Yo le dije que me duele este México en que vivimos hasta los tuétanos, que ya no soporto la apatía de

mis hermanos y que lloro a solas al advertir el tropel de puños que se han agusanado.

Dio la casualidad de que ambos teníamos que bajar en el mismo sitio. Nos levantamos del asiento, pedimos parada, yo le presté mi apoyo para que bajara desde el mundo fantástico que los dos construimos por un instante a la realidad. Y vimos cómo el autobús proseguía, a toda máquina, su imprescindible oficio de mercader de espacios. Yo ya me quería despedir de la *árbola* y venir para acá; pero la niña me puso una rama sobre el hombro y me presionó para que la acompañara a un bosquecillo que se halla muy cerca de esta casa, a tres pasos del aquí y el ahora que jubilosos compartimos.

La acompañé hasta un lugar donde había un agujero recién escarbado, oloroso a humedad y vida. Apenas lo vio la *árbola* y, como pudo, corrió a acomodarse en ese hueco, el suyo, que había abandonado sepa Dios por qué. Alrededor del hoyo estaba la tierra que alguien desplazara de su lugar de siempre y sobre ella una pala todavía con las fauces sucias y una navaja dedicada desvergonzadamente a refulgir. Entonces caí en cuenta de que la *árbola* me advertía la presencia de la pala y, entendiéndola, me puse a rellenar el agujero para que la niña *árbola* pudiera erguirse con la seguridad y la prestancia de siempre. Quedé muy satisfecho de mi faena y estaba ya por irme —pues la impuntualidad con ustedes carcomía ya mi corazón— cuando la *árbola* me dijo o creí que me dijo: “algo falta”. Y yo, que capto al vuelo ciertas insinuaciones, tomé la navaja y grabé en el tronco de mi amiga un corazón atravesado por una flecha y debajo el nombre de *José*.

Esta es la causa, chitas y chitos, de por qué he llegado tan tarde a la celebración.

MENTIRAS

Tres mujeres acuden con una psicoanalista argentina radicada en México que no sé si es freudiana o lacaniana; pero que —me consta— hablaba poco y preguntaba mucho.

La primera, Eva, era fiel a su esposo y estaba muy contenta a pesar de que a veces sentía ciertas inquietudes...

La analista le dijo: está feliz de no mentirle a él ¿pero no estarás mintiéndote a ti misma?

La segunda, Ana, era infiel a su marido y estaba muy inquieta a pesar de que su amante la tenía en los alrededores de la dicha.

La doctora le preguntó: estás contenta porque no te mientes a ti misma, pero ¿no te hallarás inquieta porque le mientes a tu cónyuge?

La tercera, Anaís, debería encontrarse muy satisfecha (aunque, ay, no lo estaba) porque, al separarse de un compañero y juntarse con otro, no le había mentado al primero ni se había engañado a sí misma.

La psicoanalista le interrogó: si no estás plenamente contenta ¿no será que le has mentado a tu inconsciente que hubiera querido no tener uno y perder el otro sino “tener” a los dos?

COMO ME LO CONTARON

El Profe, a sus 16 años, era el “intelectual” de la colonia. En su casa había decenas de libros y él se había aficionado a echarles un ojo. Sabía, por ejemplo, de la “cruzada de los niños”, de los “duelos decimonónicos” y de la “lapidación de los santos”. Estos conocimientos, que ornamentaban su sesera, vinieron en su ayuda en algunas ocasiones muy señaladas en la vida del barrio.

La nueva dulcería, propiedad de quién sabe quién, subió de repente los precios de sus mercancías al nivel en que la inmensa mayoría de los niños, quedaban excluidos de esos “trocitos de paraíso” que alegraban por unos segundos los tristes paladares de la cotidianidad. El Profe, ni tardo ni perezoso, organizó una “cruzada de niños” para ir al rescate del “santo recinto”. La chiquillada, no pudo lograr su propósito porque llegó de repente la policía y los agarró *in fraganti*. Lo único que consiguieron “expropiar”, como decía el Profe, fueron cuatro cajas de malvaviscos, de las cuales dos fueron vaciadas en un santiamén y las otras dos escondidas en un lugar del que sólo sabían el Profe y sus lugartenientes Juancho y Elpidio. El episodio no pasó a mayores.

Las quinceañeras Leticia y Úrsula se odiaban a más no poder. ¿Cómo era posible que dos chiquillas se aborrecieran tanto? Se cayeron mal desde que se conocieron. Los gestos, los ademanes, las sonrisas de la primera repugnaban a la segunda y viceversa. No podían vivir, para decirlo pronto, una sin la otra, aunque amalgamadas por el odio. No se atrevían, sin embargo, a llegar a las

manos. La educación y el miedo les ataban el propósito. Pero hallaron el medio para enfrentarse y saldar cuentas en lo que podríamos llamar un “desafío delegado”. Leticia y Úrsula tenían como novios a Juancho y a Elpidio respectivamente. Y cada una azuzó a su enamorado para que, al salir de la escuela, se dieran en la madre. Ellos no tenían la menor avidez de intercambiar trompadas, pero el deseo de sus chavas se mudaban automáticamente en órdenes para ellos y, pues ni modo, estaban dispuestos a la refriega.

El Profe, líder de la chaviza, reprobó terminantemente que el encuentro fuera a puñetazos. “Eso es cosa de salvajes y nacos de barriada”, sentenció. Y propuso, muy en serio, que el enfrentamiento fuera un duelo a la vieja usanza. “No un duelo de pistolas”, dijo. “Eso es anacrónico, estúpido y peligroso”. La pandilla le preguntó: “Entons ¿un duelo de qué maiz?” y el Profe aclaró: “de resorteras”.

A continuación explicó su idea: “el duelo debe ser muy de mañanita, en el bosque junto al río, a la hora en que los gallos “tiritan sus cantares” como dice la famosa canción de José Alfredo. Cada duelista debe tener su padrino. El “Espantamadres” puede ser el padrino de Juancho y el “Nomeolvides” el de Elpidio. Para que no haya preferencias, las resorteras —tenemos dos nuevecitas— deben ser sorteadas. Sugiero la forma más fácil de hacerlo: el volado. Y que la decisión sea tomada —añadió, poniéndose en trance lírico— por la astucia de un águila o el albedrío del sol. El duelo debe ser no a primera muerte, sino a primera sangre y el triunfador otorgará el símbolo de su victoria —la resortera del vencido— a la dueña de su *amorcito corazón*”. Todos estuvieron de acuerdo. Pero el día del evento, algo salió mal: a todos los que iban a participar, se les pegaron las sábanas y el duelo en vez de tener lugar a las 3.30 de la mañana, en el bosque río abajo, se efectuó a las doce del día en la plaza pública. Lo demás discurrió de la manera convenida. Pero no del todo, ya que

lo que iba a ser un encuentro “lejos del mundanal ruido”, se convirtió en un acto espectacular que atrajo a medio mundo. Ahí estaban, además de los duelistas, los padrinos y el Profé —con una batuta invisible en la mano—, Leticia, Úrsula, la abuelita de Leticia Doña Chole, el hermano loco de Úrsula el Panchurris y buena parte del barrio. Se arrojó hacia arriba la moneda y la resortera café oscuro le tocó a Juancho y la resortera café claro a Elpidio. La verdad es que estaban en igualdad de condiciones. Los duelistas se pusieron espalda con espalda, colocaron sendos guijarros en sus armas, contaron los consabidos pasos (veinticinco), estiraron las ligas y dispararon al unísono. Pero, ay, no dieron en el blanco. La piedra de Elpidio dio en un ojo de Doña Chole (la abuela de Leticia) y la dejó tuerta, la de Juancho atinó en la oreja de Pancho (el hermano de Úrsula) y lo dejó desorejado. Los únicos que escaparon a la confusión del momento fueron dos policías que, viendo los estropicios causados por el lance, se llevaron a la correccional a los malhadados contrincantes.

En los fríos días que pasaron en la correccional los artificiales enemigos corroboraron que no tenían nada el uno contra el otro. Ganados por la muina, fueron testigos de que el amor que sentían por ellas se venía abajo como un castillo de naipes. Y sin mucho trabajo cayeron en cuenta de quiénes eran las culpables del pleito y de las pérdidas de un ojo y de una oreja. De común acuerdo decidieron castigar a las novias inmediatamente después de que se les otorgara la libertad. Dicho y hecho, apenas salieron del reformatorio, se llevaron por la fuerza a las muchachas al sitio del bosque donde debería de haber tenido lugar el duelo y cada uno con su respectiva les dieron una buena tunda de nalgadas, tras lo cual les echaron una mirada de desprecio y las dejaron llorosas, adoloridas y tal vez excitadas. Las dos enemigas, al verse solas, se fueron olvidando de los inesperados correctivos manuales, y se lanzaron, ahora sí, una contra otra, se mordieron los brazos, forcejearon de lo lindo hasta que

rodaron al suelo abrazadas. Era un duelo de verdad, una suerte de lucha libre sin límites, y así estuvieron un buen rato, propinándose golpes, apretándose, jadeando, enroscadas por el odio. De pronto dejaron de moverse, como inánimes muñecas de trapo; sus rostros se hallaron de repente y respondiendo a sepa Dios qué impulso unieron sus bocas y sintieron que un beso, aunque permanecían vestidas, las desnudaba.

Cuántas cosas tuvieron que ocurrir —el duelo, el reformatorio, las nalgadas— para que las chavitas supieran que no podían vivir una sin la otra.

Todos en el barrio se enteraron del nuevo idilio y pusieron el grito en la estratósfera. Sobre todo la iglesia y el viejerío de mochos y mochas. Alguien dijo: “deberían ser lapidadas”. Y esta frase, salida de la lengua viperina del fanatismo, fue escuchada por el Profe quien decidió hacerse cargo de la sugerencia. Llamó a sus lugartenientes, reunió a su camarilla, citó a su cruzada de niños y todos fueron en busca de las infractoras del orden moral. Y llevaron consigo dos cajas llenas de proyectiles. Hallaron a las chicas tomadas de la mano en una silla del parque, con los ojos estrenando miradas y tocando a cuatro manos los arpegios de su dicha. A la voz de “duro con ellas”, los jóvenes las acibillaron a malvaviscos, dejando sus brazos no llenos de moretones sino de pequeños círculos de azúcar. Al terminar la faena, el profé dijo: así es como la juventud del barrio castiga las novedosas preferencias sexuales. Y todos, incluyendo las lapidadas, salieron abrazados y gritando y cantando y pisoteando los viejos, malolientes e inveterados prejuicios de ese barrio y muchos otros de nuestro mexiquito lindo.

POETALENTOSO

Había una vez un hombre que descubrió su vocación a los ochenta y seis años: construir neologismos. Cansado de las palabras castizas, de los galicismos, de los anglicismos y de todos los barbarismos habidos y por haber, decidió rehacer el habla; pero no fundarlo otra vez, lo cual además de estúpido es imposible, sino conformar el nuevo lenguaje con el viejo, pero metamorfoseándolo. Y así como hay hidroaviones o sea aviones que amerizan y submarinos o buques que, aguantando la respiración, se sumergen en el agua, y hacen todo ello empalmando el aire, la superficie marítima y las entrañas del océano, nuestro hombre, en sana imitación, se dedicó a conjuntar palabras, o partes de palabras, para hacer nuevas palabras que recogieran el significado de las originales sintetizadas y lograran el milagro de los fonemas-metáforas. Un ejemplo sencillo: en la noche le molestaban sobremanera los zancudos que venían hacia él con todo y zumbido a horadar su frente y, más le enojaba que, cuando quería protegerse de ellos y aun vengarse, desaparecían como por arte de magia. Por eso les llamo *zancuidizos*, o sea zancudos huidizos. Otro ejemplo para que el lector vaya descubriendo el mecanismo generador de esos juguetes: el hombre, que era un buen lector de poesía, sobre todo romántica, sabía por la lectura, y veía todos los días en su jardín, que las rosas envejecían, llevándose a la juventud entre las patas, hasta volverse rosas marchitas. Se le ocurrió entonces hablar de las *rosarchitas* que hallaba en sus rosales y hasta echó mano del gerundio para hablar de que, ay, sus flores estaban *rosarchitándose*. Una vez descubierto el procedimiento, soltó toda una retahíla de neologismos de todos sabores y

colores. Digo algunos: *helibélulas* (helicópteros/libélulas), *clavelojales* (claveles/ojales), *horpica* (hormiga/pica) u *horpiqueros*, *viboraces* (víboras/voraces), etc.

Se sintió el escritor más importante y original del universo mundo cuando toda su literatura se llenó de peligrosos *gruñerros*, graciosas *minuschinillas*, melancólicas *minioletas*, rincones *alacranosos*, terrenos plagados de *subterranices* y *topiegos* o *ciegopos*, bosques inhóspitos por los *ponzoñáspides* que los rondan, playas llenas de *maracoles*, selvas dominadas por un despótico *leonato*, cielos en que volaban *zopieligrosos* o *aguilambrientos* o mesas rebosantes de *gusabrosos* de maguey.

Pero su obra maestra fue cuando, frente a él, vio, volando alrededor del fuego, varias *palociriomicidas*.

En eso estaba cuando su *musaraña*, bajando del cielo, le dijo críticamente: ya deja de engendrar esos *poemalos* con *versosos singraxis*, llenos de *ripijos* y escritos con *tintarada ridiculosa*.

CALAMIDAD

Jesús era un muchachito normal. No de los que obtenían MB en el colegio pero tampoco de los que sacaban NA. A sus 19 años todos lo querían y sus padres llevaban la batuta en este concierto amoroso. Era algo así como el niño consentido de la buena suerte. Un día, empero, despertó con las manos incendiadas. Sí, de sus palmas nacía fuego, pequeñas flamas intermitentes. Y ya no fue un muchachito normal. Él se quejaba de manera persistente y en voz baja, pero no porque le ardieran las manos, sino por el horrible espectáculo que ofrecían y las dificultades que acarreaban para el quehacer cotidiano. La hermana mayor trajo unas mantas para apagar el inesperado siniestro. Pero fue inútil. El padre quiso apagar el incendio a fuerza de cubetazos. Pero la llamarada, terca, siguió cual tal. La madre quiso llamar a los bomberos. Pero Jesús calmó a todos al decir: no se preocupen, es que la Juanita me trae loco.

CARTA DE AGRADECIMIENTO O EL SECRETO CONTENIDO EN UNA SONRISA

En medio del velorio de su “viejo”, Velma no pudo, después de tanto chillar, reprimir una sonrisa completamente fuera de sitio que rápidamente escamoteó bajo su velo negro. Y es que se había puesto a recordar que tiempo antes, cuando él tenía 78 años y ella diez menos, su vida, que atravesaba una fase insípida y rutinaria, cambió de pronto y para bien.

Llevaban cinco años sin el menor encuentro sexual y sus manos, engarrotadas, habían olvidado hacer una caricia. La doble razón de ello, obvia, surgió de la impotencia masculina que, tras el fracaso de una aciaga noche, cuando él tenía 75 años, ya no pudo levantar cabeza, y del deseo nada marchito de Velma que, ante las irremediables circunstancias que habían llegado para quedarse, se vio forzado a ocultarse en algún lugarejo del cerebro reservado a la resignación. Fue en esos días cuando ella —que era, como él, una mujer ignorante, pero curiosa a decir más— asistió a una *reunión de mujeres* en que se habló de muchos y variados temas y, entre otros, de la famosa *pastillita azul*. Al salir de la reunión, pasó a una farmacia y pidió al dependiente, sin inmutarse, el medicamento de extraña nominación del que se había hablado, y el farmacéutico, como si vendiera unas aspirinas, entregó una cajita a Velma, la cual, oronda, se dirigió a su casa a reunirse con su viejo Don Refugio, el cual, como era un poco olvidadizo, y confundía a veces las manzanas con las peras, había permitido, con beneplácito, que ella le suministrara, noche a noche, el puñado de medicinas que sus múltiples

achagues demandaban. Así es que ella mezcló la *pastillita azul* con las otras e hizo que Don Refugio, auxiliado por un trago de agua, se la zampara. Cenaron muy a gusto. Vieron algunos de sus programas de TV preferidos y dos horas después, se fueron a su cuarto. Ella entró al baño para darse un duchazo y al poco tiempo tornó a la recámara, envuelta en una toalla, y empezó a secarse, lenta y parsimoniosamente, todas las partes sacras y profanas de su cuerpo ante la mirada de su viejo que hallábase en el lecho ya en pijama. Él, a diferencia de otras veces, quiso hacerse de la vista gorda, pero Dios sabe por qué, sintió que los movimientos de su cónyuge —una especie de ballet impúdico— le ponía el ojo cuadrado, y cuando ella, sin decir agua va, se metió a la cama sin ponerse el camisón, había sorpresivamente un nuevo invitado entre las sábanas. Esa fue la primera de una serie de inolvidables noches en que, una vez por semana y algunas veces dos, ella, sin sospecharlo nunca su marido, añadía la *pastillita azul* al bonche cotidiano de medicinas.

Todavía recordaba la última vez. Tras de hacerle tomar a su esposo su *cocktail* de comprimidos, fueron a la cama y ella, juguetona, le había dicho: “oye, viejo, ¿te sientes mal?”

—¿Por qué Velmita?

—Porque siento una parte de tu cuerpo muy pero muy inflamada.

Él se bajó los pantalones y le interrogó: “¿aquí?”.

Entonces ella se encaramó en el pináculo del goce y, vuelta una moderna amazona, se fue a galopar al jardín de las delicias.

Después del paro cardíaco que había terminado con la vida de su viejo a los 83 años, ella encontró en una de las páginas del libro de cabecera de su marido —una vida de San Agustín— la siguiente carta:

“Dios mío: te doy las más encarecidas gracias por haberme devuelto mi virilidad. Los años de abstinencia fueron días perdidos y mi corazón, con la castidad forzada de esos años, se me había vuelto reseco, rancio y arrugado. Pero estos últimos años me has vuelto la seguridad y la alegría. Gracias Señor. No sabes cuánto te ama tu feligrés Sergio Rodríguez”.

Velma leyó la carta y se deshizo en lágrimas. Y ahora, en el velorio, no pudo reprimir la sonrisa que cobijaba la siguiente reflexión: Ay, mi viejo, a quien deberías de haber dado las gracias es a tu mujer, a tu Velma, esta mujer maravilla.

LA GRACIA

Es cierto que la mujer norteamericana de muy buen ver y de mejor entrever, se puso las prendas de vestir y los gestos y ademanes que volvían inconfundible el coqueteo descarado: pero eso no justifica en nada que John Hart la sometiera a la fuerza bruta y la violara. La policía lo aprehendió en menos de lo que canta un gallo y, tras un juicio en que la defensa no supo o no pudo salvar a su cliente del castigo, fue sentenciado a muerte por un jurado de personas blancas y en su mayoría cristianas y racistas. Pasó el tiempo y ninguna de las peticiones de permuta de la pena capital por la prisión perpetua prosperó.

El gobernador del estado, que podía haber ejercido un acto de clemencia, se negó a hacerlo y declaró, socarrón, “cúmplanle al enjuiciado su último deseo antes de ir a la silla eléctrica”. Es muy típico de ciertas autoridades sureñas de EE.UU ser inflexibles con la pena de muerte y muy magnánimos con la celosa satisfacción del último deseo. Pero la petición de John, unas horas antes de su ejecución, puso en un predicamento al puritano gobernador. El negro exclamó: “No quiero que me ofrezcan una cena suculenta, no pido que venga mi madre a despedirse de mí, no deseo que un sacerdote católico acuda a confesarme, no solicito que me traigan una pinche botella de aguardiente para embriagarme. Nada de esto me ayuda a serenar mi ánimo y sacarme del encabronado estupor en que me encuentro. Les demando una sola gracia: que me permitan masturbarme unos minutos antes de la primera descarga eléctrica: sólo el orgasmo —lo sé, lo sospecho— me puede...¿cómo decirlo?... distraer del fregadazo que me espera”.

Cuando el gobernador supo de la petición, puso el grito en el cielo. Echó madres contra “la inmoralidad de estos negros” y no pudo dormir la siesta. Finalmente, la almohada le aconsejó no traicionar su promesa de tomar en cuenta, en lo posible, el último deseo de los delincentes. Con mucho disgusto aceptó la demanda e incluso no puso reparos en que, como siempre, el espectáculo de la ejecución tuviera un reducido grupo de asistentes: en realidad funcionarios de la cárcel y algunos empleados de la burocracia. “Pero —puntualizó con energía— ninguna mujer, ni tampoco ningún periodista. El acto debe ser inadvertido, como una vergüenza en nuestra historia penitenciaria”.

Al llegar el momento de que John rindiera cuentas con la justicia norteamericana, el verdugo llegó a la funesta silla acompañado de un espectro tembloroso que, empujado por un guardia, arrastraba los pies y encarnaba una elocuente versión de la palabra guiñapo. Lo sentaron en la silla, le conectaron los cables en la cabeza, los brazos, las piernas y los tobillos. Pero le dejaron libres el antebrazo y la mano derecha. El verdugo vio su reloj de pulsera y susurró: “Querido, tienes tres minutos”.

El público, acostumbrado a estas sesiones de *atrocidad legal*, no podía dar crédito a lo que evidenciaban sus desorbitados ojos. Antes de la primera descarga, Andrés Negrete puso mano a la obra, lo hizo con desesperación, como si se le fuera el alma en ello. La eyaculación copiosísima tuvo lugar al mismísimo tiempo en que llegó la primera descarga. El rostro del sacrificado —se dijo— fue una mezcla de placer inenarrable y de sufrimiento exacerbado, tras lo cual fue presa poco a poco de una serenidad uncida a lo perpetuo.

Al llegar la segunda descarga, John había dejado ya este mundo despidiéndose de él, por así decirlo, con un portazo violento o una mentada de madre. El público —como

hipnotizado por lo incomprensible— se le quedó mirando un largo rato, hasta ver salir de la boca del pene, tras el derrame blanco natural, una gota de semen profundamente negra.

PALABRAS CRUZADAS

“Efraín Gil Robles es el personaje preferido de mis cuentos. Es, entre mis criaturas literarias, la *más humana*”, le digo a mi pluma y ella pronuncia el inaudible *sí* de su asentimiento.

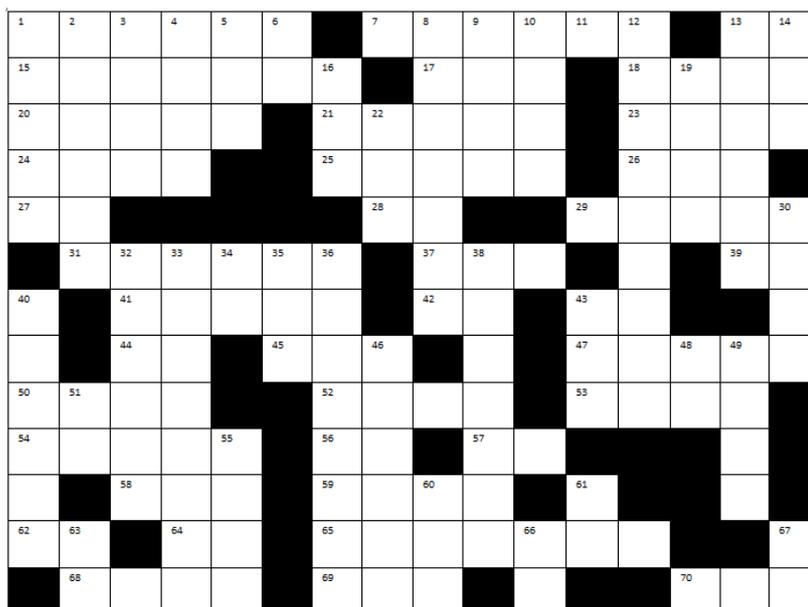
Es mi personaje preferido ya que tiene más carne y hueso, más sangre en las venas y más delirios en la atalaya de la imaginación, que cientos y cientos de personas que, sin vida, pululan por doquier y parecen sacadas de un cuento comercial o una telenovela. Respondiendo a su idiosincrasia, un día, al estar hojeando una novedosa e incógnita revista que el azar puso en sus manos, leyó el siguiente aviso: *“Atención personajes literarios: la Oficina Central de Mutaciones ha elaborado un conjunto de ‘crucigramas del conocimiento universal’ y los pone a disposición de los protagonistas literarios que se sientan capaces de resolverlos. El premio único es el traslado inmediato y seguro del mundo de la imaginación al de la realidad. Los que fracasen continuarán su vida cotidiana como productos de la inspiración, o falta de ella, de los escritores”*.

Efraín, ni tardo ni perezoso, fue a la Oficina Central de Mutaciones a solicitar uno de los mentados crucigramas con la esperanza de que, de solucionarlo, pudiera dar un “salto” y hallarse en el espacio y el tiempo como cualquier hijo de vecino. Al llegar a las puertas de la Oficina, no dejó de llamarle la atención la larga fila de famosas figuras literarias que aspiraban a lo mismo: dar una satisfactoria resolución a las palabras cruzadas y, como en el poema sinfónico “Muerte y resurrección”, dejar el aquende de su

vida imaginaria y ser aupado al allende de la realidad. En la fila reconoció a personajes universales como Prometeo, Macbeth o Alonso Quijano; figuras latinoamericanas como Martín Fierro, Doña Bárbara o Aureliano Buendía, y figuras mexicanas como Martín Garatuza, Pito Pérez o Pedro Páramo. Se enteró de que a cada uno se le iba a entregar un “crucigrama de conocimiento universal” con algunas semejanzas (provenientes de las experiencias comunes a todos los humanos) y muchas diferencias (surgidas de la época en que fue imaginada la vida de cada personalidad).

Efraín podría haberse desilusionado al advertir tan indiscutibles e importantes competidores, pero el saberse conformado con la materia fina de la erudición y haber conocido, casi se puede decir que personalmente, a Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes y Guillermo Tovar y Teresa, lo llenó de seguridad con un post grado en la valentía “y aquí estoy, se dijo, para jugármela en serio, con el corazón intrépido y la frente esperanzada”. Después de una buena espera —en que el reloj parecía rumiar cada minuto saboreando su fugacidad— le llegó su turno y unas piadosas manos le entregaron el crucigrama y le dieron, como a todos, un mes para resolverlo.

El crucigrama es éste:



y las preguntas a resolver son las siguientes:

Horizontales:

- 1: apellido del autor español de “Zalacaín el aventurero”
- 7: demonio disfrazado de profeta
- 13: mi en francés
- 15: carente de olor
- 17: bebida alcohólica obtenida por fermentación y destilación del jugo de la caña de azúcar
- 18: libro sagrado que forma parte de la Biblia de la iglesia ortodoxa etíope
- 20: bala de fusil de menor calibre que la ordinaria
- 21: diosa griega de la paz
- 23: letras que se emplearon para escribir en las lenguas germánicas
- 24: palabra francesa que significa impulso o ímpetu
- 25: hombre que trafica con mujeres públicas
- 26: club para vacaciones de lujo
- 27: prefijo que significa repetición

- 28: carta de los naipes
- 29: limpiar las tierras de las hierbas y matas inútiles
- 31: famoso filósofo hispano romano
- 37: miembro de la casta de los esclavos en el imperio otomano
- 39: segunda nota de la escala musical
- 41: naturalista sueco considerado el padre de la botánica moderna
- 42: tercera persona del singular en francés
- 43: nota musical derivada del primer verso de un himno religioso usado por Guido d'Arezzo
- 44: nombre que proviene del occitano en contraste con el francés del norte o lenguas oil
- 45: denominación de un partido político mexicano
- 47: designación dada en la antigüedad a la tierra que bordeaba el Ponto Euxino (Mar Negro)
- 50: barrio londinense donde todo está en constante ebullición
- 52: con forma de huevo
- 53: préstamos en dinero o efectos que se hace a campesinos y mineros
- 54: miembro del cuerpo de un polluelo
- 56: primera sílaba del nombre de una famosa novela de Michael Ende
- 57: artículo indeterminado
- 58: palabra invertida que alude a un árbol que tiene grandes propiedades que benefician al cuerpo, originario de la India y de Birmania
- 59: inversión del nombre dado al musulmán que habitó en España desde el siglo VIII hasta el siglo XV
- 62: antes meridiano
- 64. no aprobado
- 65. hijo del zar, heredero del trono
- 68: firma que se pone al pie de un documento de crédito para responder de su pago
- 69: pequeño palíndromo
- 70: siglas de quien resolvió este crucigrama

Verticales:

- 1: violinista austríaco-bohemio autor de las Sonatas del Santísimo Rosario
- 2: relaciones de sucesos por años
- 3: da vueltas en un círculo
- 4: el dios principal de la mitología nórdica
- 5: primera parte de la palabra inglesa (castellanizada) que significa en béisbol “carrera a casa”
- 6: Alfonso Reyes
- 8: músico ruso autor de las “Variaciones sobre un tema de Chaikovski”
- 9: simio
- 10: conjuntan
- 12: autor ruso de la famosa novela “Un héroe de nuestro tiempo”
- 13: limpiar algo quitándole lo superfluo o extraño
- 14: en este lugar o cerca de él
- 16: familia de lenguas romances originadas en la antigua Francia y parte de Bélgica
- 19: fruto del nogal
- 22: hija de Urano y Gea, hermana y esposa de Cronos y madre de Zeus
- 32: palabra con la que se denomina a Dios en la Biblia
- 33: droga tóxica extraída del tabaco y que también se puede producir sintéticamente
- 34: preposición que denota lugar, tiempo o modo en que se realiza lo expresado por el verbo
- 35: Consejo Nacional de Población
- 36: azafata
- 38: poema escrito por Edgar Alan Poe en 1847 dedicado a su esposa
- 40: platillo griego que se hace con carne picada de cordero o de ternera
- 43: arriba
- 46: gran músico checoslovaco del siglo XIX
- 48: conjunción copulativa para unir vocablos que denotan negación
- 49: novela de Cesare Zavattini de la cual se hizo la película

“Milagro en Milán”

51: fonema invertido que alude al artículo determinado neutro singular de él

55: palabra invertida que significa pelo de las ovejas o de otros animales que se hila y sirve para tejer

60: reza

61: símbolo de la razón de la circunferencia a la del diámetro

63: mi en francés

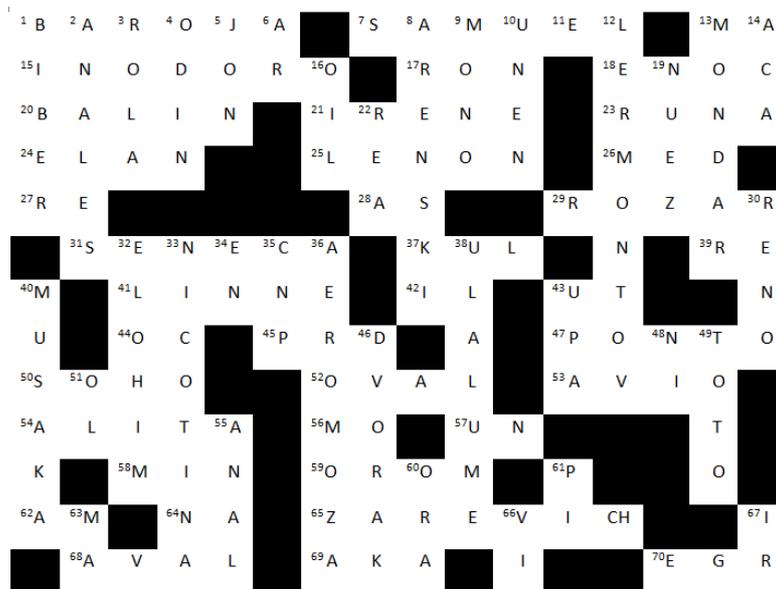
66: miré

67: trasladarse a

Efraín se encerró en su cuarto días enteros para dar muestra, localizar las palabras huidizas y sacar de su escondrijo a los vocablos recelosos, de sus conocimientos en las áreas de la ciencia, la técnica y las humanidades¹. Echando mano de sus libros, su memoria privilegiada, la red —que puede ser una caja de Pandora si no tiene uno a raya sus neuronas, pero que le es dable ser una torre para tutearse con los puntos cardinales— y, finalmente, de la sabiduría de sus amigos eruditos, fue poco a poco resolviendo las dificultades y dando con las respuestas adecuadas.

He aquí el crucigrama resuelto:

¹ Como tú podrías hacerlo, querido lector, si te lo pidiera el deseo y el tiempo te pusiese buena cara.



Muy consciente de sí, de la validez de su trabajo y de su capacidad intelectual, estando a punto de terminar su labor, y finalizarla con un cumplimiento tan certero como indiscutible, se dio el lujo de criticar a los “programadores del crucigrama”. El reto es algo difícil, pero con paciencia, unos gramos de astucia, varias tazas de café y una memoria bien aceitada, puede vencerse, si no con la mano en la cintura, sí acariciando los senos de Minerva. Las preguntas sobre los músicos, los literatos, los hombres de ciencia o de filosofía están bien; pero aludir a un club vacacionista o a la mitad de una expresión beisbolera, es un dislate, para no hablar de las preguntas horizontales o verticales que entran en el crucigrama, no como Pedro por su casa, sino de manera forzada y grotesca.

Efraín, al cumplirse los días dispuestos para la entrega del crucigrama resuelto, acudió a entregar sus palabras cruzadas. Se le indicó una nueva fecha para darle a conocer el dictamen del jurado y, llegada ésta, corrió a la Oficina

Central de Mutaciones para conocer la opinión de los dictaminadores. Apenas entró al edificio, salieron a darle la bienvenida varias personas con los brazos abiertos y una lluvia de felicitaciones y la invitación a tomar una copa de vino con las autoridades en pleno de la Oficina. El coordinador del jurado los recibió con las siguientes palabras: “su trabajo fue el mejor de todos, su cultura es multifacética y deja usted la memoria de los elefantes como la desmemoriada existencia de un hombre entrado ya en la senectud. Usted merece el premio, todos aquí lo atestiguan y por eso queremos felicitarlo, aunque existe un pero...”

—“¿Un pero?”, balbució Efraín atemorizado.

—“Sí —continuó el coordinador— y este *pero* o *inconveniente* radica en su respuesta a la palabra horizontal con que terminó el crucigrama. Usted puso EGR, lo cual nos dejó estupefactos por un momento hasta que caímos en cuenta de que estas letras correspondían a las siglas de Efraín Gil Robles”.

—“Desde luego, porque fui yo quien resolvió el ‘crucigrama del conocimiento universal’.

—“Y aquí está —respondió el coordinador— su gran falla y el impedimento de que pueda usted brincar del ilusorio mundo en el que vive a la real realidad verdadera. El EGR escrito por usted sería correcto si aludiera a Enrique González Rojo y no, por desgracia para usted, a su personaje preferido.

LOS COLORES DEL RESPETO

Jorge, mi compañero de trabajo, no deja de sorprenderme por la manera en que enfrenta las cosas y resuelve los problemas. Cuando lo veo cómo actúa, me siento como la ingenuidad ha de sentirse cuando tiene frente a sí a la experiencia. Como ilustración de esto, les narro que Jorge a los veinte años pensaba, como la mayoría de los hijos e hijas, que, en lo que se refiere al sexo, sus papás respiraban la atmósfera confortante de la normalidad. Pero de pronto, empezó a notar ciertos extraños comportamientos de sus progenitores y escuchó, sin pretenderlo, una conversación que no atinó a comprender por la presencia en el cuchicheo de ciertas expresiones inesperadas, confusas y hasta escandalosas. En la primera oportunidad que tuvo, les preguntó a quemarropa que qué sucedía, que cuál era el sentido de la plática mentada, y ellos, un tanto afligidos y titubeantes, aunque resueltos, le confesaron que si bien ambos, cuando contrajeron nupcias y lo concibieron, constituían una pareja tradicional, con el paso de los años, el tráfago de experiencias y la inquietud personal, libidinosa, de cada uno —para dejar las cosas ahí, sin más explicaciones— los condujo, casi al mismo tiempo, a transmutar sus preferencias sexuales, y el resultado de ello fue que los dos, tras de quemar las naves del retorno, pero sin separarse, cambiaron de carácter y actitud y papá se hizo homosexual y mamá lesbiana. Ellos confesaron a su hijo la nueva situación con el mismo embarazoso temor con que suelen hacerlo los jóvenes (que reniegan del “lugar” sexual asignado por sus condiciones físicas y las buenas costumbres) al hablar con sus padres conmocionados y perplejos. Jorge, que hasta entonces no

sospechaba nada, se sintió asaz conturbado y durante varias semanas no sabía cómo entender la relación de sus padres entre sí, de ellos con él y de sus propios sentimientos, en plena contradicción y zozobra, consigo mismos. Mas la pomadita del tiempo que acaba de poner las cosas en su lugar y zurcir el alma adolorida con el hilo bienaventurado de la cicatriz, hizo que Jorge aceptara la situación, la fuera poco a poco asimilando y, finalmente, la justificara y defendiera como una de las expresiones de la libertad inalienable de ser *motu proprio* lo que se quiere o se puede ser.

Unos años después, Jorge, de manera abrupta, sintió el despeñadero de la mala suerte sobre sus hombros o un zarpazo del destino en el sereno curso de su existencia, ya que sus padres murieron al mismo tiempo en un accidente automovilístico que tuvo lugar en la calle de la amargura esquina con Providencia.

Jorge, aturdido, no pudo hacerse cargo de los múltiples menesteres implicados en el velorio y el entierro de su padre y de su madre. Sus parientes tomaron el mando y llevaron a buen fin todas y cada una de las acciones requeridas. Entre ellas, la adquisición de los ataúdes. Y es de mencionar esto, ya que en el sector mercantil de cajas de muerto de la funeraria, no quedaban más que dos ataúdes del mismo tamaño, forma semejante, idénticos adornos e igual precio, pero que diferían en que una era azul por dentro y por fuera y la otra rosado en ambos sitios. Los parientes, ante la ausencia de otras cajas de colores más propios, compraron las que había e hicieron que los ataúdes se trasladaran al velatorio donde también se llevarían los restos mortales de los padres de Jorge. Una vez instalados aquéllos, los tíos y las tías, los sobrinos y sobrinas decidieron introducir, como era lógico, a la mamá de Jorge en el ataúd rosado y al papá en el azul. Pero Jorge, saliendo de su marasmo, se opuso tajantemente a ello y, auxiliado por otros parientes y amigos,

depositó a su padre en la caja rosada y a su madre en la caja azul.

Después de eso, y a la llegada de la noche, aunque sin aliviar en nada su sentimiento de pérdida, nada le impidió dormir a pierna suelta.

AVATARES DE DOS BORRACHOS Y UN PORTENTO

El corazón del centro de Coyoacán es el templo de San Francisco, el cual cumple dos funciones: ser el padre o el hermano mayor de una colonia donde hay edificios, casas, pocilgas, restaurantes, jardines, librerías, y ser el pastor de piedra de un buen número de feligreses que tienen la mitad de su corazón en el pecho y la otra en el altar de la iglesia. No todos los habitantes de Coyoacán, sin embargo, le dan el golpe al incienso y tienen a Francisco como su santo de cabecera. Los hay también evangélicos, testigos de Jehová, positivistas, comecuras y un grupo de ateos que se puede contar con los dedos de la mano de un manco. También merodea por ahí un loco itinerante que se autodenomina “el rey de Coyoacán” y a quien de vez en cuando, por Abasolo, Gómez Farías o la avenida Hidalgo, le da por cantar, con una estentórea voz de barítono, algún himno protestante o un discurso incendiario llamando a la rebelión contra el alto clero o la clase política. Y también son de este rumbo dos personajes un tanto decimonónicos: uno, librepensador y jacobino como el que más (Don Gabino), y otro, un “mocho y persignado” (Juan Diego), los cuales encarnaban el asombroso hecho de ser *amigos del alma* pese a sus creencias. Juan Diego le decía a su camarada —dando por supuesto que él avanzaba en línea recta hacia la bienaventuranza— “seremos amigos hasta que el infierno nos separe”. Ambos eran borrachos perdidos o empedernidos (escoge tú, lector, el adjetivo calificativo) y varias veces a la semana venían juntos por Francisco Sosa, atravesaban el parque de los coyotes, bordeaban la parte izquierda de la iglesia y se internaban

en ese edén etílico que era la Guadalupeana donde los esperaba una botella de tequila, de preferencia reposado, con los brazos abiertos.

Don Gabino y Juan Diego, desde muy pronto, fueron testigos de que una de las paredes de la iglesia, que daba al exterior, enloqueció repentinamente, y empezó a fraguar, como las nubes que gozan con pergeñar metáforas atropelladamente, estampas o esbozos de figuras de las más variadas formas.

¿De qué parloteaba el muro? ¿Qué es lo que configuraba o producía? A veces un orangután comiéndose las uñas, otras una especie de querubín con alas de murciélago, una tarde un plato con dos mosquitas muertas y una cuchara, en un instante un oso hormiguero con delantal, a veces una jirafa dándole mordiscos a una naranja aérea y en ocasiones un Cantinflas ahorcándose en su gabardina.

Juan Diego y Don Gabino también descubrieron que la pared, voluble, hacía mutaciones o cambiaba de estado de ánimo: lo que un día semejaba una mano, al otro día era una mazorca. Lo que en la mañana parecía una pareja estrujada en un beso, en la tarde era un árbol de la noche triste deshojándose. “Mira, se regocijaba Don Gabino, lo que el lunes se diría un lápiz, el miércoles una pobre lombriz con ínfulas de culebra, hoy viernes es una serpiente con colmillos de dragón”. “Sí, replicaba Juan Diego, lo que ayer era un pródigo seno, hoy es un globo que se escapa de las manos de un niño”.

Entre los transeúntes, eran pocos los que prestaban atención a la juguetería fantástica de la pared. Sólo el par de amigos, divididos por sus creencias pero hermanados por los artilugios de Baco, reparaban en el surrealismo demencial de la tapia. Pero un día, un día, un día... la pared fue esbozando poco a poco la inusitada aparición de una virgen de Guadalupe. Las demás imágenes estrafalarias humildemente hicieron mutis y dejaron que se robara la escena la virgen morena del Tepeyac.

Juan Diego fue, no sólo de los dos amigos, sino de toda la gente, el primero en advertir el suceso y, como si su nombre le resultara inaguantable por su peso y lo obligara a inclinarse, se postró ante la imagen y se deshizo en rezos y exclamaciones. Cuando se levantó, no se cansaba de decir: “es un *milagro*, un *milagro*”. Don Gabino, que lo observaba socarronamente, lo atajaba: “qué milagro ni que ocho cuartos, es una mancha del muro que casualmente parece *coincidir* con la imagen de la virgen de Guadalupe. Déjate de pendejadas y vámonos a la Guadalupe de verdad”.

Los creyentes de Coyoacán y colonias aledañas corrieron la voz. La gente se hincaba de rodillas ante la imagen y rezaba furiosamente. El fervor religioso se fue encaramando a los cuarenta grados del delirio. El lugar se llenó de veladoras y hasta hubo domingos en que todos los feligreses en lugar de entrar a la nave y arrodillarse ante el altar, se apretujaban frente al portento y sus ojos desgranaban lágrimas que eran al parecer de agua bendita.

Juan Diego estaba emocionado por la suave presencia de lo sobrenatural en los encalados ladrillos de la tapia. “Qué suerte —se agitaba— ser testigos de un milagro tan indiscutible”. Don Gabino se reía amablemente de su compinche, pero no dejaba de fustigar, desde el pedestal de la ciencia, la “superstición” de Juan Diego. Y después de una esgrima en que chocaban como espadas los vocablos milagro y superstición, superstición y milagro, ambos se iban a la Guadalupe a continuar una discusión que terminaba siempre en las pedrezuelas de los puntos suspensivos.

Pero un día, la virgen comenzó, gradual e imperceptiblemente, a metamorfosearse: una tarde perdió un ojo, a la mañana siguiente una mueca poco amable sacó a codazos la dulzura de su boca. Hacia las 16 p.m. el resplandor de luces que la circundaba transformó su imagen en una suerte de criatura rodeada de espinas, después las manos unidas por el rezo se amalgamaron en lo que parecía un libraco que se

desmoronaba y, a lo último, en una imagen retorcida, informe, con el ángel que le servía de pedestal volando al centro de un bulto negro sin pies ni cabeza, desapareció la virgen de Guadalupe sin dejar el menor rastro.

La imagen se esfumó y, con ella, el entusiasmo y la esperanza que habían ilusionado a las criaturas de Dios. El cura de San Francisco mandó encalar del todo la pared para que, como arguyó, “la superstición y los engañosos tejemanejes del demonio no vuelvan a aposentarse aquí”.

A partir de ese día la tapia, sorda como lo exige su identidad, ya nunca escuchó el canto de las sirenas del allende y jamás volvió a decir “esta boca es mía”. Fue un muro que, contrito, volvió mansamente a la cordura.

Al correr del tiempo, el suceso fue olvidado por casi todos los coyoacanenses. Mas Don Gabino y Juan Diego siguieron hablando y hablando de lo sucedido, cada uno desde su muy personal interpretación de las cosas: la de que *sí* fue un milagro y la de que *no* sólo fue una mera casualidad: En la ya mencionada esgrima de siempre, uno llevaba un poco de cielo en la punta de su espada, mientras que el otro cargaba en la suya un terrón de tierra. Y ambos coincidieron en señalar que la aparición de marras, seguida de la interminable discusión sobre la esencia del suceso y de las reflexiones de cada uno sobre el mismo, fueron como un parteaguas o un *punctum saltans* en su vida, ya que Don Gabino, que había sido hasta entonces sólo un librepensador introvertido, agnóstico y jacobino, logró una cátedra en la Preparatoria núm. 6 de Coyoacán donde pudo explayar sus enconos contra la superchería, y Juan Diego, que fuera únicamente un hombre de fe absorto y ensimismado, saltó, como era previsible, a la dignidad del sacerdocio con la esperanza de codearse con la divinidad. En lo que al alcohol se refiere, ambos optaron por la militancia reservada.

EL RETABLO DE MAESE ENRIQUE

En la parte septentrional de *El país de las maravillas*, entre el condado de *Neverland* y la *Cueva de Montesinos*, se aposenta una gran carpa que, en un semicírculo a manera de corona, ostenta el nombre, rutilante y enigmático, de *Retablo de maese Enrique*.

Alicia se detuvo, intrigada, ante la forma caprichosa y extravagante del recinto, con varias tiendas de campaña al interior. A la derecha y la izquierda de la entrada había sendas taquillas donde se adquirían boletos para acceder al o los espectáculos que dirigía, desde la cabina de su invisibilidad, el director de escena. Alicia se acercó a la taquilla de la derecha y preguntó por el precio para entrar al recinto. La empleada —una bella mujer misteriosa con dos cabezas y cuatro manos—, en vez de responder, dijo con su boca izquierda: “aquí vendo boletos para el tamaño de espacio que usted desee”, y con la derecha: “y aquí mismo vendo boletos para la duración de tiempo que necesite”. Alicia preguntó a la bolsa de su delantal cuántas monedas traía, y aquella respondió que el número suficiente para ocupar un cómodo lugar en el *espacio* de los espectadores, y para gozar del *tiempo* indispensable que exige la función, sea cual fuere ésta. Alicia compró los dos boletos y oyó, a dúo, que las dos bocas le susurraban: “ahora ve a la taquilla de enfrente”. Ni tarda ni perezosa, o como quien le da a olfatear a sus pies la línea recta, la niña se desplazó a la otra taquilla, donde despachaba un hombre feo con media cabeza y media mano. “¿Trae sus boletos del espacio y el tiempo?”, preguntó, tragándose las consonantes y escupiendo las vocales. “Sí —respondió

Alicia— aquí están”. “Bueno —exclamó la media boca de la media cara— con lo que compró ya puede ir a las carpas del minicuento o del cuento, pero sólo a éstas”. La media mano hizo el ademán de exigir dinero, con el fin de añadir a los boletos del espacio y el tiempo, el requerido para acudir al tablado de los géneros mentados. Alicia sacó una última moneda de su delantal: una que tenía forma de llave dorada como hecha para entrar por la puerta principal de cualquier fantasía. Ya estaba por irse, cuando la media boca de la media cabeza, le gritó: “no se vaya a meter a la carpa de las novelas o de cualquier otro lugar; sus boletos del espacio y el tiempo no lo permiten”.

Alicia se sentó entre los numerosos espectadores, ante la tarima del espectáculo. Entonces ¿cuál no sería su sorpresa cuando vio en el tablado aparecer a otra Alicia que, en la parte septentrional de *El país de las maravillas*, entre el condado de *Neverland* y la *Cueva de Montesinos*, llegó a una gran carpa que, en un semicírculo a manera de corona, ostenta el nombre, rutilante y enigmático, de *Retablo de maese Enrique*. Y más se sorprendió cuando vio que todo lo que había acaecido —con la bella mujer de las dos cabezas y las cuatro manos y el hombre feo de medio rostro y media mano— ocurría en el escenario, incluyendo el momento en que la Alicia de arriba o sea la de la representación, entraba a la carpa del *cuento* y veía en su escenario que ella, es decir la otra Alicia, contemplaba en un nuevo escenario que una tercera Alicia se detenía, intrigada, ante la forma caprichosa y extravagante del recinto, con varias tiendas de campaña al interior, llamado el *Retablo de Maese Enrique*. Alicia, entonces, se sintió amenazada por los avatares del eterno retorno. Fue en ese momento que se levantó de su asiento, irrumpió en el escenario, y tirando al suelo a la Alicia fantasmal y todas sus comparsas, deshizo el *ritornello* diabólico del infinito.

Así estaban las cosas, cuando entraron al lugar dos esbirros con rostro de hipogrifos violentos, tomaron de los

hombros a nuestra Alicia y se la llevaron ante un juez que, después de estudiar el caso, decidió que la chiquilla era doblemente culpable: primero, debido a que en vez de ir a las carpas del *cuento* o el *minicuento* se había introducido a la del *cuento de nunca acabar* y sus boletos del tiempo y el espacio no le daban derecho para entrar ahí. Segundo, porque había subido furiosa al escenario en el momento en que ella, es decir la otra Alicia, contemplaba en una nueva escena que una tercera Alicia se detenía, intrigada, ante la forma caprichosa y extravagante del recinto, con varias tiendas de campaña al interior, llamado el *Retablo de maese Enrique* y fue entonces cuando Alicia se sintió amenazada por los avatares del eterno retorno y se levantó de su asiento, irrumpió en el escenario y, tirando al suelo a la Alicia actriz y todas sus comparsas, deshizo el *ritornello* diabólico del infinito.

Los esbirros se la llevaron a rastras hacia el cadalso. En el aire no cesó el estridente grito de “Que le corten la cabeza” y un par de verdugos se vislumbraban, a una mirada de distancia, afilando sus alfanjes a toda prisa. No sé qué hubiera ocurrido con la pobre muchacha si, gracias al *Deus ex machina* que improvisó el cuentista, se presentó en ese momento un hombre esbelto, vestido totalmente de rojo, que llegaba en su veloz patín del diablo y traía un primoroso estuche que puso en manos de Alicia.

Al tiempo que ella abría el estuche para ver su contenido, los esbirros la sacudieron para nuevamente arrastrarla, lo cual la salvó del insensato castigo, porque ello motivó que saltara del joyero la perla negra del punto final de este relato, que resbaló desde las manos de la niña, se deslizó hacia la tierra, y rodó y rodó un buen trecho hasta detenerse precisamente aquí.

CRIATURAS DE LA TINTA ALADA

(2011)

CATATONIA

Un cuentista con imaginación puede ver más y mejor que nadie. Los médicos y enfermeras del manicomio de Santa Fe no miraban en Sandra sino una pobre catatónica. Inmóvil, sentada, sin decir esta boca es mía, no teniendo más movimiento que el de sus parpadeos. Atendida en sus necesidades por el personal del nosocomio, Sandra no era sino un guiñapo humano, una psicótica ensimismada, sin posibilidades de mejoramiento ni el menor indicio de esperanza. Así la veían sus cuidadoras y cuidadores y por la manera en que la veían la trataban. Lo más que atinaron a hacer, al contemplarla siempre sentada o de pie, fue llevarla al dormitorio. Pero ahí ella volvió a estar de pie o sentada en la cama. El cuentista, en cambio, se dio cuenta desde un principio que la catatonía era algo así como la muralla china de una privacidad o, para ser más exactos, como la camisa de fuerza que la propia persona se autocolocaba para esconder lo que ocurría en el hondón de su alma. Y ¿qué era, en efecto, lo que transcurría en el interior de Sandra? En ella tenía lugar un drama personal. El corazón estaba enamorado de la sangre. Y ella le respondía con entusiasmo a sus requerimientos. Sandra se pasaba horas enteras siendo la alucinada espectadora de una palabra dulce, un beso o un abrazo concupiscente entre los enamorados. Pero en cierto momento, el cerebro también se interesó por la sangre. Esta última, que vivía una relación seria, profunda, monogámica con el corazón, no aceptó al principio los requerimientos atrevidos y un sí es no es insolentes del cerebro. Pero éste, que se las sabía de todas todas, en un descuido de la sangre, supo hallar las palabras pertinentes para descubrir sus reticencias. Y

entonces, en el escenario anímico de Sandra, se instaló el triángulo perfecto: un corazón, un cerebro y la sangre. Durante horas y más horas Sandra se divertía con las vicisitudes del triángulo y las exquisiteces de lo prohibido. Pero un día la sangre tuvo escrúpulos: no podía seguir traicionando al corazón con el cerebro. Y decidió contarle todo, absolutamente todo, al corazón. El corazón se sintió compungido, angustiado, celoso. Pero —civilizado al fin— aceptó la situación. Y este fue el momento de mayor felicidad. Hasta Sandra dejaba ver, en medio de su inmovilizadora catatonia, una extraña sonrisa que no dejó de llamar la atención al médico que hacía su recorrido diario por el dormitorio. La Felicidad, así con mayúscula. El amor compartido, sin engaños, Eros sin grilletes. La felicidad de un amor entre la sangre y el corazón era también la felicidad de Sandra. Pero la felicidad, si es que existe, tiene las horas contadas. El corazón sintió de nuevo los celos de siempre y —ante el asombro de Sandra— sufrió el infarto de la idea del suicidio. Su muerte causó enorme estupor en la sangre y el cerebro. Mas la tragedia no terminó ahí. La sangre no pudo, a partir de ese momento, resistir el sentimiento de culpa por la desaparición del corazón. Se sabía responsable y esta nítida conciencia de su culpabilidad hizo que tomara el mismo camino que el corazón. La sonrisa de Sandra se fue desvaneciendo. La inmovilidad se hizo aún más rígida. Los parpadeos se espaciaron. El cerebro, devastado por los celos suicidas del corazón y por la culpa aniquilante de la sangre, no pudo soportar la soledad y se acercó al abismo con intención de despeñarse. La enfermera de la noche notó que Sandra no sólo se había sentado en la cama, sino que se había acostado en ella, y que no dormía sino que había dado de bruces, ay, en ese estado en que la sangre se inmoviliza y dejan de funcionar el corazón y el cerebro.

MINICUENTO

Colorín era un gatito, travieso como el que más, que un día se cayó en un charco de pintura fresca y salió hecho un Colorín colorado.

POLISEMIA

Una de las facultades superiores de los hombres y mujeres es dar nombre a las cosas. El apelativo tiene que ser preciso, revelador y “a la medida” del objeto, el animal o la persona. No se puede denominar a la manzana pera y andar diciendo que nuestra madre le dio a morder a su aturdido compañero una pera en el Edén, porque podría haberse dado este chocante diálogo:

—¿Qué es lo que voy a morder?

—Es pera.

—Sí. Tómate tu tiempo.

Al rato:

Te repito: ¿Qué es esto que voy a morder?

—Es pera

Sí. Tómate tu tiempo.

Y así, si no para siempre, sí hasta que cayera en cuenta el cerebro poco usado aún de nuestro padre Adán del doble sentido de la palabra usada por su amiga.

POZO

El abuelo se tiró al pozo y había que sacarlo. Los nietos, presurosos, le arrojamos una cuerda, y le gritamos que se agarrara fuertemente a ella para empezar a subirlo. Pero después de un gran esfuerzo sólo salió a la superficie el saco del abuelo. Tornamos a gritar y a arrojar otra vez la cuerda y sacamos los zapatos, los tirantes y la corbata del viejo. Su voz permanecía abajo, reticente. Después obtuvimos la camisa, los calcetines, la ropa interior y una fotografía de la abuela. Todavía se escuchaba su voz, pero como alejándose de nosotros en dirección al silencio. Arrojamus por última vez la cuerda y lo único que logramos sacar fue la sonrisa del abuelo.

MENSAJE TRUNCO

Este texto no está dirigido a ustedes, lectores. No se hizo pensando en unos destinatarios concretos o abstractos. Ya sé. No necesitan decírmelo: todo esto resulta un embrollo ya que, aunque no fue creado para el público en general, no puede prescindir de vosotros. Creo que no soy claro. Pero no importa. Déjenme continuar. Como fue escrito para un solo lector (o mejor lectora) en esta narración voy a aludir a temas que nadie va a entender por la sencilla razón de que no sabe a qué aluden. Voy a hablar, por ejemplo, de un acuario, de un pez globo y de una anguila siempre acompañada de su hermana menor. ¿Verdad que no se entiende? Y así por el estilo. La destinataria se perdió o se volvió invisible hace muchos años, pero sé que si doy a conocer esta narración hay cierta posibilidad de que llegue a sus manos y entonces la intención con que redacté este texto, como una pregunta que encuentra los brazos abiertos de la respuesta, se verá por fin recompensada. Por eso este minicuento o lo que sea quiero que se dé a conocer con bombo y platillos, que muchos lo lean —aunque no sepan de qué diablos está hablando— y que caiga finalmente en los ojos de mi lectora.

P.D. Mas, ay, ayer me enteré por un amigo que mi lectora potencial falleció hace mucho tiempo. El texto es, entonces, la encarnación del sinsentido; sólo representa una pérdida de tiempo para todos, y no hay por qué hablar de él. Es una voz clamando en el desierto, el puñado de frases de una tinta sin alas.

MÚSICA DE CÁMARA

No se conocieron en el Conservatorio, sino a la salida del cine. Ninguno de ellos se había visto nunca, pero salieron hablando de la película que trataba sobre la creación musical y sus intérpretes. Pronto se dieron cuenta de que los tres eran músicos profesionales: Daniel tocaba el cello, Paula la viola y Gonzalo el violín. No sé de quién fue la idea, pero decidieron, después de hablar de mil cosas, que en otra ocasión ensayarían juntos alguna pieza. Daniel, el más conocedor entre ellos de la historia de la música, dijo que no recordaba que hubiese un trío para los instrumentos que ellos tocaban ni en el clasicismo vienés (Haydn, Mozart) ni en el clasicismo italiano (Bocherini). Quizás en Ditters von Dittersdorf—pensó en voz alta—, pero desechó la idea. Voy a buscar algo y después les digo... También ustedes investiguen ¿no? Quedaron de verse otro día.

La impresión que tuvo cada uno de su encuentro con los otros, fue de cierta indiferencia. Ella pensaba: no son simpáticos ni atractivos. No me parecen tampoco inteligentes. Gonzalo se decía a sí mismo: Paula no tiene ni buena cara ni buena pierna. Y además parece muy tímida y mojigata. Gonzalo reflexionaba: esta chica es la típica chava de la clase media que cree que en un instrumento — en su caso la viola— va a poder redimirse de la mediocridad de su medio ambiente. Además, carece de gracia y personalidad. A pesar de la dureza del enjuiciamiento que hizo cada uno, les atrajo a los tres advertir el sincero entusiasmo de todos por la música y el amor inocultable por su instrumento.

Se citaron en el departamento de ella para empezar a tocar juntos. Cada quien traía una propuesta: yo encontré un trío del músico alemán Max Reger —dijo Gonzalo. Yo hallé un trío del músico húngaro Ernst von Donhány —dijo Paula. Yo di con trío del músico vienés Alexander von Zemlinski —dijo Daniel. ¡Qué curioso! —murmuró Gonzalo—, los tres son post wagnerianos y pueden ser considerados como continuadores de Brahms. Es que —dijo ella— les encantaba la música de cámara y andaban a la busca de nuevas sonoridades y combinaciones tímbricas y qué mejor que asociar la voz grave del cello con la intermedia de la viola y la aguda del violín ¿no les parece?

Comenzaron con Reger. El primer movimiento, un *allegro con brío*, al que trataron de tocar a primera vista, les salió torpe (al parecer de Paula), desaliñado (según Gonzalo), insoportable (al decir de Daniel). Cada quien sintió que tocaba mal y que sus compañeros lo hacían peor. Estaban molestos con su desempeño instrumental y fastidiados con la apariencia física y la actitud de los otros. Ahí habrían terminado las cosas, si Daniel no hubiese propuesto ¿por qué no estudiamos cada uno su parte en casa y nos reunimos después? Así lo hicieron, y la situación dio un vuelco espectacular. Ya no sólo corrió bien el *allegro* del Reger sino también el *presto finale* y especialmente el *adagietto* intermedio. Fue en ese momento, al calor de una interpretación aceptable, que Gonzalo descubrió las piernas de Paula. Al terminar el *adagietto* —en donde la viola tiene encomendada una bella melodía en grados conjuntos, y en que, no hay por qué ocultarlo, Paula había estado no sólo correctamente encuadrada sino elocuente— él la vio con cariño, admiración y descubrió sus piernas. A Daniel le ocurrió algo semejante, pero a la mitad del *presto finale*. En efecto, en un corto pasaje en que la viola y el violín establecían una suerte de diálogo y el cello enmudecía como si se dedicara sólo a escuchar la conversación de sus compañeros, el cellista, complacido de la forma en que la mujer había interpretado los tres compases de

corcheas con puntillo de la parte intermedia, miró de reojo a la violista y adivinó sus senos, amplios y erectos, a pesar del corpiño, el vestido y el recato, y vio con toda claridad la entelada insinuación de los pezones. Pero hay que ir al fondo y contar todo lo que ocurrió en ese día. Paula también sufrió una transformación. La manera tan delicada, precisa y contundente, de tocar el violín de Gonzalo y el modo tan matizado, oscuro a veces, pero resuelto y entusiasta con más frecuencia en que manejaba su cello Daniel, hizo que ella simple y llanamente los deseara.

Lo ocurrido con Reger, se afianzó con Donhány y llegó a su culminación con el *Terzeto* de Zemlinsky. La libido que saltaba de Gonzalo a Paula, de Daniel a Paula y de Paula a ambos, de repente, y sin decir agua va, dio una cabriola y se asentó simultáneamente en Gonzalo y en Daniel. Gonzalo, al escuchar embelesado la manera de tocar de Daniel, sintió una extraña sensación y supo que lo embargaba el deseo. Daniel, ante la musicalidad notoria, pulcra y en crescendo de su compañero, cerró los ojos y se lo imaginó desnudo.

Más tarde, los tres se fueron a la cama.

EN TORNO A UN ASESINATO

Al mismo tiempo que Poirot decía: nunca hay que dejarse llevar por lo obvio, el mayordomo limpió con un trapo el revólver y el botón de la puerta, corrió a su casa a sembrar en una maceta los laureles de su crimen perfecto.

REFLEXIÓN

Si se ve cómo se suceden la mañana, la tarde y la lóbrega noche; la juventud, la madurez y la triste ancianidad; la sonrisa, la risa y la vulgar carcajada; Los hermanos Marx, Los hermanos Ritz y Los tres chiflados, cae uno en cuenta de que, decadencia, eres la peor enfermedad del tiempo.

REACOMODOS DEL CIELO

Que en el cielo había señales extrañas ya nadie lo podía dudar. Cada día que pasaba se hacían más y más evidentes. El problema no era sólo del sol, sino también de la luna. Pero lo inquietante comenzó con el astro rey, el cual, todo pudor, ocultaba su desnudez con la danza de los siete velos (formados con deshilachadas nubes) durante su jornada diurna. Después deslizaba las yemas de sus rayos por la piel del globo terráqueo en vez del consabido diluvio de pulverizado fuego. Los humanos cayeron muy pronto en cuenta que todos los afeminados gestos del sol, sus flirteos con el mar y sus besos a los montes, tenían su origen en el perverso anhelo de ser como la luna, estar hecho como ella con carne de mujer y vivir más de noche que de día. La luna, por contra, soñaba con tener el vigor imperial del Señor de los astros, aparecer durante el día, no dejando las cosas suavemente plateadas a su paso, sino arrojar a los campos roturados de libido su semen incendiario. Los terrícolas supieron que todo se debía al sueño de la luna de ser como el sol, de abordar otro género, de encontrar su vivienda en un nuevo litoral de la lujuria. Los hombres y mujeres intuyeron que el calentamiento del planeta algo tenía que ver con las señales extrañas, enigmáticas y hasta concupiscentes que advertían sobre sus cabezas, y pusieron, angustiados e iracundos, el grito en el cielo. El sol y la luna, amedrentados, corrieron a sus closets nuevamente a ocultarse.

DESLINDE GRAMATICAL

Aunque algunos los confunden, pez y pescado no son lo mismo. Todo pescado es un pez, pero no todo pez es pescado. Peces son lo que en los mares, los riachuelos o los lagos son dueños de sus giros, sus aleteos de ángeles mojados, la madeja indescrptible de sus rumbos. Pescados, los que con las redes o cañas de pescar son arrancados de su medio y pasados por las armas del oxígeno. Los peces condenados a recorrer sin descanso el círculo infernal de una pecera, también son pescados, víctimas del salvaje esteticismo de los ojos. Lo que hace, en fin, al pez diferente al pescado es la libertad, el ser una criatura que no sufre prohibiciones ni espacios acotados, el que, embarcado en su propia independencia, no padece los grilletes o el cadalso de las manos del hombre.

CONSEJO

¿Dices que vas a intentar la narración erótica? —murmura la amante entre las volutas de humo del cigarrillo *post festum*. Y añade: dada tu tendencia a la eyaculación precoz, creo que triunfarás en tu empeño si te esfuerzas no en hacer novelas o cuentos, sino sólo minicuentos, cariño.

EL DÍA EN QUE LA CLOTILDE Y YO FUIMOS A LA FERIA

A pesar de que la Clotilde era reticente conmigo, mi perseverancia ganó la partida. A cuanta fiesta, cine o baile le pedía que fuera conmigo, mi empeño se daba un frentazo con su negativa. Así era siempre, hasta que llegó la feria al pueblo. Entonces, con cierto desgano formado a la sombra del escepticismo, volví a extenderle, medroso, mi invitación. Y cuál no sería mi sorpresa que mi solicitud halló un eco inesperado en su fuero interno. Fuimos, pues, a la feria. Yo la invité a subir a la rueda de la fortuna, con la esperanza de que, cuando estuviéramos arriba y el mundanal ruido se hallara a nuestros pies y muy lejano, podría robarle un beso. Pero ella me dijo: no, la rueda de la fortuna, el látigo y los caballitos me marean; mejor vamos al tiro al blanco, a la mujer-víbora o al palo encebado. Nos dirigimos a este último. En el trayecto ella se puso a contarme: mi abuelo me decía que la búsqueda de la felicidad en esta vida era como un palo encebado: por más intentos que se hagan para acceder a su anhelado extremo, inexorablemente se deslizan al fracaso.

Clotilde —la interrumpí— yo querría que fueses mi novia, y al decir eso me convertí atropelladamente en un hombre audaz que trató de tomarle la mano. Ella desde luego me rechazó, pero con una sonrisa que le dio unas alas pequeñísimas a mi esperanza.

Clotilde, medio en broma medio en serio, y después de meditarlo un tanto, me murmuró: Enrique, te voy a hacer una propuesta. Escúchame bien.

Ya se podrán imaginar cómo la atención se abrió paso a codazos entre todas mis vivencias para colocarse en primera fila en mis oídos. Acepto ser tu novia con una condición: que trates de llegar al extremo del palo ensebado. Imagínate —continuó— que allí arriba se encuentra el sí... Ni tardo ni perezoso me acerqué al palo ensebado y, después de intercambiar ciertas aclaraciones con el dueño del negocio, me preparé a vencer las dificultades que traía consigo el dichoso palo. Me abracé del tronco, apreté las piernas e hice que mis manos me fueran subiendo poco a poco a la gloria. Pero al llegar a cierto punto, y a contrapelo de mis más impetuosos afanes, me deslicé lentamente y sin poderlo remediar a mi desgracia. Mas el dueño del juego al ver mi semblante, me espetó: no se me amilane, joven. El juego consiste no sólo en un intento, sino en tres. Le faltan dos.

Me tranquilicé un poco. Reflexioné por un momento en qué errores había caído, y cómo evitarlos. Pensé en algo así como: hay que apretar las piernas y el cuerpo entero al palo y hacer que las manos contrarresten la resbalosa ley de gravedad del sebo hasta ganar. Nuevo intento. Nuevo fracaso. Al llegar al nivel de la vez anterior, vino una lucha a muerte de mis manos por arrebatarse un centímetro a mi enemigo. Pero ganaba uno y perdía dos, ganaba medio y perdía tres. Le falta un intento —me dijo jubiloso el dueño del palo ensebado.

Estaba a punto de realizar mi tercera frustración, con las consecuencias conocidas de los lectores, cuando advertí no muy lejos del palo un haz de herramientas, entre las que sobresalían un martillo, un serrucho y un hacha. Tomé el hacha y, ante el asombro de todos, con tres o cuatro golpes muy bien dados, derrumbé a mi enemigo. Puse mis manos en su punta —que ahora yacía en el suelo— y volví, triunfante, los ojos a la Clotilde.

El dueño del negocio se hallaba enfurecido; pero un billete que le coloqué en las manos amordazó abruptamente sus quejas y reniegos.

La Clotilde, entre enojada y risueña, me dijo: hiciste trampa, no se vale, pero me gustó tu audacia e imaginación. Actuaste como lo hizo Alejandro Magno cuando deshizo el nudo gordiano a golpe de espada. Me tomó de la mano y aceptó ser mi novia.

Después nos casamos, tuvimos varios hijos, plantamos varios árboles y podría terminar diciendo que fuimos felices para siempre, si no supiéramos, por obra y gracia del abuelo de Clotilde, que la búsqueda de la felicidad en esta vida es como un palo encebado.

TERCERA EDAD, TERCERA

Al llegar a la tercera edad, el poeta perdió dos cualidades: la memoria y la inspiración. Pero adquirió un defecto: la falta de escrúpulos. Desde joven, cuando usaba como seudónimo Simónides II odiaba los plagios a los que veía como “robos a mano armada de la inspiración ajena”. Pero ahora, ya en los litorales de la senilidad, al querer escribir (pese a su falta de inspiración) no halló otra manera que realizar un plagio (llevado por su nueva adquisición: la falta de escrúpulos), pero el poema que se robó (por su falta de memoria) era uno que llevaba al calce la firma de Simónides II.

LO VERDADERAMENTE EFÍMERO

Lo verdaderamente efímero nace y muere en alguno de los incidentes que suceden al interior de un instante.

REX Y LA CULPABILIDAD

Rex había nacido para cuidar la puerta de la casa. Sus ladridos eran la forma sonora del letrero “se prohíbe la entrada”. Sólo permitía acceder a la casa a los dueños de ésta y eso si llevaban el salvoconducto del timbre identificable de la voz familiar. Durante años fue defensor de la propiedad privada con el mismo ahínco con que lo hace la Carta Magna que rige nuestra vida civil. Pero en una ocasión —¡en una sola!— se descuidó.

En la parte trasera de la casa había un agujero que, aun enrejado, dejaba ver desde adentro lo que ocurría en la calle. El caso es que en ese sitio se posó, como quien no quiere la cosa, una perra de ladrar insinuante y vaivenes lujuriosos. Rex, desde adentro, pero con un ansia desmedida de hallarse afuera, concentró toda su atención en ese maravilloso punto del espacio. Y descuidó de tal manera la puerta de la casa que hizo posible que un ladrón, escalando la puerta, penetrara subrepticamente, cruzara el jardín y se introdujera, llevando sacos al hombro sus malas intenciones, en la mansión. Rex, aturdido por la sensualidad, no oyó nada; pero el ratero, tan lento como torpe, hizo tamaño ruido al interior de la casa, que Rex paró oreja, abandonó el sitio donde se había evidenciado su debilidad y su apetito irrefrenable de pecado, y se puso a ladrar de tal modo que no permitió al ladrón salir de la casa. Los dueños de ésta, más un policía del barrio que había oído el escándalo, llegaron en ese momento y aprehendieron sin mayor dificultad al delincuente. Los amos de Rex lo colmaron de felicitaciones, pero él, desde entonces en adelante, sentía que la culpa le quemaba las

entrañas. Ya viejo, empezó a ahorrar sus ladridos, prefería estar acostado en un charquito de sol que todas las mañanas se formaba junto a la puerta. Ante cualquier extraño, enseñaba los colmillos y emitía un rumor de pocos amigos. Pero cuando sintió que le llegaba la hora se fue a tender junto al hoyo de la parte trasera del jardín y allí, cabe su viejo pecado, recibió la muerte.

AMOR DE HERMANOS

Roberto y Raúl eran hermanos y se dedicaban a lo mismo: la pintura. Aunque Raúl tenía talento y no dejó de obtener cierto aplauso entre los conocedores, Roberto era un pintor excepcional que gozó desde joven de una ferviente admiración de los amantes de su arte. Raúl era bien parecido, pero no tenía, ni con mucho, la personalidad de su hermano. En lo que a la simpatía se refiere, Roberto era agradable, alegre y dicharachero, mientras que Raúl era retraído, hosco y un sí no es petulante. Adornado con todas las cualidades mencionadas, Roberto pudo casarse con Amelia, y Raúl —que también se había enamorado de ella— se quedó lastimosamente disminuido. El resultado de esto, es que se fue manifestando en Raúl una envidia que, con los años, fue creciendo como un tumor canceroso al que nada ni nadie le podía poner límites. En realidad Raúl se había descuidado, ya que, cuando la envidia apareció por primera vez en su interior, era una pequeña envidia, del tamaño de lo nimio y de la forma de lo manejable. Pero poco a poco, de manera tan abrupta como impertinente, ese sentimiento fue inundando, como el agua maligna de un turbión incontrolable, toda la entraña del joven pintor. No obstante, Raúl siempre tuvo la sabiduría o quizá sea mejor decir el tacto de ocultar a su hermano lo que sucedía allende su mirada indescifrable y su sonrisa melosa. Roberto, por consiguiente, creía tener el mejor de los hermanos, unido a él no sólo por la sangre sino por la más confiable camaradería. Roberto hubiera sido feliz —pues nada le faltaba— si (a la edad en que da con él este relato) no le hubiese sobrevenido una inesperada e incomprensible depresión que lo embargaba permanen-

temente. De Roberto no se puede decir que bajó la guardia ante la aflicción emocional que acabó por dominarlo, ya que ésta no fue de menos a más, sino que nació plena, rotunda, ejerciendo sus dominios a cabalidad y dejando hecha trizas su manera de ser acostumbrada. Roberto hallábase deprimido no de vez en cuando, sino en todo momento, aun cuando pintaba, hacía el amor o conversaba con los demás. La depresión era el sótano de su estado de ánimo habitual, el telón de fondo de la vida cotidiana, el nudo de vivencias insoslayable de todos los días. ¿La vida tiene sentido? Ninguno. Los hombres en general, y yo, Roberto, en particular ¿estamos aquí en el mundo por alguna razón? No hay tal. ¿Somos el producto de un designio? Nada más imbécil que pensarlo. La depresión de Roberto lo embargaba de tal modo que se había convertido en su segunda naturaleza. A veces, por recomendación del médico y por presión de Amelia, ingería anti-depresivos que le inmolaban la angustia y le volvían a la serenidad; pero era una serenidad extraña más próxima al sonambulismo que a la vigilia. Y después de algún tiempo de echar mano de los fármacos, prefería los sinsabores de la depresión a la asfixia de una vida artificial y embotada por el virtuosismo alquímico de la farmacología. Pero la depresión había acabado por ahogar todos los valores, entusiasmos, razones por las cuales vivir.

La envidia de Raúl, por su lado, viéndose impedida a crecer aún más —porque ya no le quedaba alma para tanta tristeza por el bien ajeno— se transmutó imprevisiblemente en odio: un odio recalcitrante y sin riendas por su hermano. Así estaban pues las cosas: Roberto, muy ensimismado, muy dentro de sí, con un alma deprimida que no sabía ya cómo vivir, y Raúl fuera de sí, con una envidia convertida en odio clandestino, furor que rehúye ser encapsulado en una designación, pero que no deja de existir, echar carnes, crecer. Roberto buscaba ayuda en su hermano, y Raúl fingía dársela. No quiero convertirme en esclavo de las drogas y dejar de ser yo —le decía Roberto

a su confidente—. Raúl aludía de pasada a las virtudes de los depresivos y a la necesidad de hacer uso de ellos para evitar la insoportable sensación que traía consigo la depresión. Pero yo te comprendo, hermano —decía a continuación. Creo que no se puede hacer pedazos un carácter a cambio del plato de lentejas de la tranquilidad. No soporto ya esta enfermedad que me conduce a no soportarme a mí mismo —Roberto decía en voz baja. Y Raúl argüía: valor, hermano. Yo estoy aquí al lado tuyo para ayudarte en lo que sea necesario. Roberto, con alguna ingenuidad a veces preguntaba: ¿Qué haces tú, Raúl, para matar el tiempo y no dar de lleno con el sinsentido de la existencia? Raúl respondía: mil cosas. Tú lo sabes. Leo por ejemplo novelas detectivescas, y es que estoy de acuerdo con el delicado y profundo Thomas de Quincey de que el asesinato es una de las bellas artes. Roberto clama: no sabes cómo te envidio. Yo no puedo evadir la presencia de este intruso que se me ha metido subrepticamente en casa y no quiere o quizá no puede salir de ella. Hermano: mi única esperanza es —perdóname que te lo diga— dejar de existir.

Las conversaciones continuaron en este tenor, hasta que Roberto, armándose de valor, decidido y arrebatado, espetó a Raúl: ayúdame, hermano. Nadie sino tú puede hacerlo. Ayúdame, por lo que más quieras. Raúl, convertido aparentemente en nítido ejemplo de amor fraterno, después de ciertas observaciones de mañosa reticencia, convino en ayudarlo. Cada día que pasaba, se iban haciendo más imperativas las demandas de Roberto. Hermano —decía— ayúdame. A nadie puedo hablar de esto. No quiero afligir a Amalia. Dame una mano. Raúl simulaba contrariarlo. Pero sólo un poco. Sin entusiasmo y, después de unas palabras rutinarias y para salir del paso, le murmuraba: te comprendo hermano y estoy contigo.

Preparó finalmente el escenario. Aprovechó la salida de vacaciones de Amelia y los niños. Llevó a la sala de la casa

de Roberto las pastillas. Sirvió el vaso de vino tinto y, echando mano de una elocuente y rápida argumentación, acompañada de la más tierna de las miradas, deshizo de un plumazo la última duda que brotó, vacilante, de los labios de su hermano. Roberto quiso escribir una carta. Raúl trajo a toda velocidad el papel y la pluma. Y después, sin pensarlo dos veces, Roberto tomó apresuradamente las tabletas, se tendió en el sofá, y entró con paso firme a los pródromos nebulosos del suicidio.

Raúl le tomó el pulso. Esperó un instante. Buscó el teléfono para llamar al médico y, tras un momento de incertidumbre, se sintió envuelto en la felicidad más plena al saberse el autor de tan ingenioso como indiscutible crimen perfecto.

UNA PETICIÓN DE MANO

Wilhelm Ross se puso elegante, con corbata y todo, y llegó puntualmente a la cita que Rosaura De la Casa y Casa le había concertado con su padre. Él sabía que la plática y la petición iba a ser difícil, así es que durante horas estuvo dándole y dándole a la estrategia a seguir y optó por una fingida seguridad en sí mismo, una sonrisa displicente que no desaparecería pasara lo que pasara y un voto de sinceridad que —según se imaginó— seguramente desarmaría a su posible suegro.

Al llegar a la mansión, lo pasó ceremoniosamente un criado de lujo —que aquí no llamamos mayordomo, pero que no es otra cosa— a una amplia sala pero tan retacada de muebles, adornos, retratos, espejos, que parecía no ser tan grande.

Fermín —dijo el padre— trae una botella de whisky. El mayordomo volvió con una charola de plata, la botella que se le pidió, una hielera tintineante y agua mineral.

El saludo de mano entre Wilhelm y el padre de Rosaura fue el primer desencuentro. La mano del señor era fría, reticente, huidiza. La de Wilhelm, entusiasta y enérgica; pero al no sentirse debidamente acogida, vivió un instante de frustración en la frontera misma del ridículo. También hubo un conflicto de miradas. Wilhelm, gallardamente, quiso retener su mirada en el otro y fijarla ahí, casi sin parpadear, pero al poco tiempo se arrepintió dadas las circunstancias y se puso a mirar el color amarillo de sus calcetines.

Don Gilberto De la Casa, con un gesto frío, pero imperioso, invitó a sentarse al temerario personaje que tenía frente a sí. A continuación preguntó con voz ríspida y seca y no obstante amable:

—Dígame señor...

—Wilhelm Ross es mi nombre, Don Gilberto.

—Dígame señor Ross ¿qué le trae a mi casa y en qué puedo servirlo?

—Tal vez, señor De la Casa, su hija Rosaura ya le dio a conocer por adelantado los motivos por los que he tenido el atrevimiento de solicitar esta conversación.

El padre de Rosaura, con la lenta parsimonia de un hombre fastidiado, se levantó de su asiento, se dirigió a la mesa donde estaba el whisky, llenó dos vasos y alargó uno de ellos hacia Wilhelm.

—Sí, me dijo que usted viene a pedirme su mano.

Wilhelm se ilusionó porque el padre de Rosaura había dicho la frase anterior de manera inexpresiva. Sin enojos ni flexiones amenazantes. Wilhelm continuó:

—Como no ignoro el amor que usted y su señora esposa profesan por su querida hija, y como estoy al tanto de la preocupación de ambos por su futuro, quiero hablar con usted de la manera más franca y directa que me sea posible. No quiero ocultarle nada ni presentarme ante usted (como tampoco lo he hecho ante ella) fingiendo ser otra persona y haber vivido en una forma en que no lo he hecho. ¿No le parece?

Don Gilberto se le quedó viendo a los ojos como el que trata de descifrar un enigma.

—La sinceridad es una de las mayores virtudes que puede tener o conquistar un hombre, dijo el padre de Rosaura como hablando consigo mismo o en el nivel de una abstracción que rodaba entre las nubes.

—Con su aprobación, entonces, paso a decirle que aunque tengo ciertas adicciones —la del alcohol y la del tabaco...

—Sí, veo que tiene usted los dedos amarillos por la nicotina...

—No son dichas adicciones en sentido estricto vicios. No lo son. Y tan es así que no tengo reparos en darle mi palabra de honor de que si noto que estas “aficiones de intelectual” perjudican en lo más mínimo a Rosaura o a mí mismo, las abandono para siempre. Se lo aseguro.

Don Gilberto mostró por vez primera de manera casi imperceptible el tic del labio superior, pero, reflexionando tal vez que él mismo había padecido durante años el mismo doble flagelo, dijo sólo:

—Ojalá así sea.

El Señor De la Casa pasó a tratar un tema que le parecía crucial y de explicación imperiosa: la de los recursos económicos del señor Wilhelm y de su capacidad para mantener un hogar y el nivel de vida al que su hija estaba acostumbrada.

—¿En qué trabaja usted, señor Ross?

—Soy corredor de libros, coordinador de talleres literarios, traductor de Ezra Pound y de la epigramática griega e imparto en varias instituciones y universidades conferencias magistrales. Hago lo que puedo.

Volvió a aparecer el tic en el labio superior de Don Gilberto y también la insinuación de una mirada torva que a decir verdad se dispó tan pronto había nacido.

—No creo que con esas actividades pueda reunir ni remotamente la cantidad necesaria para...

—Sí, pero su hija y yo tenemos varios proyectos destinados a solventar la cuestión.

Don Gilberto hacía esfuerzos para sentirse tranquilo. Se levantó. Tocó la campanilla y le pidió a Fermín que le trajera un saco porque empezaba a sentir frío, mucho frío.

Wilhelm agarró no sé de donde una oleada de optimismo y creyó llegado el momento de entrar a una de sus “confesiones delicadas”. Se armó de valor y soltó:

—Don Gilberto, como no deseo que haya nada turbio entre nosotros, quiero decirle que... que soy comunista, que lo soy desde joven, que estuve en el Partido Comunista Mexicano y que, tras de convertirme al trotskismo, anduve en varias partes del mundo (China, Chile, y sobre todo Francia) militando en la extrema izquierda—. Don Gilberto palideció un tanto. Sintió un vago deseo de ahogar entre sus brazos a ese ser esperpéntico que tenía frente a él. El tic del labio se hizo más acusado y la mirada torva se eternizó.

—¿Qué más tiene que decirme, señor Wilhelm?

Wilhelm captó algo de la turbulencia vivencial del padre de su novia y para armarse de valentía se levantó, sin pedir permiso, se acercó a la mesa del alcohol, y llevó a su vaso unos dedos de whisky.

—Sí, tengo algo más que informarle, y lo voy a hacer en cumplimiento del propósito de ser con usted absolutamente veraz. Ojalá me comprenda, pero un hombre sincero no puede dejar a su espalda o encerrado a siete llaves en la mentira, lo que debo decirle.

—Dígalo —habló casi gritando Don Gilberto. Por el amor de Dios, suéltelo ya.

—Si usted tiene la amabilidad de otorgarme la mano de su hija, tengo que aclararle que éste no sería mi primer matrimonio.

—¿No? ¿Cuál sería?, rugió el presunto suegro.

—El séptimo, declaró Wilhelm suavemente, como quien no quiere la cosa. Me he casado, cómo voy a ocultárselo, seis veces: pero eso sí, me he divorciado seis veces y nadie me podría acusar de bigamo. Estoy en competencia —dijo Wilhelm con una sonrisita que hizo esfuerzos desmedidos por ser simpática— con la actriz norteamericana Betty Hutton, la cual... —apenas dijo esto se arrepintió de haberlo hecho y abruptamente guardó silencio.

Entonces ocurrió algo inesperado y casi increíble, algo que rompía la solemnidad de la ocasión y le permitía al absurdo dominar la escena. *Bobi* —el perrito faldero de Rosaura—, se introdujo subrepticamente en el salón y, atraído por lo amarillo de los calcetines de Wilhelm, se agarró a dos patitas de uno de sus tobillos, ejerciendo en él, pleno de lujuria, ay, la danza ritual del fuego amoroso. Wilhelm, molesto y sin control, lo hizo a un lado y Fermín entró, presuroso, para llevarse a la erótica criatura.

Don Gilberto ya no pudo ocultar el enojo, la rabia, el desprecio por ese insecto que venía a solicitar la mano de su amada hija. Se levantó, caminó por la sala, guardó, cauteloso, sus manos en las bolsas del pantalón y pretendió dar por terminada la conversación, pero Wilhelm, encarrilado en las confesiones que daban cuerpo a la sinceridad, dijo entonces con su voz más enronquecida que de costumbre:

—No puedo dejar de comunicarle que también debo varias vidas.

Se hizo un silencio pesado, granítico, casi inviolable. El padre de Rosaura no daba crédito a sus oídos. Pero logró sobreponerse y buscó el sofá para hallarse seguro.

—¿Qué está usted diciendo? ¿Qué usted ha matado a alguien? ¿Qué debe varias vidas?

—Dos —respondió el interpelado— sin contar lo que ocurrió por accidente cuando era niño. Lo primero que ocurrió...

Don Gilberto, desquiciado el rostro por la simultánea presencia del tic del labio superior, la mirada torva y las mejillas enrojecidas por la cólera, se puso de pie, le dio la espalda a su malhadado aspirante a yerno y dio instrucciones a su mayordomo de poner al señor Ross de patitas en la calle.

La petición de mano que he descrito fue el origen o la cuna de lo que ocurrió después: la aprehensión de Ross y su encarcelamiento por algunos años —no demasiados por cierto— en una de las prisiones defechas, su matrimonio con Rosaura hallándose en la cárcel, la luna de miel en un calabozo, las visitas conyugales que le dieron paz a su alma y, ya liberado, las mil y una aventuras de este personaje de la picaresca mexicana en busca de autor, y cuya biografía, urgente e indispensable, el autor de este relato no se siente capaz de realizar.

En el trayecto de la sala a la puerta del jardín, todavía se presentó lo inenarrable: *bobi* volvió a descubrir el tobillo de Wilhelm y su atractivo color amarillo y volvió a las andadas; pero esta vez Gilberto lo retiró de sí con una violenta e inmisericorde patada.

UN MAGO

Sé de un mago que tenía un maravilloso sombrero, del que no sólo extraía el consabido conejo, la paloma, las mascadas de colores, sino la posible solución de aquellos problemas que, como le constaban al mismo sombrero, eran un perpetuo quebradero de cabezas. Su fama le pisó los talones al don de ubicuidad. Por eso fue llamado por el rey, que lo nombró su primer ministro, con la esperanza de que hiciera de su reino una réplica del paraíso. El ministro-mago, después de unas semanas de venturoso ejercicio de su profesión, sacó de su sombrero, sin poderlo evitar, la ocurrencia de sustituir la monarquía por la república. El rey, encolerizado, quiso destruir a su primer ministro con ayuda del sable depurador de su verdugo; pero el mago huyó del palacio y se perdió entre el pueblo. Dicen los que saben que entonces se dedicó a enseñar al pueblo a cantar la marsellesa. Y, tras entablar amistad con cierto Monsieur Guillotin, tornó a sus actuaciones de teatro, y fue ruidosamente aplaudido cuando, en la primera función, sacó de su sombrero, tras de las cintas de colores, la paloma y el consabido conejo, la cabeza del rey.

ESBOZO AUTOBIOGRÁFICO

Fue mi abuelo el que, en uno de mis cumpleaños, me regaló un rompecabezas. Yo pensé que se trataba de un cuadro del Veronés o Manet u Orozco; pero no. Como después supe, era el rompecabezas de mi musa. No se imaginan la dificultad de ensamblar las primeras piezas. Por entonces escribí un poema —¿imagínense?— sobre los huesos de chabacano. Se trataba de algo así como una alegoría en que comparaba a dichos huesos con monedas. En relación con la posesión de esas monedas (olorosas aún a fruta) hablaba de libre competencia y monopolio, de la industria y de la banca, de ricos y de pobres, todo bajo el nombre de *Crítica de la vida chabacana*. Al finalizar el poemario, me sentí feliz por haber engendrado un poema “poeticista” con un mensaje social. Un poema, pensaba, del mismo nivel que el *Pinocho* de Marco Antonio, el *Noúmeno*, el *Dinosaurio* de Eduardo o de *El sepulcro de los pasos* de Arturo.

Fui con mi amigo Henrique González Casanova, que era muy avezado en la crítica, a enseñarle mi obra maestra y pedirle su opinión. Se arrellanó en la paciencia, y leyó de cabo a rabo la criatura de mi orfebrería metafórica. Al terminar, no pudo dejar de carcajearse a mandíbula batiente de mi engendro. Ahora sí te volaste la barda, me dijo. Y como viera en mi semblante la perplejidad, el azoro, la ingenuidad vapuleada por la experiencia, me musitó, para suavizar el golpe: Mira, Enriquito, si viviéramos en un régimen totalitario donde no se pudiera hablar de la explotación económica, donde la censura fuera la regla, el peligro, la realidad, tendría sentido hacer un

poema así. Pero en México, al inicio de los cincuentas, tu poema más que ser malo es grotesco, disparatado, absurdo.

Con una inconsolable tristeza, dejé a Henrique y corrí “a llorar mi desventura” con una novia que por entonces tenía, la cual se quedó con la única copia existente del esperpéntico poema, “porque quiero —así dijo— leerlo con cuidado y ver si la opinión de ese señor tiene algo de válida”.

Pasó el tiempo. Yo continué tratando de armas mi rompecabezas. Buscando los ojos, la fosa nasal, el pelo despeinado de mi musa. Y me olvidé de la *Crítica de la vida chabacana*. Pero además, la novia que tenía se esfumó de mi vista, contrajo matrimonio, procreó hijos y no volví a saber de ella. En alguna ocasión sentí el deseo de buscarla, pero no tanto para verla y reanudar no sé qué entusiasmos desvanecidos, sino para releer mi criatura poemática tachada de monstruosa y malformada. Pero no lo hice, porque quizás tuve en cuenta lo que se dice del gran poeta y pintor prerrafaelita Dante Gabriel Rossetti: que al morir su amada, dejó junto a su cuerpo en el catafalco un libro completo de poemas. Y que muchos años después, llevado por una irrefrenable curiosidad, desenterró a su amada y, cerrando los ojos a lo macabro expuesto a la intemperie, se hizo del libro de juventud y con él, al devorarlo con los ojos, de la mayor desilusión del mundo.

No lo hice, y preferí quedarme con la idea de que entré a la poesía por la puerta falsa y de que lo primero salido de mi pluma fueron monstruos, incoherencias, alebrijes.

Pero ¿qué importa? Seguí trabajando, asediando a mi ideal con la estrategia alpinista de Sísifo. Y aún ahora, cuando se me ve inclinado sobre mi escritorio, es que me hallo, como siempre, tratando de armar el rompecabezas que me obsequió mi abuelo en no sé qué cumpleaños.

LA FIESTA

Por fin habían llegado los 15 abriles de la princesa. La corte, encabezada por el rey y la reina, decidió festejarla echando el palacio por la ventana. Se organizó un gran banquete, con deliciosas viandas, vinos espumosos, bufones inolvidables. La pequeña orquesta de cuerdas, inició una mazurca del viejo Charpentier y el príncipe extranjero sacó a bailar a la princesa. Fue entonces que empezó el temblor, el baile desenfrenado de los candiles, las paredes se vinieron encima y la muerte penetró por todas las ventanas.

El padre sentenció al lloroso hijo que aún blandía una pala en la mano: no te aflijas, hijo, cuando se construye un castillo de arena, es de esperar que la poesía —o cualquier criatura de la tinta alada— sea barrida por el furor del viento.

DIÁLOGO

—¿Ves ese *carranclán* subido en el árbol? —le murmuró un zapatista a otro.

—¿En cuál árbol? —preguntó su compañero.

—Aquel que está ahí —explicó el primero indicando a qué árbol se refería.

—Ah, sí. Lo miro bien.

—Pos ahora vuelve a ver —le dijo el primero después de apuntar su carabina hacia el árbol, disparar y hacer que cayera de las ramas el enemigo. Los zapatistas se fueron satisfechos.

El árbol empezó a florecer.

EL PIROMANÍACO

Usted, amable lector, no sé si ha reparado en que hay ciertos individuos que se dedican a actividades que se antojan contrapuestas o por lo menos extrañas una a la otra. Le pongo, mi amigo, unos ejemplos para que sepa a qué aludo. Hay cocineros, en efecto, que son bailarines de ballet; corredores de bolsa apasionados por las ciencias ocultas; altos dignatarios eclesiásticos que son pederastas en sus ratos “libres”; hombres de ciencia que gustan de tener por mascotas inveteradas supersticiones. Pero no me dejaré mentir si le digo, mi estimado, que algo sin nombre y verdaderamente excepcional es ser bombero y a un tiempo incendiario.

Mi primo Joaquín —a quien llamábamos Juancho— fue un niño peculiar, para decir lo menos. El mundo no lo entendía y él le respondía con la misma moneda. Era más que serio, adusto, y más que adusto introvertido hasta el grado de tocar las puertas del autismo. Desde muy pequeño, cuando hacía frío y encendían la chimenea, le gustaba pasarse horas y más horas oyendo el chisporroteo de los leños y mirando el alocado baile de las llamas que pasaban de una forma (o bosquejo de forma) a una distinta de manera abrupta y sin reposo. No le atraían los soldados, los coches, los aviones de juguete, ni subirse a los árboles, ni hacer de su imaginación un cofre repleto de travesuras, ni siquiera tirar de la negra trenza de su prima. Lo que le apasionaban eran las cajas de cerillos y las enormes potencialidades encerradas en el pequeño estuche cuadriforme. Su gloria mayor era saber de un incendio en el pueblo y salir como alma que lleva el demonio para gozar el espectáculo de uno de los muchos infiernos que, voluntaria o involuntariamente, estallan, mi amigo, en nuestro universo mundo.

Juancho perdió a sus padres, víctimas de un accidente automovilístico. Perder a sus padres —sobre todo a mi tía Mayra— fue para mi primo como perder la mitad de la luz del mundo. Le quedó sin embargo su abuela, la madre paterna, y con ella vivía, sin contar los ocho gatos que le daban vida a un caserón macilento, decadente y ruinoso. Con la abuela no se entendía o se entendía poco desde el momento en que la anciana se puso a columpiar en una mecedora su senilidad; pero mantenía en común con ella el amor a los felinos.

Cuando sus padres cayeron en cuenta de que Juancho tenía una extraña afición por las llamas, los siniestros, y todo lo inimaginable que podía nacer de un fósforo bien usado, le prohibieron seguir por ahí, lo regañaron, le infligieron castigos memorables y, si no lo convencieron, sí lo obligaron a esconder en el closet su pasión inconfesable.

Después de muertos sus progenitores, mi primo Joaquín se vio en la necesidad de buscar empleo. Tuvo suerte porque en el primer sitio donde inquirió por él, o sea el departamento de bomberos, había una vacante. Y en esta ocupación Juancho de algún modo le dio rienda suelta a su obsesión, sin enojar o preocupar a nadie.

Al poco tiempo, mi primo adquirió el prestigio de ser un gran bombero y se convirtió en algo así como un elemento imprescindible en su centro de trabajo. Era más que valiente, temerario y trabajador como el que más. Le gustaba hallarse rodeado de llamas, a las que consideraba como criaturas dotadas de vida o espíritus evanescentes que no se cansaban de llamarnos a su crepitante mundo. Le fascinaba su profesión, pero no lo confesaba a nadie —porque no ignoraba el efecto que producirían sus palabras— que le repugnaba en lo más profundo de su alma, la imagen de él con la manguera en las manos apagando un fuego aquí, otro allá, y encarnando con ello la conducta de un asesino serial.

Tampoco dijo a nadie que él, en hermandad con uno que otro accidente, era el que, fósforo en mano, y bajo la protección de

la oscuridad nocturna, iniciaba incendios en un lado o en otro del pueblo, para que el auxilio de los bomberos fuera demandado y él tuviera el privilegio de gozar del espectáculo, aunque —y esto no dejaba de afligirlo— tuviera que cumplir con su deber y lanzar ráfagas de agua con su manguera genocida.

Un día, por no sé qué accidente —un corto circuito o sepa Dios qué— se quemó su casa. En el puesto de bomberos lo supieron y fue avisado inmediatamente de ello. Y él, con un equipo de compañeros, salió en un carro de bomberos hacia su hogar hecho una estampida. Al llegar al siniestro, seguido de sus colegas, con un hacha se abrió paso entre los escombros humeantes y empezó con fruición y casi con euforia su labor.

Salvó a tres de sus gatos. Pero no lo pudo hacer con su abuela que, al sentir que se quemaba todo a su alrededor, se convirtió en una especie de pequeño animal que traducía su indecible pavor en aullidos entrecortados que salían de una boca atragantada de humo. Juancho no pudo —¿o habrá que decir que no quiso?— salvar a la abuela porque en medio del sublime espectáculo de las llamas, su manguera tuvo escrúpulos, el agua asesina se inhibió y Juancho extrañamente erró una y otra vez la puntería. Los otros bomberos lo veían de reojo, registraban su exaltación, comprobaban angustiados su conducta, temían por su vida.

Yo llegué en el momento en que, obnubilado, lo sacaban de la casa, lo mismo que a la abuelita humeante, a los gatos vivos y a los carbonizados.

De común acuerdo, todos condujimos a Juancho, sin gritos ni aspavientos por parte de él, dulce y suavemente por parte de nosotros, con paso lento, parsimonioso, seguro, hacia la camisa de fuerza que esperaba a mi querido primo con los brazos abiertos.

VALORACIÓN

El abc del abecedario es comenzar con la A y terminar con la C si es uno modesto; iniciar con la A y terminar con la Z si es uno ambicioso y empezar con la A y dar con el infinito si no se teme el complejo de inferioridad.

EL PROBLEMA

Dijo el demonio: para hacer un sabroso minicuento de nunca acabar —lo cual parece un contrasentido— basta con que se muerda la cola o, lo que es igual, que la letra con que finaliza se amancebe con la letra con que se inicia, y santo remedio. No en vano es el compás demiurgo de eternidades.

Dijo el hombre: lo malo es que ese minicuento con delirios de eternidad, requiere de un lector transmudado, en uno de los círculos de tu infierno, en lector de nunca acabar.

VOCACIÓN

El niño de seis años —que con paso del tiempo se haría filósofo y francamente ateo— mostró el camino que iba a tomar en el futuro cuando, en la navidad, dijo a toda la familia: Santa Claus baja a la casa por la chimenea si y sólo si: 1) hay chimenea en la casa, 2) ha guardado la dieta suficiente para poder hacerlo, 3) que no esté encendida la chimenea y 4) que exista Santa Claus. Si no, se trata de un cuento de hadas que cuenta la mentira a la credulidad.

DE POR QUÉ TENGO CONTENTA A MI MUJER

Yo suelo tener sueños terroríficos; pero como el de ayer, ninguno. Se los cuento: soñé que, de pronto, me desdoblaba y que había dos personas en mi alcoba: un Marco Antonio dormido y un Marco Antonio despierto que velaba junto a él. El despierto le iba indicando en voz baja al dormido lo que iba soñando. Le decía, por ejemplo: ahora caminas por una pradera llena de flores y el viento te desordena un poco los cabellos. Apenas murmuraba esto el Marco Antonio de pie, el dormido soñaba con absoluta fidelidad lo que se le apuntaba. O también: tienes hambre, llegas a una mesa colmada de manjares. Y dicho y hecho: el Marco Antonio dormido, o sea yo, se deleitaba como nunca al realizar el sueño preestablecido. Marco Antonio, el que dormía, se sentía feliz y de alguna manera hacía un esfuerzo indecible para no despertar.

Pero de repente sucedió algo extraño: el Marco Antonio vigilante me dijo: ahora te vas a encontrar con otro Marco Antonio que no eres tú ni yo. Y ocurrió lo previsto: que di de pies a boca con un Marco Antonio III. Pero las cosas no terminaron ahí, sino que algo se descompuso en el Marco Antonio indicador de sueños (como cuando un disco se raya, y toca obsesivamente lo mismo, lo mismo, lo mismo) y entonces me obligó a soñar en otro Marco Antonio y otro y otro, hasta que mi alcoba estaba llena de Marco Antonios, y fue en ese instante que desperté aterrado, fuera de mí, sudando frío y jadeante.

Mi mujer me dijo: precioso, ¿qué soñaban? (Así me dice ella: precioso). Y yo no quise revelarle las razones de mi exaltación y sólo dije: gorda, soñé que María Félix y Elsa Aguirre querían conmigo, y que yo quería contigo.

UNA REVOLUCIÓN

Lo que hace falta —sentenció el viejo revolucionario— es un botón de audacia. ¿Cómo es eso? —preguntó su camarada. Escucha y saca las consecuencias: hace años en una función de ópera, la soprano Giudita Pasta aspiró tanto antes de dar el agudo del siglo, que hizo reventarse el botón de su camisa, el cual saltó hasta ubicarse en el lugar preciso del espacio para que la batuta del director lo batease hacia el público y luego de hacer varias cabriolas, cayó en la boca abierta del emperador que dormía como un bendito. Fue entonces cuando el principado de...se convirtió en República.

CONSPIRACIÓN

La verdad no es que finalmente la Cenicienta se casara con el príncipe, como quiere Perrault, sino que se adhirió a la conspiración republicana que pasó por las armas al príncipe, a su corte, y también a su padre, sus hermanas y el hada madrina. La música de fondo del *happy end* no fue un coro de Rossini, sino la Marsellesa de Rouget de L'Isle.

EL PACTO

El señor Sóstenes Malaparte llegó a pensar hasta en el suicidio. Y no era para menos. Su problema es que nació mal dotado de la parte del cuerpo que ustedes saben. Casi casi podría decirse que tenía todas las cualidades del mundo, menos esa. O bien vistas las cosas: menos dos: la que dije y la valentía que es la cualidad que hay que poner en juego para salir del mundo *motu proprio*. Atraía a las mujeres por su plática florida, su agilidad mental, sus ojos aniñados de pupilas acariciantes, sus manos suaves y nerviosas; pero a la hora de la verdad, que se presentaba demasiado pronto según sus gustos, resultaba un desencanto para ellas y una frustración para él. Por eso una buena parte de la adolescencia y del inicio de la madurez fue triste, amarga, opresiva, lo que lo condujo a pensar en el suicidio. Pero el destino, que a veces se halla inspirado, hizo que conociera a la señorita Esperanza Segura, una provinciana que, por lo menos en apariencia, no era demasiado exigente o ambiciosa en cuestiones de cama, ya que el primer mandamiento de su decálogo era: “hay que conformarse con lo que Dios nos da”. Estaban creadas así las condiciones para que pasara lo que tendría que pasar y pasó: el señor Malaparte y la señorita Segura contrajeron nupcias. El matrimonio le trajo la felicidad a ella —en la medida en que un matrimonio le puede traer la felicidad a alguien—, pero no a él. Y no hace falta tener mucha imaginación para saber los motivos.

Desesperado, después de haber vivido durante algunos meses su precaria situación, y más que desesperado aturdido y en plena ofuscación, una noche conjuró al demonio como el Fausto de Marlow o de Goethe. Pero su

petición no se parecía en nada a la del sabio doctor en la obra del gran poeta alemán, sino más bien a la de ciertos violinistas prodigiosos como Giuseppe Tartini o, mejor, Nicola Paganini que vendieron su alma, dicese, a cambio de la exaltación hasta lo superlativo de una capacidad artística.

En ese bendito día la atmósfera carecía de estática y Sóstenes fue escuchado a la perfección por el Príncipe de las Tinieblas. Resultado: al día siguiente Malaparte amaneció dotadísimo. Podía hacer con su instrumento maravillas como el Tartini del “trino del diablo” o como el Paganini de los portentosos “caprichos”; el sitio que ya saben se le convirtió, de la noche a la mañana en una capacidad virtuosística espectacular.

La esposa, a todo, había escuchado tras de la puerta la desesperada petición de su marido y se rió en sus adentros y sus afueras de su ingenuidad. Pero esa misma noche, a la cama en punto, descubrió fascinada que la tenebrosa solicitud de su Sóstenes había sido atendida, y de qué manera. No lo podía creer, se restregaba los ojos, no dejaba en paz las manos y en plena disposición le dio la bienvenida al milagro.

Pero él, al cabo de algunas semanas, no se conformó con la esposa, que era un plato apetitoso pero condimentado con el aburrimiento de la repetición. Comprendió que las ciencias ocultas de Júpiter. Casanova o el Marqués de Bradomín, no era algo que sólo tuviera que ver con las bonitas palabras o las *delicatesen* de la lengua, y empezó, entusiasta, a formar su catálogo. Las mujeres lo requerían, los hombres lo envidiaban y Mefistófeles se frotaba las manos.

Pero la que estaba descontenta y puso su grito en el cielo o mejor en el infierno fue Doña Esperanza. Como había sido testigo de lo afortunado que había sido su esposo al elevar sus preces hacia el innumerable, juntó las manos,

entrecerró los ojos y conjuró al demonio. Dio la casualidad que el diablo ese día se había limpiado cuidadosamente las orejas, había perseguido, inmisericorde, a la cerilla y logró oír muy bien las demandas de la señora. Esperanza Segura, desde el particular punto de vista de Satanás, era más atractiva que Sóstenes Malaparte porque siempre había sido más piadosa y recoleta, y ello hizo que el demonio estuviera dispuesto a conceder a la mujer lo que fuese. Así de simple.

La petición resultó inesperada hasta para Luzbel. Esperanza dijo entre dientes que entregaría su alma si y sólo si suspendiera el portento concedido a su marido que tan feliz lo había hecho a él y que tantos dolores de cabeza le habían acarreado a ella.

Gran problema para Satán: si cumplía el deseo de ella, traicionaba su palabra con él, si no, se quedaba sin ella: qué de migrañas padeció el pobre diablo en esos días.

Y esta fue la solución: Sóstenes conservaría con su esposa las virtudes del contrato y volvería a la etapa previa a éste con las demás féminas. Era como si Paganini tocara como Paganini en su casa y como Olga Breeskin en público.

Esperanza quedó complacida, aunque con el miedo de que su bienhechor se arrepintiera y el conjuro de adentro (que quedaba en familia) se realizara de nuevo afuera, y él también acabó por resignarse a la nueva situación, aunque añorando la diversidad, la prohibición y la aventura. Y así, con esta inteligente solución intermedia, fueron felices para siempre, como Dios manda.

Pero miento: fueron felices hasta el día en que los dos, cada uno a su tiempo, fueron arrojados a ocupar sus respectivos lugares en la infelicidad eterna.

REFUGIO

En la guerra sucia, un revolucionario no halló mejor lugar para esconderse que un minicuento. Lo volvió su escondrijo, lo llenó de armas y lo convirtió finalmente en una trinchera. Pero fue denunciado y afortunadamente logró escapar. Dejando al minicuento como un solar abandonado, una pequeña ermita deshabitada. Llegó el Supremo Gobierno y sus armas de alto poder y destruyó el escondrijo, lo revolvió buscando indicios del revolucionario y por último lo hizo pasto de las llamas. Por eso, lector, esto que estás leyendo no es un minicuento, no tiene una anécdota, ni sentido, ni personajes, no es más que un humeante pedazo de vacío.

SALDAR CUENTAS

José y Roberto Rubio eran dos hermanos, casi de la misma edad, que, después de quedarse huérfanos, vivían juntos al cuidado de una pequeña tierra heredada de sus padres. Se querían entrañablemente y hubieran vivido en paz y siendo solidarios el uno con el otro para siempre si una mujer, llamada Adalgisa, no los hubiera contrapuesto y convertido en adversarios. Ella anduvo primero con José, después con Roberto y después con los dos. Al caer en cuenta los hermanos Rubio de lo que ocurría por las palabras inequívocas de un amigo común y por el comportamiento indiscreto de Adalgisa, decidieron resolver su disputa por medio de un duelo. El hecho de que vivieran en el siglo XX y los duelos fueran cosa del pasado, no les impidió resucitar ese añejo acto de salvajismo. A las 5.15 de la mañana —cuando la luz amodorrada del sol se mostraba aún incapaz de barrer los más tercos residuos nocturnales—, se hicieron presentes en el bosque convenido. Cada uno llevaba su propia pistola y prescindieron deliberadamente del ritual artificioso de los duelos tradicionales. Convinieron, sí, en ponerse de espaldas, caminar cada uno en sentido contrario, volverse al otro al llegar a los veinticinco pasos y disparar... Este era el plan. Pero mientras ocurría este preparativo, Adalgisa, avisada por el amigo común, llegó corriendo, agitada e intempestivamente, al tenebroso lugar donde sus amigos tenían una cita con la muerte, y se colocó, para impedir el duelo, en un punto equidistante exacto entre los hermanos que ya habían recorrido sus respectivos tramos, cortaban cartucho y levantaban sus pistolas para disparar. Ambos, sin advertir su presencia, dispararon y cada uno, pretendiendo dar en el blanco de su hermano, atinó en

Adalgisa, la cual recibió una bala en el pecho y otra en la espalda, cayendo muerta al instante a los pies del grito destemplado y desgarrador que salió de su pecho. Los Rubio, sorprendidos y acongojados, dieron sepultura, usando las escopetas como palas, a ese demonio de dulzura y sensualidad que los había embrujado. Al terminar el entierro, rezaron, sudorosos y cabizbajos, una larga oración familiar que conocían. Después se irguieron, guardaron las armas, se limpiaron el polvo y abrazados — presas de un sentimiento que casi era de felicidad— volvieron lentamente al pueblo, con la conciencia de que sin proponérselo, pero ayudados por el destino, habían liquidado para siempre el motivo de su distanciamiento.

FANATISMO DE ALTURA

Me llama la atención que me inviten. ¿Por qué desean estos místicos y gentes de iglesia que en su Congreso haya una persona como yo? No tengo para ello una respuesta precisa e indudable, pero sospecho que se quieren presentar como abiertos y liberales, y un individuo como yo, ateo recalcitrante, les cae de perlas. En una palabra, me pretenden utilizar. Esto último me tiene sin cuidado si lo comparo con la gran oportunidad que el Congreso le ofrece a mi curiosidad para conocer de viva voz las concepciones actuales de las diferentes religiones y credos y cómo polemizan entre sí.

Me detengo frente al enorme edificio. Vuelvo los ojos hacia arriba, recorro las ventanas, y advierto que el rascacielos se pierde en las nubes. Entro en la majestuosa construcción y me dirijo con presteza a la ventanilla de Informes a preguntar dónde se hallan los elevadores, ya que voy al *Congreso sobre las creencias religiosas de la actualidad* que, según me habían aclarado, tendría lugar en el último piso.

El encargado de los informes me comenta que antes de mí llegaron muchos participantes del Congreso. Por lo que platicaron —me comunica— me parece que uno era budista, otro mahometano, otro hinduista y otro partidario de ¿cómo se llama? ah sí, de Lao Tsé. Me informa además que los elevadores se encuentran en la planta baja a la cual se llega subiendo tres escaleras. Me dispongo a acceder a los elevadores y me llama la atención que, en las escaleras, mientras las personas que ascendemos somos pocos, un

número grande de hombres, a los que identifico como albañiles y maestros de obra, descienden y casi tropiezan conmigo.

Corro a uno de los elevadores y puedo acceder a él, no sin trabajo, casi abriéndome paso a codazos entre la turbamulta de quince o veinte personas que entra conmigo. La elevadorista, una mujer fea pero con sonrisa reconfortante, pregunta: ¿a qué piso van? Casi todos responden que se dirigen al salón en que tendrá lugar el Congreso. Al último piso —dice ella—. Sí asientan los congresistas. La elevadorista, que habla hasta por los codos, nos informa que todos los elevadores del edificio están en funciones llevando más que nada a los creyentes a su Congreso.

De pronto el elevador se detiene entre un piso y otro con un ruidoso golpe seco. Hay una plena oscuridad y de algunos labios se oye un medroso “Dios mío” que apenas nace se retira avergonzado. La elevadorista, acostumbrada a esos percances, alza la voz para calmar a su pasaje, dice que es un corto circuito, y prende una luz pobre, de pilas, que lleva siempre consigo por si llega a ocurrir lo que está ocurriendo. Al parecer, se han parado de golpe todos los elevadores en diferentes sitios y en ellos probablemente ocurren reacciones similares a las que tienen lugar en nuestro semioscuro cubículo. La elevadorista dice que los técnicos no tardarán en componer la avería, pero por más que toca el timbre de alarma, no hay respuesta. Por lo visto, va para largo —asienta—. Pónganse cómodos y tengamos paciencia.

Todos nos quedamos en silencio por unos minutos. Pero un hombre con gran barba y una verruga en el ojo, alza la voz y hace la siguiente sugerencia: aprovechemos estos momentos para presentarnos, porque noto que no nos conocemos y que sería útil llegar al Congreso sabiendo quiénes somos. Como la lengua oficial del Congreso es el

inglés, supongo que todos podemos usar ahora este idioma. ¿De acuerdo? Voy a comenzar conmigo. Mi nombre es Normand Phillipson y soy pastor luterano de Bavaria. Yo me llamo Carrit Kodaly —musitó otro— y podría decirse que soy teólogo calvinista proveniente de Hungría. Yo —terció un hombrecillo que compensaba en personalidad lo que le faltaba de estatura— tengo como apelativo Camilo Kostas y soy prelado de la iglesia ortodoxa griega. Un hombre alto y pecoso tomó la palabra para decir: Yo me llamo Ramiro de Santibáñez y soy obispo católico de una pequeña región de Andalucía. Como estos cuatro cristianos, se fueron presentando los demás, incluyéndome a mí, que no tuve recelos para decir mi nombre y mis opiniones contrapuestas a toda religión, y tres muchachos jóvenes, que dijeron precipitadamente sus nombres y que hicieron énfasis en que ellos no venían al Congreso, sino que eran albañiles de profesión y que iban a la parte superior del edificio a continuar la construcción.

Normand Phillipson volvió a tomar la palabra y dijo: Yo traigo una ponencia escrita deliberadamente para el Congreso, se titula: “La polémica de Agustín con Pelagio”, y seré feliz si se lee y discute allá arriba. Carrit Kodaly arriesgó esta opinión: ¿Serás de los que pretenden salvar el libre albedrío del irrefrenable imperio de la predestinación? Santibáñez, alzó un dedo hacia lo alto, como Platón en el famoso cuadro de Rafael, y sentenció: Dios otorgó al hombre el libre albedrío, fue un regalo, un don, y ello quebró (por decisión divina) la pretendida acción de una fatal conducta predestinada. No sé quién dijo: Pero un hombre condenado por disposición divina a ser libre ¿es libre? Y luego luego se arrepintió al parecer de su intromisión. Es difícil imaginar lo que sucedió a continuación: los hombres empezaron a gritarse, a tomarse de las solapas, a interrumpirse violentamente. Yo, entristecido, pensé que esto que veía era un avance de lo por venir, era un pequeño congreso, una muestra de la imposibilidad de los hombres de ponerse de acuerdo... En

ese momento, se prendieron las luces, se oyó de nuevo un golpe seco y el elevador retomó su camino. Descendimos finalmente en el último piso. Varios elevadores como el nuestro llegaron al mismo lugar y vomitaron la gente que traían en su entraña. El pequeño grupo de los recién llegados fue víctima de la sorpresa al ver que ahí no se hallaba el Congreso, se había evaporado; sólo estaban dos o tres afanadoras barriendo el suelo, unas cuantas sillas en desorden y un corro de albañiles que nos esperaban al centro del salón. ¿Qué ha ocurrido?, preguntaron algunos. ¿Dónde está el Congreso? Los albañiles responden: están arriba. Los señores decidieron dejar este piso e irse al nuevo porque está más alto. Un albañil, en un tono que no dejaba de ser satírico y burlón, añadió: dicen que desde mero arriba están como en una torre donde pueden ver mejor los alrededores y también que, internados en el cielo, esperan que el pensamiento se les despeje y puedan ver más y mejor al codearse con la verdad.

Subimos atropelladamente por las escaleras —todavía no había servicio de elevador para el nuevo último piso— y nos hallamos de golpe con el Congreso en pleno. Discutían ferozmente sobre todo lo habido y por haber. Argumentaban como si se les fuese en ello la vida. Dado que los micrófonos eran escasos, se los arrebataban para hacer oír sus opiniones. El griterío fue subiendo de tono hasta el grado de que ya nadie podía escuchar a su prójimo. Al principio todos hablaban o mejor gritaban en inglés, pero de pronto muchos volvieron a su idioma, se atrincheraron en su religión, desenfundaron sus creencias y soltaron las amarras a su fanatismo. Poco después los que hablaban la misma lengua dejaron de entenderse, como si un idioma —el inglés, el francés, el español, etc.— se deshilara en dialectos incomprensibles. A continuación empezaron a surgir, encolerizados y violentos, nuevos lenguajes si es que esos rugidos y estridencias fueran lenguajes. Nadie entendía nada. Pero todos querían hacer prevalecer sus opiniones o verdades. Vinieron

entonces los puñetazos, los empujones, las uñas que se enterraron en los rostros, los gemidos, las maldiciones, la formación de grupos hostiles, la lucha de todos contra todos, el derramamiento de sangre. Y el grito destemplado: ¡ya construyeron otro piso! Subamos...

Yo, en verdad angustiado y con el ánimo revuelto, logré dar la espalda a tamaño espectáculo. Bajé las escaleras. Tomé el primer elevador que hallé a mi paso. Me fui serenando en el descenso y ya fuera del edificio, y pisando tierra, me sentí feliz de conservar mi nombre, mi lengua y mi razón.

JULIO AMEZCUA

En un sólo día, en las cercanías de un pueblo del sur de la República, ocurrieron tres hechos inconexos que después, por lo que se verá, tuvieron alguna vinculación. Primero, un martín pescador, empujado por no sé qué trastorno de su instinto o por ignoradas ráfagas de viento, se internó en el cielo de un bosque alejado un poco de la playa y, asustado por un ave de rapiña que materialmente se le vino encima, dejó caer un magnífico pescado que llevaba sólidamente afianzado entre su pico. Segundo, un campo nudista, con más mujeres que hombres, se instaló en el bosque, a orillas de un espléndido río y no lejos de la costa. Tercero, un tren que venía de la capital del estado y se dirigía al pueblo de... y en cuyos vagones venía todo un circo, por no sé qué desperfectos en la vía sufrió un abrupto y riesgoso descarrilamiento.

Mientras todo esto ocurría, Julio Amezcua, un comerciante al mayoreo que tenía amores cada vez más frecuentes con la bebida, se hallaba en la cantina del poblado. La televisión se desgañitaba dando la noticia del descarrilamiento del tren que transportaba a un circo completo, antes de llegar al pueblo mencionado. Los asistentes a la cantina volvieron los ojos a la pantalla chica y le subieron el volumen a su propia atención. Todos, menos Julio Amezcua, el cual no oía ni veía nada porque, en una mesa solitaria que se hallaba al fondo del cuarto, se encontraba tararea que tararea uno de esos boleros que le desgarraban el alma porque aludían a gentes como él que vendieron su alma al alcohol y no les quedaba ni una pizca

de voluntad para alejarse del celeste infierno de la borrachera.

Cansado del lugar, del ruido y de las luces, sale a la calle, sin dejar su botella, toma su camioneta, y se dispone a ir a su casa yendo por el camino corto —el que no obstante tiene que atravesar unos kilómetros de bosque. Se siente “en sus cinco” y piensa que no está tan ebrio que no pueda manejar; pero de pronto, en un recodo de la carretera, se le atraviesa una yegua blanca como la leche, llena de adornos y clamorosa de cascabeles, y Julio se ve obligado a girar con tal rapidez el volante para no chocar con tan extraña criatura que su camioneta se sale del camino, da un frenazo y queda atorado peligrosamente en un entramado de hierbas. Afortunadamente a Julio Amezcua no le pasa nada. El accidente lo inmoviliza por un momento, pero poco después busca a tientas la botella a lo largo del asiento del automóvil, la encuentra y sale de la camioneta si no despejado sí con el ánimo tranquilo y la decisión de atravesar a pie el bosque para ir a su cabaña, y con la idea de que se ocupará más tarde de su automóvil. Todavía emocionado, pero sin dejar la botella y llevándosela de vez en vez a los labios, camina por el bosque —que le era familiar— sin grandes dificultades ya que la noche no lograba imponer su dictadura ante la pujante y definitiva presencia del disco lunar. Pese a todo, se ve en la necesidad de cuidarse donde pisa para evitar una caída que podrían propiciar el alcohol y la escasa luz en el camino. Algo reluce a sus pies. Se detiene. Y cuál no sería su sorpresa al advertir que lo que llamaba su atención era un espectacular pescado. Lo toma entre sus manos, lo palpa, lo huele y le parece oler un trozo de mar. ¿Por qué se halla aquí este pescado?, se dice. Y piensa que a lo mejor le han vuelto las alucinaciones que lo embargaron no hace mucho. Pero ante el temor de estar alucinando por un exceso del alcohol se vuelve a llevar la botella a los labios para recibir el dulce consuelo del aturdimiento. Un poco menos deprimido, continúa caminando y, al llegar a una

loma, divisa un grupo de mujeres desnudas. No da crédito a sus ojos. Las hay de todas las edades, pero predominan las jóvenes. Sin pensarlo mucho, y acuciado tanto por la curiosidad como por un erotismo insospechado y punzante, corre hacia ellas sin advertir el letrero de “campo nudista” recién clavado a las orillas del sendero. Su carrera se ve, no obstante, interrumpida por un par de guardias vestidos en traje de baño que lo detienen y, hablando en inglés, lo expulsan burlándose de él. El susto es un nuevo motivo para llevar la botella a su boca y para proseguir pensando si ha sido nuevamente invadido por un alcoholismo alucinatorio. Su reflexión es interrumpida entonces por un mono que se desprende de un árbol, se planta frente a él y le avienta besos a dos manos. Una vez que desaparece el mono capuchino, Julio Amezcua camina zigzagueando y con varias ideas aterradoras quemándole la corteza cerebral. En ese preciso momento ocurrió algo extrañísimo, insoportablemente irreal: a pocos pasos de él, y con un trote elegante y recoleto, apareció una jirafa que parecía buscar, oronda y distraída, sabe Dios qué en las copas de los árboles. Julio se estremece, cierra los ojos, los frota y se pregunta angustiado si tendrá *delirium tremens*. Presa de un pavor indescriptible, torna a tomar la botella y la apura hasta la última gota. Y entonces, y esto fue el acabose, apareció frente a él, a unos cuantos metros de donde se hallaba, un gigantesco, majestuoso pero sereno y pacífico elefante africano. Ahora, a Julio Amezcua, no le cabe la menor duda, es un pobre borracho víctima de las más extravagantes alucinaciones. Y sin dejar de pensar en la yegua de la carretera, el pescado, las mujeres desnudas, el chango cariñoso, la jirafa y el parsimonioso elefante, arroja la botella que aún tenía entre manos, corre con desesperación hacia su pueblo, penetra en sus aledaños y se precipita a tocar el aldabón de la puerta de Alcohólicos Anónimos.

CUESTIONES METAFÍSICAS

No todo está permitido a Dios. Si bien es cierto que Luzbel fue obra suya, la multitud de demonios creada después de la Caída, no puede ser atribuida a Él. Para que nadie caiga en confusiones, hay que subrayar —sin hablar aquí de los humanos— que los ángeles son producto del Supremo Hacedor, en tanto que los demonios que no son ángeles caídos y que se cuentan por millares son hechura del Príncipe de las Tinieblas. Antes de la Caída y de la creación de los hombres y mujeres, la Divinidad había dado a luz un puñado de ángeles que se diferenciaban entre sí sólo por el grado de perfección en que se hallaban. Después de la Caída y de la creación de las criaturas humanas por parte de Dios, el Demonio había engendrado un puñado de diablos que vino a aumentar el número de ángeles que habían acompañado a Lucifer en su rebelión y su caída. En el infierno, y por disposición de su Príncipe, había también una jerarquía de criaturas diabólicas que únicamente se distinguían entre sí por el nivel de eficacia para realizar el Mal.

¿Cuál era (o es) la función de los ángeles y cuál la de los demonios? La respuesta es obvia: hacer el Bien o el Mal respectivamente o también, cuando ya existía la humanidad, auxiliar a los individuos —como lo hacen los ángeles custodios— o tentarlos, para que den un traspié, y caigan en las aguas cenagosas del pecado. Cuando los hombres eran pocos —incluso en una época fueron dos, o quizás tres, si sumamos a ellos la enigmática y sensual Lilith—, no hacían falta ni muchos ángeles para alertar y cuidar a los mortales, ni muchos diablos para tenderles

trampas y orientar sus desprevenidos pasos hacia el tártaro. Pero si algo ha crecido, si algo ha tenido una espectacular explosión demográfica en lo que va del ser, es la humanidad. Ante esta realidad insoslayable, Dios y Satanás se vieron en la necesidad de multiplicar sus respectivas criaturas con el objeto de que la acción celestial o infernal sobre los terrígenos no fuera descuidada. Por eso al crecimiento poblacional de los mortales correspondió la aparición del mismo fenómeno en el cielo y en el infierno. Tan es así que, por ejemplo, los humanos empezaron a decir —en una de esas extrañas intuiciones que los caracterizan— “por los mil demonios que”...Entre paréntesis, me creo en la obligación de hacer notar que tanto en el “reino de arriba” como en el “reino de abajo” hay desde hace tiempo muy serios problemas demográficos, pero me resisto a dar más detalles sobre este punto, ya que nada o poco tiene que ver con el tema que voy a exponer y al que quiero llegar lo más pronto posible.

Lo que no puedo dejar en el tintero es que, en algún momento —que no viene al caso especificar— algo extraño, para decir lo menos, ocurrió simultáneamente en el báratro y en el paraíso. Comenzaré con lo acaecido en el infierno. Entre los miles y miles de demonios que salieron de las manos de Luzbel, uno, que no era ni con mucho de los principales, estuvo mal hecho, salió defectuoso o presentó una rara avería que se manifestó no mucho después de haber completado su proceso creativo. Este demonio, llamado Malacoda (o “cola maldita”) nació con dos defectos de importancia indiscutible: a) sin odio a los humanos y b) profundamente distraído (como dedicado a pensar en el apareamiento de las musarañas y la inmortalidad del cangrejo). Como Satán se dio cuenta desde el principio del primer defecto de su vástago y advirtió que en la estructura mental no cabía la inalterable inquina contra los humanos y el deseo de infligirles el mayor mal concebible o sea tenderles un puente de oro

para hundirlos en las calderas del eterno castigo, no lo envió al globo terrestre, sino que le encargó tareas y menesteres sobre todo manuales en el submundo. Pero Malacoda, siempre distraído, no barría bien los círculos del infierno, bajaba el volumen en los magnavoces que trasmitían los aullidos de dolor cada media hora, se olvidaba de llenar de aceite las calderas y jamás tenía limpios y en su sitio los instrumentos de tortura. El demonio, después de una encendida reprimenda y una severa puntualización de instrucciones, lo envió “al valle de lágrimas” a cumplir con su obligación. Pero Malacoda apenas pisó tierra, al ver tantas maravillas naturales, se olvidó de su encomienda y, por más que buscó y rebuscó en el hondón de su alma, no dio con el sentimiento de odio por los mortales. Su trabajo en la tierra fue tan inútil o más que en el infierno, no sabía cómo inducir a las personas al pecado, nunca se le ocurrió actuar como íncubo sobre una mujer ansiosa o como súcubo bajo un hombre libidinoso, confundía los pecados mortales con los veniales y hasta asistió con cierto beneplácito a una clase de catecismo. Satanás, perplejo ante tamaño engendro, no sabía qué hacer y cómo componer la situación...

Pero los problemas no sólo se presentaron en el infierno. En el cielo, y ante los ojos de Dios, un ángel, llamado Benito —nombre que originalmente era Bendito, pero que, con el paso del tiempo, perdió la d (de decencia) situada a mitad del vocablo— también nació con una descompostura de fábrica, también se salió de las normas habituales de calidad, también fue un dolor de cabeza para su creador. Benito nació con una doble deformidad: a) una clara ausencia de amor por los humanos y b) una torpeza inocultable debida a una avanzada miopía. El Señor, consciente de los defectos de su criatura, lo puso a trabajar en el paraíso. Una disposición, como puede verse, similar a la concebida por Satanás. Benito tampoco cumple con las faenas en el Elíseo: permite que los coros mozartianos desafinen en el *Ave verumy* en el *Tuba mirum*, tiene la

pretensión de tutearse con los arcángeles, no baja los ojos cuando le hablan las potestades y es muy propenso a contar chistes de dudoso gusto a la hora del té. Enviado a la tierra, Benito se interesa de manera inconveniente y reiterativa por todo lo que tiene que ver con el sexo, siente que las alas se le enjutan y en el interior de su frente hay un desfile de malos pensamientos. ¡En estas condiciones cómo iba a ser el ángel de la guarda de un niño desorientado o de una niña extraviada en uno de los rincones más oscuros de su miedo! Dios medita varias horas sobre este ángel esperpéntico y disfuncional y — como Lucifer con Malacoda— no sabe qué hacer con él.

Por fortuna, los gobernantes de los dos grandes reinos — el del Bien y el del Mal— deciden no pensar por separado cómo remediar los problemas antes dichos, sino de alguna manera conjuntar esfuerzos para dar con la solución, lo cual produce un resultado imprevisto: deciden hacer un trueque de contrarios, o séase, de sus defectuosas criaturas, de sus hijos malconformados, de sus hechuras disfuncionales, y logran, así, que el Bien adquiera sus límites exactos y el Mal sus fronteras inmarcesibles. Todo esto pudo ocurrir venturosamente porque entre la Ciudad de Dios y la Ciudad del Demonio se extiende la Tierra de Nadie de la negociación.

VENTANILLA DE INFORMES

La peor enfermedad que le puede ocurrir a un ser humano es que se vea obligado, por un grave desarreglo fisiológico, a decir constantemente la verdad. En la vida cotidiana una mezcla sobria de verdades y mentiras —por ejemplo las piadosas— constituye el sano equilibrio que nos permite ir la pasando con relativa facilidad en el decurso de la vida. Pero hay un elemento patógeno, por ahora no muy conocido —un virus, una bacteria o uno de los miles y miles de especímenes microscópicos que están en perpetua conflagración contra nosotros— que, siendo algo así como el “virus o la bacteria de la verdad”, se introduce subrepticamente en nuestra sangre, desordena nuestras neuronas, hipnotiza nuestra lengua y nos hace padecer de una tan extraña, ignominiosa y desgarradora enfermedad. Una vez inoculado el elemento patógeno en el organismo, tienen que pasar dos o tres semanas de incubación para que el individuo muestre los graves síntomas que acarrea dicho morbo, con las consecuencias sociales que todos habrán de imaginar.

Epifanio —sí, el alto y bizco que vive enfrente— contrajo la enfermedad un 25 de marzo. Ignoro cómo se contagió de esa grave dolencia que después le acarreó tantas desgracias: pero no hubo ningún indicio del mal contraído sino hasta el 5 de abril en que ya había sido contratado por el nuevo gran centro comercial que se ha construido a dos cuadras de aquí, y se le había contratado para hacerse cargo de la ventanilla de informes.

Al principio desempeñó a la perfección su trabajo y sus jefes lo felicitaron y se felicitaron por esa contratación. Pero poco después, cuando la enfermedad irrumpió en la mente y la lengua de Epifanio, las cosas sufrieron un vuelco. Cuando

alguien se acercaba a su puesto a preguntar por el departamento de calzado para caballeros, él indicaba con toda precisión: se halla en el segundo piso, al fondo y a mano derecha. Pero añadía: no deje, señor, de tomar en cuenta que, aunque lo oculten, los zapatos son de pésima calidad, están hechos deliberadamente para dar la impresión de zapatos buenos, bonitos y durables, pero no se deje engañar. Cuando otra persona inquiría sobre el lugar en que se hallaba la ropa interior para niños, Epifanio decía: en el sótano, ahí luego luego a la izquierda. Pero agregaba: no se imagina, mi señora, lo caras que están las camisetas, las blusas y los calzoncillos. No conviene comprarlos aquí. Los dueños son unos sinvergüenzas.

Después de oír las palabras que les ofrecía el hombre de la ventanilla de informes, muchos creían que se trataba de una broma urdida por la propia empresa que a veces echaba mano de insólitas e insospechadas tácticas para tener contenta a su clientela. Pero cuando se sucedieron las *veraces* informaciones que salían de la boca de Epifanio durante varios días, alguien informó a las autoridades de lo que ocurría, ellas pusieron el grito en el cielo, tuvieron una reunión para tratar tan delicado asunto y llamaron a Epifanio. El empleado se defendió diciendo que una ventanilla de informes era, como su nombre lo indicaba, una ventanilla de la verdad, que allí no se podía mentir, que era un lugar hecho ex profeso para no mentir. Añadió que él, y todas las personas que fueran como él, deberían de instalarse en una ventanilla de informes, y que si lo corrían, como seguramente iba a suceder, él continuaría dando informes verdaderos, transformado en la ventanilla de informes que debía de ser. Los jefes lo oyeron asombrados, lo hicieron salir del recinto en que deliberaban y después de darle vueltas y más vueltas al problema, llegaron a la conclusión —no de que estaba enfermo, pues de esa enfermedad nada sabían— sino de que estaba rematadamente loco.

MUERTE DE UN FILÓSOFO

Ese hombre que pasa ante nuestra ventana, medio encorvado y mirando, distraído, a las nubes, se llama Juan Cristóbal Domínguez. Tiene entre sesenta y sesenta y cinco años. Vive, como el Quijote, con una señora o un “ama” y unas sobrinas. Es un militante de la soltería y lo más característico y relevante de él: se trata de un filósofo. Así como hay músicos, poetas o pintores precoces, él fue, según se dice, un filósofo precoz o, si es que esta aseveración resulta dudosa, fue un niño con preocupaciones que, por sus preguntas de mayéutica infantil, podríamos llamar filosóficas. Desde muy joven se dedicó a la lectura y meditación del filósofo español Jaime Balmes, lo cual nos habla de que, adolescente aún, Juan Cristóbal se definía no sólo como filósofo, sino como filósofo católico. Más tarde, después de estudiar en el seminario, primero, y en la Facultad de Filosofía después, se consideró algo así como un cruzado de la filosofía cristiana, y en las guerras sin cuartel de la cultura de entonces luchó bajo la bandera del neo-tomismo. Conoció las obras del cardenal Mercier, de Garrigou Lagrange y, más que nada, la de Jacques Maritain. Y todo lo supo a través de las enseñanzas de su maestro preferido de la facultad: el doctor Oswaldo Robles. Juan Cristóbal creía —más que creía, estaba convencido— que la mayor gloria de la filosofía escolástica, su filosofía, era haber engarzado la revelación bíblica con la sólida estructura de la filosofía aristotélica. Sus clases en la facultad —donde explicaba con elocuencia dicha fusión— le hicieron rodearse de un pequeño grupo de alumnos incondicionales entre los que sobresalía Lauro, su ayudante y amigo. Lauro —le decía

su maestro— la mayor obligación que tenemos es propagandizar la verdad, la Verdad con la V mayúscula de la victoria.

Pasaron los años y el carácter “guerrero” o de “cruzado moderno” en el campo de batalla de la academia se fue incrementando, hasta que, de la manera más imprevista, Juan Cristóbal fue presa de un cáncer en extremo agresivo y al mismo tiempo, o como producto de, contrajo una gravísima enfermedad anímica: la duda. No hay nada peor —confesó a Lauro un día— que ser un canceroso escéptico.

En realidad su duda no era tan grande que destronara a la fe. Era una duda huidiza, inasible, que se presentaba de pronto y que ponía y que ponía subrepticamente un invisible signo de interrogación a alguna de las afirmaciones más orgullosamente verídicas del repertorio neotomista de Juan Cristóbal. Estoy tan seguro de la fe que pusieron en mis manos de niño mis padres que te aseguro, Lauro, que mis últimas palabras antes de morir las voy a dedicar a glorificar a nuestro Señor.

Juan Cristóbal se agravó y tuvo que guardar cama. Al principio recibía a sus alumnos, a Lauro, a Elena —una de sus discípulas preferidas— y departía con ellos cuando el dolor amainaba. Pero esto fue por poco tiempo, después ya no pudo decir sino unas cuantas frases entrecortadamente. Sus palabras, como él, se iban debilitando, palideciendo, alargándose en vocales desfallecientes. En el último día, por la tarde, entró en agonía rodeado de sus sobrinas, la señora y varios de sus discípulos, entre los que sobresalían, por impresionados y compungidos, Lauro y Elena. Él tosió muy fuerte y empezó a decir: “me hundo”, “me hundo”...Lauro vio a los ojos a Elena para sugerirle el carácter simbólico de las frases del maestro. “Queridos míos, nada me retiene, caigo...caigo en el vacío”. Lauro y Elena se acercaron al lecho, él les dirigió una rápida

mirada plena de azoro y angustia: “el abismo, el abismo, caigo en el abismo”. “Lauro, Elena denme las manos: no quiero caer en este precipicio sin fondo. Denme las manos”. Ellos se apresuraron a dárselas. Pero él continuó: “Dénmelas, dénmelas”; hasta que el lenguaje articulado se convirtió en el jadeo intermitente de una vida derrotada.

Horas después, cuando ya se habían llevado el cuerpo hacia la caja mortuoria, las sobrinas cambian las sábanas del lecho en presencia de los alumnos, y éstos reparan en que el colchón donde reposaba su maestro se hallaba desgarrado a la mitad, deshilachándose, con una abertura nada despreciable. Lauro y Elena se volvieron a mirar con una mirada semejante a la que habían tenido cuando él empezó a decir: “me hundo, me hundo”; pero ahora sintieron que su anterior interpretación de las palabras, también se caía por el abismo inocultable abierto a media cama.

EL RUMOR

Me costó mucho trabajo —asentó la periodista—. No se imaginan cuánto. Pero cuando dije, como quien no quiere la cosa, que era hija del Subsecretario de..., las dificultades, como por arte de magia, enflaquecieron y dieron paso firme hacia su desvanecimiento. Obtuve entonces permiso para entrevistar a “ciertos pacientes” y se me abrieron las puertas del Sanatorio de Santa Fe. La entrevista principal que tuve —las demás no llegaron en verdad a interesantes— fue con los Arellano, un matrimonio de la tercera edad, cuyos cónyuges —delgados, nerviosos y comunicativos— eran curiosamente muy semejantes entre sí. Don Ruperto y doña Ninfa —que eran sus apelativos— no manifestaron renuencia alguna para hablar conmigo y para decirme con pelos y señales por qué se hallaban en el Psiquiátrico. Es que piensan que somos dementes —dijo ella. Y la cosa es comprensible —completó él— si se tiene en cuenta la manera en que nos encontraron. Doña Ninfa aclaró a continuación: mire, señorita periodista, nosotros no negamos estar un poco tocados de la cabeza —mi esposo dice que nos hallamos rematadamente locos, pero él ha sido siempre muy exagerado— y, como no escondemos lo anterior, ni por asomo nos quejamos de estar reclusos en este simpático lugar. En realidad somos un par de locos pero lúcidos, racionales y, como puede usted ver o mejor escuchar, muy conversadores y extrovertidos —para decirlo como los doctores o psicólogos de aquí.

Volví los ojos a don Ruperto, que escuchaba extasiado a su media naranja, y le sugerí (preparando al mismo tiempo mi libreta de notas): don Ruperto, ¿por qué no me cuenta qué es

lo que motivó el encierro de usted y su querida esposa en este sitio? Don Ruperto, con la expresión de un niño al que le acaban de obsequiar un magnífico regalo, comenzó su narración. A Ninfa y a mí nos han enclaustrado en este hospital porque nos enloqueció el sótano de nuestra casa. Esta última, vieja pero cómoda, la compramos no hace mucho —seis meses a lo más— a una familia extranjera de la que nada sabemos (o nada recordamos) —apuntó doña Ninfa— y que no dejó más huella en nosotros que la de ser los antiguos dueños de nuestro hogar y sus vendedores. Debo aclarar que nunca tuvimos acceso al sótano que mencioné ya que estaba cerrado a piedra y lodo y jamás nos fue posible abrirlo. A lo mejor no lo intentamos en serio o quizás nos dijimos que algún día pediríamos ayuda a alguien para poder entrar en él y ver qué guardaba en sus entrañas. Un día empezó a brotar del sótano un rumor pequeño e intermitente, algo así como un zumbido o un quejumbre en sordina. Tanto Ninfa como yo pensamos al cabo de un rato que estábamos enfermos del oído. Sentimos náuseas y nos vimos presas de un fugaz mareo. Por fortuna el rumor desapareció tan abruptamente como había aparecido y, a poco, nos serenamos y no volvimos a pensar en ello. Más tarde, sin embargo, resurgió el rumor. Se hizo más grande y persistente. No era música. No era Beethoven o los Rollings. Era un rumor *in crescendo* como el de la estática del radio. Poco después aumentó de volumen, se volvió estruendoso e insoportable. Creímos enloquecer o a lo mejor lo fuimos y no sabíamos qué hacer para evitar el estentóreo e infernal ruido que estallaba a nuestros pies, desde el sótano. Intentamos salir a la calle, pero a Ruperto —interrumpió doña Ninfa— se le ocurrió que era mejor golpear en el lugar del piso de donde parecía emerger el núcleo del alboroto, con un bastón. Santo remedio: el ruido cesó. Don Ruperto tomó de nuevo la palabra: el ruido cesó sin duda, pero sólo por poco tiempo. Pero en ese lapso (que nosotros interpretamos como la feliz victoria del silencio) intentamos tornar a nuestra vida de siempre. En el momento menos pensado, pero ahora a toda fuerza, corrió el ruido a ocupar todos los rincones de nuestra

casa. Como antes, pero ahora con mayor ahínco, intentamos salir de nuestro hogar; pero, con la nerviosidad que nos embargaba, no supimos dar con la llave y nos fue imposible salir a la calle. El teléfono (vaya usted a saber por qué) había enmudecido y ni salían ni entraban llamadas. Afortunadamente nuestro refrigerador estaba colmado de comida. Nos pusimos algodones en los oídos. Pero el rumor desorbitado lo penetraba todo. Volví a golpear con el bastón. Y se hizo un nuevo silencio. Lo aprovechamos para descansar, tomar un refrigerio y ver la tele, aunque la oímos bajito porque estábamos cansados de tanto chirrido. En el momento más trágico de la telenovela que veíamos siempre a esa hora, irrumpió nuevamente el extraño sonido mencionado, pero ahora como un ruido atronador y desquiciante. Entonces mi mujer y yo, cada uno con sendos bastones, nos pusimos a golpear desaforadamente el piso durante no sé cuánto tiempo. Hubo abajo un silencio de cinco minutos. Y de nuevo el clamor. Y nuestra respuesta fue de golpes enloquecidos de bastón, desaforados y sacados de quicio. Hubo otro silencio en el sótano, pero ahora sólo de cuatro minutos. Y así prosiguió, hasta que nuestros golpes —acompañados de aullidos, hay que confesarlo— no obtuvieron ya una respuesta de silencio por parte del sótano, y el ruido de abajo, pujante, todopoderoso, adquirió el don de ubicuidad. Fue entonces —murmuró Ninfa— cuando nos desmayamos y al despertar nos encontrábamos en la ambulancia del Psiquiátrico. Por eso estamos aquí —dijo Don Ruperto.

Pero —les dije— ¿se encuentran bien? ¿Los tratan satisfactoriamente? ¿Cuándo los darán de alta? Sí —dijo doña Ninfa— estamos bien, nos tratan con humanidad y deferencia, y saldremos pronto.

Pero —musitó Don Ruperto—... ¿Pero qué? —le pregunté. Lo malo —respondió, con el solidario asentimiento de su mujer— lo malo es el pequeño e intermitente rumor que viene del sótano del hospital, y lo peor es que no se nos ocurrió traer de la casa nuestro par de bastones.

UN PAR DE CAMARADAS

Nada hay más gris que una tarde gris en Topolobampo. El aire tiene a veces pretensiones de viento, pero poco después se desdice y torna a su mentirosa quietud.

Julia —acertó a decir el Inspector— nunca ha habido entre nosotros algo parecido...Nunca hemos hablado de amor y nuestra relación nunca se ha salido de los carriles de la amistad y la camaradería.

—Yo me congratulo de eso —musitó Julia con una sonrisita que, casi, se disolvió antes de nacer.

—Pero ayer tuve un sueño muy curioso y quiero contártelo.

El aire, jugueteando con las hojas, arroja un puñado de ellas a la boca de un perro, el cual seguramente maldice su suerte, como se puede deducir en la forma en que tose y escupe lo que se le mete en el hocico.

Julia es toda atención.

El Inspector narra a continuación lo siguiente: soñé que aquí en nuestro terruño había un concurso de belleza y que tú, Julia, eras de las tres o cuatro finalistas. Yo formaba parte de un jurado de... creo... cinco personas, y emitía mi voto a tu favor. No salías sin embargo triunfante, sino en segundo o tercer lugar. ¿Por qué votaste por Julia? —me preguntó otro de los jurados que al parecer era mi amigo—. Y mi respuesta fue: porque me gusta muchísimo y tengo la intención de enamorarme de

ella. Otro jurado me recomendó entonces: búscala y dile qué es lo que sientes por ella. En ese momento se disipó mi sueño y sentí el impulso de venir a contarte un sueño tan extraño como extravagante.

Julia echa mano de su sonrisa protectora y no dice nada.

El Inspector añadió naturalmente: es extraño que uno sueñe cosas semejantes. Cuando entre tú y yo nunca ha habido nada...

Julia se olvida por completo del incidente. Llega a su casa, departe con sus hermanos, ve la tele, cena un “cuernito con mermelada”, famoso pan dulce de Topolobampo, y se va a dormir como una bendita. Sueña entonces que, conversando con su madre, le murmura: fijate que entre mis condiscípulos en la clase de inglés hay uno, al que le llaman el Inspector, que me gusta no sabes cuánto. Yo no sé qué diera por... La madre, con un tono adusto y un sí es cortante, dice: no seas tonta, búscalo, coquetea con él, no lo dejes pasar. Después ocurren cosas incomprensibles que, al despertar, son como una nube que se disipa.

Impulsada por el contenido de su sueño, Julia busca al otro día al Inspector, lo mira a los ojos y le cuenta con lujo de detalles el sueño que había tenido.

Somos amigos —arguye ella— pero qué extraños sueños tenemos.

Como entre Julia y el Inspector no hay nada, o prosigue no habiendo nada, ambos continúan su vida personal. El Inspector conoce por aquel entonces a Carmela, la españolita recién llegada de Alicante, le echa los ojos, sabe hallar las palabras que despiertan el consentimiento, y la convierte en su amante. Julia se matrimonia con el dueño de la farmacia y se dispone a iniciar la consabida ruta de una familia clasemediera en Topolobampo. Julia y el inspector dejan de verse algunas semanas. Pero al cabo de

éstas, ambos tienen uno de aquellos curiosos sueños y corren, entre divertidos y serios, a contarle al otro lo soñado.

Él comienza: estaba haciendo el amor con la Carmela. A veces en una postura, a veces en otra y, a punto de saborear el clímax con mi cuerpo entero, le soltaba al oído: Julia, mi amor, mi amor. La Carmela se enfurecía, me zarandeaba y, maldiciéndome, me decía que te buscara, que no me hiciera pendejo. Entonces desperté y desde que lo hice me hormigean los pies en ansias de venir a verte y relatarte todo.

Ella toma la palabra: Yo soñé algo más grave. Imaginé que estaba con mi farmacéutico y le daba la noticia de que me hallaba encinta. Él empezaba a dar brincos de gusto y a sugerir que por fin algo nuestro iba a sobrevivir, cuando yo, por así decirlo, le arrojé a la cara un frío chorro de agua al espetarle: pero mi hijo no es hijo tuyo sino hijo del Inspector.

Julia y el hombre se quedan callados. Se miran fijamente a los ojos. Y sienten un cierto deseo lejano, oscuro, insignificante de tomarse las manos. No lo hacen.

—Sabes —dice él— que entre nosotros nunca ha habido nada.

—Sí, dijo ella, pero qué extraños sueños tenemos.

Se despiden, entonces, después de afirmar su amistad, su camaradería.

A contrapelo de los relatos que se hallan rubricados por un final feliz, puedo dar término a esta historia diciendo: y desde entonces en adelante todos fueron infelices para siempre.

Nada hay más gris que una tarde gris en Topolobampo...

NOTA ROJA

Perpetuo Gómez pensó que todo iba a salir bien. Le fue dable saltar sin dificultades al jardín y, como nadie se hallaba cuidando la puerta de afuera, pudo entrar a la casa como Pedro por la suya. Adentro de la mansión tuvo tiempo para llenar la bolsa que llevaba al hombro de una buena cantidad de objetos, joyas y dinero. Pero cuando pretendió salir de la casa para atravesar el jardín y saltar a la calle, los furiosos ladridos del perro le impidieron el paso y lo retuvieron el tiempo suficiente para llegar los dueños y la policía. Los cuidadores del orden se lo llevaron a la cárcel y ahora —al momento de iniciar este relato— era un preso de tantos que se hallaba en un calabozo con una sentencia de varios años y sin posibilidad de salir de prisión pagando una fianza.

Se pasaba días enteros echando pestes contra su mala fortuna, maldiciendo la histeria del perro custodio e inculcando a Dios... Pero empezó a calmarse cuando conoció en una de las crujías a dos personajes: uno festivo —a quien llamaban “el bigotes de seda”— y otro facineroso —que tenía por sobrenombre “el calambres”. Ambos individuos se distinguían de los demás presos en que entre sí, y después con Perpetuo, hablaban de su inminente fuga de la cárcel. No sería difícil hacerlo —decían— porque tenemos carnales afuera, y éstos poseen dos armas en verdad chingonas: fajos de billetes y cientos de amenazas. Con los primeros compran conciencias y temores y con las segundas ahuitan voluntades. Desde el principio se estableció una relación de cordialidad y simpatía entre “el bigotes de seda” y Perpetuo y la confianza entre ambos

llegó a tal nivel, que el narco invitó a Perpetuo a formar parte de los que se escaparían “con la bendición de Valverde y una manita de los cuates de afuera”. Se quedó pensativo un momento y añadió: “y también de uno de los guardias que está protegido por uno de más arriba y éste por otro de más arriba y así hasta el mismito cielo”.

No era sólo por simpatía, química o confianza el que “el bigotes de seda” invitara a Perpetuo a la fuga, sino porque él y “el calambres” necesitaban de alguien que ayudara a subir la escalera cuando estuvieran arriba del muro y que colaborara en retirarla cuando estuvieran abajo. El día de la libertad, más bien la noche, llegó a la semana siguiente. El plan no sufrió ninguna descompostura. El trajín comenzó a las doce treinta y a la una y diez ya eran tres hombres libres que no corrían pero sí caminaban con pasos apresurados y nerviosos en dirección a un coche que los esperaba en la otra esquina. Perpetuo se detuvo abruptamente. Yo aquí me separo de ustedes —dijo. “El Calambres” refunfuñó y echó madres; pero “el bigotes de seda” le dijo: Mira, Calambres, él nos ayudó en la escapada, es buena onda. No nos perjudica nada si lo dejamos seguir su pinche vida.

Los narcos se fueron en el coche a toda velocidad y Perpetuo, dueño de un pequeño rollo de billetes que le había deslizado “el Bigotes”, tomó un camión de pasajeros hacia un pueblo distante.

Ya en este pueblo, lo primero que hizo fue buscar un hotelucho para que descansara su tan atareado y sufrido esqueleto. Y al día siguiente, deambulando por las calles, tropezó con la cantina “La buena conducta”, entró en ella, pidió algo de comer y un tarro de cerveza. El cantinero oyó la orden y le trajo a la mesa un “tente en pie” y una chela tan fría, tan fría como la novia enamorada de otro. Él estaba como que te come y bebe que te bebe cuando apareció la puta.

A Perpetuo le llamó la atención su manera de vestir. Como el de todas las rameras, su traje era muy escotado, con una minifalda muy arriba de las rodillas, medias caladas y oscuras, notoria ausencia de portabustos. Pero la singularidad del atuendo provenía de que todas sus prendas exteriores —y después comprobaría que también las interiores— eran negras.

—Güero, ¿me invitas un roncito? —dijo “La flor”. Él asintió con la cabeza. Le ofreció asiento en su mesa y le preguntó:

—¿A qué se deben las negruras de tus trapos?

Ella, quedándose a medio camino entre la risa y el llanto, respondió:

—Estoy de luto.

—¿Por qué?

—Porque a mí, y a las otras cuatro “Reinas de la noche” — como aquí se nos conoce a las cinco—, se murió nuestro padrote.

Sin fijarse en la reacción de Perpetuo, prosiguió:

—Me visto de negro porque me duele en el alma la cruel petateada de “El niño”, que murió de cirrosis de tanto empinar el codo. Me visto así, atrevidamente, porque mi profesión me lleva a enseñar todo lo que pueda, pues así ustedes los machirrines entran en antojo y nosotras pues ahí la llevamos.

Así comenzó la plática y la relación entre “La flor” y Perpetuo Gómez.

Unos días después, Perpetuo acudió de nuevo a la cantina. Reanudó su charla con “La flor” y después de muchas

palabras, alcoholos y apapachos recíprocos, Gómez fue sorprendido por esta proposición:

—Mi rey, ¿por qué no te haces nuestro padrote?

Los ojos de Perpetuo pidieron una explicación.

—Sí —dijo ella— he estado mirando lo ponchadote que estás. Y he hablado con mis cuatachas de trabajo y las cinco “Reinas de la noche” estamos de acuerdo. Se necesita un fortachón como *you are* para hacer el papel de perro policía.

Lo único que atinó a decir Perpetuo fue:

—¿Y qué diablos tengo que hacer?

“La Flor” pasó a explicar sus deberes y sus derechos. Entre los primeros estaban cuidar vida y trabajo de las sexoservidoras y garantizar que el salto de ciertos clientes desde “La buena conducta” hasta la “Gloria” —nombre del burdelito de las “Reinas de la noche”— se hiciera con discreción y sin problemas. Los derechos eran especialmente atractivos y tentadores: cada chica le daría un porcentaje de sus ingresos y le brindaría la posibilidad de acostarse gratis con ella cuando él lo quisiese y la escogida dispusiera, claro, de tiempo. Perpetuo sintió que se le estaba proponiendo pasar sus vacaciones en la felicidad, y aceptó sin pensarlo dos veces.

El nuevo padrote desempeñó su cargo de manera magistral e inolvidable en ese mundo de marginación y pobreza. Recordó al perro guardián que tanto mal le infligiera en el pasado y se puso, como aquél, a cuidar la puerta de su nueva obligación. En lo que se refiere al derecho de pernada múltiple lo ejerció puntualmente, sin remilgos ni hipocresías. Pero después de algunas semanas de nómadismo erótico, sintió la necesidad de fijarse sedentariamente en la dulce entropierna de “La Flor”.

UNIVERSALIA POST REM

Esta es la historia de una caída, un encuentro y un final feliz. Voy por partes. La caída es la de un ángel que se vino abajo desde la punta de un arcoíris hasta la Tierra. Cayó en un pajar. Y un tanto aturdido, se sacudió las alas y se fue a la deriva por un camino que conducía a dos partes: a lo cercano y a lo lejano. En una banca —que vivía eternamente descansando a las orillas del sendero— se encontraba un lector, el cual, al advertir el resplandor deslumbrante del ángel que venía caminando por la ruta, salió corriendo muerto de miedo y abandonó el libro que leía sobre la banca. El ángel, al arribar a ese sitio, vio el libro, lo tomó delicadamente, examinó el título (*¿Qué es el materialismo filosófico?*) y se puso a devorarlo con cada vez mayor atención. Al llegar a la mitad de la página 60, levantó los ojos del libro y dijo para sí, presa de un entusiasmo delirante: “¡Así es que los ángeles no somos otra cosa que el producto de la materia sublimemente organizada!”. Y tras de soltar estas palabras, se fue, aleteando a toda velocidad, a dar la buena nueva a sus hermanos.

EL TRAGAFUEGOS

Al lado de los semáforos de las principales calles y avenidas de México merodea la economía informal: limpia cristales, mendigos, malabaristas, payasos y tragafuegos. Jorge, muchacho adolescente y entusiasta, para combatir la pobreza extrema que embargaba a su familia, se dedicaba a la última de estas actividades. Aunque algunas personas dieron en llamar “dragones” a quienes se dedicaban a este trabajo, los tragafuegos en vez de vomitar llamas nacidas de su entraña, se introducían el fuego previamente en la boca, y luego lo expelían en la forma de una ráfaga deslumbrante, a diferencia de las terroríficas criaturas que dejan sin respiración a los niños cuando de repente irrumpen en los cuentos que se encaraman al suspenso.

Jorge era o acabó por ser sumamente hábil en este endemoniado oficio; pero un día —y con ello comienza mi relato— lo asustó la bocina de un auto, el chirrido de un freno, y sufrió una severísima quemadura en la garganta; cayó desvanecido, pero el manco y la payasita, amigos de trabajo, llamaron a la ambulancia y pronto fue internado en el hospital. Su salud seriamente quebrantada y las medicinas que le dieron para ello, lo arrojaron a un largo y extenuante estado de delirio.

Soñó que había muerto y no sólo eso: sino que había reencarnado. Ahora era el hijo menor de una pareja de dragones que vivía en otra dimensión, mundo o reino. Su nombre se había convertido en Georgius y así lo llamaban sus mayores, sus hermanos y sus amigos y amigas. Pero

era un dragón niño que sufría indeciblemente porque no podía escupir fuego. Admiraba a su padre y a sus tíos cuando, hallándose conversando, se apasionaban tanto en lo que decían que proyectaban espléndidas llamaradas entrecruzadas. En verdad, cuánto los envidiaba. Su madre dragona también producía fuego, mas en pequeñas cantidades y poco radiante. Pero él era niño y no niña, y eso le hacía sentirse extremadamente angustiado ya que, por más esfuerzos que hacía, y aunque temblaba desde sus fauces hasta la cola, no le era dable emitir la menor señal de fuego. Así como, entre los humanos, hay niños que “se rasuran” para sentirse mayores, aunque no haya en la piel de su rostro ni la más mínima sospecha de vello, Georgius carraspeaba y carraspeaba para vomitar el anhelado fuego; pero lo único que lograba era quedarse afónico y con la garganta seca y adolorida.

Se soñó también adolescente: un dragón bien parecido, de escamas lustrosas y cola de movimientos, si enérgicos, también pausados y elegantes. Pero en esta edad se hallaba afligido por lo de siempre: su incapacidad de eyacular fuego. Ni flamas grandes ni pequeñas. Simplemente nada. Georgius sabía que un buen fogonazo, en sincronía con un hábil coleteo, atraía a las dragonas quinceañeras. Su problema, su misteriosa anomalía, lo llevó a la soledad y hasta a las inmediateces del autismo. Nadie encontraba la manera de auxiliarle y atraerlo al cómodo y placentero mundo de la normalidad, ni sus padres ni el psiquiatra más renombrado de dragolandia. Nadie. Nadie. Georgius estaba convencido además de que la dragonidad (o los dragones y dragonas comunes y corrientes), lo discriminaban y se reían de él. Un dragón sin la cualidad de vomitar fuego era como un lirón insomne, un caballo de carreras cojo o un elefante chimuelo. Pero un día pasó algo tan inesperado como sorprendente: Georgius fue presa de una gripe tormentosa y descomunal que, además de convertir sus narices en un manantial sin freno ni reposo, le produjo una tos endiablada que no lo dejaba en paz. Mas de repente,

cuál no sería su sorpresa que, al toser, produjo una pequeña llamarada que le quemó las pestañas a su madre y dejó carbonizado por un momento la bajísima autoestima que cargaba como un pesado fardo en los hombros de su malhadado carácter.

Jorge soñaba que ese momento, ese, había sido el minuto más feliz de la vida de Georgius, porque en adelante ya nunca más pudo arrojar la menor llamarada, la lumbre que supuestamente debería sacar de sus entrañas, y lo más que lograba emitir, cuando se empeñaba en producir pequeñas chamarascas, era un poco, poquísimo, de humo tímido, evanescente y avergonzado de su innegable ridiculez. Georgius tomó entonces su más drástica resolución: correr hacia el suicidio.

Fue ese el instante en que el tragafuegos entró en agonía en su camastro del hospital. Se revolcó en las sábanas, fue sacudido por los estertores, puso a los pies de la nada su vida entera y dejó el mundo con un agudo e incontrolable dolor de garganta.

ARRANQUE DE MORALIDAD

No cabe duda de que la teoría debe ser vinculada con la práctica, y no dejarla hablando sola. Y esto es válido no sólo en la ciencia, la política, la arquitectura, etc., sino en el caliginoso mundo del asesinato. Adrián, mi primo, un individuo de inteligencia enfermiza, escribió unas extrañas *Instrucciones para llevar a cabo un crimen perfecto*. Una vez que lo hubo hecho, acarició la idea de llevar a la práctica su teoría, y lo hubiera hecho si un paro cardíaco no viniera en su ayuda y le evitara tamaño pecado.

Yo rescaté el texto e, inocente de mí, pensé en editarlo y venderlo. Y hasta redacté un anuncio que, entre otras cosas, decía:

—Si usted es asediada(do) por su jefe(fa) sexualmente, y ya no puede más, ...lea el Manual del Crimen Perfecto.

—Si usted descubre a su novia acostada con su mejor/peor amigo y quiere saldar cuenta con uno, con otro o con los dos...lea el Manual del Crimen Perfecto.

—Si usted odia a su suegra y se ve presa de las malas intenciones...lea el Manual del Crimen perfecto.

—Si usted es detective y tiene tropiezos profesionales...lea el Manual del Crimen Perfecto.

—Si usted tiene cierta debilidad por el magnicidio, pero poca confianza en sus habilidades, lea el Manual del Crimen Perfecto.

En mi delirio, llegué a imaginarme que había dado con la forma perfecta de enriquecerme. Pero me volvió a la realidad la idea de que alguien, el día menos pensado, me sustrajera hábilmente el Manual y que este robo, un robo perfecto, fuera el punto de arranque de un conjunto de asesinatos sin resolución surgidos en la ciudad o sea, ay, de la existencia de un asesino serial perfecto entre nosotros. O de que un monstruo (la censura) y sus sicofantes (la policía) entrase a mi depto. y se llevara — para destruirlos— todos los ejemplares de la inquietante obra. Entonces desistí de publicarlo y, en un arranque de moralidad, lo condené a las llamas con la sana intención, que muchos me agradecerán, de que los crímenes continuaran con la imperfección que les es habitual.

LOLITO

Escribo estas líneas con el estado de ánimo con que el pecador se confiesa a su sacerdotes y hasta quizás a su Dios. Quiero hablar no sólo de mí, de mi debilidad y disculpas, sino de las tentaciones a las que a veces nos vemos expuestos quienes optamos por el sacerdocio, el papel de guías de la grey católica y el voto de castidad.

Mucho se habla, y he de confesar que con razón y comprensible repudio, de la siniestra enfermedad que corroe el cuerpo de nuestra Santa Iglesia. Me refiero a la pederastia. Aunque estoy convencido de que este cáncer ha existido desde la más remota antigüedad en la sagrada institución de San Pedro, sólo en las últimas décadas ha salido a la superficie y ha mostrado a los fieles y a los demás hombres una faz tan oprobiosa de nuestra organización eclesial que me lleva a decir que el demonio se ha introducido en el convento, en las diferentes órdenes, en el alma de incontables prelados. Pero no todos los que han sucumbido a tamaña ignominia lo han hecho de la misma forma, hincando el diente en la concupiscencia o bajando la guardia ante la frivolidad que arrastra, como que dos más dos son cuatro, al crimen nefando. Algunos han sido, de algún modo, víctimas de las circunstancias, de una tentación irrefrenable y de una vigilancia adormecida.

Hace veinte años —ahora tengo cuarenta y cinco— era yo un cura más que consciente de esos peligros. Sabía que existía la lujuria y que uno había de hacer oídos sordos al canto de esa sirena. Sin embargo, el deliberado rechazo a la sensualidad estaba lejos de suprimirla y yo la sentía

bullir, oscura y amenazante, en mis entrañas. Pero estaba convencido de que la voluntad de granito nacida de mi vocación controlaba férreamente mis impulsos instintivos y ahogaba la voz que, como un canto llano sin silencios, salían en mi defensa la fe, mis convicciones, las preces a las que acudía como el sediento lo hace con el agua y las faenas, menesteres y servicios a que mi ministerio me tiene obligado. Uno de estos trabajos era el de impartir clases de historia sagrada y catecismo a un puñado de chiquillos adolescentes que en su mayoría me oían como quien oye llover, se ponían a contemplar la humedad salitrosa de las paredes, el caótico vuelo de las moscas o los charcos de sol que arrojaba el ventanal a los pupitres. Había un niño que, a diferencia de los otros, me bebía las palabras y se interesaba en mis enseñanzas. Sus compañeros lo llamaban Lolito, y era un joven hermoso, serio y enigmático. Si su trato con sus iguales era ríspido, un tanto despreciativo y con un inocultable aire de superioridad, su comportamiento conmigo era de extrema deferencia, atención desmedida y un comportamiento donde un sí es no, tan insinuante que no pude advertir e interpretar al principio.

En una de las clases de doctrina advertí que no dejaba de mirarme. Leía yo algún pasaje no sé si del Pentateuco o de las Epístolas paulinas y al terminar la lectura me di cuenta de que Lolito no había apartado la vista de mi rostro y que esperaba ansiosamente que sus ojos se encontraran con los míos. Así pasó. No le di importancia al hecho y bajé la mirada, pero él, casi sin parpadear, la mantuvo fija y desafiante. Se sabía atractivo y al menor pretexto —el nado u otros deportes— enseñaba (*me enseñaba*) sus brazos, sus piernas, su pecho (adonde una breve pelusa mostraba su mechón aduraznado). Cuando me encontraba en los corredores, y hallándonos solos, me lanzaba en voz baja preguntas como: ¿qué es fornicar? ¿por qué el buen cristiano tiene como enemigos mundo demonio y carne? ¿qué diferencia hay entre los ícubos y los súcubos?, yo contestaba como podía, sin inmutarme en lo más mínimo y

tratando de alejar a mi discípulo de la jauría de malos pensamientos que a mi parecer lo estaban asediando.

Un día pidió confesarse conmigo. Y no tuve reparos en ello. Pero tengo la obligación de decir en este escrito, que lo ocurrido en esa tarde fue más que una confesión o verbalización de las culpas para ser perdonado, un inocultable acto de seducción. Me espetó Lolito: confieso, padre, que no puedo dejar de pensar en lo prohibido, que el deseo sexual me acompaña mañana, tarde y noche, que me gustan las mujeres pero más los hombres y sobre todo los mayores, que me masturbo todos los días pensando en usted. Yo lo reconvine del modo más severo posible, le exigí su arrepentimiento y le dejé como tarea que rezara no sé cuántos *padresnuestros* y *avesmarías* para expiar sus pecados y para que se liberara de esas obsesiones que lo disminuían ante los ojos del Señor.

Lolito pareció comprenderme y arrepentirse. Durante algunos días, huía de mi presencia, bajaba los ojos en cuanto me veía y pareció haber superado sus malos pensamientos y peores acciones. Pero todo lo acaecido había producido en mí, en contra de mis más aceradas defensas, cierto efecto que tuve que ir reconociendo poco a poco y con la dolorosa conciencia de hallarme entre las personas débiles e indefensas. Pronto caí en cuenta de que Lolito estaba lejos de haber cambiado y de que, adivinando lo que pasaba en las profundidades de mi ánimo, una y otra vez se instalaba en el requiebro, la insinuación, la frase ambigua y el contoneo incitante. Una mañana, muy temprano, antes de que despertaran los hermanos y los pupilos, nos hallamos en el jardín todavía oscuro, acercó sus labios a los míos, me arrojó a la estrujante dimensión de la perplejidad y la apetencia, y salió corriendo al tiempo que embadurnaba sus labios con una sonrisa triunfante.

Días después, cuando dormía yo la siesta, se introdujo subrepticamente en mi dormitorio y caminó de puntitas

hacia mi lecho. Yo escuché con claridad que alguien entraba en mi celda. Adiviné quién era. Me hice el dormido y, al sentir la lasciva suavidad de su cuerpo junto a mí, arrojé por la borda mi moralidad, mis obligaciones, mi decoro y, en complicidad gozosa con su ingenua lubricidad, mancillé para siempre la pureza de su cuerpo de niño.

Nadie puede imaginarse el sentimiento de culpa que me embargó desde ese momento. Es verdad que caí —o mejor que caímos— dos o tres veces más. Pero finalmente mis hombros no fueron capaces de cargar el peso de tamaño pecado. Busqué al obispo, le pedí una entrevista y le confesé todo, con pelos y señales, sin dejar nada en el tintero ni envolver mis palabras en el vaho atenuante de la disculpa. El padre confesor, tomando en cuenta la crisis de los Legionarios de Cristo y los múltiples problemas emanados de la pedofilia, tomó la decisión —que yo acaté inmediatamente— de que dejara el ministerio sacerdotal y me dedicase, fuera de la Iglesia, a rogarle a Dios que me perdonara, y a llevar la vida cristiana, con la inalterable honestidad que presupone, en espera de que algún día me readmitiese la Santa Iglesia, de conformidad con la vocación que al parecer no me había abandonado.

Esto ocurrió hace cuatro lustros. En este tiempo he sido muchas cosas, he desempeñado varios empleos y, tengo que confesarlo, no he salido triunfante frente a los demonios que tanto me acuciaron en el pasado. Ahora soy maestro de escuela y no pocos de los jóvenes que están a mi cuidado y bajo mi guía producen un hormigueo en mis manos y me desordenan las entrañas. Pero me controlo y renuevo mis oraciones.

Ayer fui a confesarme. Me enteré de la presencia en nuestra parroquia de un joven sacerdote, con fama de inteligente y bondadoso, que estaba causando muy buena impresión entre sus feligreses. Lo fui a buscar. Me dijeron

que se hallaba precisamente en el confesionario. Hice cola unos minutos y me acerqué a la ventanilla a hablarle de mis pecados, mi debilidad, mi culpa, mi existencia. El nuevo padre me oyó con atención. Me hizo muchas preguntas. Me obligó a explayarme, a soltar todo lo que desde hacía años guardaba en el hondón del alma. Una vez que terminé mi narración, con voz muy suave y aterciopelada me dijo: Has pecado gravemente, hijo mío, y aún no vences las tentaciones. Pero no seas tan duro, tan rígido contigo mismo. Las pasiones son naturales, son criaturas del cuerpo, y aunque hay que dar una resuelta y permanente lucha contra ellas, a veces no podemos dominarlas y acallar sus nefastas vociferaciones. Pero no te preocupes, yo te comprendo. Aquí entre nosotros, quiero decirte que yo también he sido tentado y veo en la concupiscencia mi peor enemigo...Enmudeció de pronto y después de algunos minutos comprendí que la confesión había terminado. Me levanté del reclinatorio y me dirigí al atrio de la Iglesia. Allí encontré un grupo de seminaristas que conversaban con entusiasmo. Me acerqué a ellos y les hice la siguiente pregunta:

—Hermanos ¿cuál es el nombre del nuevo padre confesor?

Y uno de ellos me respondió:

—Me parece que Juan Dolores Pérez.

Y otro dijo:

—Sí. Pero siempre le han llamado Lolito.

HISTORIA DE UNA MANO Y DE LA OTRA

Esta es la crónica de una mano que vivió sus momentos de mayor felicidad cuando se hallaba unida al cuerpo, que fue separada de éste y que, sin ningún tipo de ceremonia, fue arrojada a la fosa común. Se trataba de la mano derecha del “Dinamita López”, famoso “peso medio” de la Arena México. La mano tenía su especialidad: causar un desorden irreparable en los rostros de sus contrincantes. Aquí, rompía el tabique de la nariz; allá, convertía la boca en labios leporinos; en una cara fundía uno de los ojos y dislocaba una mandíbula, en otra dejaba sin dientes al adversario y hechos papilla los maxilares.

Dos de sus víctimas, sedientas de venganza, lo sorprendieron en la noche al salir del gimnasio y a punta de pistola lo llevaron a un cuchitril en donde salió a relucir un machete que cercenó con un golpe seco la temida arma del “Dinamita López”. No corresponde a esta historia ser la cronista del aullido indescriptible de dolor del rey del cuadrilátero. Más bien su destino es volver los ojos a la mano que puede divisarse enrojecida, sangrante, amoratada. Los victimarios la envolvieron en un papel grasoso y creyeron poderla vender, conservada en un recipiente con alcohol, a los fanáticos del “Dinamita”; pero como el negocio no funcionó, y a nadie le interesó esa obscena reliquia, se deshicieron de ella en el basurero, fosa común de las manos cortadas, los dedos anónimos, las narices sin dueño.

Al cabo de ciertos meses, volvió a aparecer en el ring el “Dinamita”, y lo hizo con el nombre de “el Zurdo López”. En contra del reglamento y por pura lástima, lo dejaban

boxear en las peleas secundarias; mas ahora, a pesar de que su fuerza nunca lo abandonó, se había vuelto cauteloso, viviendo sin decoro su decadencia, diestro para la defensa y medroso para el ataque, y todo ello porque fue invadido poco a poco por el temor de que el día menos pensado, después de un atraco vengativo como el anterior, lo dejaran sin la otra mano.

Lo dejaran sin la otra mano y convertido, ay, en “el manco López”, sirviendo como *punching bag* para la práctica cotidiana de los boxeadores. Además si se quedara sin la mano izquierda ¿con qué mano se persignaría antes de los golpes que le propinaran?

**EL TRÁNSITO I
O
EN EL PRINCIPIO ERA EL GERUNDIO
(1990)**

*El cuentema es un poema
que se asoma a un cuento
que se asoma a un poema.*

E.G.R.A.

El libro de los gerundios

EN EL PRINCIPIO ERA EL GERUNDIO

Todo gerundio debería de hacer su testamento. A diferencia de los infinitivos, que son contrabandistas de la eternidad, los gerundios cabalgan en las pezuñas de sus puntos suspensivos. Los fragmentos de Heráclito "El oscuro" están escritos en gerundio, aunque, a decir verdad, no es posible bañarse dos veces en idéntico devenir. Los verbos ser o estar, así en su forma infinitiva, son tarjetas postales que nos envía lo intemporal o, si se prefiere, descripción de algunas de las posturas de Dios. Pero no hay que dejarse llevar por el espejismo que pone su granito de arena humedecida a la idea fantástica de que el desierto no es sino el ámbito donde crecen comunas de agua. No hay que confundirse ni dar el cerebro a torcer. En los sótanos de los infinitivos también se halla, agazapado, el tiempo. Callado. No diciendo este tic tac es mío. Permitiendo que el verbo, del que es una forma clandestina, se pasee por el mundo sin sufrir la tarascada de las conjugaciones. Cuando decimos: amar, y advertimos cómo nuestras huellas dactilares escuchan el canto de las sirenas, decimos en el fondo: amando. Y es que, mi amor, nuestro lecho tiene un pacto con el presente, con el *hic et nunc* del gerundio de nunca acabar. ¿De nunca acabar? Mientras vayamos en el convoy del presente, la estación terminal, y las paletadas de oraciones fúnebres que supone, no es sino una pesadilla, un sueño sometido a la tortura de sentir cómo le cae, gota a gota, la imagen de la nada. Todo participio pasado se halla a la busca de su museo. Sabe muy bien que se encuentra en alguno de los capítulos de la memoria o en alguno de los recovecos con más telarañas

de la inconciencia. El futuro, por su lado, mira al presente como la realización ve a su sala de espera. El futuro es el más allá del más acá. El perpetuo residuo de nuestro banquete de tiempo. El agua de Tántalo que huye de nuestro pie con la puntualidad del deshojarse de las margaritas ante un viento sentimental cualquiera. El gerundio se ubica entre el pretérito y el futuro como el pecado entre la excitación y el remordimiento. Es el pan nuestro, desmoronándose, de cada día. Es un pastor que lleva su majada de segundos desde quién sabe dónde hasta quien sabe qué. Es, en fin, mi personaje, mi tema, mi ocupación, no de deletrear el infinito, sino de hallarme, oh lector, deletreándolo.

MI TEMA

Cuando a un ángel se le pregunta: ¿Qué es un hombre? El ángel contesta: Un ser que contrajo tiempo.

El protagonista esencial de todos mis poemas (de todos, también de los estertores que figurarán en la última página de mis obras completas) no es el ir desde un entusiasmo hasta un punto cualquiera y sus suburbios, no es el comprar con un pasaje la aniquilación vertiginosa del espacio, sino que es el devenir, el paulatino derrumbamiento no sólo de la arena del reloj sino del reloj de arena, el ser que es desde siempre un siendo, el viajar en la carroza de lo efímero contemplando cómo todas las provincias de la transformación se nos vienen en sentido contrario.

En realidad, no escribo poemas, sino historias. Hablo, por ejemplo, de la crónica de un suspiro, de la biografía de un deseo inconfesado, de la historia verdadera de un silencio.

A veces, me duelen los relojes. Tanto, que veo al cucú como la más siniestra de las aves de rapiña. Pero no puedo cruzarme de ojos ante lo evidente: soy, somos, seremos personas con las manos empolvadas de tanto acariciar la idea de inexorables velorios. La muerte está a la vuelta de este júbilo, vendrá el miércoles, llegará al mismo tiempo que la llamada telefónica que espero desde hace un siglo.

Por eso el personaje principal de mi lápiz es el misterio de un verbo crucificado por todas sus modalidades. Por eso la obsesión central de mi musa es seguir el rastro de todo coleccionista de huellas.

Mas no puedo dejar de inquirirme si el protagonista primordial de estos alaridos —que discurren no en verso o en prosa sino en tiempo— es el interminable dejar de ser que en todo existe o si, por el contrario, es todo lo que, para ser, se embarca a perpetuidad en el moverse. Lo diré sin reservas: mi personaje es cualquiera de las criaturas del elenco infinito que puebla y que despuebla este escenario al que damos el nombre de mundo, no de aeropuerto de ángeles.

EL AVE FÉNIX

Iba conformándose. Cada mes equivalía, aproximadamente, a un año. Al principio, era una masa informe, caótica. En algún lado estaban los ojos; pero era difícil hallarlos. El proyecto de boca se encontraba en su fase de oquedad recién nacida. Los brazos se alargaban, segundo con segundo, a la busca de esas carnosidades de cinco puntas que los entendidos designan: manos. Alguien podría decir que las orejas eran alas atrofiadas; pero estaban ahí, una de cada lado, dándose a la tarea de llegar al tamaño previsto. Entre las piernas colgaba una lágrima de carne, lo cual significaba que el sexo se abría paso a su definición. No sé en qué momento, la cabeza fue separándose del tronco mediante aquello que los diccionarios, los vendedores de collares o los espectadores de una decapitación llaman: el cuello.

El homúnculo llegó a tener, pues, todas sus partes en su sitio. No había desorden alguno. El estómago no ocupaba el lugar de la lengua. Las caderas no usurpaban el espacio de las rodillas. El cerebro no se acurrucaba debajo del esófago. Y el color de los ojos, eterno patrimonio de familia, no se hallaba en tratos ni con el estado de ánimo del firmamento ni con las propuestas de la vegetación. Bajo el cráneo, la materia encefálica, feto de la conciencia, agitaba su espíritu nonato. Diseño de hombre. Sujeto sin objeto. Yo sin el espejo de un mundo para mirar que mira y que se mira. Ser en ciernes. Arqueología de niño.

Pero no sé qué leyes bioquímicas fueron pisoteadas por la excepción. Y el ser que iba creciendo, ocupando más y más

espacio en el vientre de su constitución, al cumplir los sesenta años de hallarse en la sala de espera, desdobló su intimidad y se miró a sí mismo en su ser otro. Carecía, sin duda, de cosas y experiencia. Era un Robinson arrojado a la isla de su cuerpo. Pero supo de sí y corría sin cesar de un lado a otro para ser el que habla o el que escucha, el que afirma o el que niega, la tesis o su noche. Y comenzó a ser a destiempo un ser humano. Un diálogo perpetuo, allá tras la placenta.

Soy producto, se dijo, de algo extraño y oscuro que ocurrió en mi pretérito. ¿A dónde voy? —rugió desencajado. El silencio fue el preludio del ruido, las convulsiones, los estertores. El triunfo del más allá.

El trauma del nacimiento no es sino la muerte y la transfiguración del gerundio de lo interno en el gerundio que yace en los pañales.

HEIDEGGERIANA

No sé qué ocurrirá con los otros, pero yo no me puedo dormir del lado izquierdo: las palpitations del corazón, la roja cuenta de todos mis instantes, me dan insomnio. Para dormirme, preciso apoyarme del lado derecho, donde me arrulla la somnífica ausencia de latidos. No me puedo dormir del lado del gerundio. Del lado de la voceilla miserable que habla siempre de lo mismo: de posibles infartos, estertores y mortajas. Del lado, en fin, donde la muerte se confunde con mi tetilla izquierda. Duermo a la perfección, en cambio, si me vuelvo al sitio opuesto, ahí donde el oxígeno no se halla racionado, donde brota una mullida canción de cuna y donde no se siente a lo efímero, con su ábaco intemporal, contando los pasos que le faltan a uno para hacer de los pies las huellas últimas. Tal vez fuera mejor tomar nuestra preñez de muerte por los cuernos y deshacernos de la cantimplora de espejismos que nuestra ilusa sed ha conformado. Quizás fuese mejor mirar de frente nuestro caer de bruces para morder el polvo y el olvido. Encarar los turbios negocios en que nuestro futuro ha de meterse. No temer confesar: "Te he de seguir viviendo, vida mía, con este afán de inmortalidad que han de comerse los gusanos". Ni rehuir la insistencia: "La manera de prepararse para morir no es aguantar por un momento la respiración, ni hacer una antología de los cien mejores epitafios de la lengua castellana, sino aceptar que somos seres para la muerte, criaturas que no eluden, ante cualquier herida, ser infectados por la idea del desenlace". Así deberíamos de expresarnos. Pero al meditar que la rosa es rosa solamente para marchitarse, sentimos que el corazón, demudado, se inquieta y palidece

y se lanza a extraviarse en una distracción, un juego, un trabajo o el placer que nos envuelve en un mundo de amorosas musarañas.

Por eso, sin saber lo que ocurrirá con los otros, no me puedo dormir del lado izquierdo, de mi lado heracliteano, del sitio en que se dicta mi condena, del lado en que se halla el puñado de polvo que hará mi sepultura.

ESE TEMOR

El amor de mi vida no es otro que la atmósfera. Ya en mi cuna me dedicaba, feliz, a respirar todo el santo día. Después de los nueve meses, en que la respiración, aleteando, se desató de su capullo, hubo entre mi pulmón y el oxígeno un amor a primera vista. Y me di a saborear el aire con una glotonería de palmera. No ha habido nunca la menor desavenencia asmática entre mi entorno y yo. Estamos hechos el uno para el otro como la mano martirizada y el vientre del terciopelo.

Ignoraba de velorios y pésames de cera. Vivía como el ángel que en la estación de su nacimiento se sube al tren de nunca acabar. El ángel que es eviterno, según se dice, y va no de la nada a la nada ni del infinito al infinito, sino del principio a la eternidad, o séase, que brota de las entrañas de un reloj y salva, en permanente carrera de obstáculos, todos los puntos finales que lo acosan. Ángel sin pretérito, sin la negra ley de la tasa decreciente de futuro.

Yo sabía que las moscas volaban hasta el sitio en que se les despellejaba el completo tiempo. Que el perro tarde o temprano habría de lamer la herida del inicio de su dejar de ser. Que el gallo llegaría a su crepúsculo en menos de su canto. Que el azotador se trasladaría, desentendido, desde sus preocupaciones de gusano hasta el pisotón de este pie con pretensiones de destino. Yo fui a los dos o tres años un ser eterno. Nadie se había acercado a mi oído a decirme: Enrique, sabes, eres polvo. Vives los primeros tramos de tu epitafio. No delectas en realidad sino lo efímero. Llegará el día en que sufras una angina de tiempo.

Tus manos se te habrán de volver, amortajado el pulso, las zonas arqueológicas del tacto.

Pero un día me ceñí la muerte de los otros. Asistí a un entierro y oí las oraciones fúnebres desde la caja mortuoria. Tropecé entonces con un inquietante silogismo. Todas las ovejas se hallan pastoreadas por la muerte —me dije. Yo no hago otra cosa que balar al infinito. Ergo —y en este ergo recibí una transfusión, no de sangre, sino de los *fragmentos* de Heráclito— sé que ya está escrita, ay, la partitura de mi último suspiro... Me coloqué, pues, en la lista negra, como uno más de los seres minusválidos orillados a vomitar todo lo eterno.

De joven me gustaba jugar a ya no ser, a colocarme en las sienas un infarto. Me quitaba la ropa. Me tendía en la cama. Me quedaba inmóvil, sin mover una pestaña. Tapiaba los ojos. Contenía la respiración. Y durante los segundos que discurrían entre la clausura del oxígeno y la imperiosa necesidad de devorarlo, le daba los últimos retoques al cadáver, delgado y macilento, de mi excentricidad.

Tanto y tanto diseñé mis futuros ataúdes que llegué a tronarme unos dedos astillados.

No siempre fue así. A veces la muerte se me moría en el olvido, victimada por el síncope de alguna indiferencia. Yo sacudía mi árbol de metáforas, hacía el amor (o lo deshacía), conspiraba contra el asco, jugaba a los naipes con la parte más distraída de mí mismo, hacía una hoguera con todos los calendarios de mi casa.

Pero en ocasiones hallaba la muerte a la vuelta de los ojos, al dar de pies a boca con el asombro o al encontrarme tarareando un entusiasmo. ¿Cómo olvidar los sueños interrumpidos por el pavor que vio relampaguear la nada?

Hallo la muerte al torcer una mirada, al emprender un silencio, al tomar una ducha (y añadir al diluvio ambiente la cuota de mi lloro) o al acto de escribir, ya con olor a punto final, las frases estas.

No tengo escapatoria. Soy un ser que aunque se ha pasado la vida deletreando y deletreando las palabras mayores, se sabe en el lado moridor del gerundio.

VATICINIOS

Hay presentimientos prematuros, madrugadores, de vista larga. Adivinaciones que no leen en el humo, con los ojos llenos de lágrimas, las fechorías del fuego o en la inquietud de los nidos y el tremar de las hojas la aproximación de la tormenta, sino que, a destiempo, sin la brújula de un indicio, forjan no sé qué trampas en las que capturan el futuro. Hay previsiones, en cambio, resueltamente tardías, como la del que supone, en medio de un diluvio, que podría llover, o la de quien conjetura, cuando su mujer se entrega al pleno ejercicio del odio, que su consorte podría dejar de quererlo. La realidad aparecida y dominante, vuelve ridículos y de triste figura esos anuncios que no tienen los pies en el tiempo. Pero hay profecías en su punto. Oyen las curvadas voces de su bola de cristal cuando hay que oír las. Arrastran el futuro hacia el presente cuando el ahora necesita prepararse para ser el anfitrión desvaneciente del mañana.

Hay gallos que se alimentan de granos de puntualidad. Cantan y surge, zás, la madrugada. Se despiertan, baten las alas, olfatean el medio ambiente, y hay cuarteaduras en todas las sombras de la noche. Cuando estos gallos encienden la mecha de su pico, los segundos de la oscuridad están contados. Pero hay gallos que se manifiestan a deshora. Cantan, por ejemplo, a las tres de la mañana. Aletean, hacen que su cántico picotee los más audaces agudos para anunciar la luz; pero la noche se hace, negramente, la desentendida y continúa hojeando su libro de azabache. Hay otros que cantan bien entrado el día. Enarbolan su clarín, digamos, a las once de la mañana, cuando son las únicas supervivencias de la noche un lobo que bosteza y un búho desvelado.

Suena el teléfono. Es casi de mañana. Despierto y despierta conmigo el gallo de un presentimiento. No es tarde ni prematuro, no se atrasa ni precipita. Se halla en clave de oportunidad. Bate las alas, esponja el cuerpo hasta llenarme las entrañas y destruye, con su canto, todas las penumbras de mi materia gris. Corro. Levanto el auricular y la mano conduce hasta el oído la voz, recién nacida y palpitante, de mi corazonada.

UN SECRETO

Esto que tienes delante de tus pestañas, oh lector, no es una anécdota. Tampoco un rollo lírico. No es un minicuento. No es, en fin, un cuentema. Es la revelación de un secreto. Sí, leíste bien. Revelación de un secreto. No ignoro, y sé que tú lo tienes presente, que los secretos se caracterizan por restar el mayor espacio posible entre la lengua y la curiosidad, por eso escogen, como lugares normales de operación, la cama, el teléfono o el confesonario.

Cómo es posible, dirás, que este señor, hable de secretar algo y lo publique, robándole su natural privacidad a la discreción y poniéndole magnavoces a una confidencia. Es claro que parto del supuesto de que este libro tendrá muy pocos lectores. No voy a decir que se podrían contar con los dedos de la incertidumbre porque sé que al menos me van a leer mis amigos. Pero sé que este volumen, ofrecido en cualquier escaparate, no guardaría el menor parecido con el pan caliente. Además, aun suponiendo que varios lectores se hagan de este tomo, estoy plenamente seguro de que pocos se detendrán —dado que su título está pergeñado deliberadamente para no decir nada— en este relato. Todo lo anterior me da confianza, pues, para entrar en materia y confiarles mi revelación.

Mi secreto es el siguiente: estoy casi seguro de haber descubierto la única manera de hacerse uno inmortal. Sé que al llegar a esto, la mitad de los lectores intrépidos que se habían arriesgado a internarse en la tierra movediza de este texto, maldecirán al autor y desertarán de su

aventura. Deserción ésta que debo confesar me parece muy bien porque garantiza que el secreto llegue a pocos oídos.

La única manera de volverse inmortal está a la mano de todos. Escucha. Todo lo que hay en el mundo, nace, se las tiene que ver con el espacio y el tiempo, y muere. No hay una sola excepción a esta monstruosa regla. No ignoro qué podemos hacer algunos juegos de palabras destinados a salvar la eternidad, enterrar a los enterradores y brindarnos un estúpido confort. Podemos decir, por ejemplo, como el viejo Hegel, "todo cambia menos el cambio". O "todo muere menos la muerte". O también: "lo único inmortal es lo percedero". Pero este juego es lo más aburrido del mundo. Asimismo podemos reivindicar la creencia de que la agonía es una casa en llamas de la que el habitante huye a la búsqueda de otro oxígeno, de un mundo en el que Heráclito ha sido crucificado y el tiempo no sólo se muerde la cola, sino que —Cronos de la culpa— se devora por completo a sí mismo. Pero, a decir verdad, así como al llegar a los umbrales de la adolescencia dejé de creer en los cuentos de hadas —aunque había algunos tan hermosos que llenaban de florecillas silvestres el cerebro— ahora he dejado de creer en los cuentos de eternidad.

De ahí que, para darle contenido a mi insomnio, un día escribí: *Dios les pertenece tanto a los creyentes, es tanto, tan tantísimo su patrimonio, que al llegar éstos a su postrer momento/mueren con todo y Dios./Qué bálsamo./Qué dulzura, por fin, de ya no ser./El sepelio es entonces/una inhumación del tiempo/ y sus delirios.* La muerte no es, por consiguiente, un atajo para la inmortalidad. Algo que obtengamos en un abrir y cerrar (indefinido) de ojos. Tampoco, que quede claro, vamos a trascender el tiempo en y por nuestras obras, si es que ellas llevan al calce la rúbrica de nuestro afán de sobrevivirnos. Nada más falso. La memoria ajena es sólo un estercolero de sombras, un armario de espectros, un arcón de siluetas ganadas por el polvo y las po-

lillas. El secreto para volvernos inmarcesibles, coetáneos de los ángeles, no consiste en perpetuarnos en nuestros hijos, en nuestros nietos y en ese etcétera encargado de ensartar genes y genes en idéntico apellido.

El secreto es más sencillo: se precisa recogernos en la cama, prescindir audazmente de los ojos y soñar que por fin somos eternos. Soñar que nos tuteamos con los dioses. Que saludamos de mano a lo divino. Que, al hablar de la muerte, nos carcajamos de ella, como David se reía, en pláticas con su honda, del gigante. Es la única manera de saber en qué piensa el infinito. Sólo así le podremos hacer tablas al señor de los cielos si se digna a jugar una partida de ajedrez con nosotros. Miraremos entonces a los hombres como seres minusválidos que nacen oliendo ya a cadáver, como tribus pastoreadas por la muerte, como juncos asaetados por el viento que devendrán las víctimas, por más que con plegarias y plegarias construyan un refugio, del olfato finísimo que luce la guadaña.

Viviremos en clave de infinito. Tendremos de ese modo un pasaporte para entrar a todas las salidas. Haremos del corazón un habitáculo del cuento de no acabar de un ocaso que le pisa los talones a la aurora.

Mas, lector, si tú tienes la cabeza en su sitio y tus pies en el ínfimo pedazo de mundo que te toca, tal vez podrás decir: pero ¿y si se despierta a los que duermen? ¿Si, con moverles un hombro, se les trasquilan las alas? ¿Si los reintegramos a la infamante profesión de deletrear su propio pulso? Si eso me dices, no veo otra salida que afirmar que no tengo ya nada que añadir. Que aquí llega a su término mi aliento. Y entonces, oh lector, busco esconderme, acurrucar mi voz y mi vergüenza en el punto final que habrá de protegerme de tu enojo.

Pugna sagrada

PRECEPTIVA

En ocasiones, se empieza impunemente un escrito con el tradicional "había una vez". Quien tal hace, adolece quizás de una deficiencia orgánica que le impide ruborizarse o pugna por deshacerse lo más pronto posible del sueño que carga en la punta de la lengua. Quien tal hace, adolece quizás... Pero lo más probable, es que el "había una vez" haya aparecido por una razón especial: la distracción del "colorín colorado". Normalmente, el "colorín colorado", vigila la hoja amenazada por el poeta en éxtasis o el cuentista de tiempo completo. Se agacha. No dice esta boca es mía. Y cuando el "había una vez" pretende sentar sus reales e introducir de contrabando la anécdota temida, el espía aparece, alza la vibrante libélula de su puño y hace que el "había una vez" huya despavorido.

La verdad es que en ocasiones el "había una vez" resulta más fuerte que el "colorín colorado". Echa raíces en la página. Se detiene a comer lecturas y se protege, como puercoespín, del borrador enemigo. Incluso, de lograr su propósito, llega a transmutarse en cuento y aun en novela. Y sólo cuando, en la página 637, el "había una vez" y su prole se sienten fatigados, bajan la guardia y dan ocasión a que el "colorín colorado", con la consigna de "más vale tarde que nunca", le tuerza el aliento al relato que se desarrolla con ridículas pretensiones de embarcarse en el barco chiquito del cuento de nunca acabar. Pero también es cierto que a veces el "colorín colorado" es más vigoroso que el "había una vez". No es imposible, como escribí, que la distracción del "colorín colorado", el hallarse papando nubes, haya permitido al "había una vez" dar los primeros

pasos. Pero el "colorín colorado", blandiendo una mordaza, brinca a escena y, tras un forcejeo, consiente sólo la consumación de un epigrama o un minicuento donde un punto final diligente y prematuro canta victoria. No pocas veces, el "había una vez" y el "colorín colorado" hacen tablas: las tablas de la ley dialéctica que dice: la síntesis del ser y el no ser es el gerundio o el matrimonio entre el principio y el fin es la borgiana historia de la eternidad. Y ocurre en estos casos que aunque el escrito se desenvuelve con dificultades podría terminar donde quiera: en el adjetivo con ambiciones de coda final, en el punto y seguido con delirio de grandezas o en la frase ingeniosa que busca robar el escenario. O, a la inversa, aunque el texto finalice abruptamente, hubiera podido continuar indefinidamente, recorriendo los puntos suspensivos de la infinidad. La lucha entre el "colorín colorado" y el "había una vez" equivale a la pugna entre el sepulcro y la cuna. El punto final es el cómplice de la hoja en blanco. Es un antipoema. O el espíritu autocrítico que encarna en el borrador del lápiz. El "había una vez", por lo contrario, es la inspiración, el hombre, el yo gesticulante. El poeta es el que sabe disparar a tiempo, a punto, a poesía, un "colorín colorado" sobre el "había una vez" y sus pretensiones. El poeta es, en este sentido, el señor de los silencios.

RECITAL

Apuntó hacia el público su metralleta de imágenes. Cortó cartucho en las metáforas más agresivas. Le arregló a la inspiración el tren de aterrizaje y sintonizó la lectura en los manotazos de la pasión. Se rodeó de relámpagos, de lluvia al menudeo, de chubascos y huracanes. Pero el público permaneció, como quien oye llover, frío, distante, perezoso, dándole las últimas pinceladas a su indiferencia. Inmoladas en la hoguera del punto final, él guardó sus poesías. Los asistentes, después del chasquido que se detuvo en las inmediaciones del aplauso, abandonaron poco a poco la sala. Él salió, a continuación, cargando su enorme portafolio de poemas.

Salieron primero los cerdos, después las margaritas.

MÁQUINA DEL TIEMPO

Año 2089. Noticia importante aparecida en varios diarios europeos: "Causan sensación en el mundo —dice el encabezado— los 'conciertos de aromas' ofrecidos recientemente en la ciudad de México". Un reportero escribe: "La sorprendente creación mexicana asombra cada vez más al globo terráqueo. El último concierto de la temporada de otoño, que concitó gran entusiasmo en la ciudadanía de la capital azteca y que operó como un poderoso imán para el turismo, presentó el siguiente programa: Preludio 'Niñez de la vainilla', 'Partita para eucalipto solo', 'Dúo para sándalo y huele de noche' y 'Variaciones sobre un tema del heliotropo'. Como nuestros lectores nos han solicitado una descripción de estos conciertos, pasamos puntualmente a hacerlo: Las 'casas de perfume', nombre con el que se les conoce, son semejantes a las viejas salas de cine o de teatro. Tienen varias hileras de butacas y una pequeña pantalla frente a ellas. En la pantalla aparece el título de la obra odorífica a presentar, el año y las condiciones en que fue creada, las opiniones de la crítica y una breve biografía del autor. A continuación, cada uno de los asistentes se coloca en el rostro su 'mascarilla', esto es, el receptor de la creación aromática. El técnico pone a funcionar el 'emisor colectivo' y el público se sumerge en las inefables delicias del perfumario".

Año 2099. Noticia importante aparecida en varios diarios europeos: "causan asombro —puntualiza el encabezado— los vertiginosos cambios de estilo en los 'conciertos de aromas' del mundo entero". A renglón seguido se lee que:

"tras el breve período, conocido con el nombre de clásico-mexicano, los artistas del perfume pasaron al romanticismo cosmopolita, después al impresionismo y al expresionismo decadentes y, tras de una fugaz etapa vanguardista, al posmodernismo contemporáneo. El clásico-mexicano se basaba en reglas precisas, equilibradas y armoniosas. El 'manual de composición aromática', por ejemplo, se hizo imprescindible. Era una especie de preceptiva o canónica que ofrecía recetas para una buena composición odorífera y enumeraba prohibiciones que habrían de tenerse siempre en cuenta ('no deben nunca mezclarse las esencias de origen floral con los olores de prosapia alimenticia', etcétera). El romanticismo rompió con todas esas reglas: 'ser romántico —decía uno de sus representantes— es cargar en las bolsas un revólver'. No hubo entonces ningún impedimento para combinar olores, siempre que fuesen 'buenos olores'. Creaciones características del período romántico fueron aquellas en que sobre el fondo de una emanación de agua de colonia se erguía, señora, el olor a tierra mojada, o aquellas en que el olor a pastel recién nacido alternaba con el de las manos de un niño acabadas de lavar. El impresionismo y el expresionismo implantaron en la creación artística olores inusitados y sorprendentes. La 'Sinfonía para aroma de mar' de Maurice Delius es un claro ejemplo de tal cosa. Y también dieron carta de ciudadanía a olores rípidos, ácidos, inquietantes. Los artistas del perfume expresionistas, verbigracia, echaron mano exageradamente del azufre y hasta tuvieron la loca pretensión de hacer cadencias de amoniaco. El advenimiento de las vanguardias representó la génesis del caos. Los 'conciertos de aromas' empezaron a no tener ni pies ni cabeza. El olor a lápiz se combinaba con el sensual aroma del pescado, la esencia de una lagartija con el aliento de las comadreas. La pestilencia de lo podrido con la fragancia equívoca del velorio".

Año 3009. Noticia importante aparecida en varios diarios europeos: "Los conciertos de aromas viven su etapa del más exagerado posmodernismo". Un articulista dice a continuación: "La esencia del posmodernismo en el arte de los olores es, como se sabe, la incorporación en las 'creaciones para el olfato' de los malos olores. Al principio, se mezclaban en dosis soportables los buenos y los malos olores, las fragancias que terminaban en un redoble de pestilencias o los hedores que se sublimaban, en el último compás, en un efluvio de azucenas adolescentes. Después han ido ganando terreno las fetideces y las argucias de la descomposición. El surgimiento, en un 'concierto de olores', de una serena exhalación de flores silvestres es vista como pasada de moda, ridícula y sensiblera. El posmodernismo pesado ya no mezcla la hediondez y el efluvio, la prosa y la poesía, sino olores hediondos en diversa proporción. Y alguna gente se dice entusiasmada por los postreros aullidos de esta moda. Es importante señalar, en fin, que en el último 'recital de aromas' celebrado, se ha prescindido de la variedad de olores a favor del olor único, y durante tres largas horas, sin un solo intermedio, el público ha recibido en su mascarilla el olor de las diversas fases de putrefacción que atraviesa un cadáver".

MINI-ESTÉTICA

El minicuento sale perfecto, redondo —o el cuentema arriesga un paso hacia su fórmula algebraica— cuando la hilera de vocablos que lo forman se muerde la cola, se muerde la cola y empieza a deletrear su propio símbolo. Se muerde la cola y hace, con ello, el ojo de la cerradura por el que puedes tú, lector, asomarte para observar las perversidades de la hoja en blanco.

REGLA DE ORO

Cuando decidí dar a luz este cuento (breve como un suspiro en pie de prisa) llamaron ruidosamente a mi puerta un título, el "había una vez", el "colorín colorado" y un sinfín de ocurrencias protagónicas. No les abrí mi casa. Más bien le torcí el brazo a mi lápiz para que en vez de decir se desdijese. Ni siquiera le permití que insinuara, en las desnudeces del ingenio, los harapos de una anécdota. La goma de borrar pidió el micrófono. Logré agrupar entonces, con paciencia de orfebre, tan sólo este puñado de palabras enamoradas del silencio.

A MÍ MISMO

Te dedicas de lleno a la poesía. Desde niño. Desde adolescente. En el cuarto de los trebejos, entre los cofres, los trajes vetustos, las telarañas de lo ido, hallas la vieja lira. La desempolvas, te la llevas clandestinamente a tu alcoba. Das con la manera de afinarla. Y empiezas — generalmente en alto insomnio— a robarle algún acorde, a solicitarle cierto arpegio, a hurgarle no sé qué melodías. Y de ahí en adelante, durante décadas, ignoro qué pasión te tuerce el brazo para obligarte a negar con versos, estrofas y estancias la blancura perfecta de la página. Pero un día das de bruces con la prosa, la hallas inesperadamente, a la vuelta de una axila. Te le quedas viendo. Los entusiasmos se te vienen al rostro y el enamoramiento sienta sus reales a lo largo y a lo ancho de su entraña.

Te sientes prendado por el habla común. Rechazas las 'formas elípticas'. Los simbolismos y los circunloquios son agrupados en la lista de tus enemigos. El ideal, te sugieres, es tender puentes entre las vísceras de los humanos. La línea más corta entre un individuo y su semejante no puede ser la alegoría ni el seductor periplo del rodeo. Tiene que ser la prosa. La prosa que es un infatigable molino porque siempre va al grano. La prosa que puede dar testimonio del gruñido de un átomo o de la música para la galaxia sola.

Y resuelves que nada mejor que un haz de cuentos. Nada mejor que torturar o entretener al prójimo. Regalarle un olvido. Extirparle la ingratitud de algún regazo. Descorcharle una anécdota. Empujarlo a decirse. A colocar

sus ojos a la altura de una imaginación que emprende el salto.

La prosa te seduce. Para llegar a ella, caminas pisoteando los pájaros del verso. Las metáforas están bien, sentencias, sólo para las jaulas.

Mas, de pronto, después de vivir los cuatro rincones de la prosa, sientes nostalgia por las piruetas del gorjeo, añoras los crujidos tarareables, recuerdas los aullidos a la luna de los tropos.

Pero el nido está ahí: con su redondo y blanco ofrecimiento. Te acercas. Levantas, con el pulgar y el índice, la promesa. Ves aparecer las cuarteaduras que prologan la atmósfera, la existencia, el tiempo. No se trata es verdad ni de un poemínimo (cómplice cuando más de un parpadeo) ni de aquel minicuento que corre tras el rastro del ojo de una hormiga. Es un poema que se asoma a un cuento que se asoma a un poema. O es un cuento que se asoma a un poema que se asoma a un cuento. En fin, es una prosa a la que el alpiste y la vecindad de los superlativos, la convierten en un pájaro consciente de que no hay jaula capaz de encarcelar sus trinos.

LA ALQUIMIA

El gran minicuento debe tener vocación de manjar. Debe tutearse con la delicia. Aprender el arte de la insinuación. Entre los ingredientes que lo forman debe comprender el guiño. Después de batirlo y antes de ponerlo al fuego (para darle las últimas pinceladas al milagro) debe espolvoreársele con mucho y variado ingenio, hasta hacer que se halle en punto para ser devorado, oh lector, por tu mirada y para dejarte por horas, días, semanas, un buen sabor de ojos.

LAS PIÉRIDES O ¿DÓNDE ESTÁ PETRA?

No sé por qué en todos los parques de la ciudad de México hay perros, callejeros y nostálgicos, que lo siguen a uno. De repente, reparamos en ello y aceleramos el paso. El can le mete primera a su resolución y se apresura. Reflexionamos entonces en que no hay por qué inquietarse, vemos con malos ojos a nuestra prisa y tornamos al ritmo despreocupado de la gente normal. El perro, sin dejar de ver de reojo las arbitrariedades del zapato, disminuye también la velocidad y se siente ya camarada, compañero o amigo nuestro. Asustados por esta ilusión del ente irracional que olisquea nuestros talones, nos paramos de pronto en seco, sin decir agua va. El perro, confundido, se detiene también. Se hace el que la virgen le habla y nos busca las pupilas. En ese momento no hay sino dos posibilidades: huir en un automóvil y olvidarnos para siempre de este molesto incidente o adoptar por los siglos de los siglos a este animal que tuvo por nosotros un amor a primera vista.

Algo similar a lo anterior, si no es que idéntico, sucede con las musas en los parques. Mas, espérenme, antes de proseguir, voy a hacer una aclaración. No ignoro que, de acuerdo con la mejor tradición, domina la idea de que existen nueve musas. O, si se quiere, para tomar en cuenta una aportación mexicana, hay diez. Pero quiero aclarar que aquí se han confundido los géneros con las especies. No es cierto que sobre la superficie terrestre sólo haya nueve o diez musas, sino que hay nueve o diez géneros de musas. Es como si, también mezclando el género y las especies, dijésemos que el globo terráqueo está poblado

por cuatro hombres (negro, blanco, amarillo, cobrizo) cuando todos sabemos que hay millones de hombres, pertenecientes a estos géneros o razas habitando el mundo. En realidad existen, entonces, millones de musas. Y un número significativo de ellas gusta, como los perros, de pasearse por los parques de nuestra ciudad.

El otro día, yendo por el parque México, divisé una musa que se hallaba comiendo una manzana en las ramas de un árbol. Aclararé que no todo individuo está capacitado para ver a una musa. Sólo ciertas personas que tienen aptitudes artísticas, actuales o potenciales, pueden gozar de este privilegio. Incluso existe (o debiera existir) una definición del poeta como "hombre capaz de ver a una musa". Yo pertenezco, para qué ocultarlo, a la familia de los seres que tienen cabida en esta definición porque vi con mis propios ojos —y no es la primera vez que me sucede— a la musa meciéndose en la rama. Ella también me vio. Descendió del árbol y se puso a seguirme como uno de esos perros callejeros de los que hablé al comenzar. Me hice el desentendido. Me puse a descifrar una constelación de musarañas. Pero se situó exactamente atrás de mí y caminó al mismo tiempo en que yo lo hacía. Y comenzó el conjunto de actos consabidos. Apresuré el paso y la musa hizo otro tanto. Corrí desesperadamente. La musa dijo pies para qué los quiero, y se volvió también una exhalación. Me detuve entonces y llegó el momento de la decisión. ¿Huyo en mi automóvil de esta musa o la incluyo para siempre entre mis pertenencias?

Necesito nuevo paréntesis. Las musas que andan en los parques y que, con vocación de sombras, se unen a veces a algunos transeúntes son, por lo general, de baja estatura. Su cuerpo llega, casi siempre, al estómago de cualquier poeta. Chaparras y vestidas a la moda: con blusas sencillas y pantalones muy ceñidos. En un sesenta o setenta por ciento tienen un cuerpo muy bien formado. Cintura pequeña. Senos puntiagudos. Caderas y muslos propor-

cionados y exuberantes. Su rostro, en cambio, es invariablemente desagradable y feo. Las musas son, así, como pequeñas ancianitas alocadas o, si se prefiere, como brujas a medio hacer.

Al instante en que, como dije, me detuve y me vi en la necesidad de decidir si me escapaba de mi persecutora o de plano la adoptaba, hubo dos especies distintas de argumentación que en mis entendederas entraron en colisión: por un lado, el cuerpo de la musa me hablaba a favor de la adopción. Por otro, la cara de ella me convencía de la oportunidad del olvido. La indecisión dio su golpe de estado y me quedé, lelo, recorriendo las provincias del estupor. Sin embargo, la musa habló. Y aunque el hablar se hallaba localizado en el rostro, más bien rimaba con el cuerpo. Voz dulce, sensual, como de grillo venido a más. Al oírla comprendí que el empate entre el cuerpo de diosa y el rostro de erinia, iba a ser superado por la voz. Y así fue. Por eso la tomé de la mano, como un padre a su hija, y me fui al departamento. Dije hace un momento que fue su voz la que acabó de convencerme de llevármela a casa; pero no es exacto. Más que su voz fue lo que me dijo con su voz. No recuerdo las palabras; pero más o menos lo que me sugirió es que, dado que la inspiración poética se me venía poco a poco angostando —yo acababa de hacer un censo preciso de mis vacas flacas—, necesitaba una musa, y que ahí estaba ella para suplir mis incapacidades.

Mis temores carecieron de base. Alicia no la volteó a ver. Entré con ella, ambos de puntitas, y pensé que la compañera de mis días la iba a poner de patitas en la calle. Pero no. Ni la vio ni la oyó. La musa me acompañó a mi cuarto. Y sugirió que podía dormir debajo de mi cama... Esa noche, como se comprende, no pude dormir. Pero al día siguiente, al verme con la pluma en la mano y el papel frente a mí, comenzó a dictarme. Honradamente este "portaliras" necesitaba desde hacía mucho una musa de uso corriente. Ahora comprendía cabalmente una vieja

intuición: que hay dos clases de poetas: los que, por así decirlo, llevan la musa por dentro (o están embarazados de musa) y los que, faltos de inspiración, requieren de una musa externa que les dicte sus creaciones. Yo había sido un poeta del primer tipo hasta que un día se me salió la musa y me quedé más vacío que un círculo. Por eso, a decir verdad, me caía de perlas la existencia de esta criatura que, llena de imágenes, metáforas y sugerencias, se me colocaba al oído e iniciaba un festín de confidencias.

Mis poemas empezaron a aparecer en suplementos de cultura, revistas, antologías, paredes sensibles, troncos de árbol comunicativos. Y empecé mi colección de elogios, reconocimientos, jardín de flores naturales. La envidia alzó su antena. Y la tristeza por el bien ajeno descorchó su ponzoña ante mis triunfos.

Un grupo de poetas, o parvada de plumas nacionales, se enteró, no sé cómo, de que quien esto escribe, pudo hacerse, para uso cotidiano, de una musa. Y preparó un complot para robármela. Más uno de ellos fue preso de dudas. Se aproximó al teléfono para darme el pitazo. Yo le giré instrucciones a Jerónimo, el policía-conserje del lugar donde vivo. Preparé mi revólver. Aguardé la llegada del comando. Mas los facinerosos desistieron, alteraron su concepción política o quién sabe. El caso es que ese día no corrió peligro mi criatura.

Días más tarde me quedé viendo a mi musa. Le pregunté su nombre. No quería decírmelo. Yo pensaba —¡ay de mí!— que se llamaba Calíope o Erato. Mas mi musa gritó: me llamo Petra. "Se llama Petra", decía yo asombrado. "Sí, se llama Petra". "Y encima de esta piedra —jugaba mi inconsciente— se alzaré tu renombre". Y así me imaginaba gozando para siempre la dulce mordedura del aplauso.

Una mañana amaneció mi boca saboreando un escrúpulo. ¿Dónde ha quedado —dije— mi honradez? ¿Seguiré apro-

vechándome de la rima y el ritmo de una voz que no me pertenece, ni me nace desde el hondón del ser o de la entraña? Mi impostura me exige —resolví— fe de remordimientos y no sólo de erratas. Y sorpresivamente, sin decir nada a nadie, me fui a buscar un sitio en que pudiese publicar unos versos que, aun hallándose escritos de mi puño y garabato, presentaban al calce la firma de la musa. Petra.

Al saber eso Petra, se encabronó todita, se mesó los cabellos y se inclinó del lado de un quejido. Y es que le está vedado a toda musa suplantar al poeta, prescindir de su mano, patearle su tintero. Temerosa de no sé qué castigo, abandonó mi casa para siempre.

Hoy he tornado al parque. Después de varias horas entreví, recostada en el césped, una musa. Clasificaba nubes y apuntaba los datos en su mano. Pasé delante de ella. Lo hice ruidosamente (victimando hojas secas a mis plantas) para que me prestara su atención y siguiera mi rastro. Pero nada. La musa me miró como percibe, si aquello es percibir, la indiferencia. Volví a pasar dos veces o tres como el que está exhibiendo, intencionado, la misma insinuación. Pero ella, sin mirarme, se levantó de golpe. Comenzó a deambular como llamada por la voz de un ignoto itinerario. Me dispuse a seguirla. Y caminé a su espalda como sin intención, silbando pasos dobles. Ella anduvo más rápido. Yo aceleré mi ritmo. Ella corrió hacia el viento. Y yo, ya sin pudor, hice otro tanto. Y la musa, de pronto, se detuvo. Una doble pregunta parpadeante dirigió a mi mirada. Y sobrevino entonces el momento en que la musa tuvo que decirse: ¿huyo de este persecutor (este poeta) o lo convierto en mío para siempre?

Me hallo esperando ahora su respuesta.

Rodeado de mundo

PEQUEÑA CRÓNICA DE UNA COINCIDENCIA

El siglo XIX chillaba sus primeros pasos. Dos genios, oriundos de distinto continente, condición social, estado de ánimo, pasaron, sin pensarlo dos veces, del sí al no. Tomaron el rápido de la línea recta para ir del punto al contrapunto. El hombre —hijo de Don Quijote y Dulcinea— que habría de ser el maestro de obras del destino para edificar naciones en la América nuestra, y el hombre que ante el papel pautado movía una pluma, a la que resultaba imposible desoír su origen en un ave canora, coincidieron en correr del entusiasmo al descontento, del fervor al desengaño. Coincidieron en abrir los ojos, rechinar los dientes y cerrar los puños.

Bolívar y Beethoven amaron en Bonaparte el brazo armado del siglo de las luces, el cañón de pólvora enamorado de los ideales, el héroe con las bolsas del traje atestadas de cielo. Pero (al saber de su alpinismo al trono, de su cetro de rapiña y de su cacofónica y desafinada suerte de entonar la marsellesa) destituyeron a su júbilo y recorrieron todas las galerías de la misma iracundia.

Bolívar plasmó su repudio en la decisión de encerrarse en las cuatro paredes de la muina para no asistir al acto de coronación. Beethoven tachó la dedicatoria de aquella sinfonía que es un campo de batalla donde cantan victoria frente al héroe despellejado, los ejércitos de la marcha fúnebre.

Ante los poderosos y su prisa por asediar las alturas con urgencias de cúpula o por disparar en ráfaga sus órdenes,

los pueblos acaban por gritar, a voz en cuello, furor y barricadas. Pero también algunos hombres elegidos saben poner el dedo en la universal denuncia, en el sueño perdido o en la llaga. Prometeo, gracias a Dios, no murió intestado.

MÉXICO A TRAVÉS DE LOS SISMOS

*Y no hallé cosa en qué poner los ojos
que no fuese recuerdo de la muerte.*

Quevedo

Cierto, hay palabras con sabor a durazno. Vocablos que deben servirse a los postres del banquete. Alocuciones para desabotonarle cualquier reticencia al consentimiento. Cláusulas que irrumpen pastoreando sus puntos y seguido. Llamadas de larga distancia capaces de apresar a un ángel. Pero existen también los vocablos inesperados, nerviosidad, aturdimiento. O la palabra horror, aquella que se pronuncia cuando hay un terremoto en la lengua, cuando un aullido brota por entre los escombros de toda la gramática o cuando se percibe el ruido que produce el firmamento al venirse abajo.

Miércoles. Débil, anciana, enferma, la noche da de bruces con un gallo. Las estatuas hacen voto de inmovilidad. Un surtidor insiste en inventar de nuevo la geometría. Aunque miran pasar y pasar a los transeúntes, las casas no dan un solo paso. Se encuentran en la colonia, la calle, la confianza y el número de siempre. Una elegante brisa se atusa los aromas. Las paredes, los tugurios, los rascacielos hablan seguridad, gritan rutina. Los hospitales, con su vestido blanco de enfermera, exudan salud por los cuatro costados: alzan ventanas sin resfríos, columnas no reumáticas, piedras cuya presión no tiene nada de alarmante. En posición de firmes, sólo admiten el aséptico

derrumbe de los elevadores. El astro, en el cenit, hace que únicamente las sombras se desplomen de los edificios. La tarde, con su redada de grises, le pone los primeros cimientos a la noche. Los puentes continúan ocupados en tomar de la mano las dos orillas. El crepúsculo se inicia con un redoble de penumbras y la noche baja su tren de aterrizaje...

Mas el jueves diecinueve, cuando el asombro se hace madrugada, hay un pavor que se abre, un huracán que preña cada adobe, un tronar de oraciones en los dedos. La naturaleza, sepultada bajo edificios, avenidas, zapatos, depositada en las bodegas del olvido, resucita, se despereza, aflora dando manotazos y conjugándolo todo en presente de apocalipsis. El epicentro de la angustia es un nudo en la garganta. Los individuos corren a protegerse en los rincones, en el pasillo, en los marcos de una vieja leyenda o en el "lugar seguro" de una plegaria. Mas el techo (donde la lámpara es el sismógrafo al que los ojos elevan sus preguntas) salta a cohabitar con el piso y cada casa o vecindad, con su atmósfera agrietada, corre, enloquecida, en dirección de los escombros. La palabra horror brinca del diccionario, se despelleja de sus letras y se clava en la frente. Una mujer, un hombre, un niño, en el primer cuadro de la inadvertencia, viven bajo los pies la conversión de lo sólido en gaseoso. Y quedan atrapados en el sitio exacto en que se establece un compromiso entre el espacio y la pesadilla. Un puñado de oxígeno, que no halla ni el elevador ni las escaleras, les hace compañía. Hombre, mujer, niño, oxígeno se saben en la sala de espera de la desesperanza. El ruido se esfuma poco a poco: hay un endeble silencio sostenido con estacas. Y se escuchan desde la trastienda del caos una, dos, tres voces que, con todas las palabras hincadas de rodillas, le demandan a su deidad la salida de emergencia del infierno. Pero Dios, si existe, se encuentra jugando un solitario, resolviendo un crucigrama de planetas o revisando las instalaciones de su perfección.

¿Quién es el responsable? ¿Quién despertó los zarpazos del escenario? ¿Quién convenció a las piedras de realizar sus inclinaciones homicidas? ¿Quién arrastró al suelo a sacudir su horizontalidad adormilada? ¿Quién, desencadenando los vientos subterráneos, hizo que zozobrase la quietud en la loca pretensión marítima, cómplice de la incurable enfermedad de las anclas? ¿La divina providencia? ¿Un sabor amargo en la boca del destino?

Al asco en punto, cuando se haga el poema banquillo de acusados, y sean pasados por el odio el que diseña casas y edificios que ya desde su placenta de números eran añicos amalgamados, o el que vela la amenaza del derrumbe con los brochazos de su mentira fresca o con la policromía ronroneante de una mano de gato, llegará la hora de domesticar la fiera subterránea. Pero sólo será dable tal empeño si los hombres que no tienen los puños guardados en casa, si los individuos de manos callosas y un cerebro pintado de verde, logran alzar un nuevo terremoto, más violento, más caos, más hipnotizado por la nada, pero hoy contra el sistema, contra sus columnas burocráticas, contra la corrupción que se ha hospedado en el enjambre de intersticios de sus muros, contra el techo de su poder ejecutivo y contra los pilotes de su iniciativa privada de madre.

EL TRÁNSITO

Sí, el crujido es el himno de la destrucción. Todas las cosas —los muebles, los arcones, los arbotantes— descubren que tienen una entraña y la vuelcan al exterior en un quejido. Mas el caos no es una epidemia contraída sólo por las cosas. No se limita a repartir, con su morral de grietas, la muerte en los alrededores. También sacude los estados de ánimo, los arregla, los convierte en pedazos de neuralgia al viento. No hay entonces ninguna decisión que no haya recibido instrucciones del vértigo o que no se haya inclinado a morderse los puños a escondidas.

Alguien deja, por ejemplo, de creer en su padre. Y deja de tener, al fin, las rodillas despellejadas. El respeto se le bambolea, y el futuro despide un inconfundible olor a añicos. Se hace fuerte en su pecho y le pide consejos a su náusea. Sabe que ha llegado el día de formar una comuna con su orgullo. Y saca a pasear a su mayoría de edad a los parques, a las cantinas, al aire puro. Puede ser, igualmente, que una mujer enferma de sumisión, viva un desquiciamiento en su paciencia. Vaya a buscar el viejo masoquismo que guarda en el cajón de los pañuelos, cuidadosamente planchado, y lo arroje a la basura. Rompa su alcancía de rencores. Arroje la cocina al colofón de su existencia y, tras de descubrir que sus manos, embaazadas, se convierten en puños, se arremangue el entusiasmo para romper a hachazos la puerta clausurada, a la busca de un orgasmo de oxígeno.

No es difícil, tampoco, que en este mismo instante, un obrero, al hacer el mismo ademán por milésima vez, se

tropiece con su rechinar de dientes, con su cólera nueva — su furor cachorro— que acaba por ponerlo en pie de muina: primero con dos o tres dedos que se declaran en huelga, después con sus manos que, en la materia prima de su propia carne, esculpen su completa parálisis, la belleza sin fin de la iracundia.

También es probable que el hombre rudo, el destetado de letras, el famélico de frases y guarismos, sienta que la misión oculta de las ciencias es patearle los testículos. Buscará, entonces, una salida de emergencia. Desnudará la atmósfera: la volverá intemperie. Y saldrá, firme el paso y la frente enredada en la nube de un propósito, a firmar el acta de su propia independencia.

El hijo rebelde, la mujer en ristre, el obrero en lucha y el ignorante en llamas dejan su contubernio con los muros y corren, como gotas retrasadas, a unirse al mar rugiente del mitin callejero, al océano que, con oleaje de gerundios, desafía al orden imperante, a la inercia, a la tradición y su bestiario de ideas fijas.

Suena, entonces, la hora. En todas las palabras del diccionario que hablan de paz, armonía, calma hay un ligero temblor ominoso, como si les castañeteara el ser. El zapato da en el suelo con las vísceras o las menudencias de las verdades eternas.

Suena, entonces, la hora. Diseñador de escombros, el terremoto gana el corazón de las instituciones: en el templo, en la escuela, en el hogar los derrumbes se siguen unos a otros con la puntualidad de un tiempo por las divinas leyes aceitado.

Suena, entonces, la hora. Más que un cambio de sueños requerimos un cambio de cabezas. Poner las cosas en su debido desorden. Brindar, con pedazos de vidrio, por la anarquía existente. Hacer un inventario de las ruinas que vaya imaginando el fin del mundo.

El azar y otros desvelos

CAÍN

Pájaro estrafalario. Pero pájaro. Pájaro que rechina cada vez que pretende ser gorjeo. Pero pájaro. Artefacto de papel, varillas, engrudo que hace su nido en los extremos de la mirada. Juguete de propulsión a sueño. Ángel extravagante manejado por el control remoto de mi júbilo. Cometa con su cauda de trapos. Asteroide transterrado de la geometría. Prófugo del compás. Monarca del vaivén y los bandazos. Chirrido disonante de la música que va cada planeta tarareando.

Yo lo enseñé a volar. Le obsequié su primera cartilla de tormentas. Le dije de la atmósfera. Lo recluté a la célula de todos los que odiamos la ley de gravedad. Lo conjunté a mis manos con un hilo de la más flaca y dura vocación carcelaria. Inicialmente, lo hice moverse a lo largo de la pista, como el avión que no puede hacerse a las alturas si no corre olfateando una porción de tierra antes del vuelo. Después lo hice aletear temeridades. Lo presioné a codearse con los dioses. Lo encaramé al orgullo. Lo hice decoración del absoluto.

Pero llegó mi hermano. Y llegaron sus dedos. Y arribaron, con su relampagueo de níquel o de plata, las tijeras. Las tijeras y su hambre renovada de minucias. Las tijeras, hijas de la vindicta y la guadaña. El hilo fue tronchado y el cielo retornó a su condición de viejo invernadero de palabras mayores.

Me arrojé a un amasiato con la cólera. Mis entrañas se pusieron en pie de barricada. Mis músculos oyeron la

consigna de la máxima alerta. Quise soltar las riendas a mis puños. Me coloqué al oído del revólver. Más preferí amarrar mis ansias asesinas al rechinar de dientes.

Después de vacilar, y comerme pedazos de mí mismo, finalmente sentí que a mi criatura le asistía el derecho de ser libre, de ser fiel a los votos de libertad que estaba predicando en el espacio. Miré cómo jugaba a ser crepúsculo. También cómo fingía ser el punto de cita de las ráfagas. La seguí en su propósito de hacer de su esperpento de colores el anuncio fugaz de lo sublime.

Y mientras, a lo lejos, adiviné a mi hermano revolcándose en los clavos de su cama, contemplé, satisfecho, el hilo roto, el hilo cabizbajo retenido por el pulgar y el índice de mi alma. Supe de la derrota de otra cárcel.

MUTACIÓN

Como perro sabueso, detrás de unos pies en polvorosa, Caín corría en pos de Abel. Éste huía despavorido, sabiendo que su propia agonía le pisaba los talones. Arribaron finalmente a la ciudad. La persecución prosiguió. El persecutor y el perseguido llegaron por último al callejón sin salida. Pasaron lista a su resuello.

Abel divisó el muro, advirtió los estertores del camino, palpó la claudicación del porvenir. Se detuvo. Giró sobre sus pasos. Y aguardó la llegada puntual del infortunio. Un ave de rapiña, allá en el cielo, se dedicó a exhibir las formas todas que luce la impaciencia.

Caín, blandiendo el arma, clavó los ojos en su víctima, en su pecado mortal. Hojeó las vivencias de su hermano. Descifró el jeroglífico del miedo en las provincias del aullido. Sufrió un trasplante, entonces, de cerebro. Vivió el terror de una sentencia a muerte, de un brazo con el pulso marchito. Titubeó entonces. Y dejó caer la quijada de burro.

Abel miró a su hermano. Creyó ver la mirada de siempre: la vista sanguinaria y fratricida del enemigo de su oxígeno. Tomó por los cuernos la mirada, el parpadeo del odio. Lágrimas que eran un verdadero compendio del rechinar de dientes. Y levantó del polvo la quijada del asno.

Qué cambio de papeles: de un lado, la iracundia cambiándose de cuarto, cuitada en compasión, remordimiento. Del otro, la ternura mutada en pie de cólera, gatillo de la rabia. Qué mutación. Qué trueque de contrarios. Qué forma de engendrar la tesis y la antítesis su síntesis de sangre.

METAFÍSICA URBANA

Llegué, como todas las mañanas, todos los días, a la pinche terminal de los autobuses para comenzar mi recorrido, mi chamba de un día sí y otro también. Agarré con las manos entumecidas el volante desde las cinco o antes o eso parecía por la oscuridad. Calenté el motor y salí como alma que lleva el diablo. Dentro de un rato el pasaje ojete va a llenar el camión. Y tengo que manejar y cobrar y cobrar y manejar. Dentro de un rato, maldita sea, esta nave va a ir atiborrada de gente como un mitin ambulante. No voy a poder respirar. Me puse a pensar en una bufanda. De esas calientitas de colores chillantes. Palabra que vendería mi alma por una bufanda. Nadie en la esquina. Disminuí la velocidad. Si al menos el café con leche no hubiera estado frío, pero la canija Chole siempre a destiempo, sin atenderlo a uno. Di vuelta a la derecha. Aplasté el acelerador. En la esquina no me esperaba ni un alma. Empecé a canturrear. Privilegio de la soledad es hacerle un rato al Jorge Negrete, al Pedro Infante, al Javier Solís. Atravesé no sé cuántas cuadras sin que un solo pasajero me hiciera la parada. A eso de las 5:15 la cosa me empezó a llamar la atención. ¿Qué mosca le picó al pasaje? ¿A todo mundo se le pegaron las sábanas? Me puse a caminar lentamente, casi a vuelta de rueda, y a pensar en el regaño de mi viejo, y darme de nuevo coraje porque se entromete en mis cosas y qué carajos le importa que yo me pase hablando muchas horas con la vecina. A lo lejos, a la mitad de la avenida, se distinguía el punto. Era un punto que movía la cola y caminaba distraídamente. Bajé la velocidad. Pisé el freno suavemente. El punto fue engordando, por uno de sus poros soltó un ladrido y le

pude ver los ojos azorados y suicidas. Frené violentamente. El perro salió hecho una estampida dejando a sus espaldas el espectro de su espanto. Me detuve en la esquina, con la doble intención de reponerme del susto y de esperar al pasaje. Pero nadie se acercaba a mi jet. Ya había gente en la calle. Ya un periodiquero le estaba salpicando los canes a una criada tempranera que iba al pan. Ya unos niños, con las narices rojas, marchaban en fila india hacia la escuela. Un hombre, trasnochado, cargaba con dificultad su máscara de alcohol, culpa y ojeras. Después de esperar uno o dos minutos en la esquina, apachurré el acelerador. Y sentí que algo raro pasaba ese día. Todo parecía igual. El sol, en el horizonte, haciendo de las suyas. Los coches a mi lado, ruidosos, tensos y agresivos como siempre. Una poca de gente yendo y viniendo igual, exactamente igual que todos los días. La rutina como pan nuestro. Todo parecía lo mismo, pero, el que nadie subiera al camión, el que después de tantas cuadras de la terminal, siguiera mi poderoso vacío, me pareció raro. Es algo que sucede, me dije. Dejé de pensar en ello. Carajo, la vecina está como quiere. Qué padre ayer en la noche. Voy a volver a pensar todo, con detalle, como si alguien me lo contara. Subí por la escalera. Desde el techo de mi casa vi su ventana. La vi llegar. Se estuvo peinando o arreglando el pelo. Se desvistió despacito. Qué chulas piernas. Y las chichis. Nunca hubiera imaginado lo grandes, blancotas y duras que están. La canija apagó entonces la luz. Mi máquina, vacía, iba corriendo al par de un delfín atestado ya de pasajeros. El contraste me hizo recapacitar en que algo pasaba. Consulté el regalo de cumpleaños de mi padre. Llevaba media hora de recorrido y nada. La cabeza me empezó a dar vueltas. En las sienas sentí el pulso de las arterias. El que un camión, a la cuarta parte de su travesía, fuera vacío, me empezó a parecer escandaloso. Era como si un día amaneciera el Defe sin su catedral. Imagínate que te despiertas temprano. Te bajas en la parada del zócalo, buscas el reloj de la catedral y anda vete de catedral. O es

como si empezara a llover jugo de naranja y todas las señoras sacaran sus vasos por la ventana al acercarse el desayuno. O es como si el presidente de la República amaneciera sin el dedo que da el dedazo. Mi imaginación, mis comparaciones me distrajerón y hasta me hicieron reír un poco. Pero cuando volví a la realidad, cuando caí en cuenta de lo extraño y absurdo que resultaba ir al volante de un "camión vacío" me volvió a sofocar la angustia. Afortunadamente un hombre en la esquina me hizo una "parada". Todo volvió a serenarse. La normalidad ordenó nuevamente las cosas. La catedral volvió a su sitio. El jugo de naranja fue ordeñado otra vez en sus tetas naturales. El presidente de la República pudo con satisfacción contar en su mano cinco dedos. En la esquina estaba un hombre, con el brazo levantado, con un gesto tan seguro, tan tranquilizador, tan definitivo, que probablemente hasta las ráfagas del viento pensarían en detenerse. Yo aplasté el freno como quien aplasta el gusano de una velocidad enferma, de un movimiento repulsivo. Me acerqué lentamente a mi futuro pasajero. Se diría que mi nave empezó a coquetear con él. A abrirle los brazos. Él, sereno, seguro de sí mismo, con gestos de gran resolución, subió el primer escalón de mi máquina. Pero en ese momento una mujer, que venía corriendo hacia nosotros, gritó: ¡Rodolfo, Rodolfo! bájate, quiero decirte una cosa. ¡Rodolfo! por lo que más quieras... Mi pasajero se bajó precipitadamente y se dirigió hacia la mujer. Yo, confundido, no pude menos que acelerar. Y acelerar con mi camión vacío. Y cuadras y cuadras se me vinieron encima. Y fui devorando poco a poco mi ruta. Entré al centro y a las calles más populosas y transitadas. En las banquetas deambulaban, de un lado y otro, multitud de peatones. En las calles los autos, las camionetas y los autobuses se pisaban los talones, se gruñían, se lanzaban tarascadas. Todos iban repletos, colmados, estallando gente. Pero yo, mi nave, mi instrumento de trabajo, íbamos, continuábamos yendo, vacíos, terrible, incomprendible, absurdamente vacíos, como si se tratara de

un camión apestado. Unas mujeres estaban en la próxima esquina. Respiré un instante. Pero empezaron a caminar hacia una calle que no estaba en mi itinerario. Las seguí una cuadra, dos... Me acerqué a ellas. Las invité a subir. "Las llevo a donde quieran", les dije lleno de esperanzas. Pero ellas se encabronaron. "Es el colmo, gruñó una, ahora hasta nos siguen los chóferes con todo y autobuses". Volví, cabizbajo, a mi ruta. Sentía mareos, con la frente encendida y las manos empapadas. Dos horas, tres. Es imposible. ¿Qué pasa? Virgencita de Guadalupe: haz que en la próxima esquina se suba alguien, aunque sea una sola persona. Haz que vuelva lo cotidiano, lo normal, lo conocido. ¿Por qué nadie sube? ¿Por qué nadie me reintegra lo habitual? Y preso de ansiedades, como un mártir flechado de preguntas, divisé a la distancia, con los brazos abiertos del buen puerto, por fin mi terminal.

DE POR QUÉ LOS ALUMNOS DE FILOSOFÍA Y LETRAS NO SE DISTINGUEN POR SUS CONOCIMIENTOS

Bertha Núñez, bibliotecaria de la Facultad, era siempre la primera en llegar y la última en salir. Como esto ocurrió durante veinte años, el director de la escuela, por sugerencia de una asamblea tripartita (de maestros, alumnos y empleados) decidió condecorarla y regalarle un diploma. Este honor garantizó que durante otros veinte años siguiera siendo Bertha Núñez la primera en llegar y la última en salir de la biblioteca.

A las diez de la noche, todos los días apagaba las luces y cuidaba que la puerta exterior quedara bien cerrada bajo llave.

Apenas se perdían sus pasos por los corredores de la Facultad, cuando se oía dentro de la biblioteca un extraño estruendo y empezaban a descender (a saltar, a deslizarse) desde los libros algunos personajes. Raskolnikov dejaba a sus espaldas su habitación, brincaba desde *Crimen y castigo* hasta el centro de la sala. Pangloss había logrado evadirse del *Cándido*. El bachiller Sansón Carrasco departía entusiastamente con Falstaff. A la derecha se había formado un corrillo en el que la conversación sobre política era mantenida por Edipo, Pito Pérez, Swan, Telémaco y Kim.

Todas las noches ocurría lo mismo. Y más cuando había llegado a la biblioteca una remesa de nuevos libros. Todos,

entonces, estaban deseosos de conocer a los personajes de las obras recién llegadas.

Un día, sin embargo, ocurrió algo inesperado y fatal: la señorita Bertha olvidó las llaves de su casa en su escritorio de la biblioteca y tuvo que volver, hacia las doce de la noche, a su lugar de trabajo. Apenas se escuchaban sus pasos en el corredor, cuando hubo un verdadero revuelo en la biblioteca. Los personajes se volvieron, nerviosos, a contemplarse entre ellos. En sus pechos se afirmó la existencia de un corazón agitado. Y cuando oyeron que la señorita Bertha introducía la llave en la puerta exterior de la biblioteca, se precipitaron en la más loca de las carreras, hacia sus habitaciones, hacia sus refugios. Pero lo hicieron con tanta precipitación que los personajes se metieron en diferentes libros y, temerosos de que les volviera a ocurrir algo semejante, no tornaron a salir de ahí. La Julieta shakespereana fue a dar a *Las flores del mal*, Tartarin se escondió en las *Crónicas marcianas*, Gargantúa en *La perfecta casada* y la Justine en la *Imitación de Cristo*.

Esta es la razón por la que los alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras no se distinguen por sus conocimientos.

Reguero de cuentemas

LA TÁCTICA

Al abordar, jadeando, la página presente de este texto, se me ha ocurrido una fábula que me envidiarían el gran La Fontaine, el sentencioso Iriarte y el mínimo y dulce Monterroso. Va de cuento: las liebres, cansadas de aparecer en la pantalla chica o en los labios de la abuela, derrotadas siempre y fatigadas de ser el perpetuo hazmerreír de toda meta, levantaron el puño, aullaron sus enconos y se declararon en huelga.

Su forma de lucha fue el tortuguismo.

DEMOCRACIA

Es cierto que el orgasmo no estaba en la orden del día. Pero los poros de la piel son soberanos.

FINALE

El programa incluía la marcha fúnebre de un músico anónimo del siglo XIX. El violín primero y la viola encendieron los motores de la angustia. El violín segundo ató un par de notas en un nudo en la garganta. El cello hizo una cabriola en el sexto compás. Y el cuarteto en pleno empezó sus dimes y diretes, sus quejumbres y sollozos. El público, impávido, distraído, se hallaba en las inmediaciones del bostezo. Fue entonces el instante en que advertí que algo extraño se gestaba. Cuando el cellista arribó a las semicorcheas del segundo tema, se le empezó a caer el pelo. Casi simultáneamente, el segundo violinista perdió intempestivamente una oreja que rodó hasta quedarse en el límite del escenario. El violista fue víctima de un proceso destructivo que, al mover la pierna, motivó que un pie se le desmoronara. La marcha fúnebre llegó a su término. Cuatro esqueletos se prepararon para agradecer los aplausos.

MINICUENTO POLICIACO

A asesinó a B. Y, tras de hacerlo, se disfrazó de A'. C, después de múltiples pesquisas, y tras de asediar a una biblioteca entera de novelas policíacas, descubrió que A tenía las manos llenas de la sangre de B; pero no que A se hubiera disfrazado de A'. CH, en cambio, y por pura suerte, cayó en cuenta, no que A hubiese asesinado a B, sino que A se había disfrazado de A'. C y CH han hecho una cita para comunicarse sus descubrimientos: el de C, que A mató a B; y el de CH, que A vive disfrazado de A'. Estamos a punto, se diría, de un caso resuelto. Pero resulta que D —el psiquiatra de A— ha revelado al mundo que A no sólo gusta de asumir tales o cuales disfraces, sino que padece un desdoblamiento de personalidad que lo hace figurarse a veces ser C y a veces CH.

INCIDENTE

La celebración de las bodas de oro llegó a su apogeo: la hija menor iluminó la sala con un pastel colmado de chocolate, nueces y años en llamas. Todo el mundo instó al padre a que, frente a las velas, mostrara la juventud de sus pulmones. Ya iba a hacerlo, cuando otro de sus hijos le recordó que antes de dar rienda suelta a su fuetazo de aire, debía demandar un deseo. Hubo un momento de expectación. La atmósfera sintió la inminencia del aplauso. Y el hombre soltó la ráfaga violenta de su soplo. En ese instante, de golpe, se apagaron las velas y la vida de su esposa.

TELECOMUNICACIÓN

Cuidado con lo que piensas; no te regodees en tus deseos inconfesables; no organices en tu fuero interno una exposición de perversiones. Cuidado. Que tienes el alma intervenida.

TEDIUM VITAE

Algunos días deben ser arrojados a la basura. Nada pasó en ellos. Nadie tocó a nuestra puerta. El fastidio refuerza las juntas de su monarquía. Uno va de la cama al café con crema lleno de esperanzas. Sueña con descubrir la ruta más corta hacia las Indias. Piensa en la mujer o en la amante de nuestro prójimo. Se pone ante la máquina de escribir. Cree que en el papel va a lograr que las nubes se desplacen lentamente, que los pájaros aleteen con los párpados de los lectores. Pero nada.

El memorándum tritura el embrión de un verso. Las alas están de nuevo entumecidas. El hastío lleva el compás de su propio cabeceo. Por la tarde se conciben grandes diseños. La palabra imposible camina hacia el cadalso. El festín de la araña será a las ocho. Hay que comprar ginebra y tonic. No olvidar el queso y las aceitunas. Una cita es el mejor de los tesoros. Más nadie viene. Nada ocurre. Solamente hay vacío. Por afuera, por adentro.

Es entonces cuando uno mira el cesto de basura, y tras de renegar de este día —que se va volviendo en ayer, a fuer de arrugas— leva anclas para hallarse (viento en popa, a toda almohada) lo más pronto posible en alto sueño.

NOÉ

Las fuerzas naturales fueron afinadas para iniciar el tercer movimiento de la sexta. El relámpago puso su brochazo de pintura blanca en el aire. La oscuridad, los truenos y los rayos empezaron a hojear un cuento de terror. Antes de descoserse, en las nubes hubo un mitin de cántaros. Los árboles comenzaron a flagelarse con latigazos de agua. Y se inició un huracán violento, compacto, infinito: algo que podría llamarse diluvio y cuenta nueva.

Yo me hallaba seguro, confiado y optimista, con mi barco de papel entre los dedos.

LO MÍNIMO PRODIGIOSO

El minicuento puede leerse en cualquier parte y a cualquier hora. Acostado o de pie. Bebiendo tequila o trasquilando una cerveza. Es dable devorarlo, de reajo, mientras tomamos los últimos sorbos de café con leche. Su solo tamaño nos invita a tener con él una aventura. Luce, a decir verdad, todas las virtudes de la mujer fácil: si en su cuerpo insinuante adivinamos la enmarañada seda de sus intimidades, sabemos que en su puerta no existen siete escrúpulos que nos obstruyan el paso.

Lo bueno, si minicuento, dos veces bueno.

GOLPE DE AUDACIA

Mis hijos y yo decidimos robar el banco. Enrique, Graciela y Guillermo se encargaron de la operación. Los tres lo hicieron encapuchados. Enrique llevaba la metralleta y Graciela y Memo las pistolas. Yo me quedé afuera, como chofer del automóvil. Guillermo llevó la voz cantante, ordenó que todos se arrojaran al suelo "para oír la respiración de las hormigas" —según dijo, con una ironía de dudoso gusto. Desarmó al policía bancario. Y exigió a las cajeras que llenaran las bolsas. Quique vigiló, con su metralleta, y con una mirada dura y acerada, que se cumplieran las órdenes. Graciela recogió las bolsas. Y los tres salieron, con el botín a cuestas, hacia el auto. Yo metí primera. Y corrí a no sé cuántos despropósitos por hora. Llegamos al viejo departamento. Dividimos el botín y nos convertimos en cuatro millonarios.

Al terminar de contar mi parte, y al comprobar que el mundo de privaciones, inseguridad, temor habían terminado para siempre, me puse a gritar y gritar, electrizado por el júbilo. Lo malo es que grité tanto, con tal ansia y tamaña intensidad, que acabé por despertarme...

Los rayos del sol cayeron, entonces, en mis manos para desinfectarlas, definitivamente, de sus malas intenciones.

UNA LLAMADA TELEFÓNICA

Sí, ¿con quién hablo? Silencio. Bueno, bueno, ¿quién es? Silencio. ¿Eres tú, Cristina? Silencio. ¿Guadalupe? Silencio. Por favor, carajo, ¿quién habla? Silencio. ¿Serás tú, oh silencio, quien me llama? Silencio.

UN MÉDICO, POR FAVOR

Era el momento del salto mortal. El público guardó su lengua. El redoble de tambores puso el telón de fondo de la expectación. El acróbata dio un paso. ¿Y las redes?, preguntó alguien. "Las están poniendo", le respondieron. Vino el salto triple. Y la gente, feliz, escaló las cimas de su propio delirio. Lo malo es que el niño cardíaco que estaba en las gradas lanzó su corazón, allá en el pecho, también hacia el espacio, pero lo hizo sin redes protectoras.

SUPLICIO

Ya todo está suficientemente discutido. Que se vote. Sí, que se vote.

Se llegó sin embargo a un empate y el empate es siempre el cercenamiento del camino, el confiscamiento de los pies. Había, además, dos abstenciones.

Se reabrió la discusión. Y después de quince oradores se oyó la voz: está suficientemente discutido. Que se vote.

Se votó. Y mientras uno de los que se abstuvieron votó por una posición, el otro votó por la posición contraria. Hubo, pues, de nuevo un empate.

Nueva discusión. Nuevos oradores. Nuevas abstenciones. Nuevo empate. Y así por los siglos de los siglos.

Dante quedó horrorizado. Y decidió seguir su camino. Por fortuna Virgilio no votó en sentido contrario.

LA OTRA CARA DE LA LUNA

Fue entonces cuando en sueños me dediqué a interpretar la realidad. Si el sueño, según Freud, es la realización de un deseo, la realidad, según yo (como durmiente) es la desrealización de un deseo. Las dos tesis, pues, se complementan. Una vale para los despiertos. Otra, para los dormidos. Una ha recibido el aplauso generalizado de los hombres y otra —la de un servidor— el aplauso generalizado de los fantasmas.

Negocios de la libido

CONVOCATORIA

Considerando que la soledad, mediante un golpe de mano, tomó posesión de mi cocina, mi comedor y mi recámara, que amordazó mi timbre y que, además, se dedicó a degollar no sé cuántas palomas mensajeras.

Considerando que el hilo de mi voz ha acabado por hacérseme un nudo en la garganta, que mis cartas de amor han sido ganadas por los manchones de tinta y que mi borrador es impotente ante las sílabas que brotan de mis llagas.

Considerando que el deseo me asaltó al doblar una calle, salpicó las falanges de mi impulso, amuebló cada poro de mi audacia y arrimó mi epidermis al infierno.

Considerando que tú naciste para robarle espacio al infortunio y firmar un armisticio con los garfios, convoco al cielo, a la luz y a la temperatura, a la música sin fin de aves inconclusas y a las ráfagas mensajeras de la flora, a que te envuelvan, te acaricien y moldeen en ti el estado de ánimo de quien durante horas se sienta a orillas del teléfono a pescar una ilusión inconfesable.

Convoco también a tu audacia, a tus sueños, a tus fibras a que te exciten, te entusiasmen y te digan: "eres, mujer, un puñado de vísceras a la espera del milagro. Desabotónate los prejuicios. Pon tu corazón en el quicio de la entrada. No dejes a las yemas de tus dedos marchitarse en el arcón perfumado de la abuela. Que tus piernas no sigan, por el amor de Dios, cerradas a piedra y lodo".

ESTRATAGEMAS PARA DESCLAVARME

Cuando niño, inventé, para uso personal, una nana. No una nana cualquiera. No una espía (con delantal) de mi conducta, personificación de un decálogo de nalgadas y un panegírico a la línea recta, sino una mujer dedicada de tiempo completo a quitarme poco a poco, pacientemente, lo niño. Lo niño y la ingenuidad, que no es otra cosa que la prolongación del clamor de la sonaja a lo largo de la vida. Mi nana, con archipiélagos de desnudez inquietante en su ropaje, sólo se presentaba ante mí si se cumplían dos condiciones: que me concentrara (torciéndole un brazo a la imaginación) y produjera un estallido de dedos. La recuerdo situada en la puerta de mi alcoba vigilando que nadie entrase, mientras yo escarbaba el cofre de mi cuerpo hasta espigar una alhaja con la mano. En uno de mis cumpleaños, a la edad en que mis pantalones cortos oían ya el canto de sirenas del suelo, ella se colocó en mi oído, y me regaló (sin papel de celofán) todas las palabras prohibidas existentes. Mi nana fue mi primera novia. Después de cada una de sus visitas, mi rostro quedaba embadurnado de besos. A veces íbamos al parque y nos sentábamos en el pasto a escribirle una carta de amor a nuestro enamoramiento. Una tarde, llegó con una blusa que había extraviado uno de sus botones. Los senos, velados por la cáscara del recato, dejaban a la intemperie los dos segmentos de línea curva que requiere el cuadro de la insinuación. El cosquilleo de mis manos subió de punto. Y mis ojos, mis yemas y mi lengua recibieron su primera lección de blancura. La novia inicial desapareció de mi vida, con la nube de polvo que deja a sus espaldas todo gerundio; pero me dejó esa "pasión por los pezones" que es lo primero que apuntan los psicoanalistas en sus libretas cuando se

hallan haciendo una radiografía de los desequilibrios de mi fuero interno. Mi primera novia desapareció porque le pedí la mano a mi nana. Deseé contraer nupcias con mi sueño. Escribir una epopeya a la inocente tozudez de su crimen. Copular a perpetuidad con su tacto de franela. Ella se consiguió un vestido de novia que era un carnaval de seda con relampagueos de satín y brocados churriguerescos. En el umbral de la iglesia me dijo: ¿Sabes, amor mío, que debajo de esta sinfonía de telas no traigo ropa interior? El inicio de mi respuesta fue apagado por los primeros acordes del incienso. Tras de una ardua jornada de trabajo —en que con un equipo de camaradas, remendaba algunos rincones de nuestro mundo— tornaba, día con día, a mi hogar. Aquí, recorría siempre el mismo itinerario: las pantuflas, la pipa, la copa de cristal, los pezones y el diálogo sudoroso de las ansias. Pero también se hizo trizas mi matrimonio, ahogado por las manecillas del aburrimiento o desvanecido por los bostezos de mi epidermis. Di un portazo. Las palabras incoherentes y coléricas quedaron, en su allende, mordeándose los puños. Y yo corrí a la busca de una amante. Troné los dedos. Mi nana se cambió de traje. Y empecé a degustar los goces de lo prohibido, de las citas en el cuarto piso de la clandestinidad, de la paulatina perversión de un lecho por el catálogo de posturas tomadas por la decisión y el atrevimiento.

Un día apareció, sin embargo, una mujer de carne y sexo. Me tomó silenciosamente la mano. Y atravesé con ella todos los litorales de la primera persona del plural. En ese instante se desvaneció mi nana. Dio un paso en falso y se convirtió en espectro, borrón de tinta, la parte sublime de un delirio. Por más que me concentrara, por más que acribillase a mi entorno con tronidos de dedos, mi nana fue perdiéndose poco a poco...

Mas ahora, ya viejo, sin novia, sin esposa, sin amante, dando vueltas y vueltas a mi cuarto vacío, urdiendo sin descanso estratagemas para desclavarme del suplicio, estoy tentado — por eso tengo los dedos enrojecidos— a inventarme, para uso personal, otra vez una nana.

EL VIGÍA

Todo habitante urbano, todo animal de ciudad, cultiva un amor inconfesable por las azoteas. Ahí, en los prolegómenos de la limpidez, instala el tendedero de sus ilusiones. Lee poemas al oído de la nube. Filtra secretos en las patas de las brisas mensajeras. Hace, en fin, una redada de constelaciones.

Adolescente, yo gustaba también de tutearme con la región más transparente del deseo. Por una escalera empotrada al muro (como ala adherida a un hombro), no sin peligro de caerme, todas las tardes, rayando la luna, me encaramaba a mi delirio de infinitos, mi vista de águila, mi atalaya de imposibles, mi primer asedio a los superlativos.

Qué emoción inenarrable era tener el firmamento a la mano, las estrellas desprotegidas, el espacio pidiendo clemencia, el infinito conquistado con una simple escala.

En las azoteas ocurren hechos increíbles: la mariposa que se detiene en la cabeza del perro dormido, justo entre sus orejas, para dar ocasión a que la poesía saque una instantánea; el encolerizamiento que persigue con una escoba, para barrerle travesuras, a una ráfaga de pantalones cortos; la lavandera que se empeña en desteñir, como otra pieza de su ropa enjabonada, un pedazo rebelde de crepúsculo.

En mi juventud, me encantaba ascender a mi escondite aéreo al instante en que la negrura se roba la escena, la noche jala los cordones de las lámparas y se dedican las estrellas a tartamudear sus luces.

Un día, tras de afinar las cuerdas de la audacia y tras de introducirme en el ser-parado-de-puntas de la curiosidad, se abrió frente a mis ojos, sin el más mínimo parpadear de la ventana, un muestrario de delicias o un escaparate de concupiscencias.

Una alcoba, de común enmudecida por las sombras de su irrelevancia, se convirtió en escenario por obra de la luz eléctrica. Y ahí, dos mujeres desnudas y un pervertido espejo comenzaron a intercambiar caricias. Un lecho se llenó de blancura. Desde la azotea, los interruptores de luz en las paredes me parecían cálidos y erectos pezones.

Cada mujer convertía sus dedos en la ropa interior de su acosada. Como Venus del mar, un beso saltó de su placenta de saliva hacia la comisura ensortijada de un escondido labio. La excitación humedeció sus propios recovecos y, orquestada por un trémolo de respiraciones, llegó a su exaltación de cielo abierto la música sublime de los muslos. El espejo quedó profundamente fatigado.

Ese día espí mi adolescencia los secretos de alcoba que forman la ciudad con igual justicia que la argamasa, los adobes o los tinacos. Durante varias noches las niñas corruptibles de mis ojos se embarcaron para ir, a toda vela, a la isla de Lesbos. Y me hicieron asomarme, ante ese barboteo de caricias, a la perversidad de origen que cargo — que cargamos—en las entrañas del cerebro o a la inclinación que tengo, desde entonces, por todo "se prohíbe la entrada" que me hace rondar por las inmediaciones de lo vedado, suspirarle cartas, paladear sus debilidades, rogarle con las lágrimas en las manos.

UNA MUJER Y SUS DESOLACIONES

Empezó la mujer a dudar de sus huellas digitales. Consultaba, por lo menos una vez al día, su fe de bautizo. Se pasaba horas enteras jalándole la manga al espejo. Abría desorbitadamente los ojos y se pellizcaba la identidad. Sentía que la cama, la silla y la melancolía, como las estrellas en lo alto y los gusanos en el limo, cabían cómodamente en algunas de las formas del verbo ser; pero ella había extraviado, ante un golpe del aire, sus facciones, su rúbrica y su acta de nacimiento quién sabe dónde y quién sabe cuándo. Se hallaba, pues, a la búsqueda del rostro, los ademanes o las manías identificadoras que la condujesen a sí misma, a un nombre y un apellido sin grietas ni desmoronamientos, a una tierra firme que dejara la zozobra y el naufragio, olorosos a mar, allá a su espalda.

La pregunta ¿quién soy? le quemó la punta de la lengua y le electrizó las entrañas. Empezó entonces a buscarse en los otros. Preguntó a todo mundo las opiniones que sobre ella tenían. Se ilusionó pensando que su ser, abreviado en la más exacta de las definiciones, se encontraba en la boca del amigo, la honradez de la hermana, el atrevimiento del compañero de viaje. Pero el resultado de su investigación fue tan confuso que se sintió extraviada en ese hilo de Ariadna enmarañado.

Entonces la mujer, sacada de quicio, recordó aquel refrán (caro al divino escudero de Don Quijote) que dice: "Pon lo tuyo en concejo, y unos dirán que es blanco y otros dirán que es negro". No voy a poner más lo mío "en concejo", rugió. No voy a hacer ninguna otra encuesta. Mi identidad no se encuentra allá, fuera de mí, en los labios, las ocurrencias o las fantasías de los otros. Mi yo no puede estar hecho con gotas de saliva ajena. Mujer,

tienes que volver los ojos a ti, escarbar a dos manos hacia tu fuero interno, hurgar en tu interior la veta de ti misma. Debes hacer que en tu pecho se hinque de rodillas la pregunta de quién eres. Y ponerte a la espera de que el interrogante, transubstanciado en ruego, sea escuchado por tu entraña, tu esencia, tu ser propio.

¿Soy una mujer bella?, balbuceas. Y recordando a tus admiradores, a los implacables enemigos de tu ropa, a las miradas lascivas que espolvorean tacto, al desorden que tus piernas producen en el cosmos, suspiras: Sí, lo soy. ¿Soy también inteligente? No me cabe la menor duda. Entiendo a la perfección no sólo lo que leo, sino lo que culebrea entre líneas. Sé discernir, en cualquier discusión, quién se halla en tierra firme y quién mete los pies en un naufragio. Puedo arrojar la red de mis circunvoluciones cerebrales para pescar mi pesca. Soy hermosa. También inteligente.

Pero a veces —divagas— me siento fea. Voy por las calles y los espejos, vidrieras y escaparates me gritan: qué desagradable, qué insignificante, qué poco apetecible eres. ¿Por qué no te quedaste en casa? ¿Por qué insistes en sacar de paseo ese gesto repugnante que se instaló en tus labios, esas ojeras de diosa venida a infierno, esa palidez de leche enferma que sella tus mejillas? Y a veces —insistes— me creo tonta. ¿De qué habla este hombre? No entiendo nada.

Sus argumentos me parecen diversas manifestaciones del ruido. No soy capaz de ver más allá de mis pestañas. Soy una profesional de la miopía.

Por eso la mujer, tras de dudar de sus huellas digitales, salió a la búsqueda de la identidad perdida, a soñar que entre el acta de nacimiento (plagada de chillidos) y el acta de defunción (constancia de un silencio) ella tendría que ser alguien que por lo menos encarnase las vicisitudes de un pronombre.

Pobre mujer, simplemente eres una extranjera que no ha aprendido a hablar el lenguaje del ser.

QUIROMANCIA

La palma de tu mano, ante la voracidad del ojo mío, se burla de la noria de manecillas que, en el cronómetro, giran sin cesar en redor al presente. Ella habla otro lenguaje. Es huésped de distinto tiempo verbal. Le desprende su cáscara al enigma. Quita las telarañas del ojo de la cerradura. Sabe del pasadizo secreto a los pronósticos. Y empuñando su destino, alza ante la vista el manojó de líneas del cerebro, del corazón, de la vida.

(Pero demanda un intérprete. Un lector que sepa sumergirse en el alfabeto de las corazonadas. Un individuo que se coloque los vaticinios como lentes de contacto. Alguien que haya tomado cursos de divinidad. Un hombre que, lupa en mano, rescatando las minucias y desempolvando los diminutivos, se sitúe en la proa de un gerundio con el grito de: ¡futuro a la vista!).

Tu línea del cerebro me revela que en tu interior harás la guerra santa contra los catecismos, contra los silabarios de lo eterno. Le construirás altares a tu duda. No bajarás el ángel de la guarda de tu espíritu crítico frente a las mil argucias del incienso. Tendrás, qué duda cabe, incertidumbres, sueños a medio hacer, preguntas que desbordan tu saliva. Infinidad de veces sentirás que tu materia gris, sumida en la negrura de lo incierto, pasara y pasara la noche en blanco. Pero siempre estarás, allá en ti misma, con la ventana abierta y sin grilletes.

Esta línea (la de tu corazón) me dice que mañana sufrirás un infarto de poesía. Acunará palpitaciones de trote octo-

silábico y una métrica irregular asaltará a tu pulso. Pade-
cerás una febrícula de imágenes y un delirio de metáforas.
Pero acabarás por vomitar los ripios, la retórica, las
vanidades hasta lograr la salud de la hoja en blanco. Tu
camino se encontrará empedrado de deliquios. Conver-
sarás con tu carne. Te pondrás al oído de la almohada.

Ésta, bajo mi dedo, es tu línea de la vida. Aquí estás más
desnuda que en la entrega, cuando el cuerpo se ciñe la
intemperie. Veo que harás un viaje alrededor de tus
instintos con escala en quién sabe cuántos éxtasis. Acon-
dicionarás tus ojos para que en ellos quepan cinco conti-
nentes. Y a la vuelta traerás en tu equipaje la curva de
experiencias de tu viaje redondo. Más aguarda. Aquí miro,
en la esquina de una calle populosa, que una cifra de
números con terminaciones insinuantes te jalará la manga.
Escogerás alguno, y lo harás a sabiendas de que obtendrás
no sólo el reintegro del júbilo, sino la combinación para la
caja fuerte.

Proseguiré tu vida, tu rosario de instantes, ensartando
sucesos previsibles y sorpresas. Ensillarás a veces uno de
tus presentimientos. Y saludarás al porvenir como viejo
conocido. Sufirás en veces el zarpazo de una esquina y te
quedarás lamiendo las heridas del asombro.

Tu instinto de conservación tendrá todos los cumpleaños
que desees. Sólo la fatiga —en secretos amores con la
tierra mortuoria— habrá de darle la espalda al oxígeno.
Oyes bien. Fallecerás de pronto, sin caer en cuenta del
desorden en tu entraña. Morirás con tu gente, como el
centro al que acompaña, al expirar, toda su periferia.
Vislumbro, en fin, que ahora, cuando terminemos la
sesión, y los augurios pasen a amueblar tu memoria y tus
cautelos, mirarás de reojo a tu adivino, parpadearás no sé
qué insinuaciones, y dejarás en mis dedos, al acto de
despedirnos, un tramo intenso y dulce de la línea de tu
vida.

LA CÁTEDRA

El Perverso vio de frente a la Mujer Normal. Descubrió el escondite de la cremallera. Y dijo: ¿por qué te asustan mis insinuaciones? La Mujer Normal sintió que el sudor le perlaba el impulso. Bajó los párpados. Y salió de debajo de la cama.

El Perverso insistió: ¿qué tienes contra mis manos? La Mujer Normal se limpió el polvo y se echó a llorar. El Perverso la sentó por la fuerza en sus piernas, se puso los lentes y empezó la lectura de su monografía sobre el pecado.

Un año después, la Mujer Normal se deshizo del remordimiento. No simpatizaba, sin duda, con las infracciones de tránsito. No entendía el dialecto de las exageraciones. No le soltaba las riendas a sus atrevimientos. Pero ya había organizado un círculo de estudios con sus zonas erógenas. Ya había conversado de pornografía con las yemas de sus dedos. Ya, en fin, se había decidido a cometer, sin titubeos, pecados inmorales.

Y así, la Mujer Normal se fue deslizándose imperceptiblemente hacia el último cajón de la libido, hacia el relajamiento de sus negaciones, hacia la apoteosis de lo reprimido, hacia las ocho columnas del escándalo.

El Perverso la contemplaba, a todo, como el maestro ve a su pupila, la nena de sus ojos. Aplaudía. Canturreaba victoria. Y registraba puntualmente los adelantos sensoriales de ese corazón revestido de tacto.

La Mujer Normal, sin embargo, rompió todo límite... Cohabitó con el lado más húmedo de los secretos, sedujo a sus indiferencias, escarbó en toda cama a la búsqueda del paraíso y estuvo a punto de morir, como Cleopatra, por la mordedura de un falo.

El paso de la Mujer Normal aventajó al Perverso. Lo dejó muy atrás, dedicado a masturbar quién sabe qué ortodoxia.

La Perversa vio de frente al Hombre Normal. Descubrió el escondite de su cremallera. Y dijo: ¿por qué te asustan mis insinuaciones?

PRIMEROS PASOS EN LA RECTA FINAL

Hace tiempo, tuve unos amores tormentosos. De la noche a la mañana, me hallé con pañuelos compungidos, convulsiones, requerimientos y portazos. Mi solapa estuvo a punto de perder su dignidad. Mi teléfono abandonó su papel tradicional de resquicio, ojo de cerradura para el tímpano, para volverse ventanal ante la angustia ajena, las manos desquiciadas y la agitación de un estandarte de ojeras acusadoras. Mi corazón dio un traspíe y cayó en un pequeño charco de lágrimas. Pero no puedo recordar el nombre de la mujer que tanto demandó y ocasionó. Comenzar a peinar olvidos y extraviar el nombre de una amante —de una mujer que coleccionaba orgasmos de poeta— es el signo inicial, inconfundible, de que se empieza a envejecer.

TRADICIÓN

Se contaba en mi familia —en el discreto pianísimo del cuchicheo— que una tía no muy lejana sufría tal pasión por el vicio del juego, que descendió a una conducta indescriptible: con tal de no perder una de sus citas con los naipes, y una nueva oportunidad de barajar su providencia, ocultó la muerte del hijo recién nacido (al que escondió en el arcón de un ropero), y sólo después de terminada la partida, reveló a todo mundo la desgracia.

Yo tengo para mí que esa leyenda es un infundio. Algo urdido por el mundo contra los González. O tal vez una historia imaginada por nuestra propia mente enloquecida para formar nuestro museo dedicado al masoquismo. No obstante, la leyenda está ahí, y pasa de generación en generación con la misma regularidad con que lo hace todo testamento de genes. Está ahí. Pero emboscada. Fingiendo no existir.

Por eso, no dejó de sorprenderme —astilla, en fin, de ese árbol genealógico— que ayer por la noche, después de las copas de campari, los besos a medio hacer, la excitación en clara sintonía con un vientre, corrí a ocultar mi amor exangüe, recientemente muerto, en el arcón del viejo ropero familiar, para lanzarme después a un amorío, a mi vicio de siempre.

HOJA DE PARRA

Pásame toda tu ropa y tus pudores para ponerlos en la silla. También esa prenda. Sí, ándale. No te dejes convencer por los botones. Ahora acuéstate en la cama. Córrete un poco. Ah, espérame... voy a apagar esta hoja en que escribo.

EN LA CANTINA

Usted, mi querido vate, no debió de bajar la guardia. No midió las consecuencias. Se arrojó al precipicio como si esos muñones desplumados fueran alas. Pero no quiero insistir demasiado: usted, en ese estado lamentable en que está, con ese temblor gelatinoso sobre el labio y esa palidez de corazón arrepentido, es la magna obra de su propio remordimiento. Espere, no huya. Una buena dosis de verdad lo mantendrá despierto y le hará bien al estómago. Espere. Venga acá. Quiero que me oiga. Pues qué, mi Amado Nervo, ¿no quiere por un rato compañía? Yo también, ya lo sabe, comercio con las nueve musarañas. Usted sabe, mi poeta, que las manos están hechas, casi siempre, para cumplir una función precautoria. Existen, y están cumplidamente revestidas de tacto, por si hay una avería en los ojos, por si las moscas hay moscas que vivan de comerse párpados. Están estructuradas, entonces, para tocar, para que el individuo no tropiece, para que las tinieblas no se salgan con la suya. Pero las manos de esa mujer que ya sabe habían sido diseñadas para acariciar y ser acariciadas. Eran el adobe inicial para armar la prueba de existencia del infinito, al hacer que el yo y el tú, frente a frente, se multiplicaran en un etcétera infatigable.

¿Usted, mi Díaz Mirón, no tomó en cuenta que asumir ese ombligo femenino como su numen poético traería riesgos insospechados? Es verdad que era un ombligo pequeño con aspiraciones de punto final. Es cierto que era una obra maestra enroscada en su propia miniatura. Y también (¿por qué escatimarle orgasmos a la lengua?) el recoveco sensual de los secretos. Pero tener a esa mueca-de-vientre

como centro del mundo, como el altar de los más violentos fanatismos, tuvo sus consecuencias.

Sí, ya lo sé; usted no podía vivir sin sus caderas. Desde el día en que ella paseó, ante sus ojos, la doble curvatura que pone entre paréntesis la carne reservada a la lujuria, usted no pudo pegar los párpados. Fue como ese niño arrojado del paraíso por la insolencia de una vitrina. Sí, sus caderas. El vaivén sensorial que iba voceando a plena calle una doble versión de la concupiscencia. No pudo usted, amigo mío, dejar de estirar los dedos como el gorila aquel que encontró en un manzano su eslabón perdido.

Pero lo más difícil fue la derrota de los senos. Por más que se hallaran amotinados, en pie de blancura, con una mala opinión de la intemperie, fueron si no vistos por usted, sí adivinados, descubiertos por ese par de ojos que la materia gris sabe construirle. Su estrategia fue simple: se redujo al asalto. A agarrarle el deseo por la espalda. A sorprenderle, mustio, con su *de repente*. A empujarla al borde de sí misma. Ahí la vio, mi amigo, deshojada la flor del titubeo. Y el corpiño mostró ser una cárcel sin convicciones, blanda, floja, sin un solo resquicio insobornable.

Mi Sabines: usted le habló de sexo. De ponerle zapatos a las dudas. De ya no ser dos frutos que se andan por las ramas. Usted le habló de ser más tolerante con sus ímpetus. De amaestrar sus pudores. De integrarse, desnudos, al flujo y al reflujo de las sábanas. Ella escuchó su voz y fue cediendo provincias y provincias. Usted se puso entonces a ocuparlas. Los brazos y los hombros. El beso y su jadeo prematuro. La cintura y el vientre. El pezón revestido tan sólo por espacio. Usted, caro poeta, extendió sus dominios y toda zona erógena cayó en sus litorales.

Usted (salud, mi bardo) pensó que todo en ella era perfecto. La excepción existía, pero usted la alejó de la conciencia. Usted, frente a aquel gesto, se hizo el

desentendido. Y el gesto persistió sobre la cara como una maldición. Usted no quiso ver la errata del demiurgo. La acuarela fugaz y repulsiva a mitad del semblante. No escuchó, mi poeta, las voces de los ojos. A tal asco no supo sacarle una instantánea. Y prosiguió su avance. Su conquista.

Chóquela, mi Ramón López Velarde. Usted robó a los dioses. Creyó dar a sus manos, con tal golpe de cielo, *el rayo que no cesa*. Pero no imaginó que las deidades tomarían venganza. No se me achicopale. Yo lo entiendo. Ahora, cuando vive, o debería vivir, recibiendo masajes de la diosa y brindando caricias a la estatua de su propio deseo, se siente, sí, lo sé, amarrado al peñasco del suplicio, mientras que le devora las entrañas, poco a poco, sin prisa, para siempre, el buitre de aquel gesto, mi poeta, que usted, ilusionado por tanta perfección que iba a sus arcas, menospreció en su día.

EL TRÁNSITO II

La línea más corta

LA ENVIDIA

Sí, voy a consultar mi reloj para ver si ya es hora de hacerles una confidencia. No se trata del reloj de pulsera subcutáneo, sino de un verdadero cronómetro, de un antropófago de instantes cuya manecilla —que crea y que destruye sin descanso la burbuja del *ahora*— ha dado ya a mi lápiz la señal de que es necesario comenzar su melodía de plomo.

Los poetas andamos por ahí sufriendo una infinita envidia por los pintores, por esos individuos que rebautizan la ceguera con el nombre de infierno. Ni modo, deseo confesarlo: padecemos una tristeza —que se muerde los puños— por el bien ajeno. Nada nos molesta más que saber que esos artistas, con un arcoíris vibrándoles en la mano izquierda, tienen frente a sí una modelo más desnuda que la espada del caballero medieval lleno de cólera. Una modelo desvestida, untada de luna, una *preciosa* que ha dejado su pudor almidonado y con encajes en el cajón del ropero. Vestida solamente con una sonrisa. O con un lunar avergonzado que piensa sólo en cómo evaporarse. Cuerpo que intenta torpemente tapar los senos con un par de pezones o tachar el pubis con un mechón de tinta. Cuerpo empeñado durante horas en ser fiel a su voto de inmovilidad.

Por eso, al tiempo de hacer esta confidencia, voy a largar esta otra: soy el primer poeta del universo mundo que emplea para forjar ciertos poemas, una modelo. Oyeron

bien: una modelo, una mujer que prefiere un habitáculo de palabras a ser una criatura de la perspectiva.

Mi poema comienza con el acto de desnudarse de mi amiga, con ese instante único en que el mundo aumenta en uno más la lista de milagros, como la sonata perfecta que en medio de la sala se desabotona los silencios. Más adelante, cuando sólo la ropa interior y su tibio reducto de secretos protege a la modelo del frío, del ojo afrodisíaco de la cerradura y de mi lápiz, digo: "pienso cómo me irrita que Venus se halle velada por antesalas de lino, preámbulos de lana o pudores de ceda".

Pero ella le da la palabra a sus muslos y al moreno color que los exalta. Enfoco la pupila. Embarazo mi pluma. Sacudo mi mano derecha. Vuelvo los ojos al papel. Apunto: "un seno, tras la atmósfera, se halla en cuarto creciente. Tras un esfuerzo, rompe al fin el pudor. Rasga el corpiño. Y afirma, a plena piel, su plenilunio". Digo también: "Tengo preparado todo el hilo de Ariadna para entrar en tu ombligo". Subrayo: Ese lunar que luces cabe el seno (como un ápice de niño buscando su fontana) engalana, entre líneas, a la mujer de mi poema". "No te quedes inmóvil. Camina por el cuarto. Teje los cuatro puntos cardinales. Sólo un pintor académico —que consulta el diccionario de la rima cada vez que da un brochazo— puede gustar más del agua estancada que del riachuelo".

Las rítmicas caderas, ya sin ropa, se llenan de bellísimas palabras, inaudibles tan sólo para aquellos que sufren, en los tímpanos, alguna de las enfermedades que acaban por crucificar a los instintos. Mi modelo camina, se dirige a la ventana a embarrarse de luz, luego vuelve salpicando su entorno de luciérnagas.

Mas qué distintos somos pintores y portaliras. Al terminar una sesión, los pintores, salvo que tengan alma de poetas, depositan en la palma de la mano de la mujer las

ruedecillas constantes y sonantes del contrato. Después, la despedida.

Los poetas, en cambio, cuando le dan los últimos retoques al poema, piensan que la sesión, lejos de haber llegado a su término, no ha sido otra cosa que el preludio de un intento de fuga a varias voces formado con cantos de sirena. Cierran, pues, las ventanas. Convierten el estudio en una alcoba. Incitan a la lámpara a bajar la voz hasta la confidencia. Y sienten que tras de dar de baja a un adjetivo, ponerle más combustible a un verbo y pulir en un esdrújulo las redondeces todas de la mujer que posa, llega el momento de la complicidad entre el frío y la temperatura del deseo.

El lápiz se detiene al pie de su eyaculación, como el que gusta sólo de merodear el paraíso. Poco después, y durante toda la noche, se escucha la respiración profunda del sueño en la mujer, en el poeta y en su lápiz. A este último es al que con más dificultad puede llevarse la excitación al sueño.

AUTOBIOGRÁFICA

*Sí, soy un cementerio nuevo,
que ha estrenado esta tarde
una mujer que ha muerto.*

Juan Ramón Jiménez

Soy uno de esos individuos que deciden un día vocear sus memorias.

Invitar a la posteridad a visitar mi casa, mi alcoba, mi cerebro y la cara oculta de sus fantasmas. Hablar del enamoramiento de mis padres, donde probablemente se insinuó por primera vez el puñado de células que conjugo en presente de individuo. Y también comprometer a la mano de uno de mis hijos o de mis deudos a rematar mi escrito con la aclaración de que el autor falleció el día tantos, a las tales horas, en el pináculo de su último segundo, y quizás en olor a soledad.

Entre estos dos extremos, tengo una buena cantidad de cosas que decir. Que la comadrona, por ejemplo, me obsequió —no como regalo de cumpleaños sino como don por haber cumplido mi primer instante— un salvoconducto para acceder sin trabas al oxígeno y este reloj del pulso que sigue cuente que te cuente su camándula de segundos. Una buena cantidad de cosas que decir. Que los senos de mi madre —y en alguna ocasión los de mi tía María Luisa— pusieron brochazos de blancura en mis entrañas. Que la parvada de pellizcos salvajes me hicieron un buen niño: limpio,

obediente, tartamudo, con todos sus malos pensamientos puestos en cuarentena o clausurados a doble llave en el cajón del recato. Que tuve amores grandes y pequeños y medianos: toda una sierra madre de pasiones. Los volcanes más elevados, aquellos que se robaron cielo —sin más humareda que la vaga y mentirosa de una nube— se hallan hoy congelados. Pero los pequeños, menos orgullosos y distantes, cultivan la hierbabuena de excitación y orgasmo.

Puedo hablar de mis muertos. Del camposanto en que se ha ido transmudando el alma mía. Aludir a mi padre, a mis tías, a mi abuelo y a la autora de mis respiraciones, mis juegos al escondite o la música de cámara de mis suspiros.

¡Cuántas cosas que decir! Que la poesía no sólo se halla en una atmósfera a la que le castañetea los vientos, en el pararrayos que recita de memoria las andanzas de Prometeo o en la batería antiaérea del crepúsculo que convierte en chatarra los escuadrones de la tarde; no sólo campea en los ámbitos cósmicos donde las palabras descomunales, universo, totalidad, ilusión, pierden siempre algunos milímetros frente a la realidad, o al infinito que se autodeletrea, sino también en la minucia donde burbujea lo infinitesimal; en esos bocados succulentos de lo invisible que son la brizna, la lágrima del gusano, los designios del ápice; o en el vaso, tintineante de hielos, donde revuelvo el alcohol, el agua mineral y, mirando de reojo a mi presa, las malas intenciones.

Hablar de la niñez. Cuando llegar a la noche con las rodillas limpias, como Dios manda, podía compararse a los días en que el poeta, en medio de un sismo de tropos y con las rimas enmarañadas, no puede pergeñar ningún ensueño, ni arañar al poder en ninguno de sus flancos. O a los días en que el poeta no entiende el idioma extranjero y de otro mundo que gusta a veces de usar, masticando la lengua, su musa de siempre.

Hablar de la niñez. Cuando, iconoclastas en ciernes, mis amigos y yo celebrábamos reuniones de célula para tramar nuestras mayores travesuras —espíar a la vecina, fundir luciérnagas a fuer de pisotones, permitir a las resorteras tutearse con la fuga a dos alas de un gorjeo— y sus pequeños caos de juguete.

Decir del primer amor, que es la línea más corta entre la navaja y la corteza del árbol, entre el carcaj de impulsos y los senos utópicos. De ese amor que nos hace imaginarnos que hemos descubierto el pasadizo oculto que lleva de lo efímero a lo eterno, del tronar de dedos que produce la chispa del corto circuito, hasta la procesión de instantes que, con la vista anegada de beatitud, se resisten por los siglos de los siglos morder el polvo.

Hablar de la madurez, de la mitad de la vida, del momento en que el entusiasmo deja por fin de darle la espalda a lo posible y sus flirteos con lo real. Del momento en que el hombre, si aún se sueña flechador del cielo, identifica ahora el cielo con las nubes enamoradas de la tierra húmeda o con las brisas que vuelan aleteando con trabajo su avería.

Aludir a la vejez que se nos viene encima, a la salteadora de caminos, a la bandolera que nos agarra indefensos (en un rincón del tiempo, inmovilizados por nuestra madeja de arrugas), para robarnos miradas y sonidos.

¿Peina canas ahora la libido? ¿En la tercera edad el deseo es una errata en los propósitos? ¿Mi corazón se halla también preso de arrugas? ¡Oh punto equidistante entre dos nadas: la que fue destruida por la cuna, la que será criatura del sepulcro!

Pero soy un punto. Un incidente. Una metida de pata de Dios, si Dios hubiera. Un puñado ridículo de lustros. Alguien que alza la voz para dar testimonio de esta saliva condenada a muerte. Un roedor que devora su propio calendario.

INTIMIDADES

La primera vez que el muchacho oyó el canto fue en la tina. Era un canto tan dulce que él dejó de chapotear, embelesó sus ansias y subió la atención a todo su volumen. Entornó los oídos al oír los aleteos de azúcar tramitados por el aire. Entonces tuvo que amarrarse, resuelto, al mástil de su incertidumbre para no levantarse de la tina, salpicar su entorno de concupiscencia y correr, sacudiéndosele el pretérito reciente, en pos de la música. Pero no pudo más. Se aseó los oídos, salió del baño, midió con una mirada el tamaño de su pudor y tiró la toalla. La sirena no tuvo tiempo para oponer al acoso el tabú del incesto.

EL ESPEJO DE EROS

1

Retrato de una virgen

Un cuerpo diseñado por la negociación de los dedos de Dios con la belleza o por las fantasías de una dialéctica natural excomulgada. Las miradas, como ramo de rosas, violetas y reojos. La nariz, arremangada para olfatear el curso rectilíneo de su perfección. Los pómulos, que hallaron en no sé qué frutero su metáfora fundante. El cabello, como llovido a cántaros, chapoteando en los hombros. Las piernas, exaltando su leche endurecida. Los senos, aterrados, con sus pezones de punta. Y más abajo, a la mitad de usted, a una mano del vello de su pubis, la ensortijada caja del deseo que se muere de ganas de decir su confidencia.

2

Acoso

Mis perros siameses se las saben de todas todas. Fingen morder. Se acurrucan en sus nostalgias. Disparan sus aullidos hacia los grandes ideales que pasan por el cielo. Al retozar en el jardín, piensan que sus ladridos se les vuelven mariposas. Han oído decir que el perro es el mejor amigo de. Pero las abstracciones son para ellos un hueso difícil de roer. No son amigos del hombre en general, de esa especie de ángel venido a menos o de insecto venido a más. Son simplemente mis amigos: mis amigos de carne y

un hueso en las mandíbulas. "Entre más conocemos a nuestros semejantes —fabulan entre comillas— más queremos a nuestro camarada". Son, pues, mi lujo, mi entusiasmo, mi poesía. Por eso, mujer que te asomas por uno de los resquicios de mi expectativa, sabes que si insistes en el canto de sirena, soltaré las amarras y te echaré los perros.

3

Dificultades

La posibilidad de excitar al cuerpo femenino con el muñón —un muñón desde luego enardecido y detallista— son difíciles y rarísimas. Salvo que la mujer, con gran estilo, logre alcanzar sus muletas y, así, movilizar su consentimiento.

4

Audacias

La perversión saltó del vaso de ginebra al rock tartamudeante, del charco casi seco —sólo con pobre música en las rocas— al oleaje estrepitoso de sonidos. El atrevimiento se colocó frente a todos y empezó a mondar, acuciando el erotismo de su filo, la manzana de siempre.

La cama nos quedó chica.

Lengua viperina

La calumnia es un *venticello* que envenena los oídos. Ayer me calumniaste. Torturaste la verdad hasta que se deshiciera en mentiras y gritaste a los cuatro vientos que mi lecho está rodeado de púas y que en torno a él siempre se lleva acabo el rondín de un ángel custodio. Falsedad de falsedades. Mi cama es un templo a los cinco sentidos. Un oasis con holocausto de camellos. Felicidad para cualquier urgencia. Geografía de itinerarios. Ya estuvo bien. Para que no me levanten falsedades, estoy por citar a una rueda de prensa —o por lo menos una rueda de amigos— y aclarar que para mí los dogmas sensoriales, como los políticos, convierten a los humanos en feligreses, militantes, perros de presa de un prejuicio.

Pobre del individuo que no sea capaz de levantarse en armas contra un idea fija.

Autoanálisis

Yo soy, a decir verdad, un buen amante. No un amante de altos vuelos que accede a la cúspide del designio con la mano en la cintura de su gran experiencia. Pero soy un sujeto que, si estoy de humor, puede obsequiar a la mujer de su vida o de ese instante, con un fresco ramillete de orgasmos. No tengo la menor dificultad para que uno de mis deseos se endurezca, ponga manos a la obra, y derrame su entusiasmo todo en alguna de las grietas del apremio. Los secretos no saben qué hacer conmigo. Se muerden las uñas y toman lecciones y lecciones de identidad. Pero yo me los llevo a las bolsas del traje, y

como si fuesen pastillas aromáticas, los introduzco en mi boca para amaestrar el aliento. Por eso soy un amante, si no de primera línea, sí de eficacia a prueba de dubitaciones. Las mujeres lo saben. Y el rumor de boca a boca ha socializado en mi medio ambiente la noticia de que mi cama, graduada de oleajes y jadeos, ha obtenido título de suficiencia y hasta, a veces, ha accedido al postgrado de las perversiones. Pero hoy algo, mujer, me falló de repente: no pude tener más erecciones que las de la vergüenza. Mi virilidad quedó aterida de indecisión. Y me sentí tan confundido y menoscabado que pasé a ser un miembro de número del club de los guiñapos.

7

Vicisitudes en la recta final

Sabes, esto que ves, no es propiamente un ardor a destiempo, la juventud de nuevo acumulada en las yemas dactilares, la excitación de un afán arrepentido. Es tan sólo un recuerdo a ras del tacto, placer que resucita, limosna de una muerte retrasada.

La mano tiembla tanto que no puede por mucho tiempo sostener su ademán apasionado.

AUTOCRÍTICA

No pocas veces, ay, hemos sacrificado lo mínimo en aras de lo máximo. Hemos soñado en asaltar lo supremo y tener al paraíso como botín de guerra. Pero hemos considerado en segundo o tercer lugar, y hasta en los últimos furgones del designio, la simple realización del mejoramiento.

No pocas veces hemos cantado la *Internacional* de principio a fin, sin que una sola nota se nos vuelva al pentagrama del olvido, mientras sufrimos aquí y allá las tarascadas del silencio cuando logramos tararear el himno patrio. No pocas veces, enamorados de la meta, mordisqueando todo el día nuestro ideal, dejamos de comprender que el fin no es alcanzable sin la caza menor de medios o peldaños o que el "hágase la luz" que musita un candil sólo es posible por la corriente de agua, por la energía eléctrica o por los mil procesos de la industria humana que permiten desdeñar a la noche y condenar al ostracismo las bocas de los lobos.

Nos sentíamos hombres del alba, cuando éramos individuos colocados en alguno de los minutos más oscuros de la noche. En torno nuestro no revoloteaban los pájaros picoteando sus migajas de sol, sino una parvada de murciélagos que producían oleadas de azabache en el espacio. Pero creíamos estar en vísperas de inaugurar por fin la historia humana, su holocausto de grilletes, su aleluya de puños, su mazmorra de cárceles, su litoral de sueños desligados de los sucios negocios que han tenido con lo imposible.

Ahora, comprendiendo nuestras fallas, hay que poner en el banquillo de los acusados nuestro talón de Aquiles.

¿QUÉ SÉ?

En verdad, el signo de interrogación no es sino el crucifijo del escéptico. Hay interrogantes sin los cuales el hombre no es hombre. Puede ser un individuo hurgando entre las basuras del aquí y el ahora, que se baraja y baraja los dedos de las manos o que ha firmado un convenio de masturbación con la frivolidad.

Ser racional significa tenérselas que ver con las preguntas insoslayables, con los enigmas a flor de entraña, con toda la maleza de inquietudes que brota de no sé qué semillas sembradas en la almohada. Dadme un hombre que no se plantee esas interrogaciones para ubicarlo en un andarse por las ramas como un antropoide cualquiera o como uno de tantos seres a medio hacer por la divina mano olvidadiza.

Yo soy, por eso, alguien que sale al safari de sus propias preguntas. O al sistemático sufrimiento de portazos y portazos que me da el arcano. Coleccionista, no me interesa la numismática y sus volados celestes, ni mucho menos la filatelia y su fiebre por los cubos asombrosos. Soy, en cambio, un recaudador apasionado de todas las demandas fundamentales.

Todo esto explica por qué sobre la cabecera de mi lecho hay un enorme signo de interrogación. Armatoste dedicado a crucificar todos los dogmas que en mi redor revolotean.

DE NUEVO

Dobló en la esquina. Caminaba desprevenido, pensando en el sexo bizantino de las musarañas. La memoria combatía y combatía para convertirse en dueña de la escena. Pero no lograba entintar la mente en blanco. Él, poniéndole su camisa de fuerza a la loca de la casa, iba paladeando su distracción con deleite y minuciosidad. Fue entonces cuando, acelerando su prisa, chocó con la idea.

No es que se le haya ocurrido algo o que cayó de pronto en cuenta de que. No. Más bien sufrieron una colisión él y la idea. Ella se vio aplastada en su frente como las moscas o cualquier vestiglo alado que se estrella en el parabrisas y se vuelve miniatura de pintura abstracta. Pero no sólo la idea se aplastó en él, sino que él se aplastó en la idea, como si dos imanes, uno frente al otro y víctimas del deseo, se deshicieran de golpe de sus escrúpulos.

Malheridos por el enfrentamiento, se les llevó al hospital. Algún médico sugirió una intervención quirúrgica para extirparle al cuerpo la idea. O arrancarle a la idea el cuerpo. Así se hizo. La unidad se desgarró en dos ácidas mitades a las que se les fue evaporando su respectiva sed, al calor de los soles contados por el calendario.

Hoy el hombre se halla convaleciente. Con la mente en blanco. Sin un solo sueño, bajo un cielo vulgar, materialista, que no deja ni siquiera el brochazo de un Pegaso en su atmósfera.

Pero hay otra idea que se halla revoloteando sobre su cabeza. Busca otra frente en la cual estrellarse.

De nuevo el mundo actual corre peligro.

¿ELOGIO A LA MUERTE?

No es posible ocultar que en ocasiones el temor hinca sus espuelas en el corazón, hasta rebautizar su paso con el nombre de estampida. Tampoco que la paz y a veces las uñas son víctimas del insomnio, ni que, otras, nos despertamos, a la voz del gallo enloquecido que vive en las entrañas, con la aflicción de que alguien, ladrón nocturno de pies algodónados, nos puede sustraer la tierra firme o arrancarnos las muletas de la normalidad, mientras el pecho pasa lista a sus inminentes sollozos y el rostro se enmascara tras la más descolorida versión de la zozobra. Pero este pavor por la muerte se basa en que nunca pensamos qué ocurriría si fuésemos eternos o, dicho con otra tonalidad de la misma tinta, si no estuviéramos puestos en ese paréntesis, carne de reloj, formado entre la cuna y el sepulcro.

Si fuésemos eternos, hombres y mujeres de no acabar, no podríamos celebrar cumpleaños, distinguir a los jóvenes de los viejos, ni reunirnos a fines de diciembre a despedir el día, el minuto, el segundo y el reguero infinitesimal de instantes que se ubican entre el año que agoniza y el que sale del útero de su inexistencia. Ser eternos significaría encarnar en individuos que en ningún momento huelen a principio y que en ningún instante saben a final. Seríamos no como dioses, sino dioses, porque el título de deidad lo da precisamente el carecer de padres y de sepultureros. Todos los eternos tendrían la misma edad o la misma ausencia de edad. No podría haber seres más eternos que otros. O con una infinitud de mayor abolengo. Ni podría

existir una desigual distribución de experiencia, de temblores en la mano o de cantidad de arrugas.

Tal vez los seres eternos podrían referirse en sus pláticas —porque de algo tendrían que hablar— a los mortales, esos entes minusválidos que padecen tumores de lo efímero. Y es que hay tres tipos de seres temporales: los que nacen pero no mueren (es decir los que lucen la eternidad hacia adelante y el tiempo hacia atrás), los que mueren pero no nacen (o sea los que tienen el calendario frente a ellos y la eternidad a sus espaldas) y los que nacen, se devoran las uñas y mueren (esto es, los pobres hombres que cargan de por vida su *alrededor* de tiempo).

Quizás nos hacemos cruces ante la muerte porque no nos hemos puesto a meditar qué es un ser condenado a siempre ser. Pongamos el ejemplo del amor, si es que hay amor entre los seres inmortales. En el supuesto caso de que dos individuos eternos se hicieran amantes, cada uno, aun queriendo a su pareja, jamás se inquietaría por la vida del otro. Su amor sería un amor descuidado, sin tronar de dedos. Los accidentes mortales se hallarían en las huestes de lo inconcebible. La enfermedad, el atropellamiento, el síncope cardíaco serían mudos frente a esos seres que cargan células modeladas con las manos de lo eterno. Tampoco habría suicidios por amor o crímenes pasionales. El "suicidio" de un inmortal tiene que ser peinado así, con comillas, porque equivale de hecho a sólo un cambio de estado de ánimo, a dejarle manos libres al olvido o a tomar por los cuernos otro toro. Los "asesinatos pasionales" son actos de violencia inútil, como manotazos en el viento o duelos de esgrima con lo imposible. Aquí no podría existir la clásica amenaza de que si no nos aman, nos matamos. Este chantaje es invariablemente, en nuestro mundo, de una efectividad tremenda, porque es más sencillo titubear *sí*, y estar dispuesto a intercambiar regazos, que cargar en los hombros los restos del suicida asesinado o la maloliente insistencia de la culpa. Pero esta amenaza

carece de sentido en un mundo donde los cronómetros, si algunos hay, están amordazados, con el dedo una de sus manecillas en la bola del tiempo. No habría prisa además para conquistar al amado o a la amada, para llevarlos abruptamente al vericuetto de la fascinación, en la conciencia de que si hoy no se le seduce, podría seducirse sin dificultad alguna vez.

Si los humanos a veces se fastidian, si no saben qué hacer con sus dedos, si se sienten crucificados en su *tedium vitae*, si, en fin, se vuelven el fantasma que recorre todas las galerías de sus castillos en el aire, los dioses padecen de algo más aterrador: pasarse horas y horas, o siglos y siglos, no matando el tiempo, sino finiquitando la eternidad.

La muerte ronda en torno nuestro. Se halla a la vuelta del corazón, agazapada en nuestro último suspiro. Cuando el óvulo de donde provenimos fue fecundado, convertido en capullo de alborada, no sólo se le introdujo el "levántate y anda" de un espermatozoide, sino el germen oscuro de la muerte. Por eso vivimos un miedo indescriptible a la guadaña y al rumor de estertores que conlleva al afilarse. Como minucia-con-delirio-de-grandezas que soy, como costal de muinas, quizás temo a la muerte porque no me he puesto a meditar en aquella tierra baldía donde se escucha el perpetuo rechinar de ruedas de la palabra *siempre*.

Sin embargo, a pesar de cualquier elogio al cadáver del pulso, a pesar del vacío tranquilizador que llena la última letra del silencio, tenemos la "morriña de la eternidad", que decía el poeta, o el ansia inextinguible de matrimoniar nuestra respiración con un oxígeno en perfecto estado de salud.

¿Se deberá todo esto a que el instinto de conservación no quiere dar su brazo a torcer, a que compartimos la melancolía del alud de ángeles arrojados al tiempo, o a que somos efímeros coleccionistas de superlativos?

Lo ignoro. Mi inteligencia se queda en los suburbios de la intuición, en la antesala de tortura del interrogante. Pero no me cabe la menor duda de que los humanos —pobres bestias que intentan aletear— somos unas criaturas que desean, a pesar de los pesares, no dejar de tener el día menos pensado una aventura con la perfección.

ASTUCIA DEL AZUFRE

Al fin hallé la pieza que faltaba. Tengo ya, frente a mí, el rompecabezas de Dios. Nada le falta. Por fin puedo torcerle el brazo al sinsentido. Hasta sostengo ya, entre el dedo anular y el índice, la pieza irregular de la creencia. La misma bienaventuranza —superlativo mordiéndose la cola— está a punto de consumarse. Mi mano, con temblores de incienso, se dispone a completar su propósito. Pero el demonio se halla en un rincón mascullando y mascullando las leyes de la dialéctica.

SIN MÁS TESIS QUE LA SINTESIS

Propósito de fin de año: desactivar la bomba del egocentrismo.

Las palabras *mío* y *tuyo* siguen siendo dominios de la soledad. Sólo el vocablo *nuestro* es el aula para aprender a envenenar nuestras orillas.

Amor: cuando dos ríos confluyen, no hay una sola gota de la que podamos decir: se trata de una lágrima de Narciso.

VOTOS DE HOMERO

Heráclito de Éfeso —nuestro Señor de los gerundios— escribió cierta vez: "Homero maldice la máxima ley cuando hace votos porque la discordia desaparezca de entre los dioses y de entre los hombres".

La "máxima ley" significa aquí ahíncos de demiurgo, ubicuidad de contrarios, reguero de iracundias. Pero la discordia no sólo se inmiscuye entre las deidades y los mortales, sino también en el alma. Cerebro es, qué duda cabe, otro nombre de campo de batalla. Adentro del cráneo siempre hay un ejército de neuronas que, entonando el himno nacional de su hemisferio, se dispone a chocar con otro. No hay un solo cerebro que, buscando la paz, amase con su materia gris materia blanca. En veces, sin embargo, parece haber armonía, que las células firman armisticios y hasta que la guerra ha sido dada de baja por los siglos de los siglos.

Pero se trata siempre, ay de nosotros, de la paz envenenada de la tregua.

CINCO FACETAS DE IDÉNTICO DELIRIO

1

Res gestae

Cada movimiento de la mano de Dios, crea un gerundio.

2

El prodigio

¿Qué valen las galaxias, el infinito número de estrellas, el festín de lo descomunal, frente al más insignificante de los pecados, nacido del milagroso germen del “se me da la gana”?

También la locura es una opción: una noche en la árida quimera. Incluso Luzbel —que hubiese podido con la mano en la cordura tornar a ser el brazo derecho de la beatitud— quemó las naves de su arrepentimiento con el fuego bienaventurado de su libre arbitrio.

Nochebuena

Decidimos a las doce en punto llamar por teléfono al más allá. El número es sencillo: sólo un cero. Sentimos de repente en la línea una voz de incienso tartamuda. Pero la estática del espacio interrumpió una vez y otra vez la llamada.

No obstante, aleluya, supimos que nuestra derecha mano cargó durante un instante (temblorosa, sin desmayos), el infinito.

Día llegará en que

...Dios —habitante del templo de su D mayúscula— se arrepienta, que padezca una trombosis ética en su sagrado corazón. ¿Lo perdonaremos? ¿Seremos sólo escrupulosamente justos con él o devendremos también caritativos? Todavía, sin embargo, no ha llegado el momento. No ha sonado aún la hora del Apocalipsis del más allá. Al reloj le falta aún vomitar un desierto. La venganza o la misericordia deben continuar por ahora adormecidas, ocupando, antes de entrar en juego, su lugar en la banca. El escándalo del pecho debe seguir amordazado.

Digámoslo de este modo: aún es prematuro que las criaturas se refieran al día del juicio que inexorablemente

le llegará al Creador. Para hablar de tal cosa será necesario cambiar de perspectiva: es indispensable encaramarnos a la atalaya de nuestra propia esencia, para ver, desde ahí, cómo nuestra orfandad se adueña poco a poco de todo el horizonte.

5

Conclusión

Digo: el tiempo verbal de la perfección sólo podrá ser conjugado por una deidad. O quizás por un ángel perfectísimo parado de puntas.

Insisto: sería algo así como un verbo que se auto-conjugará.

Reflexiono: pero la fe de erratas de tanta excelencia tendría que ser un rosario de dudas.

Concluyo: lo que pasa es que a este pobre cronista de gerundios le resulta inverosímil una eternidad dedicada, de tiempo completo, a liquidar lo efímero.

Cronómetros amordazados

APÓLOGOS

I

Incidente selvático

Un león, guiñando un ojo a los fabulistas, abrió las fauces a la más aterradora de las vocales. El rugido duró por lo menos una hora. La selva, al azote de un viento encabronado, se convirtió en una fábrica verdosa de temblores. En cada hoja existía una pequeña gota de saliva del monarca. Pero de pronto, el león dio una nota en falso y túvose que limpiar los espolones del eructo. Fue algo así como si Tamagno, Caruso o Pavarotti desafinaran en el do de pecho aguardado durante horas. El león corrió a esconderse detrás de dos manchones de rubor. Y se encogió volviéndose cachorro, leoncito de peluche. La jungla toda se puso a tararear la Marsellesa.

II

Parábola de Schopenhauer

Dice Schopenhauer: “En un crudo día de invierno, un rebaño de puercoespines se habían apretado unos contra otros para librarse del frío, prestándose mutuamente calor.

Pero apenas en contacto, sintieron el escozor de los pinchazos de sus espinas, lo que les hizo separarse”.*

En un crudo día de invierno, efectivamente, un grupo de puercoespines opta por apretarse unos a otros con intención de escapar del frío. Sus adversarios son el invierno, sus colmillos y las gélidas tarascadas que trae consigo. La soledad es derrotada, pero al precio de vivir un abrazo genocida.

Mas hay puercoespines que deciden alejarse unos de otros. Antes de huir, de precipitarse a su aislamiento, cada quien bautiza al hermano con el nombre de Caín y entre todos instituyen una frontera de quijadas de burro. El amor fraternal, con su utopía auestas, es el mayor suplicio que podría producirse en esta cámara de tortura. Por eso, todos corren a sus alejamientos, como flores que guardan la debida distancia con la jauría de espinas. Nada es mejor que un puercoespín seduzca al otro.

¿Existe alguna forma de escapar al dilema, a la guadaña de doble filo? Hay, sí, dos posibles soluciones: que el frío sea derrotado —con lo cual vencerá la soledad y los nuevos instrumentos de tortura que trae consigo todo pronombre. O que los puercoespines se deshagan de sus púas —con lo que triunfaría el amor, pero se hallaría anémico de límites y la identidad podría escaparse por las ventanas de cada mónada.

Lo ideal sería que el frío se destierre y las espinas desaparezcan. Así los individuos podrían optar unas veces por hallarse solos para entregarse al decorado y amueblado de su individualidad y, otras, por volcarse al amado o a la amada tras de arrojar al cesto de basura la túnica ardorosa de sus propias fronteras.

*Arthur Schopenhauer, *Eudemonología. Parerga y Paralipómena*, Librería Bergua, Madrid, p. 246.

III

Máxima

Los motivos del lobo no son comprendidos por San Francisco, ni por la Inquisición, ni por cualquiera de las Sociedades de buena conducta habidas y por haber, pero sí, en ocasiones, por la oveja negra, y siempre, al final, por la Caperucita Roja.

IV

Reguero de reflexiones

Paradojas de la historia: los dinosaurios acabaron por hacerse ojo de hormiga.

Feliz porque la dueña de la casa se deshizo del gato, el ratón ronronea.

Las aves, a medida que sufren más la esclavitud de sus cárceles metálicas, de las mazmorras aéreas y de la jaula apretada de su cuerpo, sueltan, en clave de trino, desgarradores arpegios a la libertad.

Este perro, fatigado de pretender enseñar a ladrar a los humanos, empieza a moverle la cola al alfabeto y a gruñirle a todas sus vivencias que intentan encerrarlo en la perrera del aullido conformista.

El loro que tienen los lectores ante la vista es de una inteligencia tal que después de atragantarse y atragantarse de palabras, aprendió a repetir sin cesar el mismo silencio.

Cuando veo cómo las hormigas cargan descomunales ápices, siento en mis dedos (que aprietan el lápiz) un hormigueo capaz de levantar una pesadísima oda a la musculatura.

En la naturaleza percibimos que desde los microbios hasta los mastodontes deletrean la frase "supervivencia del más apto" y se preparan, tras de ponerse en guardia y darles consejos a sus puños, para la contienda.

Quizás las abejas sufren a veces un empalagamiento de sus funciones cotidianas de su rutina instintiva. No lo sé. Pero resulta un hecho incontrovertible que su cuerpecillo, si se le mastica, tiene un sabor amargo.

Fraccionamientos de lo eterno

TRÍPTICO DE ÁNGELES

I

Antecedentes de mi ángel custodio

Fue un ángel que empezó a dar mucho de qué hablar. Los rumores en crescendo —como salvajes cantos gregorianos— tenían su nombre como tema. Los tribunales supremos tuvieron que tomar las cosas en sus manos, llevaron a cabo el juicio y dictaron la sentencia.

Fue juzgado culpable, se le mermaron perfecciones y se le amenazó con dejarlo en el quicio de la puerta de la especie humana. Y aunque era, a partir de ahí, el único ángel que respondía a las voces del espíritu santo con sus tímpanos hincados de rodillas, era también un depósito de urgencias y un caldero de malos pensamientos. Criatura libidinosa. Con el cáncer del pecado devorándole sus órganos internos. Ángel mal hecho. Ente que era mejor desbaratar porque encarnaba una descompostura de la beatitud, y una perfección no puede por principio llevar de remolque ninguna fe de erratas. Al cielo le fue imposible soportar un engendro. Y, al igual que Luzbel, mi ángel supo del ostracismo, la flamígera espada y la blasfemia inversa.

No era el ángel terrible, ni siquiera tomaba parte del comité ejecutivo de la rebeldía. Era un ángel común que blandía en lugar de sus alas dos harapos. Un ángel muerto de frío que se calentaba en la hoguera de sus atrevidas concupiscencias. Un ángel tan disminuido que, antes de hallarme, estaba tramitando su pasaporte para la nada...

II

Nota roja

Los guardianes le aprehendieron por la noche, al estallar en toda su furia la tormenta de incienso. Le doblaron el brazo, le fracturaron la ilusión y lo arrojaron a la mazmorra con la esperanza de que le nacieran telarañas en todos sus propósitos.

(El jurado fue implacable. El abogado defensor fue sintiendo en la boca poco a poco la lengua anestesiada. El tribunal no dudó en sentenciarlo a un perpetuo sentimiento de culpa.)

Pobre ser condenado a ensartar sus agonías como cuentas sin cuento del rosario.

Se trataba de un ángel anegado de dudas. Perplejidades. Con plegarias que sufrían la hemorragia de los puntos suspensivos. Con una lógica, en fin, hipnotizada por los ojos de serpiente del escrúpulo. Se trataba de un ángel enamorado de su muerte.

III

Instinto de conservación

Para escándalo de todos los ángeles, un arcángel largó cierto día un memorándum a Dios demandándole el privilegio de fallecer, de cambiar el infinito por una paletada de tierra. "Ya no soporto más, oh Dios —le

espetó compungido—, hallarme crucificado en los brazos de la eternidad". A todos los querubes y serafines —y no se diga las potestades— les pareció inmoral, incomprendible y también perturbadora la manera de balar de la oveja negra. Pero lo peor de todo fue que la pasión por la muerte devino un mal contagioso, cáncer itinerante, peste en el mismísimo cielo.

Hincada de rodillas y con las manos juntas, la envidia a los humanos se agazapó en el inconsciente de los inmortales. A partir de entonces, si los terrícolas ansiaban no morir, las divinidades se desvivían por dejar de ser. Dios padre, entonces, tuvo la debilidad de permitir que el arcángel que le escribiera pereciese. Eso fue, lógico es, el acabóse. Todos exigieron la momificación de su pulso y el triunfo del descanso polvoriento. Hubo, así, un verdadero holocausto de criaturas angélicas. El mismo Dios echó mano del suicidio, mordió el polvo de su reloj de arena y se convirtió en el sagrado corazón del mito.

No obstante, por más que el cielo se transformó en una tierra baldía y un campo roturado de epitafios, por más que el único jadeo que se escucha en este sitio es el del viento indomeñado, los hombres, sordos y ciegos como de costumbre, siguen teniendo pavor a la muerte y al *dictat* de los relojes, y suspiran por poseer algún día un título de propiedad en uno de los fraccionamientos de lo eterno.

Pobres humanos. Pobres. Continúan llevando a su vera el temor a la muerte, el ángel fieramente humano de su guarda, y sueñan, jubilación del tiempo, con que nunca dé su brazo a torcer esa dialéctica de aire que hay entre sus pulmones y la atmósfera.

Cantata al epitafio

RECTIFICACIÓN

Por lo que más quieran, poetas, no vayan a comparar una gota de rocío con una lágrima. Ni mucho menos emplear el azul para iluminar el firmamento. Por favor, no pergeñen analogías entre el soplo del aire y la congoja con ansias de vuelo que nace entre los labios. Hay tantas comparaciones andrajosas y tantos adjetivos pordioseros. Por favor no digan “de esta agua no beberé”. Hay tantos lugares comunes que fecundan a control remoto nuestras lenguas. Les ruego que no vayan a escribir...

Pero ¿por qué quiero dar consejos, recetas de perfección, reglamentos de tránsito para acceder a la poesía? ¿Por qué aspiro a hacer una distribución equitativa de lo bello? Qué sandez. Qué ambición desmedida, qué ínfulas de mentor, qué estúpido tratar de ponerles micrófono a los estados de ánimo.

Alma mía, muérdete la lengua. Torna a tus límites. Acorrálate en tus escrúpulos. Volvamos a la obra de siempre: la escultura inacabada de Narciso.

INTIMIDADES DE LA HOJA EN BLANCO

1

Naderías

La gota de perfume cambia el estado de ánimo de toda alcoba. El guijarro convierte un resquemor cualquiera en amenaza pública. El minicuento es una chispa que sabe las pestañas inflamables. Loable es la brevedad, el tronar de diminutivos, el álgebra de lo sublime, el pellizco de belleza.

2

Arte poética

Lo malo de mi suspiro es que no logra despeinarte.

3

Hermenéutica

He aquí el vidrio de aumento para que cualquier ojo pueda leer el código poemático —y su jeroglífico de significaciones— de todo minicuento salido de mi complejo de inferioridad.

4

Preceptiva

En una frase cabe a veces la poesía. También posiblemente en una palabra. Quizás en una letra. Siempre en la hoja en blanco. Y es que, por definición, el silencio es la epopeya de todo lo posible.

5

Pasión autocrítica

Sujeto, verbo, complemento. El adjetivo y su entusiasmo por la decoración de interiores. Todos fueron a parar al cesto de basura o, si se prefiere, a una procesión regresiva al diccionario. El corazón se puso a paladear su desdecirse. La gula de la goma de borrar no se contenta con el desgarramiento de la frase o la amputación del epíteto canceroso, sino que, en su nihilismo apasionado, lo sigue haciendo con el mismo papel, como cualquier polilla.

6

Taller literario

La estética de ese taller literario era en verdad provocativa: escribir poco y corregir mucho. Hay que dejar oscuro el borrador... El pobre principiante que presentaba una novela era visto como chivo en cristalería. Una joven promesa acabó por ser especialista en arrepentirse. Otro hizo el panegírico

de un ápice. Y una más hizo la fenomenología de un diminutivo. Los participantes del taller presentaron finalmente una audición. Cada escritor que subió al estrado hizo patente su manera muy propia de acercarse al silencio. El auditorio aplaudió a rabiar. Finalmente, obtuvo la indiscutible simpatía de los oyentes aquel poeta que hizo variaciones y más variaciones sobre el tema de morderse la lengua.

7

Cuentema

Todo cuentema debe estar formado por tres partes: una anécdota poética que, cuando la ambigüedad es nuestra musa, deja al sectarismo de los géneros sacudiendo sus prejuicios; un laberinto construido con el hilo de Ariadna de su tinta, sabiendo que en la cárcel se hallan siempre las premisas del indulto, y un homenaje invisible permanente al caballero Baltasar Gracián, el mayor publicista de la nada.

8

El ideal

Nada hay como prenderle veladoras al silencio. La verdadera proeza —cuando se sienten hormigueos creativos en las yemas— no es economizar palabras o rendirle pleitesía a la brevedad. Tampoco fumigar los adjetivos, en pos de la salud de los vocablos. Lo maravilloso, lo sublime, es empezar nuestro escrito, como el matemático que comienza su operación a partir de menos cero, a partir de menos palabra.

HOMENAJE A LO BREVE

Una astuta editorial decidió rendir un homenaje a la economía escritural: a los haiku, a los poemínimos, a los epigramas y a las palabras-metáfora (como *chispiérnaga*, vocablo que saca de sus casillas a cualquier lobreguez que haya en el mundo).

Antes de ello, y para prepararse, hizo una antología de los parpadeos, de las respiraciones entrecortadas, de los esbozos de un suspiro. Pergeñó además el primer florilegio de granos de polvo. Y la única colección de sílabas tendenciosas.

Tuvo dos obstáculos: primero, que ciertas epopeyas con complejo de inferioridad demandaran su espacio en el homenaje a lo breve. Segundo, que una que otra mendacidad lingüística con megalomanía se deshizo en improperios al verse formando parte del museo de las naderías. Los obstáculos fueron, sin embargo, superados por el sencillo procedimiento de borrón y ni modo.

La antología ha tenido un cierto éxito. Es un texto que puede ser leído, con la mano en la cintura, en el atril de un minuto cualquiera. A la hora del café. Entre un beso y otro. En el interregno entre el tic y el tac de un cronómetro que mastica presentes y arroja los bagazos al pretérito. La antología puede conseguirse en cualquier librería, aunque su edición fue pequeña, hecha a cuentaojos. Su escualidez editorial está destinada a un rincón perdido en los estantes. Su finalidad: ser un evangelio de la nada. Chorro, al fin, enamorado de una de

sus gotas. Lo bueno, si breve, es una oda a la goma de borrar. Cantata al epitafio. Fenomenología del ojo de hormiga. Palabra final a quien hay que cerrarle finalmente los ojos.

ESTÉTICA DEL CUENTEMA

Ningún cuento que se respete a sí mismo, puede empezar su peregrinar por el mundo con el “érase que se era”. Salvo que se trate de un cuento que precisamente no se respete. Y en tal caso debe comenzar con un audaz “érase que se era un cuento que no se respetaba”. Pero un inicio tal está plagado de problemas.

Destacaré dos: primero, que este cuento tendría como protagonista principal a un cuento, lo cual más que ser una redundancia es una vieja bellaquería *metacuentística*. En segundo término, un cuento que no se respete a sí mismo es un cuento desdoblado o esquizofrénico: hay una parte en él que se erige en juez, levanta el dedo y desaprueba, y hay otra parte que sufre la avalancha moralista del juicio despectivo.

Por lo tanto, el “érase que se era un cuento que no se respetaba”, debe ser completado (completado significa lo siguiente: debe ser llevado a los suburbios de las últimas consecuencias) con la frase un si es no es conturbadora de “érase que se era un cuento que, desdoblado en una parte respetable y otra no, vivía una contracción de tiempo completo”. Esto ya no es algo chocante y negativo, algo jalado de las neuronas, algo que conduzca a Dios a mesarse su divina melena, o a que el ser material —que se niega a ser bautizado— se truene los dedos de sus leyes dialécticas. No. Es algo más positivo y encantador que una melodía de Mozart tarareada por el viento, o la pesca milagrosa, no de un puñado de peces recortados al tamaño

de su asfixia, sino del fondo del mar que es el más maravilloso, recatado y rico de los cofres de pirata.

Digámoslo sin reservas: el cuento que no se respete a sí mismo es un cuento en vías de cambio, como el hormiguelo de ser *alguien* en el árbol de las jerarquías. Cuento que no está complacido con la masturbación precoz del minicuento, del suspiro de cuento que es algo así como una caja de música a cuentagotas o quizás el álgebra de la música de los astros.

Mas vocearé en este sitio confidencias: al *cuento* protagonista del *cuento* pueden pasarle dos cosas: tener las alas cortadas con todo y cielo, o secretarse con la megalomanía que considera a lo descomunal sólo como un pariente rico, y puede sentirse, así, el adobe inicial de una novela.

Pero dejaré aquí este andarse, espigando la flor del equilibrio, por las ramas. El cuento descontento de sí, sin amor por sus entrañas semánticas, busca ser siempre otra cosa. Cambiarse de habitación. Volcarse a algún allende. Y aquí reside su maravilla: su afán de ser distinto, de ensartar perspectivas inéditas como quien ensarta dioses o de llevar a la molienda harina de otro costal. Pero también aquí debe perfilarse la anécdota requerida de todo cuento con porvenir ocular: el cuento descontento de sí, saldrá a recorrer mundo, a tener devaneos, aventuras, complicaciones. El cuento, en el cuento, debe relatar a los lectores o relatarse a sí mismo una anécdota que hipnotice la atención y ponga entre paréntesis el fastidioso disenso de las leyes naturales.

Si ser un minicuento —o algo peor, un cuento *nonato*— es apenas el discreto ideal de alguien que no sabe ver más allá de sus pupilas, el cuento embarnecido tiene que seguir la siguiente secuencia: a) ceñirse las botas de siete leguas, b) decirse que la novela es el cuento de hadas del complejo de superioridad, y c) —y no por ser *c*, no tienen la *a* y la *b*

la galería de los sueños que balbucean, a reloj partido, la inmortalidad— y ¿, repito, inyectarse hormonas de poesía y a ver qué pasa.

En fin, el cuento que se iniciara con el “érase que se era un cuento que no se respetaba a sí mismo” tiene que poseer un desenlace: un final feliz, un descanso en los ojos y un suspiro en los labios.

Apreciación final: si tú, lector, has tenido la entereza de acceder a este sitio, seguramente llegarás al término del cuentema con la misma valentía con la que algunos sentenciados a muerte llegaban al cadalso. Se les cortaban las melenas; se les ataban las manos, las protestas y los gemidos; se les ponía el cuello al pie de la guillotina y sentían, inmovilizados, cómo se les venía abajo desde el mismísimo cielo un punto final perfectamente afilado.

Los albañiles del ideal

CONSEJO

Cuando accedas al poder de la ínsula, oh Sancho, deberás espiar, perseguir, no dar respiro a la fórmula D-M-D'.*

Has de saber que se va a ocultar; que, llegando a esconderse en las más profundas grutas de la clandestinidad, aspirará a ser invisible o, a lo menos, a encarnar el propósito de transparencia que trae siempre consigo el ansia de pasar inadvertido.

Has de tomar en cuenta que, escondida, amueblará sus catacumbas con los trozos más elocuentes del rencor, que pasará sus momentos de alegría tarareando su rechinar de dientes y que intentará roturar los campos del revanchismo con su albedrío en armas.

Hay que seguirla en sus ires y venires o en la miel engañosa de su púlpito. Aprehenderla por sorpresa, a la vuelta de un descuido. Atarla de pies y manos, y arrancarle la máscara. Arrojarla al rincón del calabozo donde está la esperanza agonizando. Habrá que llevarla por la fuerza al cadalso hasta hacer que en sus cenizas o su polvo comiencen a grabarse las huellas dactilares del olvido.

Ensilla, Sancho, tu rocino. Te doy en préstamo mi yelmo, mi lanza, mi rodela. Torna, escudero mío, tu guerra en permanente: en guerra de no acabar. No depondrás la fuerza de tu brazo frente a cualquier follón descomunal que pretenda esconderse detrás de alguna tregua.

* dinero-mercancía-dinero incrementado

EL MISMO SUEÑO

Nuestros enemigos mortales son aquellos que han hecho de la ceguera su profesión. Los que, para consolidar la dictadura de su oscuro centro, organizan redadas de luciérnagas, jalonean lo gris hacia lo negro y pastorean majadas de lobos. Nosotros quisimos estar en el mismo bando del amanecer, tramitando la permuta de cuervos por palomas. Pero las oscuridades no son privativas de quienes pilotean ventarrones de azabache, o de quienes, melómanos del trueno, lanzan a diestra y siniestra relámpagos de negrura. También en las huestes matutinas, donde, desertando de sus ojeras, se congregan los albañiles del ideal, y donde los luchadores pasan revista a todas las ocurrencias de la luz, hay no pocos individuos, disfrazados desde el cuerpo hasta el nombre, que adoran, en las aras de su misa negra, alguno de los seres mitológicos de la negrura. No es fácil dar con ellos ni hay brújulas que apunten a las peores vivencias de lo oscuro. Hablan todo el día de la alborada. Blanden el puño contra toda fatiga. Puntúan sus escritos con gotas de rocío. Fingen ser la parte radical del cataclismo. Y hablan de masacrar la noche entera.

La lucha contra nuestros enemigos es, entonces, difícil, complicadísima, vacilante. El adversario no sólo está ahí, al filo de las *doce de la noche*, sino incluso en la primera hora que negocian el día y nuestro insomnio.

Los amantes del alba nos hallamos apostados, pecho furia, en nuestras barricadas. Las amplias, las estrechas. Con un *afuera* lleno de enemigos. Y un *adentro* en parte enve-

nenado. Pero la noche se debilita, enferma de inmundicias; se le aflojan los músculos oscuros. Es incapaz de continuar con el cielo en la mano. Es una noche preñada ya de cuarteaduras. Una noche, para decirlo pronto, con los murciélagos contados.

El sol, en cambio, se encuentra en la sala de espera de su perpetuarse, en las vísperas de su cantar victoria con las flautas de pico y espolones de todo el universo y a unos segundos de inaugurar la historia de la especie. La justicia, por fin, se halla bajando su tren de aterrizaje.

Nosotros decidimos estar en el mismo bando de la aurora, en la conciencia de que hasta el mismo semen tiene color de madrugada.

**VERSIONES, CONVERSIONES
Y PERVERSIONES**

(1999)

LOS GEMELOS

La madre no había previsto un sufrimiento de tamaña intensidad y duración. Quedó exhausta. Corrió de un lado a otro en sus adentros para hallar algunos jirones de voluntad en lucha y la decisión inquebrantable de no ceder a la desesperación ante la posibilidad, a la hora de dar a luz a sus vástagos, de arrojar hacia la sombra su pobre cuerpo martirizado...Luchó ferozmente pero sus esfuerzos y según-dos estaban contados. Finalmente, en el mismo lecho hicieron su cita la muerte de la progenitora y el nacimiento de los involuntarios responsables de su muerte.

Los gemelos habían nacido con unos minutos largos de diferencia. No eran idénticos o simplemente versiones diversas del mismo código genético. Eran sosias, sí, mellizos traídos al mundo casi al mismo tiempo como Castor y Polux o Sieglinda y Siegmundo; pero también eran distintos, y la historia, la biografía, la existencia y sus itinerarios se encargarían de velar las peculiaridades de este par de individuos que nacieron al mismo tronar de dedos, tras de matar involuntariamente a su madre, y que, podemos adelantar, habrían de morir a idéntica hora.

Por tan común y corriente, la vida de los gemelos no vale la pena de ser contada. Ambos tuvieron una educación semejante. Su padre, vuelto a casar, les brindó oportunidades análogas de desarrollo y ellos cursaron carreras universitarias similares (abogado el uno, ingeniero el otro), se casaron con mujeres parecidas, fueron haciéndose pacientemente de similares prejuicios y

crearon familias comparables. Pero tenían el corazón y el cerebro dedicados a recitar diferente historia. Los dos pensaban y sentían profunda y voluptuosamente; pero sus opciones, sus apasionamientos, su mitología pertenecían, hay que decirlo, a diferente signo zodiacal y ocupaban un muy diverso territorio en la geografía de las concepciones del mundo: uno de los gemelos militaba en el ateísmo más extremista, mientras el otro se había ido definiendo gradualmente como un nuevo cruzado del cristianismo más belicoso. Los hermanos habían olvidado cómo se conversa, cómo se intercambian sueños, esperanzas, opiniones y porciones completas de los órganos internos. Los dos se hallaban permanentemente en pie de guerra. No platicaban, sino discutían. Cada uno quería ser el misionero o salvador del otro. Federico, el ateo, soñaba con reducir a la impotencia al iluso tras de feroz combate. El cristiano, Agustín, alucinaba con tornar al redil de la santa palabra al descarriado. Uno quería arrebatarse al otro las especiosas argumentaciones del incienso, mientras que el segundo hacía votos porque se llenaran de cuarteaduras y se vinieran abajo los silogismos del azufre. Ambos ocupaban diversas posiciones, corrían de un lado a otro, amueblaban de modo diferente sus trincheras, se desgañitaban en la ciencia del matiz o en la técnica del énfasis; pero nunca accedían, y ni siquiera intentaban aproximarse, a la zona de la conciliación de los contrarios, de la negociación metafísica, del acuerdo de los gladiadores. Y así se pasaron la vida entera hasta que —acompañado por el estruendo de toda la sección de percusiones— vino el accidente.

Habían subido al automóvil para salir a la carretera. El exceso de velocidad no fue el único culpable. También la mancha de aceite, la lluvia pertinaz y la falta de pericia del chofer, colaboraron a que el auto se saliera del camino, diera varias vueltas a campo traviesa hasta quedar volcado por completo y con las ruedas todavía en insistente rotación.

Los hermanos quedaron gravemente heridos. Se golpearon distintos sitios del cuerpo y, de manera más o menos semejante, se ubicaron a un tiempo al borde de la muerte. Tras de pasear su alarido por la ciudad entera, la ambulancia acabó por recogerlos.

Malheridos, inconscientes al principio, quejándose al unísono, atendidos por un puñado inquieto de médicos, auxiliados por una ciencia y una técnica empeñadas en retrasar lo más posible la cita inexorable con la agonía, logran intercambiar ideas. Pocas, pero emotivas. Balbucientes, pero exaltadas. Entusiasmo entrecortado, desde luego. Diálogo lentísimo las más de las veces, pero veloz, chisporroteante en segundos.

—Mi carnal —dijo Agustín— tengo un gusanito en el corazón.

—¿Un gu-sa-ni-to?

—Sí...eso... O, si prefieres, una pinche polilla... intrusa e indiscreta.

Federico lo vio de reojo:

—Ah, estás poetizando.

Este intercambio de palabras se llevó a cabo más o menos en media hora. Entre la frase “una pinche polilla... intrusa e indiscreta” y la siguiente: “Ah, estás poetizando” transcurrieron, por ejemplo, veintitrés minutos. Después hubo un silencio de un día. Cada hermano se dedicó de tiempo completo a sus dolores, molestias, zozobras. Así como los cuerpos, al sentirse enfermos, buscan los amorosos brazos de la cama, las almas malheridas tienden a confinarse en su cuerpo, a arrebujaarse en la propia epidermis, a tratar de acomodarse en un organismo que, sin puertas, sin ventanas, y por tanto sin el afuera, es un mundo encogido al tamaño de la envoltura que carga cada quien.

Pero Agustín reanudó la plática.

—Hermanito, tú y yo no nos acercamos a la recta final.

¿No? De veras...

Agustín guardó un silencio de diez minutos. Después continuó:

—Nos acercamos más bien al punto final de la recta final.

Federico pudo hacer a un lado los dolores y dijo:

—Y ¿cuál es tu duda, tu gu-sa-ni-to o polilla, ahora que te estás... que nos estamos... muriendo?

—Dudo que Dios exista. Todavía más... —Agustín no pudo terminar la frase por un acceso de tos que le ponía una vez y otra y otra zancadillas a su respiración.

Pasaron dos minutos. Tres como máximo. Federico, haciendo un esfuerzo sobrehumano, tomó ahora la palabra:

—Me asombra... Tú eres el mocho de la familia... Siempre has adorado a Cristo... Eres un hombre de fe... de convicciones... de seguridades...

Agustín se removió en el lecho.

—Dudo que exista. Ni modo. Aún más: ahora sé... que es una ilusión... O quizás...

Llegaron dos enfermeras. Una le puso el termómetro en la boca a Agustín e interrumpió la frase. La otra fue a revisar si el suero de Federico continuaba con el goteo adecuado. Ambas externaron la amabilidad postiza de las mujeres dedicadas desde hacía tiempo a estos menesteres.

Sobrevino la noche. El piso del hospital se llenó de sonidos ambiguos: respiraciones profundas, entrecortadas por ronquidos al borde del ahogo, quejidos ensartados en un

aliento inseguro pero persistente, alaridos disueltos en jadeos, estertores que empujaban y empujaban a lejanos cuerpos al precipicio.

Agustín tenía los ojos abiertos. Repartía su atención entre un dolor en la espalda que lo atacaba de vez en vez —con la intermitente terquedad de la punzada— y sus disquisiciones vaporosas y delirantes sobre la metafísica. En voz muy baja —más audible para Federico— musitó lenta pero firmemente:

—Mira qué revelación he tenido... Dios no puede existir... El dolor, éste que sientes tú, que siento yo, que sienten estos pobres pendejos que nos rodean... que sufren los niños enfermos... los locos, los heridos, toda la especie humana es incompatible con la existencia de Dios. La muerte, ésta que...

—¿Que qué? —carraspeó Federico.

—Que me está guiñando el ojo, y a ti también, es la prueba indiscutible... el argumento definitivo... la convicción inapelable... de que Dios es un sueño... un invento... un fraude. En las lágrimas del niño que sufre podemos leer la inexistencia de Dios.

El esfuerzo fue mayúsculo. La fatiga lo tomó en sus manos, le tapó los oídos, le clausuró los ojos y lo condujo a los linderos del sopor. Y así hasta la mañana siguiente. No fue un sueño reparador. Pero, no obstante, le permitió oír a Federico que, con gran debilitamiento, dejaba oír de su voz:

—Hermano, hermano tengo miedo. No quiero caerme... no... en el hoyo sin fondo de la nada. No quiero...

—Cálmate... por lo que más quieras... —musitó Agustín.

—Hermano. Tengo miedo. Me estoy agarrando a la cama...

—¿Por qué?

—Por temor a caer en el precipicio... A un precipicio infinito... Hermano, tengo pavor... No logro serenarme. No alcanzo tu mano... Me arrepiento de mi soberbia...

—Pero si tú eres ateo.

—No. Ya no. El hombre que sufre, como yo, como tú, como los demás necesita... Me siento reconfortado... Animoso... Ahora creo... Mira: frente a mí hay un Padre amoroso que me espera con los brazos abiertos.

Los gemelos murieron con unos minutos largos de diferencia. El ciclo de su vida se cerró casi de manera circular. La muerte próxima los redefinió como personas. La ley del trueque de contrarios reafirmó su monarquía: Agustín se convirtió en Federico y Federico en Agustín.

Dios y la nada cambiaron de sitio.

PEDRO ÁNGEL

Había nacido para ir al grano. Su patrimonio, incrementado sin cesar, encarnaba en su portentosa inteligencia y en su impresionante erudición y no en el vulgar tintineo de la cuenta bancaria. Bien pronto dejó de andarse por las ramas, puso a las apariencias del lado de los espejismos y tomó su mandolina para cantarle las endechas más seductoras a la esencia oculta en sus mil escondrijos o a la realidad que accede a danzar si y sólo si se cubre con siete velos. Llegó a la conclusión, entonces, de que había tropezado con la puerta, el ojo de la cerradura y el sitio privilegiado del espía que puede detectar las intimidades de lo verdadero, sorprenderlas en su privacidad más descarnada y, convertido en su cronista, hablar de ellas al mundo con la seguridad que da la experiencia y la buena documentación que proporciona saber en dónde, qué y cómo buscar.

No todos tenían el privilegio del conocimiento. No todos habían logrado el intercambio de quemazón de sus pestañas por sabiduría. Él se hallaba convencido de formar parte de los elegidos, de ser miembro de la orden “de la materia gris”, de tener el temple de escalar las más altas montañas para traer a los humanos el botín del cielo. Un hombre que había accedido a tantos y tan espectaculares tesoros, necesitaba, claro es, una cátedra.

Pedro soñaba con el examen de admisión y con la adquisición del nombramiento vitalicio que le permitiera hacer que sus discípulos examinaran con la atención debida, la memoria pertinente y la labor clasificatoria

insoslayable el reguero de piedras preciosas que, conquistadas en y por la piratería de sus desvelos, depositaría generoso en las manos de sus oyentes. El tema de sus enseñanzas no era fácil: se trataba de demostrarle a sus alumnos que el cielo estaba deshabitado, que la realidad era la fe de erratas de las Santas Escrituras, que los cuentos de hadas no pueden aspirar a formar parte de la historia de la filosofía, que él, que ellos, que todos, estaban dejados de la mano de Dios porque el Padre nuestro derrumbado de su pedestal y convertido en escombros no puede tener manos.

Aunque no le gustaba del todo la palabra, Pedro soñaba con tener un púlpito desde el cual pregonar el ateísmo. Quería hacerse de un micrófono para decirle a los hombres que la muerte no es una estación de paso o un punto y seguido, que el más allá no es sino el delirio pergeñado por el deseo, que el corazón, con las palpitations de sus últimos segundos, inexorablemente se transformará en el bajo continuo de su propio *réquiem*.

La fecha de su conferencia estaba próxima. Dentro de quince días —se imaginaba— él se hallaría en el estrado, con una pizarra como telón de fondo, una mesa llena de libros, un vaso colmado de agua para aclarar su voz y llevar la limpieza a los propios conceptos. Su disquisición iba a deslizarse en un doble plano: hablaría de por qué el cerebro pero también el corazón no pueden aceptar la idea de un Supremo Arquitecto que ha creado el mundo, ha gestado a los hombres y ha dado a luz, al mero tronido de sus dedos, el sentido general de todo lo que existe. Hablaría de eso y lo haría en una clave específica: la de lo irrefutable, la de lo incontrovertible, la del convencimiento.

No le cabía la menor duda. Él era el misionero de la nada. El profeta de la muerte sin resurrección de toda divinidad. Su palabra tenía que llegar a los humanos. Ya estuvo bien

de tanta ceguera, de tanta confusión, de sueños tan inútiles y de anhelos tan baladíes. Ya estuvo bien. Faltaban unos días, y Pedro se impacientaba al no poder precipitar las cosas o adivinar el modo de pisarle el acelerador al tiempo.

Dos días antes de la conferencia, y mientras hacía notas en un cuaderno y enlistaba los temas a tratar, sintió de repente la comezón en medio de la espalda. Le molestó a tal grado que hubo de levantarse y buscar un instrumento punzo cortante —tal vez un cortapapeles— para rascarse en ese lugar vedado para sus propias manos. Lo hizo y respiró serenamente por algún tiempo. Pero al cabo de algunas horas, la irritación se presentó de nuevo y lo hizo con la picante y dolorosa necesidad del prurito. Por más que se rascaba, se frotaba contra la pared, la sensación proseguía, insatisfecha, demandante. Pedro tomó una pastilla para dormir. Y esa fue la única manera de escapar a la extraña sensación que se le había apostado en la espalda.

Durmió durante algunas horas. Pero al fin volvió a la vigilia. Lo despertó no la disipación natural del sueño, sino la incomodidad de su cuerpo en la cama. Algo le había crecido detrás de él y en los hombros. Era como un bulto, un tumor o un cuerpo ajeno pero soldado a él. Se sintió turbado. Pensó en mil cosas y posibilidades, pero su mente se detuvo en la idea de un espejo. Corrió desesperadamente a su búsqueda. Lo halló en la sala de baño. Se quitó toda ropa y vio las alas.

Las palabras perplejidad, asombro, turbación se quedan cortas. Pedro sintió algo indefinible pero pesado y vigoroso que le golpeaba la cabeza y estuvo a punto de hacerle perder el sentido. Se tambaleó. Se le nubló la vista y la náusea ocupó todo el trayecto que va del estómago a la boca.

—¿Por qué me han brotado estas alas como de pajarraco o... de ángel?

En su cabeza había todo, con excepción de un lugar para la respuesta. Podía, no obstante, examinar unas hipótesis. Se animó un tanto al saber que él era propietario del método adecuado para hacerlo. “¡Física, cuídate de la metafísica!”, había dicho el clásico, y él, como continuador entusiasta de ese apotegma de oro, podía orientar sus pasos diciéndose: “Pedro, ahora ni nunca, haremos una concesión a lo sobrenatural”.

—¿Unas alas en la espalda? —insistió. Estos adminículos plúmeos propios de un querube ¿en los hombros de un ateo? No me dejaré llevar por la apariencia. Voy a atrincherarme en mi espíritu científico. Un individuo a quien el raciocinio devastador de la crítica y el mandato imperativo de la moral humana han convencido de que Dios no existe, sino que es obra de la compleja maquinaria de la ilusión, no puede aceptar de pronto, de modo acrítico y basado en la aparición de un enigmático apéndice en la espalda —semejante a los instrumentos de locomoción de los seres imaginarios— que ha habido un implante milagroso en su cuerpo. No puede aceptarlo.

Reflexionó un momento.

—Tal vez se trate de una mutación genética —musitó, siendo él mismo el destinatario de su observación. Quizás había algo en mi ADN...

No pudo continuar la frase porque advirtió que, de la misma manera que desde sus neuronas, dendritas y sinapsis podía enviar la orden de moverse a sus brazos, manos y dedos o a su vientre, sus piernas o sus pies, le era dable ordenar a sus alas moverse. ¡Con qué exactitud obedecían sus mandatos!

—A lo mejor hasta puedo volar —farfulló entre dientes.

Pero había algo más importante que hacer ahora: hallar unas hipótesis —que podrían demostrarse más tarde—

que explicaran razonablemente la aparición de la excrecencia y que impidiera que el espíritu místico, presto a alimentarse de cualquier indicio, por chapucero que fuera, de ruptura del orden natural, volara como buitre a alimentarse de la carroña de la apariencia.

—Tal vez en la espiral del ácido desoxirribonucleico, que es el acta de identidad de mi código genético, se mezcló un elemento exógeno que actuó como factor recesivo durante un sinnúmero de generaciones hasta irrumpir ahora con las ínfulas de lo maravilloso...

Llegó el día de la conferencia. Pedro tomó la decisión de velar sus protuberancias con una capa. Lo hizo con sumo cuidado para que nadie entre el numeroso auditorio llegara a sospechar que, bajo la prenda de vestir que lo recubría por entero, su cuerpo presentaba una enigmática deformación. El resultado de ello fue que el conferenciante asumió la inocultable apariencia de un jorobado. Cuando, llevando sus papeles bajo la axila, hizo su aparición en el auditorio, muchos se sorprendieron de que el conferenciante cargaba, dromedario erudito, una corcova gigantesca.

Pedro empezó a hablar. A pesar de lo profundamente que conocía el tema, inicialmente lo hizo con alguna vacilación y timidez. No obstante, poco a poco su voz fue adquiriendo mayor seguridad y sus citas, sus conceptos, sus argumentaciones se deslizaron con mayor agilidad, con envidiable virtuosismo, con sorprendente brillantez. Tras este cambio, libró un verdadero duelo a primera sangre con las pruebas de la existencia de Dios. El público no comulgaba con sus ideas. La primera parte de su alocución, cuando él todavía se encontraba cohibido, fue recibida con frialdad y hasta podría decirse con desagrado y reticencia. Pero cuando Pedro se serenó, halló el tono adecuado de su voz y dejó a un lado definitivamente el sonido medroso y balbuciente del principio, se adueñó de

golpe de la atención del público. Fue entonces cuando, para desgracia suya, fue ganado por la elocuencia. Empleó el tono elegíaco de la imprecación. Vinculó al hilo de su voz la maestría de los matices y elevó los brazos a la búsqueda del ademán convincente y la impresión inolvidable. La violencia del movimiento hizo que se le viniera abajo la capa, que él no pudiese detenerla y que se irguieran, amenazantes y portentosas, enigmáticas y subyugantes, las alas que habían anidado en sus hombros y su espalda.

El efecto de esta aparición fue indescriptible. Varias personas cayeron de rodillas y empezaron a gritar. Otras, con las lágrimas en los ojos, comenzaron a darse golpes de pecho. Algunos, echando mano de rosarios y camándulas, iniciaron interminables, oscilantes y rugientes rezos.

Pedro hizo esfuerzos sobrehumanos para detener estas muestras de fe y misticismo.

—No son algo sobrenatural —dijo, señalando sus alas. Se trata tal vez... de una mutación genética.

La gente no lo escuchaba, o si lo escuchaba, no lo entendía ni le preocupaba entenderlo.

—Quizás había algo en mi genotipo, en mi ADN— insistía... Quizás en la espiral del ácido desoxirribonucleico se mezcló un elemento exógeno...

El público se había puesto de pie, y miraba enternecido a Pedro:

—Nuestro conferenciante no es un jorobado.

—No es un ave.

—Es un ángel.

—Sí, es Pedro Ángel.

—O el ángel Pedro.

Pedro proseguía, desesperado:

—Un elemento exógeno que actuó como factor recesivo...

Varios individuos de la primera fila se acercaron a él y, con un inesperado golpe, le arrancaron unas plumas de sus alas y las apresaron en el cuenco de sus manos como si fueran reliquias. Esto hizo que Pedro Ángel, adolorido, suspendiera la plática. Volvió los ojos a los asistentes y advirtió cómo, ya levantados, se acercaban amenazantes a él. Caminó unos pasos atrás. Pero la gente avanzó y se puso a su lado. Afortunadamente a sus espaldas se hallaba la terraza contigua al auditorio y Pedro Ángel no tuvo dificultad en abrir la puerta y salir intempestivamente. La grey, feroz, rugiente, se le lanzó encima.

Pero entonces Pedro Ángel aleteó, aleteó desesperadamente hasta elevarse por el aire, con la convicción de que, batiendo sus alas, y llevándose su materialismo bajo el brazo, protegía con su huida lo mundano y científico, dejando a sus pies la turbamulta de fanáticos religiosos que no lo habían escuchado ni entendido. A punto de despertar, todavía alcanzó a imaginarse que volando conseguía por fin huir de la Casa de Salud donde se hallaba recluido.

CUERPO DE PALABRAS

Durante el ascenso de todos los peldaños de la escalera que es necesario salvar para llegar a mi departamento, venía distraído, pensando en no sé qué, rumiando esbozos de ideas, perfiles de conjeturas, recuerdos grises con tendencia al blanco; giré a mi derecha al llegar al pasillo, atravesé con lentitud y pereza los metros que me faltaban; llegué ante mi puerta y miré —con ese asombro indiferente que llamamos curiosidad— un letrero en que se podía leer: PINTOR. Yo, que soy, o pretendo ser poeta, pensé de momento haberme equivocado de lugar. Vi el número arriba del dintel: era el mío. Introduje la llave en la cerradura: no tuve dificultad. Accedí a mi hogar-dulce hogar con la certeza de que entraba en un recinto en que no había ningún menoscabo de identidad: la mesa, los cuadros o las sillas no habían aprovechado mi ausencia para cambiar de sitio; el cenicero mostraba como siempre las tres colillas que habían sido eternizadas por mi desidia; el polvo, prendido con sus uñas y dientes a los muebles, proseguía dándole un brochazo dorado a los enseres todos de la sala. Mi departamento seguía siendo el mismo. Pero supe de pronto que yo era PINTOR y no otra cosa. Mi pasado —el poeta que fui, o que quise ser— se perdió en alguno de los pliegues más espesos de la amnesia, y supe que era pintor, que siempre lo había sido y que no me quedaba más remedio que continuar siéndolo hasta los estertores que rubricarán mi existencia. Mis pensamientos eran ahora pensamientos de pintor. Me hallaba calibrando tal circunstancia, cuando sentí un fuerte golpeteo, con nudillos y palmas de la mano, en mi puerta.
—¿Quién es? —grité malhumorado

—¡Nosotras! —aullaron al unísono las voces.

Abrí la puerta. Y aparecieron frente a mí cinco mujeres guapas, provocativas, con el atuendo, el guiño en los ojos y los ademanes de la insinuación. Mi casa semejaba haber sido invadida por las finalistas de un concurso de belleza o, si se prefiere, por la competencia sin cuartel de cinco marcas agresivas de perfume.

—Venimos —dijo una de ellas— por su anuncio en el periódico.

Saqué de no sé dónde el recuerdo. Había mandado publicar en un diario el aviso de que necesitaba una modelo para pintar un desnudo. No recuerdo los términos exactos de mi nota en el periódico. Pero más o menos decía o debía decir: Pintor requiere modelo para pintar desnudo. Buena paga. Presentarse a tal lugar y a tal hora.

Recordé de repente todo con precisión. Se me había metido entre ceja y ceja la idea de pintar una nueva *maja desnuda*. Cuando, siendo estudiante de pintura, admiraba las dos majas de Goya —la vestida y la desnuda— sentí siempre que, si se compara la una con la otra, la desvestida no lo estaba suficientemente. Mostraba su espléndido cuerpo, sí, pero no insinuaba los rumores de lo interno, los jeroglíficos de la afectividad, las confidencias de la entraña. Así como Goya había despojado de ropas a la maja vestida, yo tenía la pretensión singular de quitarle velos a la maja desnuda del pintor español. ¡Nada menos!

Las cinco aspirantes a modelo se hallaban frente a mí. Cada una buscaba en mis ojos la preferencia sin titubeos. Las dos de la izquierda, se levantaron la falda y me mostraron los tobillos, las rodillas y los muslos de unas piernas gráciles, atractivas y bien formadas —morenas las unas y blancas las otras. No me impresionaron. Abrí la puerta y les hice a sus poseedoras el ademán autoritario de que abandonaran la estancia. Las dos de la derecha se

quitaron la blusa, el fondo y el portabustos y me dejaron ver la cálida turgencia y la marea excitante de sus senos —instalados en diferente matiz de la blancura. Me dejaron frío. Torné a abrir la puerta y repetí el gesto de unos segundos antes.

La de en medio no hizo el menor intento de despojarse de nada. Segura de sí misma me inquirió:

—¿La maja desnuda, no?

—Sí, ese es mi propósito —concedí. Estoy esperando que me enseñes...

Avanzó resueltamente a mi lado.

—Deseo más que nada en el mundo que me pintes desnuda.

—Entonces déjame verte.

Me paró en seco.

—No tengo la menor intención de quitarme la ropa. Pero voy a hacerte una proposición.

Sin esperar mi respuesta, añadió:

—La forma en que deseo que me pintes desnuda es así: yo, tu maja, me voy a acostar en ese diván que se halla frente al lienzo. Me recuesto en él. Tú, paleta en mano, te diriges al caballete. Yo empiezo a hablar y hablar y tú inicias el trabajo del pincel. Yo te digo cómo son mis piernas, mis rodillas, mi vientre, mi cuerpo entero y tú, guiado por mis palabras, me vas pintando. Si lo hacemos así, no serás tú quien me pague... sino al revés.

Fue un reto y acepté. El retrato de Ana no lo hice de golpe. Fueron necesarias varias sesiones. Algunas muy productivas porque ella hablaba y yo no dejaba reposar al

pincel. Pero otras tropezaban con el *cartujo* silencio de ella o con mi desidia —o torpeza para trabajar. No obstante las dificultades, un cierto desnudo fue naciendo poco a poco, como Venus del mar, de los estratos semovientes de la tela.

Pero algo estaba resultando mal. O ella deshollinaba torpemente su chimenea con palabras medrosas, cautas y defensivas, o yo, por más búsquedas que hacía, no lograba descubrir su verdadero cuerpo en el interior de la tela. El caso es que mis pinceladas gradualmente fueron redondeando un desnudo sí, pero convencional, insulso y amanerado como si en mí resucitara el pintor primerizo y académico hipnotizado por su inicial modelo.

Un día ocurrió, no obstante, algo que no puedo dejar en el tintero, como diría un escritor decimonónico: la mujer hablaba y hablaba; pero bien pronto me di cuenta, como otras veces, que tal locuacidad fosforescente no era sino una manera en que Ana escondía con locuciones opacas lo que deseaba y no deseaba decir. Yo ya me había percatado de la maestría con que ella tendía a dibujar círculos viciosos que flotaban de común en el aire. Y me estaba desesperando porque su parlanchina faena de enmascararse repercutía en mi pincel, dada la imbricación de mi mano y sus palabras. Así estaban las cosas, cuando, entre las muchas voces que salían de su boca, se oyó de pronto un gruñido. Ana fue la primera en asombrarse. No se trataba de un carraspeo o una tos producida por el humo de mi cigarrillo. No se estaba aclarando la garganta, ni se trataba de una momentánea disfunción de la tráquea. Nada de eso. Era un gruñido. Y lo más asombroso de ello es que sentí, si se me deja expresarme de ese modo, un cosquilleo inspirado en mi pincel que me hizo rectificar una de las líneas que dibujaban el vientre...

Ella, como en éxtasis, empezó entonces a narrarme:

—Hace tiempo, me creía una mujer normal, con una sangre común. Y, desde luego, corriente. Mi forma de hablar, escuchar, rechazar y desear el amor cabía dentro de la media...

—¿Dentro de qué? —preguntó mi estulticia.

—Dentro de la media que somete a raya a los extremos y le rinde culto a la equidistancia.

Ella me vio un momento y, tras de apreciar la atención desorbitada de mis ojos y mis oídos, prosiguió:

—Pero ahora algo ocurre en mí cuando anochece y se quedan azorados mis instintos contemplando el plenilunio...

—¿Te impresiona la luna llena? —logré preguntar.

—Hay entonces una voz —¿la del deseo?— que muge y muge en mis recintos —me respondió.

Mi mano se movió con destreza en el lienzo y arrojó un manchón oscuro en su pubis. Antes había pintado la Y infantil, inocente, purísima, que carga toda mujer en la entrepierna. Pero ahora con mi trazo emborroneé la candidez y puse a rugir a un cuerpo.

Ana me habló de cuando niña. Me leyó las páginas más escabrosas pero al mismo tiempo ingenuas de su diario. Me contó de los cambios de su organismo cuando sus senos empezaron a erguirse como campos sembrados de erotismo, cuando el vello del pubis nació como un islote aún pequeño de animalidad, rumiando avergonzado sus pocos centímetros, y cuando se vio en la necesidad de pagar puntualmente una púrpura mensualidad para poder seguir habitando una vivienda cada vez más redondeada, provocativa y voluptuosa. Mis oídos, mis manos, mi pincel no daban crédito a lo que escuchaban. El desnudo ya no era el fin deliberado de mi quehacer creativo, sino la

materia prima de mi elaboración. ¿Por qué pinté una mata rizada de cabellos ensortijados entre sus pechos? ¿Por qué sombree sus piernas con un *puntillismo* metódico y detallista? ¿Por qué mi pincel se lanzó a la cacería de un hocico que adiviné en su boca como relampagueo de una visión que aparece y desaparece?

Mi obra fue ganando en precisión, colorido, singularidad. Pero ya no me hallaba reproduciendo a una mujer. En mi faena de desnudar a la maja desnuda, la fui revistiendo, llenando de pelambre, arrojándola al pozo de sí misma. Mis ojos me habían guiado para reflejar la silueta que se hallaba retorciéndose en el diván. Pero mis oídos, atentos a los aullidos que en el peñasco de su esqueleto elevaba la loba, me habían permitido ir a la mujer verdadera, a sus jadeos, a su pasión en celo.

—Durante el día —siseó de pronto— puedo llamarme Estela, Guadalupe, Catalina o Inocencia. Al salir de mi casa, tomo de la percha mi nombre y me lo pongo como siempre; pero en la noche, a la luna en punto, me llamo siempre loba, y no puedo conservar mi humanidad ni con un chisporroteo de silogismos ni con un griterío de neuronas.

Quise volver a la tela. Pero ella continuó:

—Mi metamorfosis comienza con un aumento del olfato: puedo oler las flores del más allá, si es que existen. Los geranios increados. La pista inexistente del crimen perfecto. Luego vivo refinamientos de la vista: miro al través de la trama y descifro las señales de humo de la esencia en los entresijos de lo aparente. Después queda de par en par abierta la jaula de mi cuerpo...

Fue entonces cuando caí en cuenta de la atracción que Ana ejercía sobre mí. Mi ética de pintor —el artista nunca, por ningún motivo, puede aprovecharse de su modelo—, enflaqueció de pronto, chocó con las paredes de mi cráneo,

dio tumbos por el cuarto y buscó su lugar en el cesto de basura. Veía a Ana en el diván y en la tela, miraba el aquí y el allá, lo visible y lo invisible, la mujer y sus órganos internos, y me sentía fuera de mí, asediado por el deseo, con todos mis instintos al garete.

Ana, mi loba, volvió a rugir. Había trascendido ya las palabras. Yo hice a un lado el pincel, y mostré la intención de aproximarme a ella, cuando mi modelo, con una rapidez vertiginosa e inesperada, se levantó del diván, tomó del caballete la pintura y se la puso bajo la axila, dejó caer unos billetes en el piso y salió de la estancia dando un portazo.

Me quedé clavado por la estupefacción y sin saber qué hacer. Ciertamente me repuse a los pocos minutos o segundos. Y me lancé a su persecución. Pero ella bajó las escaleras con una rapidez inimaginable, tomó el automóvil que había dejado al pie del edificio y desapareció para siempre. Yo me quedé apabullado a mitad de la calle viendo cómo un auto se pasaba un alto para precipitarse aún más en su acción de desaparecer de mi vida.

Durante el ascenso de todos los peldaños que es necesario salvar para llegar a mi departamento, volví distraído, pensando en sí sé qué: meditando en la huida de mi loba... Giré a la derecha al llegar al pasillo, atravesé con lentitud y pereza los metros que me faltaban; llegué ante mi puerta y miré con curiosidad colgado en ella un letrero en que se podía leer POETA. Vi el número arriba del dintel: era el mío. Introduje la llave en la cerradura: no tuve dificultad.

UNA AVENTURA

Los Casarín-Hernández no tardaron mucho en caer en cuenta de que el matrimonio es la maquinaria ideal para transmutar el amor en rutina. Se trata de algo así como un molino especializado en la implacable y cruel molienda del entusiasmo, la magia y el misterio hasta triturarlos y volverlos el polvo irrespirable de la costumbre, la repetición mecánica de ademanes y actitudes y, confesadamente o no, un hábito remendado de bostezos. La rutina parece ser la diabólica realización de un programa de robots; pero se aviene perfectamente con personas que, cercenadas del enamoramiento y la poesía, se dedican a los placeres del menor esfuerzo y a las delicias de la falta de imaginación.

Alonso y Dalia se despertaban al mismo tiempo. Después de desperezarse, se dirigían a su respectivo baño a darse un regaderazo, secarse, vestirse, peinarse y cepillarse los dientes. Las ceremonias del desayuno, la comida y la cena eran siempre igual: los alimentos, desplegados en la mesa por la sirvienta, recibían pronto el aderezo, sin especias ni sal, de la insípida conversación dada a luz con lugares comunes, silencios pesados, difíciles de remover, y resoplidos familiares. Y así, de común, todos los días. Continuaban haciendo el amor, pero como una actividad cada vez menos placentera, aunque obligatoria, para conservar la ilusión de que el suyo proseguía siendo un matrimonio y que entre ellos no pasaba nada, sino tiempo.

El ocho de enero Laura, hermana de Dalia, invitó a los Casarín-Hernández a su cumpleaños en el palacete que ella

y su marido tenían cerca de Ixtlahuaca. Hubo mucha gente, alguna alegría, un reguero de chistes desangelados y exceso de alcohol. Ni Alonso ni Dalia eran dados a empinar el codo; pero en ese miércoles en la noche y en ese jueves en la madrugada, ambos se pusieron hasta el gorro y complacidos de las bondades de la líquida escalerita por la que el ron o el vodka se les subían a la cabeza, fueron los últimos en despedirse, prender el motor de su automóvil y tomar la carretera de vuelta al Defe. El coche fue devorando rápidamente kilómetros y kilómetros de pavimento. Pero de pronto, Alonso divisó que una hilera de piedras había sido colocada por quién sabe quién para interrumpir el paso. En ese momento la embriaguez se le cortó de golpe. Dalia no tomó las cosas tan trágicamente. Y hasta con cierto alborozo dijo:

—Ojalá que se trate de una aventura.

Alonso dirigió un relámpago de disgusto a su compañera. Detuvo el automóvil. Vio a un lado y al otro. Empezó a buscar en la guantera el viejo revólver. Prendió de nuevo el motor y metió reversa. Tornó a detenerse, y explicó a Dalia:

—Mientras echo la luz de los faros a las piedras, ve a hacerlas a un lado. Yo desde aquí vigilo y si alguien se acerca a ti le arrojó encima el coche. Y siguió hurgando en la cajuela. Cuando ella abrió la portezuela del Ford, aparecieron los tres hombres: el “Oso”, el “Palillo” y el “Mazorcas”.

El “Mazorcas” agarró e inmovilizó a Dalia. El “Oso” abrió la otra portezuela y sacó a empellones a Alonso. El “Palillo”, que había sorprendido los ademanes de Alonso en la guantera, subió al coche, hurgó en ésta, y sacó triunfante la pistola. Después puso a andar el automóvil y lo escondió entre los matorrales.

Ahora los tres estaban armados: el “Oso” con una navaja, el “Mazorcas” con una escopeta y el “Palillo” con el revólver de Alonso. El “Palillo”, que lideraba la gavilla, habló entonces:

—Caifás, *may friends*, con todo lo de valor que traigan.

Los esculcaron. Los revisaron de arriba abajo. Y también al coche. El botín fue en extremo raquítico. Nada de verdadero valor: dos relojes baratos, tres plumas viejas, una cartera con doscientos pesos de él y una bolsa con ciento treinta de ella. Y párese de contar.

—Carajo, este trabajito no nos sacará de pobres ni nos alegrará la semana —dijo el “Mazorcas”, poniendo su desagradable risa en medio de todos. Y algo parecido a la consternación se adueñó de los asaltantes.

El “Palillo” se repuso pronto y se dedicó a ver a Dalia con la actitud de un comerciante que evalúa una mercancía que va a revender.

—Se me está ocurriendo algo —dijo a sus cómplices. Llevemos a nuestras palomitas al jacal y ahí les explico todano.

El “Oso” se puso detrás de Dalia y con empujones la hizo caminar. Otro tanto hizo el “Mazorcas” con Alonso. La lúgubre comitiva caminó durante quince minutos, tiempo empleado también por el matrimonio Casarín para hacerse de una idea, aunque vaga, de los delincuentes. El “Oso” era un hombrón de dos metros de alto, fornido a decir basta, con un rostro de rasgos mongoloides que gritaban la presencia del retraso mental. Hablaba con monosílabos y obedecía sin chistar a sus compañeros. Tenía al “Palillo” como su padre, hermano mayor, Dios —escójase lo que se quiera. Pero no dejaba de oír y atender los deseos del otro. El “Mazorcas” era alto, de buen cuerpo, con ojos grandes sombreados por unas ojeras fuera de serie. Tenía un

exceso de dientes, que los labios gruesos a duras penas lograban esconder. Inquieto como el que más se movía de un lado a otro con un cierto amaneramiento disfrazado a duras penas con los ademanes cortantes y definidos del varón seguro de su género. El “Palillo” era chaparro. De rostro feo, pero no desagradable. Ojos brillantes e inteligentes. Asumía de modo espontáneo y sin vacilar el bastón de mando.

Una vez que llegaron al jacal —la casucha del “Oso”— el “Palillo” ordenó a sus compas que amarraran a sendas sillas a los “palomos” —como les llamaba. Y que les pusieran un pañuelo en la boca para ensordinar sus quejas.

—Queríamos hacer un robo —o perpetrarlo como dicen los periódicos— y sacar una buena billetiza. Pero ni modinski, *may broders*—dijo el “Palillo” poniendo cara de intelectual.

Guardó un momento de silencio, y luego añadió:

—Véngase acá mi “Oso”.

El “Oso” se aproximó a él.

—Dácame la palma de tu mano.

El “Oso” obedeció.

El “Palillo” depositó ahí los doscientos más ciento treinta igual a trescientos treinta pesos de la fechoría.

—Son tuyos.

El “Oso” dio los brincos que dan las almas inocentes cuando se sienten en la gloria.

—Saca el aguardiente y sírveles a nuestros distinguidos huéspedes. Sé generoso. Órale.

Los Casarín, amordazados, emitieron unos gritos guturales que, traducidos al idioma humano, querían decir:

—Desamárrenos, quítenos las mordazas, no queremos beber, déjenos en paz por lo que más quieran.

Este lenguaje de mudos —de mudos histéricos y profundamente espantados— fue interpretado a pies juntillas por el “Palillo”, quien mandó al “Oso”:

—Quítales a nuestros invitados las mordazas.

Dalia aprovechó el momento para gritar, pedir auxilio, distribuir leperadas con dedicatoria entre sus captores. Alonso creyó llegada la oportunidad de razonar, entrar en negociaciones, apelar a la moral, al catolicismo y al culto de la virgencita del Tepeyac de los malhechores. Nada de ello conmovió al trío de asaltantes.

El “Palillo” argumentó:

—Puesto que no traen la pachocha necesaria pa’ llenar la caja fuerte del jacal —y señaló el cajón de la mesa— con un rollín de billetes, cambiemos nuestro empeño: hay que medirles el aceite.

El “Palillo” se rió feliz de su puntada. El “Mazorcas”, nervioso, inquisitivo, soltó también la carcajada. Y el “Oso”, al ver a sus amigos en plena hilaridad, empezó a reír y reír hasta que se le salieron las lágrimas y unas manchas rojizas en los cachetes.

El “Oso” hacía beber aguardiente a los Casarín por la fuerza. A su pesar, ambos volvieron a estar alcoholizados y, si no eufóricos, sí avispados y enardecidos.

—A esta palomita la quiero en mi palomar —dijo al “Oso” el “Palillo”. Desamárrala, llévamela al catre y ayúdame a desvestirla.

Dicho y hecho. Nada valieron los gritos de ella, los ruegos y amenazas de su marido o los escrúpulos agazapados en no sé qué recoveco del alma del gigantón imbécil.

La orden del “Palillo” fue terminante y cumplida sin dilación por el “Oso”. Dalia fue desatada y llevada a rastras al jergón. El “Palillo” se acercó a ella. Hizo el ademán de quitarle el saco del traje de sastre que cargaba la fémica; pero fue sorprendido por la rápida y desesperada conversión de ella en una furia, de aquellas de la mitología, que alzó la mano convertida en zarpa y logró consolidar en el rostro del agresor un arañazo limpio, impreso a todo color y en donde refulgía, temblorosas aún, un sinnúmero de gotitas de sangre. El “Palillo”, a pesar de su encabronamiento, meditó en la situación, se supo incapaz de doblegar físicamente a la briosa mujer y pidió ayuda al “Oso”.

—Apáñamela —dijo—, desnúdame y déjame inmóvil.

No sin algún forcejeo por parte de ella, la labor del “Oso” fue concluida. Tras de ser despojada de las medias, más bien arrancadas, Dalia conservó sólo las pantaletas y el brassier. Alonso, frente al cual ocurría todo, de nuevo rogó, pataleó, gritó, amagó.

Pero nadie lo oía. En el catre se hallaba la mujer inquieta, estupefacta y en pie de lucha; pero rodeada por los brazos de hierro del “Oso” y a la espera de lo peor. El “Palillo” se desvistió sin prisas y sin olvidarse de doblar cuidadosamente cada una de las piezas de su ropa interior sobre la silla, como se lo había enseñado desde pequeño su madrecita santa que en paz descansa. Se acercó a la mujer y le dio un largo, convulsivo beso. Dalia estaba no sólo furiosa, sino llena de miedo. Las manos de él, mientras tanto, habían corrido a aposentarse en los senos. Ella trató inútilmente de retirar las voraces manos del “Palillo” y de evitar que le quitara el portabustos; pero intervino el “Oso” y la mujer se quedó plenamente desnuda de la

cintura para arriba. A una seña del “Palillo”, y mientras él besaba los ojos, la boca y los pezones de la víctima, el “Oso” despojó a Dalia de las bragas y se retiró unos centímetros para que el cuerpo desnudo de su amigo tomara su lugar sobre el encuerado cuerpo de la mujer. Ella pensó entonces sólo en una cosa: en la muerte. Sentía no que el hombre que tenía encima le iba a hacer el amor, sino que la iba a pasar a cuchillo. Cerró los ojos y sintió, sí, una cuchillada. Pero no de las que, frías e hirientes, esperaba, sino de las otras... Y luego advirtió —no pudo dejar de hacerlo— un frotamiento suavcito. Se sintió besada, acariciada y penetrada. El violador seguía haciendo tranquila, minuciosa, apasionadamente su trabajo. Ante un descuido de él, ella logró zafarse; pero el “Oso” la ciñó otra vez con sus manazas y ella sintió que de nuevo el “Palillo” la prensaba contra su cuerpo. Pero ahora la obligó a cambiar de postura: él se puso abajo, colocó el cuerpo de ella sobre el de él, y tornaron los besos, las caricias y la penetración. Alonso no quería ver nada. Volvía la cara a un lado o al otro. Sin embargo, cuando oyó jadeos que provenían no sólo del violador sino de Dalia, volvió la vista y cayó en cuenta de que su mujer estaba excitada: sus ojos, su aliento y sus manos, que ya no rechazaban sino acariciaban, así lo decían. Era evidente, aunque no lo quería ni lo podía creer: ella estaba excitada y estaba participando y estaba... Dalia probablemente se hallaba pensando lo mismo. Ya no temo a la muerte —se decía. No creo que este hombre me quiera lastimar. Más bien siento rico. Ojalá que no haga sufrir a Alonso. En el momento en que pensó tal, volvió los ojos hacia su esposo y descubrió la mirada de él. Ambos se vieron, o vieron que se veían, y supieron lo que pasaba en la mente del otro. Dalia cerró los ojos...Y tornó a su placer. Sí, era eso, placer, y placer en grande, como nunca lo había sentido. El “Palillo” vislumbró que había llegado el momento: y se precipitó galopando en busca de la culminación. Ella se aferró a ese potro galopante, supo que todo en ella estaba abierto —no sólo las piernas— y sintió, al mismo tiempo

que él, que ambos accedían, electrizados por el gozo, al peñasco supremo del placer.

El “Palillo”, fatigado, se levantó. Dijo a su víctima:

—Vístete.

Y mientras ella recogía su ropa y empezaba a vestirse, él fue a prepararse una taza de café.

Se hizo un silencio.

El “Mazorcas” dijo entonces:

—Llegó mi hora. “Oso” ven acá y ayúdame.

Alonso vio desesperadamente a su mujer. Pensó: ahora la va a desmadrar el otro cabrón. Pero sintió un vuelco vertiginoso en la cabeza cuando, con una voz como la del “Palillo”, escuchó de labios del “Mazorcas”:

—Apáñamelo, desnúdame y déjame inmóvil.

El “Oso” acató la orden. Desató a Alonso. Lo arrimó al catre y empezó a desvestirlo. Alonso, como antes su mujer, luchó a brazo partido. Si cabe, lo hizo con más furor que ella. Pero la fuerza del mastodonte idiota era mayúscula y los músculos de Casarín eran pececillos al lado de los “tiburones de fuerza” que tenía la maquinaria del “Oso”. Dalia no daba crédito a sus ojos. Hace un instante, no hubiera creído que algo la sacara de la imborrable sensación que la embelesaba y la tenía aturdida. Pero ahora, al ver a su marido prensado materialmente por el “Oso”, y a punto de ser vejado, volvió a quejarse, a gritonear, a mostrarse nuevamente furiosa. El “Palillo” se acercó a ella, le dio una palmada en la mejilla, la besó en los labios y la amarró de nueva cuenta.

Desnudo en el catre, Alonso daba sus últimos forcejeos. Pero los brazos del idiota creaban las condiciones

indispensables para que el “Mazorcas” hiciera de las suyas. El homosexual se sentó junto a Alonso. Le revolvió con un dedo la mata ensortijada del vello negruzco que tenía en el pecho. Lo miró desde sus ojos y sus ojeras para advertir el efecto que ello le había producido. Alonso estaba fuera de sí. Se revolcaba inútilmente en el camastro. El “Mazorcas” acarició los hombros, las caderas y las piernas de su esclavo.

—Levántate —le exigió.

Alonso no hizo caso.

El “Palillo”, que contemplaba extasiado y divertido la escena, le murmuró:

—¿Ya se te olvidó el “Oso”?

Entonces, el “Mazorcas” le jaló la manga al idiota, y éste obligó a levantarse a Alonso, quien sólo conservaba de ropa los calcetines. Una vez que, apretado por el “Oso”, el “Mazorcas” tuvo a Alonso frente a sí, volvió a la carga con su dedo: le acarició el vientre, le hizo pequeños torbellinos en el vello del pubis y con la mano completa se agarró de la masculinidad del esposo de Dalia.

—¿Qué sientes, papacito?

Alonso se retorció y miró con indecible odio a su enemigo; pero no pudo ocultar que aquello que traía entre manos el maricón, de blanduzco e insignificante se había mutado en duro y ofensivo. El ojeroso se rio de buena gana, abrió la mano y exclamó a todos:

—Miren lo que he agarrado.

El único que celebró la puntada fue el “Palillo”. El “Oso” estaba distraído en cumplir su faena de inmovilización y Dalia se hallaba arrojada al asombro.

Después de manipular un poco la rubicunda presa que tenía en la mano, el “Mazorcas” acercó su boca henchida de dientes a la boca de Alonso. Fue entonces que percibió la mueca de asco en el rostro de su víctima.

—Jálate más chupe pa'cá—le dijo al “Palillo”.

—Retenlo bien —gruñó al “Oso”.

A continuación, le hizo beber otro medio vaso de alcohol al marido, e inmediatamente después, sin decir agua va, plantó su boca en la de Casarín. Lo besó, le lamió la lengua, le absorbió los restos de alcohol que se hallaban en su cavidad bucal y se derramaban por la barba y el cuello.

—Oblígalo a agacharse —mandó al “Oso”.

Agachado, Alonso, pudiendo ver a su esposa, no lo hizo. Se concentró en el odio, la desesperación y un extraño sentimiento de placer que, oprimido y reprimido, no lograba salir a flote, y que lo dejó pensativo, aunque fuera de sí y a punto de desvanecerse.

La manera de desvestirse del puñal fue muy otra a la del “Palillo”: arrojó sus prendas de vestir a diestra y siniestra. Se desnudó en un santiamén y se colocó a espaldas del hombre. Le acarició la espalda, las nalgas, acercó todas sus urgencias al trasero de su víctima, y lenta, pero seguramente, con suavidad pero sin retrocesos lo penetró por completo. Descansó un rato. Pero permaneció en el terreno conquistado. Casarín se sentía adolorido y carente ya de ánimos para protestar. El homosexual evaluó bien la situación y supo que ése era el momento de empeñarse. El frotamiento duró varios minutos, durante los cuales Alonso se olvidó de su yo, de sus principios, de su vida; no sintió otra cosa que placer, placer puro, placer sin yo. Advirtió de pronto que el “Mazorcas” se detenía, y no pudo impedir que se le escaparan las palabras:

—Sigue, sigue. No pares.

Las dijo. Dalia las oyó y él supo que ella las había oído. Pero de nuevo lo arrebató el torbellino, hasta que, con grandes y voluptuosos jadeos, ambos sujetos sacaron fuera de sí lo que, retenido durante el acto, buscó salida: el “Mazorcas” se derramó en el marido y el marido humedeció el suelo de modo espectacular.

Al poco rato, la gavilla erótica dejó en su auto a los Casarín-Hernández.

—Adiós, mi puta —gritó el “Palillo”.

—Adiós, mi puto —lo secundó el “Mazorcas”.

El “Oso” se puso, feliz, a contar su dinero.

A partir de ese momento, la rutina jamás volvió a reinar en el matrimonio de Alonso Casarín y de Dalia Hernández.

EL SILENCIO

Ana quedó aturdida y también podríamos decir anestesiada con el atropellamiento de Jorge. Todavía quince días después del sepelio no salía, no podía salir, de ese estado de ánimo. Pero al llegar ese día, o quizás un poco antes o un poco después, se disipó en su cabeza y en su corazón el aturdimiento y sintió en carne viva el soplo hiriente de la ausencia definitiva. El olor de su pareja no se había disipado aún en la recámara, en sus playeras, en la ropa interior o en la atmósfera particular del restaurante. Su ausencia estaba en todas partes como espolvoreada. Entonces empezó a brotarle a la todavía joven viuda algo que la empezó a mortificar, o si se quiere, incomodar profundamente y que ella no pudo menos de reconocer sobre todo en las noches cuando se le humedecía la frente y su cuerpo se revolvía inquieto y sin hallar reposo en las sábanas. Se trataba del deseo, de un escozor ahora secamente insatisfecho y sin posibilidades visibles de extinción.

Jorge era el segundo hombre en la vida de Ana. Su relación había sido intensa, apasionada y por qué ocultarlo francamente voluptuosa, pero breve si acaso tres años interrumpida por un accidente tan inesperado, injusto, irracional. Antes de Jorge sólo había existido el idiota y desobligado de Martín que allá en el Puerto después de casarse con ella por la iglesia y por lo civil la dejó embarazada de Lidia y la abandonó al poco tiempo. Después de muchos años y cuando su hija tenía diez o a lo mejor once apareció Jorge y se arrojó con él y Jorge la hizo feliz y ahora con su muerte desgraciada. De Martín

no volvió a tener noticias de confiar aunque las malas lenguas le dijeron que se fue con otra y que después de llenarla de hijos se había enfermado del corazón y también había fallecido pero tal no lo sabía con certeza y además ni ahora ni antes le importaba un bledo.

Lidia había estado enamorada de Jorge mas eso no lo supo ni Jorge, ni Ana y a lo mejor ni ella misma o a veces sí lo sabía y a veces se lo ocultaba y no lo quería reconocer. Por eso la muerte de sí se quiere llamar así su padrastro fue también muy dolorosa para la chica de catorce años. Pero más que nada lo que la afligía era el dolor medio silencioso y sollozante pero no acallado totalmente de su mamá. Las dos mujeres, madre e hija, dormían en cuartos diferentes y ahí daban rienda suelta a su dolor y a su certeza de que no había modo de reparar el daño y que el sufrimiento era un huésped o mejor un intruso del que no podían deshacerse. Lidia le dijo a su madre que ya no durmieran separadas que mejor juntas para consolarse y no estar pensando siempre en lo mismo.

A la madre le empezó a darle por la bebida. Atendía sí y con mucho cuidado y esmero o dedicación el negocio de los mariscos, pero antes de cerrar el changarro se echaba entre pecho y espalda sus alcoholes y en ello hallaba una manera de olvidarse de su desgracia pero también de recordar las exigencias, excitaciones o gimoteos de su cuerpo adoctrinado por Jorge en las artes si es que queremos llamarles así de la concupiscencia.

Lidia se acostaba, más bien la obligaban a acostarse a las diez o a las once máximo de la noche. Y Ana llegaba a la cama una hora o dos después. Ana subía a su cuarto medio avispada y eufórica mientras su hija se hallaba ya o así lo creía o a veces sí y a veces no dormida plenamente. Hay que decir aquí que la calor en el puerto era fuerte y por tanto Lidia se acostaba desnuda las más de las veces. Cuando llegaba al cuarto la mamá veía siempre a su hija

dormida como un bendito o una bendita y desnuda en posición fetal.

Un día llegó con más copas que otras veces y también con más tristeza y más inquietudes que de común. Se metió a la cama sin apagar la luz y al separar las sábanas vio a su hija desnuda de espaldas a ella mostrando su cuerpo moreno claro, sus hermosos hombros, su espalda tersa y sus caderas de suave y graciosa curvatura o tal vez sea mejor decir de plano excitantes y atractivas.

Ana continuaba siendo requerida por otros hombres pero ella se había vuelto tímida o quién sabe qué en su trato con ellos o posiblemente el recuerdo de Jorge se interponía entre ellos y su naturaleza de mujer. Se preguntaba muchas veces por qué no respondía a sus demandas, pero no tenía una respuesta clara y aunque sus deseos femeninos estaban lejos de acallarse, la idea de sustituir al hombre de su vida por otro no le pasaba por ningún recoveco de su cabeza.

Ese día al que me refiero se quedó viendo la espalda y las cálidas redondeces que su hija lucía debajo. Las vio con cariño maternal y abrazó el deseo de acariciarlas o darles unas palmadas como tantas veces lo había hecho cuando Lidia era niña. Pero ahora al poner sus manos en aquéllas, sintió algo inexplicable pero hermoso, prohibido pero inocente que no encajaba en lo puramente filial que había supuesto, sino que se alineaba más bien dentro de la sensualidad y el goce. Lidia se despertó al sentir la caricia. Iba a decir algo cuando apreció que el tacto tecleado se repetía. Iba a decir algo pero no dijo nada y no dijo nada por el temor de que la magia del placer se interrumpiera. Más bien cerró los ojos y esperó —con una de esas esperas que hacen votos de repetición— que la caricia continuara. Pero la madre se detuvo. Se quedó quieta y silenciosa y poco a poco dejó oír la respiración profunda que denuncia el acceso del organismo al primer sueño.

Dos o tres días se repitió o pareció repetirse la escena: Ana tomó nuevamente en exceso. Dejó a sus espaldas a las meseras dedicadas a la limpieza del negocio, y subió, animada y con el paso vacilante, hacia la alcoba. Volvió los ojos hacia el lecho y divisó entre las penumbras los contornos del cuerpo dormido de su hija. Se desnudó con lentitud y se detuvo frente al espejo para ver o mejor adivinar el reflejo de sus piernas y sus brazos desvestidos. Innumerables veces preguntaba al azogue si continuaba siendo bella y deseable, pero nunca estaba segura de la respuesta del espejo. Se desnudó por completo y se metió en la cama. Trató de dormir pero una inquietud incontrolable que ella no sabía por qué pero que allí resurgía y resurgía sin cesar la arrastró a un insomnio insolente y voraz. Dio vueltas y más vueltas en la cama hasta que quedó de frente a las espaldas de Lidia. Extendió la mano, palpó el cuerpo de su hija, cerró los párpados, y advirtió que sus manos como si adquirieran vida propia y ya no obedecieran sus instrucciones se pusieron golosamente a recorrer los montículos templados y excitantes de su hija. Lidia salió abruptamente del sueño. E inició entonces de modo consciente el papel reservado a ella en la farsa: fingió seguir dormida. Pero la acción materna era tan, para decir lo menos, inesperada e irregular, que no podía dejar de despertarse. Había que despertarse pero no quería; había que decir: ¿qué pasa, Mamá?, pero ello hubiera significado el destronamiento del hechizo. Optó por una solución intermedia. Se dijo voy a contar hasta veinte y me despierto. Y así lo hizo. Comenzó a contar: uno, dos, tres... Mientras tanto Ana deslizaba con más ahínco y seguridad sus dedos por las curvas, las líneas, las caderas, la entrepierna de su hija. Lidia proseguía la cuenta, pero de manera mecánica y casi inconsciente, ya que su cuerpo entero junto con su mente y su voluntad se hallaba entregado a la delicia de la excitación. Ana se encontraba también fuera de sí, no sabiendo qué hacía ni a quién ni por qué. Lidia, jadeando ligeramente, se dijo: diez y ocho, diez y nueve, veinte. Se

movió y dijo: ¿Qué pasa, mamá? Ana salió de su estupor y respondió: nada Lidia. Duérmete. Ya es muy noche. Ambas mujeres estuvieron un buen rato, no obstante, sin poderse dormir. Pero después el sueño —las más de las veces todopoderoso— acabó por derrotarlas y llevárselas secuestradas a su reino.

Una semana después, Ana subió a su cuarto con más copas y desequilibrio y escalones rebeldes de escalera que nunca. Llegó a la puerta dando traspies riéndose a carcajadas, derrochando suspiros pero convirtiéndose de repente y sin decir agua va en una verdadera Magdalena. Llore que te llore, sin importarle que con ello iba a despertar como despertó a su hija, irrumpió en la alcoba, se sentó en la orilla de la cama, y no bien hubo visto a su hijita del alma despierta y a lo mejor malhumorada, le dijo que se durmiera y Lidia acató la orden, cambió de postura y reanudó un sueño que discurría por los canales de lo agradable, entretenido, placentero. Ana se fue al baño y se tardó un largo rato en lavarse la cara, untarse crema, cepillarse los dientes y ponerse la pijama de franela. Apenas se metió entre las sábanas, pensó en su difunto, se le perló la frente y alargó las manos. Lidia despertó de golpe. Pero no fue sólo un tránsito del sueño a la vigilia, sino de las brumas oníricas a la excitación, del reino inconsciente de lo agradable y neblinoso, al mundo vívido pero inconfesado de la infracción. La joven cerró de nuevo los ojos y se concentró en el placer. Al principio, como en las otras veces, pensó que era Jorge quien la acariciaba. El Jorge de su mamá. El Jorge que ella había deseado y que murió sin saber que ella su hijastra no podía vivir sin él. La muchacha abrió las piernas y echó mano del recurso de siempre. “Cuento hasta veinte y me despierto”. Pero al llegar a veinte, y al hallarse en todo su apogeo las caricias, decidió postergar el límite. “Mejor cuento hasta cincuenta y me despierto”. Ya para entonces no pensaba en Jorge. Ya no era su padraastro quien la llevaba a ese torbellino

sensorial en que se hallaba. Pero tampoco era Ana. Era un placer sin causa, sin autoría. Un placer en sí.

Por su lado, Ana se decía, como si no supiera qué acontecía en su hija, “que no despierte, que no despierte”. Cada caricia, desliz de manos, frotamiento nervioso llevaba o ella creía que llevaba una dedicatoria: a su Jorge. “Ay Jorge”, decía, y su mano se revolvía en el vello del pubis adolescente a la busca de la estría, la excitación, la humedad de su deseo. Al llegar Lidia al cuarenta y ocho, volvió a traicionar su nivel preestablecido: “cuento hasta el setenta y cinco y me despierto, ahora sí, de veras”. Pero al llegar al setenta y tres fue presa de un delirio convulso, se olvidó del todo y hacia el ochenta y cuatro —porque siguió contando mecánicamente— se dio cabalmente cuenta de que se hallaba en medio de un orgasmo inacabable y desconocido. Fue sólo entonces cuando se despertó. “He estado soñando, mamá”, dijo. Ana le respondió: “vuelve a dormirte mijita”. Y las dos, fatigadas, durmieron, en efecto, a pierna suelta.

EL DR. NAT, UN CASO GRAVE

Tanto el autor de este texto como su protagonista principal, si entraran en explicaciones, tendrían que coincidir en una obviedad: son muchas las diferencias entre el mundo real y el mundo de los sueños. El primero es el orbe de la lógica, de las inferencias dóciles, de los silogismos de oro. Pese a sus dificultades, vacilaciones y fracasos, la razón sueña en él con tener el don de ubicuidad. El espacio y el tiempo se confabulan en todas partes para crear lo posible y lo imposible, lo casual y lo necesario. Acá todo tiene que nacer, sufrir y desaparecer. La alegría que hay en el mundo no elimina y tal vez no compensa la presencia del dolor, porque si del lado del júbilo está la risa, la embriaguez del entusiasmo y las lágrimas de agua dulce, del lado del dolor están el zarpazo y su sorpresa de sangre, las lágrimas salobres, la muerte y su puntualidad macabra. El mundo de los sueños es el de la poesía, del espacio y el tiempo inconstantes y flexibles, frívolos y juguetones. El sueño es la casa del deseo, el templo del placer, el camposanto de las normas. Aquí nos morimos y no nos morimos. Nos perdemos y nos encontramos. Tenemos la metamorfosis como pauta, lo prodigioso como regla. Fallecemos de pronto, pero nos hallamos a continuación en el ataúd haciendo el amor con nuestra amada.

El hombre había perdido la razón en sabe Dios qué circunstancias y a causa de presiones existenciales y desarreglos físicos oscuros y desconocidos para el autor. El Dr. Nat sufría un padecimiento de tal modo grave que tuvo que ser recluido —al principio con una camisa de

fuerza que duplicaba su encierro— en una de las celdas reservadas a los locos furiosos. De dónde venía el Dr. Nat y qué idioma hablaba resultaban incógnitas indescifrables para los médicos. Fue hallado en la calle —presa de un severo estado catatónico— y se le arrojó a este calabozo, tras el papeleo burocrático de rigor.

El individuo enclaustrado en su mazmorra no había perdido del todo el sentido de realidad. Sabía, por ejemplo, que no gozaba de buena salud mental, que se hallaba en un manicomio y hasta que él era uno más de esos guiñapos humanos que supuestamente se aíslan de todos para someterlos a tales o cuales tratamientos curativos, pero que quizás se hace con ellos tal cosa para evitar mezclarlos con nosotros y nuestros temores, con nuestra fragilidad y nuestra cobardía.

Pero al lado de estos jirones de realidad o estos rescoldos de sensatez que se habían resistido a extinguirse, el Dr. Nat mostraba varias rarezas o conductas atípicas que evidenciaban las anomalías patógenas y las ilusiones esquizoides que padecía. El idioma que hablaba no era ni el sueco, ni el alemán, ni el hindú, ni el húngaro, ni ninguno de los idiomas conocidos, sino una lengua inventada o improvisada a cada momento por él. El enfermo empleaba conscientemente esa lengua con un fin deliberado: que nadie lo entendiera o, mejor, que nadie lo entendiera creyendo sin embargo que algo decía. Fingía pues hablar y acomodaba sus frases sin sentido a la dinámica de la respuesta, la pregunta, el comentario, la plegaria o la injuria, para hacer creer a los otros que estaba diciendo mucho, cuando, lleno de letras, se callaba.

Siempre se había abstenido de comer alimentos exóticos y más que nada aquellos que, como los caracoles, las hormigas, los gusanos de maguey, etcétera, son considerados por los gourmet delicia del paladar y tesoro del buen gusto. Desde el primer día de su reclusión, los

fármacos se le figuraron esos animalejos, y la actitud espontánea ante tales fue de repudio violento y sistemático. Su actitud de rechazo no fue correctamente interpretada por los médicos y la enfermera Margarita. Ellos creían que él se negaba a tomar sus medicamentos porque sí, por afán de desobediencia o por alguna “razón” ubicada en la arbitrariedad y el sinsentido. No caían en cuenta de que su motivo central era el asco que le producían esas píldoras, cápsulas, tabletas a las que veía como insectos, bestezuelas con ojos, antenas y patas. Este es un humilde ejemplo de cómo los psiquiatras y el personal requerido para la atención y cuidado de los enfermos, no saben introducirse casi nunca, como todos, en el código extraño, pero lleno de sentido, de quienes han perdido en parte la razón, pero que ordenan su mundo, no exento de elementos alucinatorios, con una congruencia desconocida.

Nat tenía otra fobia: la puerta del cuartucho. Para él era una puerta gelatinosa, que había perdido la cualidad de lo compacto, de lo sólido, de tanto usarse y que, en pedazos, se pegaba a los cuerpos que la franqueaban y luchaba por irse con ellos. A veces, caminando por el calabozo, chocaba sin quererlo con la puerta. Sentía entonces que se le embarraba en el traje y el pobre hombre hacía hasta lo imposible por arrancarse con las manos y uñas las porciones de puerta semilíquida que se le habían adherido por todas partes. Como es natural, tampoco comprendían ni Margarita ni el equipo de médicos de la institución, esta resistencia a salir de su celda para ir a la ducha, al parque o a los tratamientos médicos habituales.

Pero tal vez lo que más angustiaba a nuestro demente eran los zapatos. Los vivía como una amenaza perpetua. Se escondían bajo la cama o en los cajones a la espera de devorarlo. Él lo sabía muy bien: ellos tenían las mandíbulas abiertas no sólo para engullir sus pies, sino para tragárselo poco a poco —a la manera de las boas

constrictoras. Esta es la causa por la que siempre andaba descalzo, temeroso de que los zapatos volvieran a tener hambre. Sus cuidadores ¡cómo iban a entender su horror por los zapatos! Margarita y los otros simplemente veían a ésta como otra más de sus manías o sus conductas irreflexivas, necias y antisociales.

El Dr. Nat sufría indeciblemente durante el día. Su ocupación habitual era esconderse. Que no lo hallaran las medicinas, la puerta, los zapatos y el personal del manicomio. Su escondite preferido era el lenguaje. Pero ¿cómo esconderse en una celda? Por eso, con mucha frecuencia y larga duración, cerraba los ojos y fingía ser otra persona. Afortunadamente no padecía de insomnio, y el sueño, que lo embargaba en el momento exacto en que las penumbras de la noche desplazaban a empellones a los últimos rayos del día, era su consuelo, su válvula de escape, la razón, si alguna existía, para sobrevivir.

La enfermera Margarita —tan severa de común— era muy guapa: Entre sus atributos físicos, tenía tres memorables: los ojos, los muslos y las caderas. Cuando el enfermo lograba escapar por momentos a sus temores, angustias y manías, se le quedaba mirando y mirando con la clara conciencia de un par de cosas: que la deseaba profunda y rabiosamente y que esa inclinación casi, pero sólo casi, incontrolable no podría realizarse jamás, porque, aunque él se insinuara a ella —lo cual no iba a suceder nunca— chocaría con la frialdad, el desdén y la repulsa de una mujer instalada en el lado de los otros, de los *sanos*, que no podía ver con buenos ojos a un ser que ha perdido la razón y que tenía los gestos, el desorden y la desolación de los extraviados. Margarita era, por lo demás, la que, auxiliada por los enfermeros, le ponía a fuerzas los zapatos, le daba puntualmente sus medicinas y lo hacía atravesar la puerta para ir a la ducha.

La afición que embargaba al Dr. Nat por el sueño era totalmente comprensible. Dormir era drogarse, olvidarse del caos que crepitaba en su materia gris. Escapar de la corona de espinas del sinsentido. Dejar la prosa que se farfulla en el infierno por la poesía con que intercambian ideas las deidades.

En los sueños, él vivía las situaciones más inverosímiles, fantásticas y sin pies ni cabeza de la manera más natural, sin temor del juicio adverso de los médicos, y la violencia de la camisa de fuerza. Podía subir al metro, verbigracia, y bajarse en la estación *Tercera Edad*. Le parecía lo más normal del mundo prender la radio y escuchar la voz de Dios pidiéndole perdón al mundo.

Un día los médicos se vieron en la necesidad de darle un *Electroshock treatment*. Ni modo: resultaba necesario. Es verdad que lo calmó por completo, pero lo convirtió, por lo menos aparentemente, en una especie de pelele o fantoche que no podía estar de pie y que, si se sentaba o lo sentaban, tendía a acostarse y cerrar los ojos. Lo que no advirtieron los médicos ni Margarita es que en ese costal inanimado de carne se despertó un estallido onírico inusitado. Al llegar, en efecto, la noche, Nat soñó con Margarita, con *su* Margarita. Soñó que hacía el amor, descalzo y feliz, con ella. La mujer de sus sueños era la enfermera de siempre, pero era también otra, y esa otra lo convirtió a él en otro y así *ad infinitum*. Pero esto no fue lo más fantástico y sorprendente, sino que soñó que ese sueño, lo que estaba viviendo, sintiendo, gozando en *ese* sueño, era la realidad, no la realidad de un sueño o la realidad que el soñante sueña como realidad, sino la realidad *real*, la realidad que *es*, independientemente de cómo la veamos, la consideremos o la soñamos. Era la realidad que se ocultaba en las galerías de la cosa en sí o en la X de nuestra inquisición. En general, cierto es que uno vive el sueño como si fuese lo que realmente acontece; pero no se dice: “esto que me está pasando es lo real y la

vigilia, que tiene las pretensiones de ser lo verdadero, es una mera alucinación”. Así no nos hablamos en sueños. Pero él no sólo vivía el sueño, no sólo se hallaba inmerso en su vivencia onírica *como si* fuese lo cierto, al igual que cualquiera de nosotros, sino que, al tener dicha vivencia, la calificaba de real y arrojaba todo lo que no fuera su sueño al mundo de lo ilusorio, lo fantasmagórico, lo irreal. Mientras se soñaba desnudo y activo sobre el cuerpo desnudo de la enfermera, se decía a sí mismo: “Estoy haciendo el amor con Margarita. No estoy soñándolo. No es una ilusión tenida como efectiva. Margarita es una mujer amorosa, abierta a mis urgencias y atenta a mis deseos y no la enfermera rígida, distante y enemiga que no es otra cosa que una desafortunada criatura de la imaginación”.

Sus sueños eran cada vez más intensos, vívidos e invariablemente iban acompañados de la convicción de que esa y no la otra era la realidad. Se diría, entonces, que el sentido de realidad, perdido durante el día, Nat lo iba proyectando poco a poco hacia el ámbito del sueño. Con ello hubo, en el alma de nuestro hombre, una especie de conversión: el sueño ocupó el lugar de la realidad y la realidad, desplazada a codazos de su sitio, se metamorfoseó en sueño. Despertar (en la madrugada) era empezar a dormir, y dormir (en el ocaso) era comenzar a despertar. El día se había convertido en noche y la noche en día. Los fantasmas habían cambiado de lugar.

Soñó además otra cosa: no sólo que lo soñado era lo real, sino que —desde la realidad verdadera que le entregaba la prestidigitación onírica— debía *interpretar* el sueño de la realidad. Este insólito sueño, que era como la inversión del deseo de interpretar los sueños que tenemos de común, arrojó algunas consecuencias dignas de tomarse en cuenta. El Dr. Nat “analizó”, por ejemplo, en uno de sus sueños más atrevidos y realistas, su comportamiento durante el día con las medicinas amenazantes, la puerta gelatinosa y

los zapatos hambrientos y llegó a la conclusión —allá, en la realidad abierta por la almohada— de que...eran en realidad elementos ajenos, exóticos, intrusos al sueño de la realidad diurna: añadidos extraños provenientes del mundo real pero nocturno de los sueños, en la forma del escurrimiento, del reflejo o de la influencia.

La realidad había cambiado de lugar, pues, para Nat si en la noche, la imaginación y la poesía habían coloreado la realidad con mano maestra y originalidad perpetuamente renovada, aunque no exenta de penas y amarguras, mas nunca permanentes, en el día predominaban lo engañoso, lo patético, lo aplastante. Al amanecer, despierto, nuestro hombre padecía la más terrible de las pesadillas: sufría de la lógica, de lo sensato, de lo útil; lo envenenaba el acontecer natural, científico, inmodificable de los hechos. En una palabra, lo ahogaban las reglas de los hombres y las leyes de la naturaleza.

Acicateado por las exigencias nocturnas de “interpretar” el sueño *de lo real* tenido durante el día, advirtió que sus temores cotidianos a los alimentos, a la puerta, a los zapatos, eran elementos fuera de lugar, fantásticos, oníricos, “irreales” que en vez de pertenecer al día deberían ser succionados, por así decirlo, por y hacia el mundo nocturno —donde podían suceder realmente—. Hizo entonces un esfuerzo, limpió de ideas fantasiosas y de temores irracionales el mundo de la realidad diurna hasta dejarla sin concesiones alucinatorias. Lo limpió hasta dejarlo como pesadilla pura, sin infracciones ni endulzamientos, como un mal sueño sin fisuras mágicas, sin imposibles, sin el escándalo de la poesía y la enfermedad de los milagros.

Los médicos estaban sorprendidos, la enfermera no daba crédito a sus ojos. El Dr. Nat se comportaba con cordura absoluta.

—Habla sin dificultad y toma, obediente, sus medicinas —
dijo el médico.

—No tiene temor a la puerta y lo podemos llevar sin
presiones a la ducha, al parque y a los tratamientos —
añadió Margarita.

—¡Ya no anda descalzo! —comentaron, gozosos, los
enfermeros.

Nat se había convertido en un enfermo ejemplar: el que
lucha, sumisa, devota, pacientemente por su salud. Era un
enfermo dedicado de tiempo completo a hacer sensateces,
actos previsibles, conductas adecuadas. Lo excepcional
estaba prohibido, las rarezas erradicadas, lo anormal
vituperado. La obsesión del enfermo era que, por ninguna
razón, la menor anomalía de la conducta viniera a
perturbar la diurna, cotidiana e integral pesadilla de la
lógica.

Entonces fue cuando lo dieron de alta.

EL DR. YEKILL AND MRS. HAYDE

El sabor de la pócima era intenso pero no desagradable. El Dr. Yekill contó los tragos: fueron diez y la copa lució vacía. Iba a relamerse la boca, como cuando niño con el vaso de leche, pero prefirió la servilleta: la sacó del cajón, y con la punta de ella eliminó los restos del líquido dulzón y espeso que había impregnado su labio superior y embarrado su bigote. Tras de ello se quedó a la espera, con todos sus sentidos a la expectativa, de lo que podría sucederle. Corrió al espejo. Imaginaba grandes cambios en el rostro, el tórax, las piernas. Escudriñándose con atención pasó media hora, o casi. Cerró los ojos, se miró hacia adentro. Tornó a abrirlos y a interrogar de nuevo al azogue. Pero nada sucedió. Nada. Ni en su cuerpo ni en su espíritu. No hubo metamorfosis alguna. Un tanto desilusionado, fue a tomar asiento. Estaba muy pensativo, cuando sonó el timbre. Y entonces tuvo lugar, sí, algo totalmente inesperado, curioso, irregular: el Dr. se levantó abruptamente de donde estaba sentado, alzó levemente ambas manos, se lanzó a una, llamémosle así, *carrerita* hacia la puerta y durante el recorrido fue emitiendo algunos sonidos entrecortados y en tono agudo. Después de abrir la puerta y dejar entrar a su esposa, volvió al sofá. “¿Qué carrerita fue esa que he hecho?” —se dijo. “¿Qué locura me invadió?”. Y se acordó del brebaje ingerido. “Que locura ni qué locura. A lo mejor que el líquido”...Pero no estaba seguro y se olvidó del tema.

A los tres días, volvió a sentir ese cosquilleo de los órganos internos que se llama curiosidad. Fue al laboratorio. Tomó los matraces, mezcló los menjunjes y,

sin contar los tragos, se echó de sopetón entre pecho y espalda el líquido verdusco preparado. Irene lo llamó desde la sala. El Dr. echó una mirada de reojo al espejo, no apreció ningún cambio; tampoco advirtió transformación alguna en sus adentros, y acudió al llamado de su esposa. Ella le anunció que iba a salir a la calle, pero que no tardaría en volver. Yekill tornó a refugiarse en el sofá de siempre. “¿Habré hecho uso —se condolía— de otras sustancias? ¿Sería otra la proporción en que debería hacer la mezcla?”. No supo responderse. Deseó ir al baño. Ahí sí descubrió, o creyó descubrir, algo nuevo: el espejo le había afinado las facciones. Su nariz era idéntica, pero más y mejor delineada. Sus ojos, si esto es posible, eran ligeramente más grandes, con una mirada inédita, de brillo aterciopelado y penetrante, como adoctrinada en la seducción. La metamorfosis era casi imperceptible: si acaso un pincelazo o un toque de remodelación. Cabía la posibilidad, además, de que todo fuera una ilusión de los sentidos o un poema de la imaginación. El Dr. Yekill dejó correr el agua y se acercó al lavamanos. Se hallaba buscando la pastilla del jabón, que quién sabe por qué no se hallaba en su sitio, cuando descubrió, entre los dos grifos del mueble, el lápiz labial olvidado por su esposa. El impulso fue terminante. La verdad es que no supo o no le fue dable controlarlo, simplemente se dejó llevar por él y a continuación se sorprendió a sí mismo en el espejo pintándose de rojo los labios. Se sintió tan bien. Vivió su acción, enardecido y perturbado, como la realización de un deseo sepulto en lo más hondo y clandestino de su fuero interno. La delicadeza de su nueva cara le pedía el trazo carmesí necesario para su realce y exaltación. Tuvo entonces la sensación vaga de que otro yo había brotado de sus entresijos para untar en la boca de Yekill, bajo el bigote, un minúsculo pecado, juguetón, placentero e insignificante. Mas en ese momento oyó ruido en la sala y advirtió que los pasos y la voz de Irene se aproximaban al baño. Nuestro Dr., amedrentado un poco, tomó papel de baño para borrar la locura o ignominia que se había

trazado; pero la zozobra que le producía la idea de que su mujer lo pudiese descubrir, hizo que, veloz, estremecidamente y con un gesto automático, tomara su pañuelo del bolsillo y se frotara fuertemente con él. Como viera en el espejo que, tras de ello, el rojo se había convertido en un rosado que tercamente se negaba a desaparecer, se humedeció los labios con agua de la llave y volvió a frotarse la boca con el pañuelo hasta sustituir el rosado que resultara del desvanecimiento del rojo, por el rosado que generara la irritación. Cuando abrió la puerta a Irene, temió lo peor. Pero ella no reparó en nada. Durante un buen rato el Dr. se preocupó por el pañuelo manchado de pintura labial que guardaba en el bolsillo. “Si lo descubre Irene —se decía— va a pensar que le fui infiel con otra mujer o, lo peor, que...”. Y se apretaba con una mano el costado del pantalón como para impedir que su bolsillo fuera a hablar y a revelar su secreto. Conjuró rápidamente el peligro: salió prestamente de su casa y arrojó el pañuelo acusador en un cesto de basura que se hallaba en el parque.

Beber nuevamente la pócima le resultaba ahora difícil. Sentía que beber era pecar, pasar a un mundo sin prohibiciones, transformarse en algo que, estando sobrio, normal y sin la droga, le parecía aborrecible; deseable quizás..., sí, pero aborrecible.

Entre el brebaje y él se hallaba la culpa. El líquido lo atraía como cautivan a algunos, ante un despeñadero, el suicidio y su amoroso regazo. Lo atraía, pero ahora ya no le era dable dejar de tener presente los, para decir lo menos, extraños efectos de la bebida. Y esta conciencia lo arrojaba de golpe a la convicción de que la poción —este “caldo del demonio” como lo llamaba— conducía al peligroso terreno del rechazo y olvido de las normas, de los imperativos y hasta del dedo admonitivo del incienso. La culpa no se le presentaba, ya no, como el malestar *post festum*, como el arrepentimiento que no sólo quiere meter freno, sino echarse en reversa, desdecirse y cantar loas al

“borrón y cuenta nueva”. En ese sentido, ya no había nada en él que pudiera identificarse en una *cruda* por el elíxir. El problema no estaba en lo que le ocurría después de beber, sino en antes de hacerlo.

Varios fueron los días en que Yekill se abstuvo de pensar en el líquido, de merodear su laboratorio, de acariciar la idea de... El deseo, sin embargo, no había hecho votos de silencio. Se fortaleció, gritó acto de presencia y exigió tributos. El temor, el recelo, en fin, la culpa, tuvieron que bajar la guardia y el Dr., con la mano temblorosa, ingirió gradualmente, degustando cada sorbo, la nueva preparación.

Y ahora sí que ocurrieron cosas. Antes que nada, se rasuró el bigote: no quería ser testigo nunca más del aspecto ridículo e incoherente (indicio inaceptable de ambigüedad sexual) que había presentado su rostro cuando se pintó los labios e hizo coexistir lo femenino de la pintura con lo masculino del bigote. Se enamoró de su cara de adolescente, sin más vellos que los de las pestañas y las cejas. Entró a la recámara y se acercó a los cajones de su esposa. Se puso a remover la ropa blanca como si se hallara a la busca de un tesoro. De pronto se detuvo, exhaló un suspiro de entusiasmo y fue evidente que había dado con el objeto de su pesquisa: las pantaletas de Irene. Iba a cerrar el cajón, muy complacido ya por el descubrimiento, cuando apareció ante sus ojos, como un ave de seda con las alas desplegadas pero inmóviles, un brassier que combinaba, con la sabiduría del consejo aristotélico de la unidad en la variedad, lo opaco y lo transparente. Se lanzó entonces, con una de esas carreritas que ahora eran su especialidad, hacia la puerta de la alcoba para cerrarla con llave. Una vez hecho eso, se desnudó lenta, voluptuosamente, jubiloso y encantado de su audacia; se puso las pantaletas y el brassier de su esposa, recorrió así, en paños menores, el cuarto varias veces, deteniéndose en ratos ante un espejo que, tradicional y habituado a dar siempre idénticos

informes, no salía de su asombro por lo que, percibiendo, tenía que reproducir y comunicar. Con algo de tristeza, Yekill sintió la necesidad de tornar a vestirse. Se quitó el portabustos, lo guardó en el cajón: pero le fue imposible resistir el impulso de dejarse las pantaletas. Arrojó sus calzoncillos en la parte del ropero donde se hallaban sus pertenencias y a partir de ese momento, durante todo el día, e independientemente de que tomara del líquido o no, llevaba puestas las *panties* de su mujer.

Yekill sintió que debía cambiar de nombre en cada mutación. No podía ser el Dr. Yekill antes y el Dr. Yekill después, porque el segundo lucía diferente naturaleza que el primero. Pensó en un nombre, y proveniente de quién sabe qué pliegue de su memoria, le vino a la mente el de Hyde. Se llamaría Yekill antes de tomar el brebaje y Hyde después. Pero sentía algo más: que, en la conversión, el puritano se transformaba en liberal, el tímido en audaz, el moral en instintivo, el señor en señora. Y así nació de la mente, la decisión y la audacia del Dr. Yekill, nada menos que Mrs. Hyde. El vesti generaba a su travesti.

Algunas semanas después, surgieron los problemas con Irene. Por una serie de actitudes —entre las que se destacaban las *carreritas* de Yekill— ella empezó a advertir que *algo* sucedía en su esposo. La mujer no sabía que a veces se acostaba con Yekill y a veces lo hacía con Mrs. Hyde. La sorprendía que su marido quisiera ahora —no siempre, desde luego, pero sí con cada vez mayor frecuencia— hallarse en permanente búsqueda de posturas voluptuosas, murmurar, durante el acto amoroso, apasionadas locuacidades concupiscentes, desplegar descabelladas fantasías e insistir en sugerencias prohibidas, innombrables e inesperadas.

Fue entonces que hizo su aparición Robert Mumford. Una tarde, en efecto, en que conversaban Yekill e Irene en la sala, sonó el timbre. Irene abrió la puerta e hizo su

aparición el marinero. Mumford, compañero de escuela de Yekill, llegaba con el prestigio de la aventura. Traía en los hombros el océano Pacífico y, en su conversación se escuchaban reiteradamente palabras como arrecife, tempestad, archipiélago, marejada, remanso. Era un hombre fornido, alto, de facciones correctas y barba undosa y desparramada. Resultaba atractivo para Irene, pero también para Yekill, quien no pudo ni quiso ocultarse tal hecho.

Hablaron de mil cosas; pero la plática, aun hallándose rociada de alcohol, empezó poco a poco a languidecer o, al menos, esa fue la impresión del Yekill. Entonces éste se levantó de su sofá, pidió permiso, y salió precipitadamente de la sala hacia su laboratorio. Ahí preparó con rapidez la pócima de siempre y se la bebió de golpe. Tornó a la reunión, pero con un estado de ánimo muy diverso: con la embriaguez de la mutación. También Irene y Mumford estaban avispados después de ingerir varias copas. Al poco tiempo resultó evidente lo que sucedía: que Mumford no despegaba la vista de Irene, lleno de deseo, que Irene no podía dejar de ver intensamente a Mumford y que Yekill —que había encarnado en Mrs. Hyde— se hallaba hipnotizado de plano por el marinero. Primero lo sugirió. Le dio muchas vueltas. Empleó durante algún tiempo la metodología del rodeo; pero después, cuando lo creyó oportuno, y las condiciones lo permitieron —con la embriaguez de todos, el relajamiento de la prudencia y el ruidoso escándalo de la sensualidad— Yekill habló de la libertad de los tres que se hallaban en la sala, de una cama sin prejuicios y abierta de brazos para recibir a quien fuese y de las promesas inagotables e insospechadas que traía consigo el *menage a trois*. Todos aceptaron por diferente causa: Irene porque se sentía enormemente atraída por los rumores del mar, Mumford porque se le había metido entre sien y sien el cuerpo espléndido, contorneado y macizo de Irene y Mrs. Hyde porque creía ver llegado el

momento de hincar el diente, al fin sin reticencias, en la prohibición.

No voy a cometer la imprudencia de meterlos en la alcoba con el triángulo sensual de los infractores; pero sí subrayar varios puntos de significación para el presente relato. Antes que nada, habría que narrar el hecho de que cuando se desnudaron los tres, Yekill, que se había olvidado de la ropa interior que llevaba de costumbre, mostró de pronto ante los otros las pantaletas de seda que velaban sus pantalones. El marinero soltó la carcajada. Y se rio no con Yekill sino de Yekill. Pero logró contenerse. Ella vio a su esposo con cierto desagrado; mas dejó de pensar en ello cuando sintió el brazo de Mumford en su cintura. Después de un momento, Yekill se sintió hecho de lado. El marino no tenía la mejor inclinación homosexual. E Irene se hallaba, para hablar con exactitud, realmente exaltada. Yekill se sintió excluido. Se levantó. Farfulló quién sabe qué entre dientes y salió dando un portazo.

Días después, tras de que Irene huyó con el marinero, Yekill se quedó como dueño y señor de la casa. Incautó el vestidor de su mujer y decidió vivir como deseaba. Se empezó a vestir como mujer, a presentarse así ante todo mundo, a cultivar nuevas amistades y a tener como deidad, perpetuamente reverenciada, al principio del placer. Cada vez se veía mejor. Más alto, más atractivo, más seguro de sí. Había hecho una redada de prejuicios y los arrojó a la basura. Salió a combatir a la culpa en su madriguera. Logró desmontar los resortes ocultos del arrepentimiento. Ya no le era necesario preparar el brebaje: la conversión de Yekill a Hyde, que primero se hacía en y por las virtudes de la pócima y después de modo espontáneo, ahora se llevaba a cabo voluntariamente. Después de algún tiempo ocurrió algo inesperado: se le olvidó la fórmula del elixir. Pero ello no fue ningún obstáculo para que continuaran sus incesantes conversiones. Hyde no podía permanecer, sin embargo, indiferente a algunos regresos

de Yekill. Lo odiaba. Le producía malestar, encolerizamiento, náusea.

Tomó finalmente una decisión. Engalanó su casa, contrató una orquesta, se vistió como nunca: mostró en todo su esplendor la belleza corporal de Mrs. Hyde. Invitó a todas sus amistades. Las hizo atravesar el jardín, encabezadas por él o mejor por ella. Las llevó por los corredores y los patios y las hizo entrar en la sala donde la orquesta empezó a desgranar las notas oscurísimas de una marcha fúnebre. A mitad del salón se veía el ataúd sellado. Todos, que habían sido invitados a una fiesta, se mostraron confundidos, inquietos, asombrados.

—¿Qué sucede? —preguntaron algunos. ¿Quién ha muerto? ¿Qué pasa?

Mrs. Hyde adelantó el paso, tomó el micrófono, soltó una carcajada y canturreó:

—Los he invitado, mis amigos, a celebrar los funerales del Dr. Yekill.

LOS RODRÍGUEZ PEÑALOZA

Roberto Rodríguez y Adriana Peñaloza se hallaban matrimonios por lo civil y lo religioso. Durante los primeros meses, la pareja vivía contenta, sin una sola nube que empañara su entusiasmo. La luna de miel —una luna llena, segura de sí y enemiga a muerte del menor devaneo de oscuridad— se ostentaba como infatigable centinela de esa dicha. Pellizcos en el jardín, besos en la cocina, arrumacos en el patio y sexo en la alcoba o la ducha por lo menos tres veces a la semana. Al principio era él quien tomaba la iniciativa, mediante una serie de sorpresas aguardadas; pero ella, que era de armas tomar, poco a poco cambió su conducta, y después los dos, por partes iguales y con iniciativas en competencia, se podría decir que montaban espectáculos eróticos orquestados con exclamaciones, gemidos y jadeos que aumentaban en fuerza y velocidad a medida que se aproximaban sus dueños a los aledaños del paraíso.

Pero llegó la fatiga. El desgano vino hacer mal tercio con ellos. Las acciones, los ademanes, las palabras se convirtieron en meras piezas de un ritual cotidiano: el beso de despedida (insertado entre el desayuno y el automóvil), el “se me hace tarde para llegar a la oficina” de Roberto, o el “apúrate, mi amor” de Adriana, rodaban cada vez más desgastados y sin alma. Y luego, al medio día, las conversaciones de siempre, los gestos consabidos, la química fracturada, los asiduos malhumores. Por la noche, un amor cada vez más racionado: los “tres días por semana” fueron constreñidos a “sólo dos” (los martes y los sábados) y por último a “un solo día” (el sábado) a una

hora exacta (las diez de la noche) y con una duración invariable (media hora).

En eso estaban cuando, a sugerencia quizás del aburrimiento, decidieron organizar una fiesta para celebrar el tercer aniversario de su boda. Fueron invitados al agasajo varios matrimonios y un grupo selecto de amistades. Se contaron chistes, se cantó y algunos se pusieron a bailotear al son del ruido de moda. Y el alcohol, desde las doce de la noche, empezó a hacer de las suyas, de modo tal que mientras en la sala estaban ocho personas cantando y en el comedor siete se dedicaban a arrebatarse la palabra, dos, separadas, lloraban su desventura en el jardín y una devolvía el estómago, el estupor y la ansiedad en el baño.

Entre las parejas invitadas se podía mencionar la de Jorge Antúnez y Leticia Vargas, quienes sostenían una vieja amistad con los Rodríguez Peñaloza. A la una, Jorge advirtió que su vaso estaba vacío y, después de convencerse de que en la sala no había vodka (su bebida de esa noche), dejó a sus espaldas a Leticia —que acudía a las fiestas con el peregrino propósito, siempre fracasado, de convencer a todos que tenía buena voz— y se lanzó a la búsqueda de una botella en la cocina. Aquí se hallaba Adriana, administrando sus ademanes de anfitriona y los blancos aleteos de su delantal. Él le murmuró que al fin la pescaba sola. Ella, fingiendo no entender, dijo hallarse preparando alguna comida para contrarrestar los efectos del alcohol. Él le musitó que estaba particularmente bella y seductora esa noche. Ella se atrincheró en su fingimiento y volvió a hablar de los bocadillos y el pastel. Él se le quedó mirando un largo rato mientras ella proseguía su labor. De pronto algo pasó en las instalaciones eléctricas. Sobrevino un apagón o un corto circuito —Jorge lo bautizó en sus adentro como una “bendición de Dios”— y se escabulló la luz de toda la casa. El hombre aprovechó ese momento, tomó suavemente de los hombros a Adriana, la estrechó contra sí, dio con su boca, y la besó varias

veces. Ella, sorprendida, o tal vez no tanto, no opuso ninguna resistencia ni se acordó de que estaba en su mano ponerle un hasta aquí. Jorge, aconsejado por la oscuridad, le besaba el cuello, le pasaba los dedos por la espalda, le acariciaba los brazos desnudos y empezaba, cauta y delicadamente, a palparle los senos, cuando la luz, que gusta de huir pero también de tornar en compañía de la sorpresa, irrumpió nuevamente como si nada. Y podría decirse que volvió no sólo la luz de la casa, sino la de la conciencia de la mujer, la cual, mortificada o nerviosa o quién sabe qué, se separó de golpe de los brazos masculinos.

Adriana y Roberto al fin pudieron ir a descansar a las cuatro de la mañana. El hombre, que era víctima de una ráfaga de bostezos, se acercó a su cama. Para arrojarlo lo más pronto posible a su más caro anhelo, propinó una serie de golpecillos (de prosapia escultórica) a la sumisa almohada para darle forma de nido, trampolín o aeródromo de donde despegaría, en propulsión de sueño, su alma adormilada. Se disponía ya a dormir, cuando advirtió cierta inquietud en Adriana.

—¿Qué te pasa, mi amor? —le inquirió.

—Nada —atinó a responder ella.

—Entonces duérmete ya.

—Nada... Pero...

—Pero ¿qué?

Ella se arrojó a sus brazos. Lo estrechó rabiosamente. Y ya sea por el remordimiento de lo sucedido o porque sentía lástima de sí misma al sentirse culpable, se le humedecieron los ojos. Él insistió:

—¿Pero qué te pasa?

Hubo un silencio largo.

—Es que tengo algo que decirte. No puedo callarlo.

—Pues dilo —gruñó él.

Adriana quién sabe qué palabras usó, pero dio a entender que se trataba de Jorge y no pudiendo ocultar ya lo ocurrido, contó que, cuando se apagó la luz...

En los labios de Roberto un temblor fue identificándose y haciéndose cada vez más pronunciado. Sus mejillas enrojecieron, en sus fosas nasales se oyó el resuello de la bestezuela herida y en su mano se esbozó el intento de una bofetada. Pero no. El hombre educado que administraba sus entrañas cambió la orden hacia la serenidad y la cordura, y se conformó con sacudirla de hombros, torcerle la mano y llamarla puta. Después sobrevino la calma. Adriana, a pesar de su zozobra, fue ganada por el cansancio y acabó durmiéndose. Roberto, al escuchar la respiración profunda de su esposa, como melómano de una música incomprensible, también intentó conciliar el sueño. Pero la confesión de Adriana le daba vueltas y más vueltas en el caletre. Se sentía con ganas de no sé qué, patear a alguien, estrangularlo con una cuerda o herirlo con una tenaz navaja que entrara y saliera de la carne enemiga. Acabó, sin embargo, también durmiéndose. Pero segundos antes de dormirse, en los últimos jirones de realidad que revolotearon en torno de sus sienes, pasó por su cuerpo la corriente eléctrica de cierto aturdimiento, no desagradable del todo, y se hundió en el mundo de las tinieblas con una excitación extraña e incontrolable.

Volvió la normalidad. Adriana prometió no ver más a Jorge. Hubo cierto distanciamiento entre las dos parejas. Además, algo ocurrió entre Leticia y su esposo, no sé qué, ni está en mis manos averiguarlo, pero ello acabó por reforzar la separación de los matrimonios.

Algún entusiasmo resurgió entre los cónyuges. Las relaciones amorosas se multiplicaron. El vientecillo que deambulaba por las habitaciones bien podría llamarse felicidad o alguno de sus sinónimos. Pero esto no fue sino una etapa transitoria. Al cabo de unos dos o tres meses, la rutina volvió a hacer acto de presencia, elevó la voz y exigió sus fueros. Y el fastidio, el hacer siempre lo mismo, el repetir idéntico libreto, dominó nuevamente la escena. Y no sólo eso sino que empezaron a surgir disgustos, portazos que dejaban la casa toda temblando, chillidos neuróticos y carreras nerviosas que bajaban o subían por la escalera. Un jueves, por ejemplo, estalló una reyerta espectacular. No sé la causa. Tal vez se había quemado la comida o no había una gota de alcohol en la casa. No sé. Pero se soltaron tal andanada de vituperios, que retumbaron los vidrios de las ventanas y se vino abajo de la pared la imagen de quién sabe qué santo.

Al día siguiente, Jorge habló por teléfono preguntado por Roberto. La sirvienta dijo que el señor había salido, pero que la señora se encontraba en casa y que si no deseaba hablar con ella. Jorge dijo que no, que hablaría después. Sin embargo, media hora más tarde, se presentó en la puerta, con el airecillo de la audacia en pleno rostro, y agredió sin misericordia al timbre. Adriana salió a abrir. Jorge le tendió más que la mano, la trampa. Ella, un sí es no es inquieta, lo invitó a la sala. Mostrándole el sofá, le dijo:

—Espérame, ahora vuelvo.

Salió ligeramente hacia la cocina en busca de la sirvienta. Le entregó una lista enorme de productos que era necesario ir a comprar. Le dio instrucciones también para otros mandados. Y le ordenó que saliera... pero ya. Preparó rápidamente unos cocktails y tintineando a dos manos los vasos, se presentó de nuevo en la sala.

Jorge no podía disfrazar su nerviosidad. Esta fue, probablemente, la causa de su torpeza: cuando ella se aproximó, Jorge se levantó de golpe y con un movimiento del codo golpeó el brazo de Adriana e hizo que se viniera abajo el contenido de los vasos. Inmediatamente después, los dos se hallaban en el piso tratando de recoger los cristales, apresar los huidizos hielos y limpiar el alcohol derramado. Así estuvieron varios minutos. Sin decirse nada. Sólo juntos, apretados, sospechosamente inmóviles. Poco después Jorge le buscó los labios y los besó una vez y otra y otra. Adriana recibía al principio los besos pasivamente: era besada, pero no respondía, como si del lado de acá, de su boca, sus dientes y su lengua no hubiera bocanadas de deseo y torrentes de libido ensalivada. Al cabo de cierto tiempo, sin sentirlo, espontáneamente, empezó a colaborar, como si dijera: “aquí está este cuerpo, entregado de nuevo a existir, y saliendo al encuentro del tuyo a dejarse poseer”. Para esto, las manos de Jorge recorrían, ya sin riendas, el cuerpo femenino deteniéndose y deleitándose en especial en sus secretos. Él empezó a desvestirla. Los reparos u objeciones de ella o no fueron dichos o resultaron inaudibles. Y Jorge penetró a tientas en Adriana a la búsqueda del más nervioso y huidizo de todos los orgasmos.

Por la noche, antes de la llegada de Roberto, Adriana iba y venía por su recuerdo recién nacido. Recorría punto por punto su infidelidad. Le sacaba radiografías a su pecado. Se diría un animal que se movía en su jaula de culpas. Al abrirse la puerta y entrar su esposo, ella estaba azorada y con una extraña expresión en el rostro que no pudo dejar de advertir Roberto.

—¿Qué ocurre, mi reina? —preguntó con indiferencia.

—Es que... —empezó ella a balbucir

—Tienes una cara... ¿qué sucede?

Ella procesó las palabras como cuentas de un rosario, y deslizó las siguientes:

—Es que... nuevamente.

—Nuevamente ¿qué? —se empezó a inquietar el esposo.

—No. Nada. Vete.

Hubo un último intento de Adriana de ocultarlo todo, de sepultar la confidencia, de tirarle las riendas a la saliva.

—Carajo, déjate de misterios.

—Es que... de nuevo.

—¿De nuevo? —insistió él.

Y Adriana, con la voz entrecortada, le confesó todo lo ocurrido. Pero que se arrepentía. Que no lo volvería a hacer. Y que la perdonara, por lo que más quisiera. Y que no podía vivir sintiéndose sucia, ingrata, traidora.

Roberto la abofeteó. No se anduvo por las ramas. La vio de frente y la abofeteó. Se pasó gritándole horas y horas y le torció el brazo hasta tenerla doblada frente a él, como si así Adriana pudiera calibrar la altura moral de su marido y la bajeza deleznable de ella. Pero toda tempestad acaba poco a poco esfumándose. La lluvia torrencial empieza a escampar. El *allegro vivacísimo* se metamorfosea finalmente en un *adagio*.

Ya en la recámara, Roberto se detuvo de pronto, se le quedó mirando, y profirió:

—Ya me contaste lo del cabrón de Jorge. Pero no me has dicho dónde, cómo y cuándo. Dices cosas abstractas, tan generales que parecen no haber existido. Me hablas de manera tan vaga que en realidad disfrizas y ocultas las cosas. Quiero saberlo todo. Que me des la versión real, con

pelos y señales, aunque ello se parezca a una mala película pornográfica.

Ella se oponía. Le parecía enfermizo, de mal gusto, contraproducente.

—Para qué quieres saber detalles?—le argumentaba. Lo que cuenta es el hecho. Lo demás no importa.

Pero él insistía:

—Comencemos —apuntaba, casi gritando— por el principio. Jorge llamó por teléfono...

Y ella se veía en la necesidad de contar paso por paso todo lo sucedido. Y cuando llegaba a ciertos pasajes, Roberto, mortificado, sudoroso, pero en éxtasis, insistía en que relatara eso una vez y otra más y otra más.

Al final del relato, Roberto, fuera de sí, la besaba apasionadamente. La acariciaba como nunca. Le abrió a su bestia las puertas de la jaula. Y ella se veía arrastrada, casi a su pesar, a un mundo enfebrecido en que finalmente lograba, al par de su esposo, momentos de placer inolvidables.

Adriana accedió a los deseos de Jorge varias veces. Después de cada una de ellas, le relataba todo a Roberto, el cual reaccionaba siempre de igual manera, aunque en *decrecendo*: la acusaba de puta, la zarandeaba, la comparaba con él (que no se nadaba con infidelidades) y, tras de una pausa, exigía, en contra de las “versiones abstractas” y las “narraciones escapistas”, la relación concreta, detallada de “por Amor de Dios” todo lo que había ocurrido. Que si se bañaron juntos. Que si él la desvistió. Que si le acarició el vientre. Que si. Que si... En fin, el cuadro completo de la sesión erótica. Después, él empezaba a acariciarla, la desvestía y tenían relaciones cada vez más ardientes y satisfactorias.

Un día se presentó ella desolada.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó su esposo.

—Jorge rompió conmigo. Dice que ya se enteró Leticia... y que además no soporta que yo te lo cuente todo. No quiere volverme a ver.

Roberto se quedó pensativo. Y hasta se puso contento. Durante horas, de la mano del optimismo, habló de que se les daba una nueva oportunidad y de que había que rehabilitar el matrimonio sobre bases firmes. Mencionó la necesidad de rehacer sus principios de la moral y la religión. Y, calmados, se fueron a dormir, a pacificar sus corazones, a reposar las cabezas en el más mullido de sus propósitos.

Y nuevamente el remanso y la rutina. Y el fastidio. Y los besos congelados. Y los abrazos rígidos. Fue en ese punto cuando Roberto recibió una carta de su hermano, donde éste le pedía que proporcionara alojamiento a su hijo Ricardo para que el joven pudiera estudiar en la ciudad. Roberto accedió y su sobrino hizo acto de presencia días después. El muchacho —de 17 o 18 años— interesó desde el primer día a Adriana: fue un deseo a primer reojo. Y Roberto, que no Ricardo, se dio cuenta inmediatamente de este interés.

Algunas semanas más tarde, tuvo lugar en la recámara del matrimonio el siguiente diálogo:

—Qué pareja tan triste es la nuestra, Roberto. Qué patetismo. Cuando ocurrió lo de Jorge, tú sufrías, es verdad; pero te excitabas y me hacías feliz. Y yo también a ti. Desde que se fue Jorge, estamos aparentemente tranquilos, pero vivimos una vida tediosa, sin arreglo, sin entusiasmo, sin...

—No hables más de eso —murmuró el marido. Es verdad lo que dices, pero...

—Afrontemos las cosas, mi amor. No podemos vivir sin Jorge.

—Ni con Jorge. Aquello —dijo Roberto en voz alta, pero como dirigiéndose a sí mismo— no era vida. Un pie en el dolor y el otro...

Adriana guardó silencio. Hizo un esfuerzo y volvió a tomar la palabra:

—Roberto, ¿puedo decirlo todo, ir hasta el fondo?

—Dilo.

—Necesitamos...

—¿Necesitamos?

—Sí. Necesitamos los dos a Jorge.

—Jorge ya no vive en la ciudad.

—Entiéndeme: necesitamos a *un* Jorge.

—Te está saliendo otra vez lo puta.

—Es lo que nos hace falta, mi amor. Yo necesito a *un* Jorge porque te necesito a ti.

Roberto no atinó a decir nada. Por su cabeza pasaron quién sabe cuántas ideas. Y exclamó, con expresión dolorosamente lujuriosa:

—Ricardo.

Fue un convenio. Roberto y Adriana planearon expeditamente y casi sin palabras la seducción. El plan era sencillo. Primero, ella coquetearía con el sobrino. Usaría vestidos que dejaran ver, entrever, adivinar las pantorrillas, las caderas, los senos y desde luego los pezones. Después se insinuaría francamente y por último

entraría una noche en la recámara de Ricardo. Plan sencillo en verdad, meditado en cada uno de sus pasos.

El día de la seducción, en que ella, a las doce de la noche, iba a abandonar su recámara para dirigirse a la del afortunado joven, ambos esposos se hallaban juntos, casi sin decirse palabra. Adriana se lavaba. Se peinaba. Se untaba crema. Se ponía su ropa de noche, varios lunares de perfume y una bata prácticamente invisible. Roberto no despegaba los ojos de ella. La seguía a donde quiera que iba. La esposa, resueltamente, lo besó en la boca y, tras de decirle, “después te lo cuento todo”, salió de puntitas de la recámara hacia el cuarto del sobrino.

Roberto, caminando por su alcoba, se miraba una mano primero, luego la otra. Se peinaba infinidad de veces. Pasaba frente al espejo y se detenía como buscando en la imagen un rostro que no fuera el suyo. Tomó un pañuelo. Lo dobló con exagerada lentitud. Lo puso en la bolsa de su saco. Asió un libro. Leyó mecánicamente el índice. Desmayó lentamente el brazo. Se irguió de pronto, pareció tomar una decisión grave e imprevista. Bajó precipitadamente por la escalera. Corría. Tropezaba con los muebles. Arrastraba una respiración sofocada. Con la angustia enturbiándole los ojos, tomó un frasco del botiquín. Se dirigió torpe, veloz, a la cocina. Las baldosas sintieron sus pasos inquietos, rápidos, desbordantes. Subió nuevamente. En su cara se había confundido una mueca de dolor y un rictus lujurioso. Se instaló en su lecho. Tomó unas pastillas, las disolvió en un vaso con agua. Volvió los ojos a la ventana: estaba imaginándose paso a paso, detalle a detalle, carne a carne, todo lo que pasaba en la alcoba de Ricardo. Tomó con rapidez, de golpe, el contenido del vaso. Y lenta, ceremoniosa, apasionadamente hurgó en su vientre, logró la mayor erección de toda su existencia, y se hundió en la penumbra de la muerte poco a poco, masturbándose...

EL BAÑO

La parte más atractiva tanto para Elena como para el sobrino era la hora del baño. Desde el momento que ella elevaba la voz cantarina de:

—¡Al baño!, que deambulaba por los cuartos, se introducía por las rendijas de las puertas, y sabía encogerse y expandirse para atravesar por agujeros, cerraduras, corredores, y bajar paso a paso las escaleras y llegar a las orejas sensibles y entusiastas del sobrino, se abría la posibilidad cotidiana del deleite. Casi desde el principio, de modo espontáneo y de común acuerdo, el papel de los dos quedó prefigurado: ella representaba la actividad, la toma de decisiones, la voz de mando, el índice que guía; él, en cambio, se sentía obligado a jugar el papel de la pasividad, del acatamiento, de la disposición atenta y de la gozosa resignación.

Día con día, los movimientos, las palabras, las indicaciones en la sala de baño se sucedían con una regularidad obsesiva, matemática casi.

—Siéntate en el banco —ordenaba Elena.

Y apenas cumplido el deseo de su tía, el muchacho veía volar en torno suyo, como par de palomas amaestradas, las inquietantes y lechosas manos de la hermana de su madre concentradas en la faena de privarlo de sus ropas exteriores e interiores para arrojarlo al agua de la tina, a la manera en que su madre —playa de la tibia placenta— lo depositó en el mundo. Una vez que Emigdio había sido desnudado, y el medio ambiente rozaba con sus helados

dedos la epidermis delicada e invariablemente sensible del chiquillo, la tía (a quien por entonces empezó a llamar *mamá*) sumergía dos dedos en el agua —el medio y el índice— para comprobar que su temperatura, equidistante de los extremos, eliminara de golpe el calor exaltado, pusiera a raya el frío que empezaba a recorrer el cuerpo todo de Emigdio y se ubicara exactamente en el grado climático normal del paraíso. A continuación, la tía Elena, armada de la pastilla aromática del jabón, de la esponja chorreante de blancura y también de un zacate que con el tiempo se iba deshilachando y deshilachando, empezaba a frotar los hombros y las orejas del pequeño (a quien también por entonces empezó a darle el nombre de *mi hijo*). La tía tenía buen cuidado de situar su frotamiento en el punto adecuado: se trataba de evitar la irritación de la piel, pero también el roce epidérmico, la caricia superficial. La intención era limpiar, asediar la impureza rebelde, la mugre soterrada, la sola insinuación de un olor impropio y antisocial, pero sin exagerar el frotamiento ni hacerlo tan anémico y desmayado que la suciedad permaneciera en su sitio, incólume a las argucias y las amenazas del líquido enemigo armado hasta los dientes. La mano de la tía, con el tiempo, fue ganando cada vez más territorio. Se movía con relativa libertad por todo el cuerpo de su *hijo*. La franquicia no era completa, sin embargo. La *mamá* dividía en su fuero interno el objeto de su atención purificadora en dos partes claramente diferenciadas: las zonas accesibles —que eran las más y que comprendían las piernas, los brazos, los pies, las manos, el vientre, el pecho, la cara, las orejas, la nuca y —de manera constante y minuciosa— la espalda. Y las zonas prohibidas —que eran el resto. Las manos se movían, entonces, con plena soltura y hasta elegancia, en las zonas accesibles, pero apenas se aproximaban a una de las zonas prohibidas, dislocaban un tanto el ritmo y se esforzaban por tornar a las zonas amplias y sin problemas de lo permisible.

A Elena se le ocurrió que el lugar ideal y el mejor momento para que Emigdito —así lo llamaba con frecuencia— se aprendiera de memoria las oraciones más importantes que debe saberse un buen católico, piadoso y reverente, era el salón de baño a la hora de la limpieza. De ahí que, casi sin excepción, al tiempo que pasaba su mano por la espalda o las extremidades del sobrino, decía lentamente una plegaria (el Credo, desde luego, pero también el Ave María, el Padre Nuestro, la Salve, etcétera) y obligaba al muchacho a repetir y repetir lo que machacona y retiradamente ella iba pronunciando.

—“*A ti, celestial princesa*”..., decía Elena, mientras su esponja iba y venía por la espalda del muchacho.

—“*A ti celestial princesa*”..., respondía, como un eco, la voz delgada, estridente y animosa, del sobrino.

—“*Virgen sagrada María*”..., continuaba la *madre*, sin dejar de usar la esponja o el jabón, y aproximándose peligrosamente, en ocasiones, a alguna de las zonas interdictas.

—“*Virgen sagrada María*”..., canturreaba el *hijo*, con un tono de voz en que se podía adivinar, si se aguzara el oído y se fuese perspicaz, un cierto temblorcillo que hincaba sus raíces en un deseo enigmático e innominado.

Emigdio fue adivinando poco a poco lo que sucedía en el ánimo de su tía y fue gradualmente intuyendo lo que se estaba gestando en sí mismo. Sabía que de *eso* no se podía ni se debía de hablar. No estaba seguro en qué grado su tía Elena era consciente del placer, el gusto, el frenesí que, en su sensibilidad de mujer, le producían el frotamiento, el ir y venir de su ávida mano por los arrobados consentimientos de su *hijo*, y, más que nada, del juego que comprendía la aproximación de los dedos enjabonados a alguna de las regiones corporales no permitidas, y el alejamiento rápido y el rodeo minucioso que fatalmente se

producían tras de lo anterior. No estaba seguro de si ella era consciente de lo que le producía todo ello; pero se inclinaba a creer que sí, ya que un cierto júbilo desacostumbrado se manifestaba, sin poderlo controlar, en el brillo de los ojos *maternos*, en un temblor casi imperceptible de sus fosas nasales y en un sudor, que no provenía sólo del ejercicio físico, que perlaba la punta de su nariz, sus sienes y su frente. A él, en cambio, no le cabía la menor duda de que la hora del baño le resultaba deliciosa y que no la cambiaría por nada. A medida que pasó el tiempo, Emigdio se fue inclinando a la idea de que su tía era cabalmente consciente de lo que estaba sucediendo. Una vez que arribó a esta conclusión, le encantó el pensamiento de que ambos querían lo mismo, que se habían convertido en novios, que todas las tardes, a la hora del baño, habían terminado, sin decir esta boca es mía, por ser cómplices, enamorados o quién sabe qué.

Ahora el baño duraba mucho más tiempo que antes, y los dos fingían no darse cuenta de este extraño alargamiento de la duración. Por otro lado, la enseñanza de las oraciones proseguía como antes y hasta se había incrementado, como si un velo religioso se dedicase a ocultar las perversiones que, sin ningún tipo de explicación verbal, vivían tía y sobrino.

—*“A ti, celestial princesa, / virgen sagrada María, / te ofrezco en este día”*..., oraba Elena, al tiempo que, dejando de lado el zacate y la esponja, llevaba los dedos llenos de espuma y quién sabe qué intenciones a los muslos, el estómago y las ingles del muchacho.

—*“Te ofrezco en este día”*..., musitaba Emigdio, y contorneaba su cuerpo, haciendo ciertos movimientos inesperados y a veces intrépidos y bruscos que pudieran facilitar que su tía pasara, sin desearlo o deseándolo inconfesadamente, de una zona de libre acceso a una zona prohibida.

—*“Te ofrezco en este día/ alma, vida y corazón”*, insistía Elena, alejándose del peligro, pero deseando reencontrarlo dentro de algún momento.

—*“alma, vida y corazón”*..., replicaba el sobrino, mientras sentía que esas tres partes, pero en sí mismo, aumentaban sus palpitaciones no sólo al sentir el acercamiento de las manos a las inmediaciones del sitio o los sitios en que él anhelaba advertir su atrevimiento, vivir su resolución, compartir su placer, sino al darse cuenta de los abruptos y excitantes alejamientos, tal vez cargados de culpa, de las huidizas falanges que al parecer habían insinuado el ademán pronto arrepentido de asir alguna de las más rotundas prohibiciones.

En una de esas tardes, todo parecía conjugarse para que tuviera lugar lo tantas veces deseado y tantas veces reprimido. La tía venía con un ánimo diverso, pertrechada de un ramo exuberante de vivencias novedosas. Su esponja, desde el principio, se ubicó en una de las zonas de mayor peligro y empezó a hacer un lentísimo movimiento en redor de su objeto. El niño, por su parte, se había encaramado, por así decirlo, a los peñascos de su mayor sensualidad.

Ella reinició su plegaria y dijo:

—*“alma, vida y corazón,/ en una palabra, todo mi ser./ Ya que soy todo vuestro,/ oh madre de piedad”*...

Tras de decir esto, Elena sintió que algo estaba pasando en su cuerpo, en la entrepierna de sus audacias, ahí donde surgía el vértice del deseo, y algo así como una punzada, un choque eléctrico o un dolor agudo en su versión más placentera, desconectó su atención de todo lo que no fuese el cuerpo de su *hijo* y, sobre todo, las partes prohibidas que tachonaban, con no sé qué suciedades inmateriales, el limpiísimo cuerpo que se hallaba bajo su cuidado.

Emigdio cerró los ojos. Por más que lo intentó, no pudo deshacerse entonces de una vergüenza que quería ser y no ser, develarse y esconderse, arrojarse hacia adelante o buscar, retrocediendo, hacerse invisible. Dijo a continuación con una voz que quería dejar de ser de niño:

—*en una palabra todo mi ser*...

Ambos se quedaron perturbados. Los ojos del sobrino y los de la tía rehusaron encontrarse. Ambos fijaron la vista en el agua, en distintos lugares del agua. Él entonces tomó de nuevo la palabra, con el énfasis y la decisión de quien ahora inicia la letanía:

—*ya que soy todo vuestro, oh madre de piedad*...

Ella, por su lado, en un trastrocamiento de papeles, empezó a balbucir:

—*ya que soy toda vuestra, digo, todo vuestro*...

—*oh madre de piedad* —completó su hijo.

Emigdio supo en ese preciso instante de golpe —y lo supo porque lo intuía, lo inventaba, lograba ponerlo al descubierto— que no sólo le ocurría algo a su cuerpo masculino —algo inocultable, innoble, vergonzoso—, sino que, al mismo tiempo, y estaba más que vinculado con lo que a él le acaecía, también alguna cosa, invisible pero poderosísima, indemostrable pero chorreante de evidencia, le estaba ocurriendo al cuerpo diligente, nervioso, perfumado y bañado de sudor de su tía, de su *madre*.

Ella logró conquistar un cierto control. Suspiró vigorosamente, bromeó con palabras insustanciales dichas sin convicción. Hizo un esfuerzo. Se arremangó nuevamente los brazos y se limpió el agua o el sudor que había encontrado en la ranura que separaba sus senos el lugar ideal para iniciar un deslizamiento. Musitó entonces:

—”*Guardadme y defendedme como cosa vuestra./ Así sea*”.

El sobrino vio a su tía. La miró desde los calores ondulantes de su piscina. La incertidumbre abandonó, chapoteando, los linderos de la tina. Tan supieron ambos de lo que se trataba que, cuando él borbotó, callada, desfallecientemente:

—”*como cosa vuestra*”,

y cuando ella asentó con resolución:

—”*¡Así sea!*”,

ambos, la *mamá* y el *hijo*, se quedaron, temblorosos, a la expectativa del siguiente paso.

Siguiente paso que no vino nunca porque lo impidió, tajante, definitivamente, una progresión precipitada de sucesos —de la que sólo una cámara cinematográfica podría dar cuenta, pero que el cuentista está incapacitado para hacerlo. En efecto, en los reiterados acercamientos y alejamientos de la tina, Elena sintió de pronto que el jabón se le resbalaba de la mano y caía al suelo. Lo buscó atrás y adelante, a izquierda y derecha, con detenimiento y en todo su alrededor, y nada. La tía no se dio cuenta de que el jabón se fue a ubicar sigilosamente delante de su pie derecho. Ella, en la búsqueda minuciosa de su perfumado instrumento de trabajo, caminó hacia adelante, pisó la pastilla, perdió el equilibrio, no encontró dónde asirse, y se precipitó, cuan larga era, al lado de su sobrino.

Cayó de bruces, se golpeó salvajemente la sien en uno de los bordes de la porcelana, perdió el sentido. Giró sobre sus talones, y en un vuelco veloz, enigmático, incomprendible, fue a dar con su cabeza en la tina, sumergiéndose en ella como absorbida por la glotonería del agua, dejando a la vista sólo su cabellera, la que flotó un momento enredada en las burbujas que, brotadas de su

aliento, dejaban oír, cuando estallaban al llegar a la superficie, la desperdigada voz de la agonía.

Emigdio, temblando, tomó de los cabellos la cabeza de su tía, hizo un esfuerzo descomunal y logró sacarla del agua. Pero las fuerzas no lo ayudaron. La cabeza —que instintivamente se agarró a la tabla salvadora de una profunda bocanada de aire— se resbaló de nuevo y reinició, aunque en un proceso que acabó por ser decreciente, su fábrica de burbujas. El niño brincó espantado de la tina, saltó de un lado al otro, llamó a la servidumbre, gritó desgañitadamente. Salió desnudo de la sala de baño gimiendo, dando alaridos. Pero ya nada pudo cambiar el hecho de que su *mamá* yacía bocabajo, muerta, devorada por el agua tibia de la tina y victimada por un destino que apretó los músculos y lanzó de nuevo su zarpazo.

ÍNDICE

EL RETABLO DE MAESE ENRIQUE

Ay, las palabras /	7
Rex tremenda majestatis /	10
El abrazo /	14
El atavismo /	16
Fábula infantil para adultos /	21
Cuento de José Revueltas narrado alguna vez por Laco Zepeda y resucitado por un expoeticista en su edad propecta /	23
Mentiras /	26
Como me lo contaron /	27
Poetalentoso /	31
Calamidad /	33
Carta de agradecimiento o el secreto contenido en una sonrisa /	34
La gracia /	37
Palabras cruzadas /	40
Los colores del respeto /	48
Avatares de dos borrachos y un portento /	51
El retablo de Maese Enrique /	55

CRIATURAS DE LA TINTA ALADA

Catatonía /	59
Minicuento /	61
Polisemia /	62
Pozo /	63
Mensaje trunco /	64
Música de cámara /	65
En torno a un asesinato /	68
Reflexión /	68
Reacomodos del cielo /	69
Deslinde gramatical /	70
Consejo /	71
El día en que la Clotilde y yo fuimos a la feria /	72
Tercera edad, tercera /	75
Lo verdaderamente efímero /	75
Rex y la culpabilidad /	76
Amor de hermanos /	78
Una petición de mano /	82
Un mago /	88
Esbozo autobiográfico /	89
La fiesta /	91
Diálogo /	92
El piromaníaco /	93
Valoración /	96
El problema /	96

Vocación /	97
De por qué tengo contenta a mi mujer /	98
Una revolución /	99
Conspiración /	99
El pacto /	100
Refugio /	103
Saldar cuentas /	104
Fanatismo de altura /	106
Julio Amezcuca /	111
Cuestiones metafísicas /	114
Ventanilla de informes /	118
Muerte de un filósofo /	120
El rumor /	123
Un par de camaradas /	126
Nota roja /	129
Universalía post rem /	133
El tragafuegos /	134
Arranque de moralidad /	137
Lolito /	139
Historia de una mano y de la otra /	144

EL TRÁNSITO I O EN EL PRINCIPIO ERA EL GERUNDIO

El libro de los gerundios	
En el principio era el Gerundio /	149

Mi tema / 151
El Ave Fénix / 153
Heideggeriana / 155
Ese temor / 175
Vaticinios / 160
Un secreto / 162

Pugna sagrada

Preceptiva / 166
Recital / 168
Máquina del tiempo / 169
Mini-estética / 172
Regla de oro / 172
A mí mismo / 173
La alquimia / 175
Las piérides o ¿dónde está Petra? / 176

Rodeado de mundo

Pequeña crónica de una coincidencia / 182
México a través de los sismos / 184
El tránsito / 187

El azar y otros desvelos

Caín / 190
Mutación / 192
Metafísica urbana / 193
De por qué los alumnos de Filosofía y Letras
no se distinguen por sus conocimientos / 197

Reguero de cuentemas

- La táctica / **200**
- Democracia / **200**
- Finale / **201**
- Minicuento policíaco / **202**
- Incidente / **202**
- Telecomunicación / **203**
- Tedium Vitae / **204**
- Noé / **205**
- Lo mínimo prodigioso / **205**
- Golpe de audacia / **206**
- Una llamada telefónica / **207**
- Un médico, por favor / **207**
- Suplicio / **208**
- La otra cara de la luna / **209**

Negocios de la libido

- Convocatoria / **211**
- Estratagemas para desclavarme / **212**
- El vigía / **214**
- Una mujer y sus desolaciones / **216**
- Quiromancia / **218**
- La cátedra / **220**
- Primeros pasos en la recta final / **222**
- Tradición / **223**
- Hoja de parra / **224**
- En la cantina / **225**

EL TRÁNSITO II

La línea más corta

La envidia / **231**

Autobiográfica / **234**

Intimidades / **237**

El espejo de Eros / 238

1 Retrato de una virgen

2 Acoso

3 Dificultades

4 Audacias

5 Lengua viperina

6 Autoanálisis

7 Vicisitudes en la recta final

Autocrítica / **242**

¿Qué sé? / **243**

De nuevo / **244**

¿Elogio a la muerte? / **245**

Astucia de azufre / **249**

Sin más tesis que la síntesis / **249**

Votos de Homero / **250**

Cinco facetas de idéntico delirio / 251

1 Res gestae

2 El prodigio

- 3 Nochebuena
- 4 Día llegará en que
- 5 Conclusión

Cronómetros amordazados

Apólogos / 255

- I Incidente Selvático
- II Parábola de Schopenhauer
- III Máxima
- IV Reguero de reflexiones

Fraccionamientos de lo eterno

Tríptico de ángeles / 260

- I Antecedentes de mi ángel custodio
- II Nota roja
- III Instinto de conservación

Cantata al epitafio

Rectificación / 264

Intimidades de la hoja en blanco / 265

- 1 Naderías
- 2 Arte poética
- 3 Hermenéutica
- 4 Preceptiva
- 5 Pasión autocrítica

6 Taller literario

7 Cuentema

8 El ideal

Homenaje a lo breve / **268**

Estética del cuentema / **270**

Los albañiles del ideal

Consejo / **274**

El mismo sueño / **275**

VERSIONES, CONVERSIONES Y PERVERSIONES

Los gemelos / **279**

Pedro Ángel / **285**

Cuerpo de palabras / **292**

Una aventura / **299**

El silencio / **310**

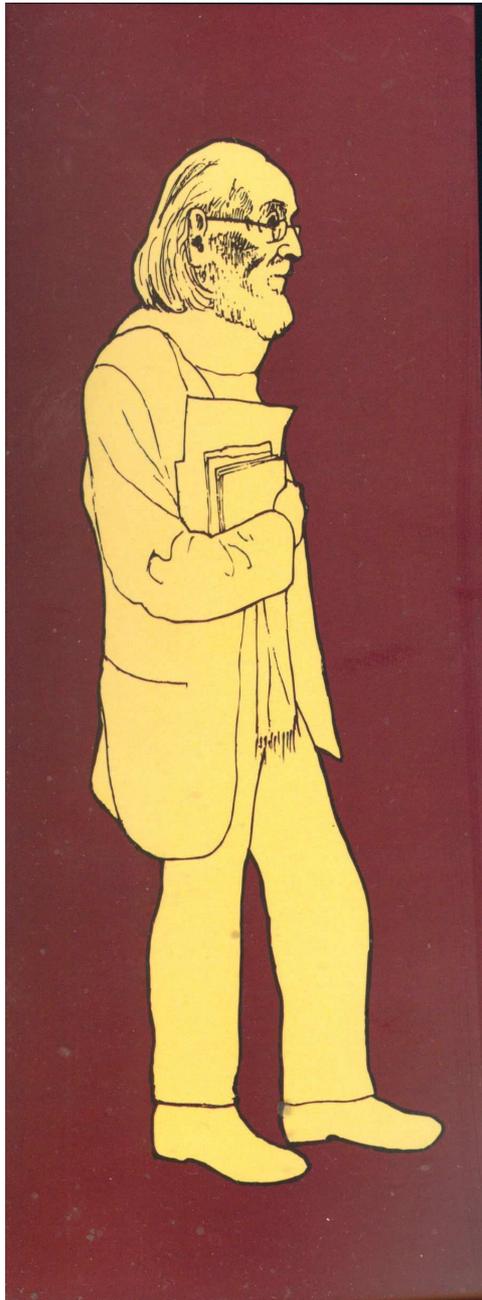
El Dr. Nat, un caso grave / **316**

El Dr. Yekill and Mrs. Hyde / **324**

Los Rodríguez-Peñaloza / **332**

El baño / **343**

**Este
libro
se terminó
de imprimir
en Impresiones
Siglo XXI, Belisario
Domínguez 39-A, 06010,
Centro Histórico, Ciudad de México,
en septiembre de 2016.
El tiraje fue de
mil ejemplares.**



Conocido más por su vasta obra poética y sus ensayos filosóficos, Enrique González Rojo Arthur nos muestra en este volumen una faceta muy poco difundida de su obra. Con su peculiar inteligencia lúdica y un humor de gran sutileza, González Rojo ofrece un conjunto de narraciones, algunas muy breves, que obligan a realizar una lectura atenta e inteligente de cada texto y proporcionan también un deleite por lo agudo y sorpresivo de cada historia.

Todos los cuentos, minicuentos y cuentemas de Enrique González Rojo Arthur reúne la, hasta ahora, obra completa del autor en este ámbito narrativo, incluyendo *El Tránsito I y II* y *Criaturas de la tinta alada*, publicados en 1990 y 2011, respectivamente. *El retablo de maese Enrique* y *Versiones, conversiones y perversiones* completan este conjunto de libros donde Enrique nos muestra su dominio del lenguaje y su extraordinaria facilidad para jugar con los géneros y hacer combinaciones como sólo a él se le pueden ocurrir. Así dice:

*El cuentema es un poema
que se asoma a un cuento
que se asoma a un poema.*

El lector tiene en sus manos un libro fuera de serie de un autor que incursiona en el cuento con la sonoridad del poeta y la mirada aguda del filósofo. Estas cualidades le permiten cabalgar a sus anchas sobre el campo de la narrativa, divertirse y compartir su experiencia.

ISBN 978-607-96892-2-3



9 786079 689223